TEORIA E HISTORIA

FEDERICO ENGELS

OBJETO Y METODO de la ECONOMIA POLITICA



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

FEDERICO ENGELS

OBJETO Y METODO DE LA ECONOMIA POLITICA

Selección y prólogo de
ALONSO AGUILAR M.

Introducción de
ALEJANDRO MALISH



E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: TEORÍA E HISTORIA

Avenida Copilco 300
Locales 6 y 7
México 20, D. F.

ISBN-968-427-027-5

Primera edición: 1978

Printed and made in Mexico
Impreso y hecho en México

CONTENIDO

PRÓLOGO

Federico Engels es, desde hace mucho tiempo, conocido y respetado en todo el mundo como uno de los fundadores del socialismo científico. Pero acaso se piensa en él más como colaborador cercano y compañero inseparable de Carlos Marx, que como un autor que, por méritos propios indiscutibles tiene derecho a figurar entre los grandes científicos sociales del siglo XIX. Aun cuando él mismo siempre destacó la enorme significación de la obra de Marx, y modestamente se colocó en un segundo plano, como correspondía a lo que solía llamar "un segundo violín", lo cierto es que su trabajo es también excepcional.

Desde los años cuarenta, o sea desde el inicio de lo que habría de ser una amistad de toda la vida, Engels trabaja con Marx en la preparación conjunta de varios estudios. Ambos escriben *La Sagrada Familia, La Ideología Alemana* y el *Manifiesto Comunista.* Y mientras Marx profundiza en los trabajos económicos que culminan en *El Capital,* sobre los que a menudo discute con Engels, éste incursiona en la investigación filosófica, en la evolución histórica de Alemania y en la aplicación de la dialéctica a la economía y la historia.

Creemos que el volumen que ahora ofrecemos al lector tiene bastante unidad. El libro se inicia con la Introducción, de Alejandro Malish, que subraya la importancia y ayuda a comprender la obra de Engels en torno al objeto y método de la Economía Política. En la parte propiamente central se reproducen algunos textos sobre el tema, que además de ser esclarecedores, constituyen una magnífica réplica al materialismo vulgar. La siguiente sec-

ción contiene varios trabajos sobre Economía Política y Materialismo Histórico, que aparte precisan la línea central del análisis de Marx y muestran el dominio de Engels de la teoría que él mismo contribuye a elaborar.

Tan sólo a la revisión y terminación de los Tomos II y III de *El Capital*, Engels destina casi diez años, lo que explica que los prólogos a cada uno de ellos sean excelentes ensayos. A propósito del primero de ellos, J. Becker escribe en 1886: "Tu prefacio al libro II de Marx es ya, por sí solo, un trabajo gigantesco y una obra maestra de polémica . . ."*

El prólogo al Tomo III, del que Marx deja al morir solamente un boceto, así como el complemento y apéndice al mismo, examina aspectos fundamentales de la plusvalía, la tasa de ganancia y la ley de valor, y rechazan brillantemente la crítica de quienes, al aparecer el Tomo III descubren la "gran contradicción" de Marx, quien, tras haber sostenido primero que las mercancías se venden por su valor, ahora afirma que lo hacen conforme a sus precios de producción.

En fin, en la última parte se seleccionan fragmentos de varias obras así como algunas famosas cartas de Engels, que en parte ahondan sobre los temas anteriores y, sobre todo, precisan el verdadero alcance del materialismo dialéctico, su relación con el materialismo histórico y la importancia de esta concepción tanto para la ciencia como para la lucha social.

Esperamos que esta recopilación sea vista como un justo homenaje a Engels y como un material de obligada reflexión y estudio para quienes nos interesamos en la Economía Política y concebimos la teoría marxista no como un dogma, sino como una guía para la acción revolucionaria.

Alonso Aguilar M.

* L. Ilitchev y otros, *Friedrich Engels, sa vie, son oeuvre.* Moscú, 1976, p. 403.

INTRODUCCIÓN

FEDERICO ENGELS: EL OBJETO Y EL MÉTODO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA*

Por Alejandro Malish

La doctrina económica del marxismo está fundamentalmente elaborada en los trabajos de Marx. La Economía Política proletaria cobró forma y significación histórica universal gracias a Marx y a su obra *El Capital*. Engels desempeñó un papel señalado en la formación y en el desarrollo de esta ciencia. Fue autor del *Esbozo de una crítica de la Economía Política*, primer trabajo acerca de la economía, escrito desde posiciones del socialismo y de la clase obrera, muy apreciado por Marx. Pertenecen a su pluma muchas otras obras relacionadas con la Economía Política. Basta con mencionar *La situación de la clase obrera en Inglaterra, Anti-Dühring, Contribución al problema de la vivienda*. Engels dio la primera definición científica a varias ideas y tesis importantes de la Economía Política.

Son bien conocidos sus méritos en la preparación de distintas ediciones y en la propaganda de *El Capital* de Marx. Su labor, en los tomos II y III de *El Capital*, es tan

---

* Este material fue publicado originalmente por la revista *Ciencias Sociales*, Vol. 3. Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1971, y reimpreso por la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, en 1977.

importante, que Lenin pudo decir con pleno derecho que ambos tomos pertenecían a dos autores, a Marx y a Engels. Después de la muerte de Marx, y cumpliendo su voluntad, Engels compuso de los manuscritos, no listos aún para imprimirse, estos dos armoniosos tomos íntegramente en el espíritu de Marx, y los publicó. Fue una tarea particularmente compleja, y en sumo grado creadora, compaginar con fragmentos manuscritos aislados, de diferente carácter y escritos en distintas épocas, basándose en ocasiones incluso sólo en temas esbozados, capítulos que se insertaron orgánicamente en la estructura general de la obra. Engels escribió notas nuevas, numerosas insertaciones —a veces bastante extensas y de profundo contenido— en el texto del autor, especialmente donde se requería una aclaración o ilustrarlo con materiales nuevos que Marx no había tenido a disposición.

Es imposible sobrestimar el valor científico de los prólogos escritos por Engels para los tomos II y III. Para este último escribió, además, un suplemento especial de dos pliegos de imprenta acerca de la ley del valor y la cuota de ganancia.

El inmenso aporte hecho a la elaboración del objeto y el método de la Economía Política, evidencia el extraordinario talento de Engels como economista.

En estas cuestiones primordiales, la Economía Política burguesa, incluidos los clásicos, había dejado una herencia que necesitaba ser superada o revisada con sentido crítico. Ni siquiera Adam Smith y David Ricardo pudieron hacer una formulación precisa del objetivo de la Economía Política que respondiera a las tareas de la investigación. Adam Smith, por ejemplo, estimaba que su finalidad era esclarecer en qué consisten los ingresos de la masa fundamental del pueblo, o cuál era la naturaleza de esos fondos, que en diferentes siglos y entre distintos pueblos constituían su consumo anual. Ricardo tomaba por tarea principal de la Economía Política definir las leyes que rigen la distribución del producto global entre los dueños de las tierras, los propietarios del capital y los obreros, aunque este autor

se dedicaba, en el fondo, a la producción, y en su teoría económica general expuso de un modo más o menos acertado —en el marco del horizonte burgués—, la fisiología de la sociedad burguesa.

Los economistas vulgares, del tipo de Senior, no daban definición alguna del objetivo, o daban las más triviales. Suponían que la misión de la Economía Política era encontrar explicación a los componentes de la riqueza, con qué procedimientos se produce, se aumenta y se disminuye, y qué leyes rigen su distribución. Las leyes de la producción desaparecían habitualmente de su campo visual, la historia se expulsaba a la esfera de la distribución.

Los economistas burgueses examinaban la producción burguesa como una forma absoluta, y partían de que las relaciones de producción eran inmutables. Para ellos eran igualmente estáticas, naturalmente, las categorías científicas que debían expresar esas condiciones y relaciones. Incluso, en los clásicos, el análisis revestía, en lo fundamental, carácter cuantitativo, y no cualitativo. El valor, el salario, etcétera, no les interesaba por la esencia del concepto, sino, ante todo, como determinadas magnitudes, dotadas de dinámica propia, las cuales se desenvuelven en el marco y sobre la base de un contenido estable.

Federico Engels, conjuntamente con Marx, en pos de él, a veces en forma paralela y, en parte, después de la muerte de éste, echaba decididamente por tierra las representaciones rutinarias, descubría nuevos horizontes para la Economía Política y la pertrechaba de un nuevo método investigativo.

Según Engels, la Economía Política tiene por objeto el estudio de las leyes que rigen la producción y el intercambio de los bienes materiales vitales en la sociedad humana. El modo de distribución depende del modo de producción y el intercambio, que determinan el primero. Las condiciones de producción, intercambio y distribución de los productos no es inmutable. A cada época histórica le es propio uno u otro modo de producción, y los modos de intercambio y distribución adecuados a él. "Por eso la Eco-

nomía Política no puede ser la misma para todos los países ni para todas las épocas históricas."[1]

En limitados periodos históricos de determinadas épocas, los postulados y las leyes de la Economía Política pueden variar hasta cierto punto, según sea la peculiaridad concreta del modo de producción y el intercambio en cada país dado. La Economía Política, ciencia histórica por su esencia, que maneja un material en constante cambio, investiga, en primer término, las leyes especiales de la producción, el intercambio y la distribución, en cada escalón, por separado, del desarrollo de la producción.

En vida de Marx y Engels, la Economía Política del capitalismo era la mejor elaborada. *El Capital* —obra fundamental de Marx— está dedicado principalmente a dilucidar las leyes del movimiento de la sociedad capitalista. Las fases anteriores de desarrollo de la producción y el intercambio, no se indagaban con tantos pormenores como el capitalismo. Las ideas acerca del futuro régimen comunista revestían carácter de previsiones científicas y se basaban en el análisis de las tendencias esenciales de la forma capitalista de producción y apropiación, en el estudio de la lucha económica y política de la clase obrera.

En el *Anti-Dühring* Engels formuló el concepto de la Economía Política en el sentido más amplio, como ciencia "de las condiciones y las formas bajo las que producen y cambian lo producido las diversas sociedades humanas, y bajo las cuales, por tanto, se distribuyen los productos en cada caso concreto [. . .]"[2] Por entonces, es decir, después de ver la luz el tomo I de *El Capital*, subrayaba que tal Economía Política "aún debía crearse". Así, pues, se planteaba la tarea de estudiar minuciosamente las leyes de la producción y el intercambio no sólo de la sociedad capitalista, ya analizadas detalladamente por Marx, sino también las de las sociedades esclavista, feudal y comunista.

En esta concepción del objeto de la Economía Política

---

[1] Federico Engels, *Anti-Dühring*, p. 179, Editora Política, La Habana, 1963.

[2] *Ibídem*, p. 183.

se fijó después Lenin, cuando el joven Estado soviético y el Partido Comunista emprendieron prácticamente la edificación del socialismo. En aquel periodo algunos teóricos promovían el siguiente punto de vista erróneo: el capitalismo es una sociedad desorganizada, espontánea, "carente de sujeto", donde las circunstancias casuales desempeñan a veces un papel excesivamente grande, de ahí que sea necesario estudiar sus principios contradictorios internos. El tránsito del capitalismo a la sociedad socialista de sujetos organizados, donde todo está predeterminado por las propias peculiaridades del socialismo, por la existencia de objetivos conscientemente formulados, desplaza del orden del día la necesidad de realizar una labor cognoscitiva en la esfera de la economía y hace que no tenga objeto la teoría económica. Este punto de vista era sustentado, en particular, por Bujarin. Lenin, en sus anotaciones al libro de Bujarin *La economía del periodo de transición*, criticó la interpretación voluntarista de las relaciones de producción socialistas, interpretación según la cual se sustituían los vínculos que se formaban de un modo objetivo entre los miembros de la sociedad, respecto a la producción, por cierto sistema prescrito de relaciones.

Lenin, contrariamente a Bujarin —quien consideraba que la Economía Política debe circunscribirse al estudio de las relaciones capitalistas mercantiles, y que el fin del capitalismo implica asimismo el fin de la Economía Política—, afirmaba que ésta no se extingue, en modo alguno, con el triunfo del socialismo. Incluso señalaba la comunidad de algunas leyes económicas tanto para el capitalismo como para el socialismo (por ejemplo, la división del producto social en necesario y plusproducto; la necesidad de la acumulación para la reproducción ampliada). Lenin indicó claramente que la definición dada por Bujarin al objeto de la Economía Política como ciencia que sólo estudia las relaciones de producción de la formación capitalista era un paso atrás contra Engels,[3] contra la interpretación

---

[3] Ver *Recopilación leninista XI*, p. 349, Moscú, 1929 (edición en ruso).

dada por Engels a la Economía Política en el más amplio sentido.

El ejemplo personal de Lenin, quien elaboró muchas cuestiones importantes de la Economía Política del socialismo, los adelantos logrados por las posteriores generaciones de economistas, el hecho hoy indiscutible de que la Economía Política del socialismo existe en la realidad, como existe en la realidad el modo de producción e intercambio que ella estudia, son todos factores que confirman la certeza incuestionable y la extraordinaria utilidad de la amplia concepción del objeto de la Economía Política dada por Engels. Esta profundísima interpretación de las tareas de la Economía Política tiene un significado teórico y práctico imperecedero.

Como hemos dicho, podemos dejar constancia de que Engels incluía en el objeto de la Economía Política el estudio de las funciones primordiales de la sociedad humana que, a su vez, son la condición imprescindible para su existencia: la producción y el intercambio, o con más exactitud, las leyes económicas objetivas que los rigen. Con estas dos funciones está ligado, y ellas determinan, el modo de distribución de bienes producidos, que ejerce, asimismo, una influencia inversa sobre aquéllas. Engels criticó enérgicamente a los teóricos de la "distribución" pura, estimaba que sus concepciones vulgares distaban mucho de la verdadera ciencia económica. Defendía, de un modo consecuente, la tesis de la primacía de la producción y, en consecuencia, del trabajo, e indicaba que la distribución es una función derivada, secundaria, que "la distribución es siempre, en sus rasgos decisivos, fruto necesario de las relaciones de producción y de intercambio vigentes en una determinada sociedad, así como de las condiciones históricas previas de esta misma sociedad".[4] Con ello, Engels recalcaba el carácter limitado y superficial de las reformas realizadas en la esfera de la distribución, inclusive si la prédica de las mismas se revestía a veces de formas en extremo radicales.

[4] Federico Engels, ob. cit., p. 187.

Los medios técnicos de trabajo, los medios de transporte y de comunicación o, de un modo más generalizado, las fuerzas productivas materiales, no pueden quedar al margen de la Economía Política, aunque no sea más porque las relaciones de producción son relaciones entre personas con respecto a las cosas. A esto se refería Engels al decir: "La economía no trata de cosas, sino de *relaciones* entre personas y, en última instancia, entre clases; si bien estas relaciones van siempre *unidas a cosas y aparecen como cosas*."[5] Las relaciones de producción son determinadas por el carácter de las fuerzas productivas, y su reproducción y desarrollo se opera en el proceso de movimiento de las fuerzas productivas, y, por consiguiente, del producto social.

La definición propiamente técnica de los medios de producción, de transporte y comunicación, así como las condiciones de su explotación, pertenecen a la esfera de otras ciencias especiales. Lo mismo ocurre con el medio geográfico. Puede ser objeto de estudio en la Economía Política sólo en la medida en que influya directa o indirectamente en el modo de producción, en que se refleje en los índices cuantitativos y cualitativos de la producción y el intercambio y, por lo tanto, aporte, en última instancia, ciertas "enmiendas" —por lo menos en el aspecto cuantitativo— en la esfera de la distribución.

A la par del esclarecimiento de las leyes objetivas del modo de producción e intercambio, de la forma concreta de relaciones económicas, a la par de puntualizar —al propio tiempo— las contadas leyes absolutamente generales, aplicables a la producción y al intercambio en general, Engels entendía que una tarea y un rasgo importante de la Economía Política era descubrir la condicionalidad objetiva de los tránsitos de una forma social de producción a otra, de una forma inferior a otra superior. La Economía Política es auténticamente científica sólo si descubre, den-

---

[5] Federico Engels, "La contribución a la crítica de la Economía Política, de Carlos Marx", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, t. I, p. 360, Moscú, 1966.

tro de la forma vigente, los elementos de la futura organización de la producción, nueva y más perfecta, que elimine los defectos de la vieja forma y solucione sus contradicciones internas. Marx fue el primero en crear una Economía Política de este tipo.

Cuando Engels, a título de economista, recurría en su labor científica a la producción capitalista contemporánea, buscaba, al igual que Marx, las antítesis que la llevarían irremisiblemente a la extinción, las que anunciaran la aparición de su sucesor histórico. El análisis marxista del capitalismo en aquella época, cuando el pensamiento económico oficial afirmaba a todos los vientos que este régimen era eterno y el más razonable, llevó a Engels a la firme convicción —corroborada más tarde por la historia— de que el socialismo, sucesor de la producción capitalista, "llama ya a las puertas".[6]

La Economía Política trata acerca de la economía, estudia la forma de desarrollo de las fuerzas productivas, o sea, las relaciones de producción y las leyes propiamente dichas de la producción que, en última instancia, es la condición decisiva de existencia y progreso de la sociedad. Estudia las formas de propiedad sobre los medios de producción, las formas sociales en que los hombres se apropian de los objetos de la naturaleza. Por otra parte, principalmente, en sus últimos años de vida, Engels advertía a los economistas que era preciso estudiar "los reflejos económicos, políticos y otros", es decir, las esferas relacionadas con la producción que inciden en ella aunque no la integren directamente, y por lo común la siguen en su movimiento, pero están fuera de ella. Señalaremos aquí las ideas de principio, expuestas por Engels a Konrad Schmidt en su carta del 27 de octubre de 1890.

La producción domina en el mercado de títulos; sus leyes son determinantes para ambos mercados, mas dentro de esa dependencia común, ambos poseen sus propias leyes y fases, que influyen, en el curso de la producción. Es

---

[6] Federico Engels, *Anti-Dühring*, edición citada, p. 182.

más, al ampliarse el comercio en dinero hasta llegar a ser comercio en títulos, no sólo a modo de obligaciones del Estado, sino también de acciones de las empresas industriales y del transporte, ese comercio adquiere un predominio directo en un sector de la producción, los banqueros y comerciantes de títulos se apoderan de algunas empresas y, en realidad, comienzan a dirigir la producción.

El mercado monetario, como esfera relativamente independiente, puede atravesar sus propias crisis, engendradas por factores, en relación con los cuales las alteraciones producidas por las crisis en la industria sólo desempeñan un papel secundario o no desempeñan papel alguno. Pero las crisis monetarias, y cualquier otra perturbación del mercado monetario, deben obligatoriamente ejercer una reacción en la situación industrial. La previsión de Engels en estas cuestiones, se ve plenamente confirmada por el carácter adquirido por las crisis contemporáneas de divisas en el mundo burgués, por el hecho de que éstas estallan incluso en la fase ascendente del ciclo económico.

Engels decía que el movimiento político es determinado por el movimiento económico, que de las necesidades concretas de la vida económica surge la fuerza política: el Estado, que cada vez más refleja determinados intereses económicos.[7] El Estado, en su totalidad, indicaba Engels, "no es [. . .] más que el reflejo en forma sintética de las necesidades económicas de la clase que gobierna la producción".[8] Pero el Estado posee asimismo una autonomía relativa, y el movimiento del poder estatal —al igual que el del mercado monetario y el del mercado de títulos— puede incidir en las relaciones económicas y en el desarrollo de la producción. "Es un juego de acciones y reacciones entre dos fuerzas desiguales: de una parte, el movimiento económico, y de otra, el nuevo Poder político, que aspira a la

[7] Federico Engels, "Engels a K. Schmidt", en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. II, pp. 497-498.

[8] Federico Engels, "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. II, p. 396.

mayor independencia posible y que, una vez instaurado, goza también de movimiento propio."[9] Engels distinguía tres variantes posibles en la "reacción" del Poder estatal sobre el desarrollo económico: 1) en la misma dirección, y en este caso el desarrollo de la economía es más rápido; 2) contra las tendencias de fomento de la economía, maduradas objetivamente y necesarias, y en este caso el Poder estatal demuestra su evidente anacronismo y marcha directamente hacia su propia bancarrota; 3) las acciones del Poder estatal que llevan una línea alternada, en favor del progreso económico o en contra de él.

La clase obrera y su vanguardia política, representada por un Partido bien organizado, luchan por la implantación de la dictadura del proletariado, teniendo perfecta noción de que este nuevo Poder que ha venido a sustituir el predominio de la burguesía no puede ni debe ser económicamente neutral y menos aún inepto. Una de las misiones trascendentales de la dictadura del proletariado es la dirección científica de la economía y la organización planificada de la gestión económica de productores asociados. La potencia económica del Poder estatal se incrementa de un modo inconmensurable gracias a que existe la propiedad social sobre los medios de producción.

De aquí se desprende, en particular, la siguiente deducción: la actividad económica de los Estados burgueses contemporáneos, las diversas formas y métodos de la economía monopolista de Estado y la regulación de la economía deben ser estudiados y, como es notorio, son estudiados por la Economía Política, aunque quizá estos problemas no atañen directamente a su objeto. Nadie niega que los problemas socioeconómicos del capitalismo monopolista de Estado, emanentes de la fusión de la fuerza del Estado burgués con la de los monopolios, sean un componente importantísimo de la Economía Política del capitalismo moderno.

---

[9] Federico Engels, "Engels a K. Schmidt", en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. II, p. 497.

Tampoco cabe la menor duda de que el examen de la gestión económica realizada por el Estado socialista —y no sólo de las bases objetivas, sino también de los aspectos generales, las formas y métodos de la Economía Política, el mecanismo con que se utilizan las leyes objetivas económicas mediante la Economía Política, y la influencia inversa, en general, de las categorías de la superestructura sobre la base económica de la sociedad, es decir, sus relaciones de producción—, incumbe a la esfera de la teoría y forma parte del núcleo de problemas que estudia la Economía Política del socialismo.

La Economía Política del socialismo es la base de la política económica justa, o sea, de una política que expresa científicamente las necesidades ya maduras para el desarrollo de las fuerzas productivas. La política económica, al elaborar medidas concretas y planes de fomento de la economía de la sociedad socialista, se apoya en las conclusiones y las tesis de la Economía Política. Por otro lado, ésta toma en cuenta el influjo de la política económica concreta en el carácter y la forma de manifestación de las leyes económicas, cuyo conjunto global define el tipo dado de relaciones de producción. Por consiguiente, la Economía Política y la política económica están interrelacionadas, mas no son idénticas. No está separadas por un límite inmóvil, pero tampoco coinciden.

La crítica burguesa y reformista de derecha —de larga historia— hecha a los conceptos de Engels, y la artificial contraposición de los mismos a los conceptos de Marx se proponen, en gran medida, establecer supuestas "diferencias" metodológicas. Algunos autores tratan de presentar a Engels, ni más ni menos, como a una persona que, siendo fiel a Marx de palabra, en los hechos vulgarizó el carácter dialéctico de la concepción general del desarrollo histórico; como a un hombre que defendía —en sustitución de la concepción dialéctica marxista de la historia— el "comunismo seudodialéctico" universal; la unidad del proceso orgánico infinito y el proceso de desarrollo de la sociedad. Afirman que Engels habría colocado en el mismo tapete

las leyes del desarrollo de la naturaleza y las del desarrollo de la sociedad, habría usado el mismo rasero para interpretar las leyes en que se basa el movimiento del mundo de la naturaleza circundante y el mundo de los propios hombres.[10] Según sus "críticos", Engels aparece como un darwinista social, que confía en la espontaneidad omnipotente de la evolución estrictamente determinada, evolución que va eliminando de su paso al débil y abre vía libre a los elegidos, a los favoritos de la suerte.

Mas, basta recordar los planteamientos de Engels en cuanto al método de la Economía Política, para que todas estas acusaciones se derrumben como un castillo de naipes. Engels, precisamente en el espíritu de Marx, dio definiciones profundas a los lados flacos del método de la Economía Política burguesa. Se le debe la crítica a la nulidad metodológica de Eugen Dühring, pretensioso "transformador" de todas las ciencias sociales. Y es oportuno recordar aquí, que en la década del 70 del siglo XIX este escritor pudo confundir con sus obras —en particular con su *Curso de economía nacional y social*— incluso a líderes muy inteligentes, de una honradez política impecable, fieles hasta el fin a los ideales del socialismo. En sus redes cayó, por ejemplo, Augusto Bebel, quien dijo del *Curso de economía nacional y social* que era "la mejor obra económica de los tiempos contemporáneos" después de *El Capital* de Marx. Engels definió las peculiaridades principales del método revolucionario de la Economía Política marxista.

La metafísica fue el rasgo determinante del método burgués de la Economía Política, que "surgió en la mente de los hombres geniales de fines del siglo XVII", y llegó al punto culminante en los trabajos de David Ricardo. Las categorías y leyes formuladas por los economistas burgueses no expresaban las relaciones y necesidades de su época, sino la razón eterna; no eran la expresión de una forma históricamente concreta de la gestión económica, sino de leyes eternas de la naturaleza. Las leyes económicas de la pro-

---

10 Ver H. K. Steinberg, *Sozialismus und Sozialdemokratie*, pp. 44, 56, Hannover, 1967.

ducción y el intercambio se deducían de la esencia inmutable de hombre, aunque, al mirarlo más de cerca, resultaba que ese hombre inmutable era contemporáneo de ellos, se dedicaba a la producción y el comercio en el terreno de las relaciones, absolutamente concretas, de la sociedad burguesa, que por aquella época estaba en proceso de formación o ya estaba constituida en sus características fundamentales. La conducta de ese hombre "inmutable", su mentalidad y acciones dependían enteramente de las peculiaridades específicas del modo de producción propio de la sociedad burguesa.

El carácter histórico de la Economía Política presupone el estudio de las relaciones económicas reales en los diferentes países y en las distintas fases de la civilización. Inclusive los clásicos burgueses menospreciaban este importante principio metodológico. Según palabras de Engels, "el bueno y el viejo" Adam Smith, en sus síntesis racionalistas, "tomaba las condiciones que reinaban en Edimburgo y en los alrededores de los condados escoceses por normales para todo el universo".[11]

Un mérito indudable de Smith fue reconocer el carácter objetivo de las relaciones económicas, su aplicación consecuente, en general, del principio de la causalidad, su afirmación de que unos u otros fenómenos económicos están condicionados a ciertas causas que no dependen del objetivo consciente. Así, por ejemplo, Smith no explicaba la división del trabajo, con sus ventajas para la producción social y para el bienestar general, como resultado de la sabiduría o la previsión de alguien, sino como efecto de la inclinación por el comercio —que se desarrolla lenta y paulatinamente—, por el intercambio de un objeto por otro. El carnicero, el vendedor de cerveza o el panadero no comercian uno con otro en virtud de su mutua benevolencia, sino porque cada uno de ellos trata de atenerse a su pro-

[11] Federico Engels, "A Nikolai Frantsevich Danielson. 29-31 de octubre de 1891", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras*, 2a. edición en ruso, t. 38, p. 171, Editorial de Literatura Política, Moscú, 1965.

pio interés. Mas estas relaciones, que se forman de un modo objetivo y llegan a su máximo desarrollo en el terreno burgués, este "orden natural" era absolutizado por Smith, quien lo consideraba norma para todos los pueblos y épocas, y declaraba que las otras formas sociales eran, por el contrario, una desviación de la "norma natural", algo así como una equivocación.

Engels acudió a la nueva variante de la Economía Política burguesa, promulgada por Dühring —"crítico fundamental" y "reformador" del socialismo—, y demostró que en ella tampoco se trataba de las leyes históricas, sino de las denominadas leyes naturales, cuyas formulaciones pretendían ser "verdades perpetuas", "verdades definitivas en última instancia".

Dühring, en lugar de deducir de la producción y el intercambio las leyes de la distribución construyó esquemas idealistas y voluntaristas, al estilo del esquema de "dos personas", cuyas fuerzas económicas se combinan y se ponen de acuerdo entre sí respecto a sus objetivos; o bien en el proceso de la actividad común una de las partes es violentamente reducida por la otra a la situación de "simple esclavo o simple instrumento para los servicios económicos". La causa y el punto final de todo es la violencia al desnudo, que surge y existe gracias a circunstancias casuales, y es digna de ser censurada como un hecho inmoral e injusto. De este modo, Dühring transfirió la teoría de la distribución "del campo económico al campo de la moral y del derecho, es decir, del campo de los hechos materiales firmes al campo de las opiniones y los sentimientos más o menos fluctuantes".[12] De las representaciones idealista-subjetivas de Dühring derivaban sus peroratas políticas, exigiendo que la distribución de los productos del trabajo se pusiera inmediatamente en consonancia con los eternos y universales principios morales y justos, sin tomar en cuenta, en lo más mínimo, las causas reales que hacen necesaria esa forma dada de distribución, sin indicar que es preciso

---

[12] Federico Engels, *Anti-Dühring*, edición citada, pp. 189-190.

eliminar o modificar las causas reales de la forma capitalista de distribución, efectivamente injusta.

Después de ver la luz *El Capital* de Marx, en Alemania alzaron bien alta su voz —en evidente oposición a la doctrina económica del marxismo— los partidarios de denominado "método histórico" en la ciencia económica, quienes reemplazaban el análisis teórico de las leyes objetivas de la producción y el intercambio por el registro y la descripción superficial de un profuso número de hechos. Además, para evitar que los acusaran de anticientificismo, injuriaban las escuelas verdaderamente científicas de Economía Política —inclusive a los clásicos burgueses—, diciendo que eran especulativas, que estaban aisladas de la vida, mientras elogiaban por todos los medios su propia "economía política", afirmando que revestía carácter de ciencia práctica y, por lo tanto, necesaria. En esta metamorfosis objetivamente legítima del pensamiento económico burgués, Engels advirtió uno de los síntomas de su extremada descomposición. En cierta ocasión escribió a Danielson: "Para mostrarle hasta qué hondo llegó la degradación de la ciencia económica, Lujo Brentano publicó la conferencia «Economía Política clásica» (Leipzig, 1888), en la cual proclama: la Economía Política general o teórica no vale nada; toda la fuerza está en la Economía Política especializada o práctica. Al igual que en las ciencias naturales (!), debemos limitarnos *a describir* los hechos; tales descripciones son infinitamente más elevadas y valiosas que todas las deducciones apriorísticas. ¡Al igual que las ciencias naturales! ¡Esto es *inconcebible*! Y esto se dice en el siglo de Darwin, Mayer, Joule, Clausius, en el siglo de la evoución y de la conversión de la energía."[13] Los adeptos al "método histórico", Brentano en el caso concreto, trataban de apuntalar su opinión, como vemos, remitiéndose a las ciencias naturales. Mas era una tentativa con malos medios, pues los notables adelantos en la esfera de las cien-

[13] Federico Engels, "A Nikolai Frantsevich Danielson. 15 de octubre de 1888", en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. 37, pp. 92-93.

cias naturales estaban vinculados precisamente con el establecimiento de leyes ocultas a la observación superficial, leyes que expresaban la propia esencia de los fenómenos de la naturaleza, que existe objetivamente. El progreso en biología, física y otras ciencias naturales, así como en la ciencia económica, sólo se lograría encauzándolo hacia la penetración en los procesos de fondo.

El método de Marx, el método de la Economía Política marxista, es la dialéctica materialista, la ciencia basada en las leyes universales del desarrollo del mundo material y su conocimiento.

Hegel formuló leyes fundamentales de la dialéctica y de la lógica dialéctica, pero en Hegel, subrayaba Engels, la dialéctica estaba desfigurada, pues debía expresar "el autodesarrollo del pensamiento" y, por consiguiente, la dialéctica intrínseca de las cosas materiales que existen independientemente de lo que sepamos o pensemos de ellas, sólo podía ser un destello, un reflejo de ese "pensamiento que se autodesarrolla". En lugar de las construcciones abstractas de Hegel, que por cierto contenían importantes transiciones, como por ejemplo, la de la cantidad a la cualidad y viceversa, Marx, conservando el descubrimiento de esas transiciones, brindó un panorama vivo y convincente del desarrollo concreto de la sociedad. En particular, el análisis que hace en *El Capital* de la historia y la naturaleza de la mercancía, la cristalización de una nueva mercancía especial, procedente del mundo mercantil, a saber, el dinero y la transformación del dinero en capital, puede ser ejemplo de exposición científicamente fidedigna de la realidad, que corrobora, al mismo tiempo, la autenticidad de las transiciones dialécticas, a las que Hegel llegó por vía especulativa.

La dialéctica materialista, como método de la Economía Política no propone improvisar fantasías, ni esquemas seudocientíficos, desnudos y aislados de la vida, ni tampoco dedicarse a la contemplación de hechos visibles, sino, por el contrario, propone estudiar las relaciones económicas reales, penetrar en la propia esencia de los hechos y de sus

vínculos recíprocos, seleccionarlos con severidad y sistematizarlos, dilucidar las fuerzas y las tendencias motoras del desarrollo sociohistórico.

Al analizar las formas económicas, Marx señalaba la imposibilidad de utilizar los "instrumentos" corrientes de los naturalistas: el microscopio y los reactivos químicos. Desde que se pronunciaron estas palabras, el conjunto de procedimientos y medios concretos de la investigación científica se ha enriquecido muchísimo, y no sólo entre los naturalistas. La técnica electrónica de computación más moderna se ha puesto al servicio del estudio de los procesos económicos, asimismo se aplica la modelación matemática. Mas en la Economía Política también ahora, como hace cien años, desempeña un inmenso papel —si no el primordial— la fuerza de la abstracción, la capacidad de saber reducir el contenido general, implícito en las cosas y las relaciones, a la expresión mental más sintetizada. Las abstracciones obtenidas de este modo son auténticamente científicas y valiosas para las finalidades cognoscitivas. Estas abstracciones no son producto de una arbitrariedad intelectual. En forma de pensamiento reflejan sólo lo que realmente está implícito en las cosas y en las relaciones que interesan al investigador.

Las abstracciones y los conceptos científicos deben expresar la esencia de las cosas, sus relaciones mutuas, su movimiento, su desarrollo. "Allí donde las cosas y sus mutuas relaciones no se conciben como algo fijo e inmutable —escribía Engels—, sino como algo sujeto a mudanza, es lógico que también sus imágenes mentales, los conceptos, se hallen expuestas a cambios y transformaciones, que no se las enmarque en definiciones rígidas, sino que se las desarrolle en su proceso histórico o lógico de formación."[14] Engels consideraba, por ejemplo, que la ley del valor era un ejemplo de escrutinio lógico de los vínculos internos existentes en el proceso histórico de formación y desarrollo de la producción mercantil, la explicación de este proceso

---

[14] Carlos Marx, *El Capital*, t. III, p. 17, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973.

en el pensamiento. No es una ficción, ni una hipótesis infundada, sino el reflejo científico de las relaciones reales.[15]

Es importante, luego, establecer el nexo lógico entre las distintas definiciones abstractas, situar correctamente a cada una respecto de las demás. Es preciso, en resumen, construir un sistema subordinado de abstracciones, porque la ciencia no requiere conceptos aislados o agrupados en desorden, sino un sistema determinado, estrictamente consecuente.

En algunos lugares se está poniendo en moda presentar la Economía Política como cierta variedad de la matemática aplicada, se pretende "matematizar" a tal punto la Economía Política, que el aparato lógico-abstracto y el instrumental cedan paso al simbolismo matemático, a las fórmulas, etcétera. Algunos admiradores, demasiado celosos de esta moda, no tienen inconveniente en filosofar incluso acerca de la "fisicalización" de la Economía Política. Proponen renunciar a su denominación tradicional, cabalmente justificada, y sustituirla por otra "moderna", que debería reflejar el creciente papel de los métodos matemático-económicos de investigación.

En la esfera de los procedimientos y medios concretos para el estudio de los procesos económicos, el progreso no implica, en modo alguno, que en la Economía Política se descarte la primacía del análisis cualitativo.

El carácter lógico-abstracto e histórico de la Economía Política no da fundamento alguno para tildarla de ciencia puramente descriptiva, distante de los problemas prácticos de la economía, ni para exigir la creación de una nueva Economía Política "práctica". Claro, con el progreso económico y científico-técnico se irá irremisiblemente ahondando la diferenciación de las ciencias económicas, se irán desgranando nuevas ciencias, preferentemente las aplicadas. Se sobrentiende que la formación de nuevas ramas de la producción y la ampliación de la esfera de los servicios crean premisas para el surgimiento de una serie de

[15] Carlos Marx, "El Capital" (tomo III), en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. 25 II, p. 469.

nuevas disciplinas económicas. Pero la base teórica para todas las ciencias económicas es y será, sin duda alguna, la Economía Política.

A fin de difamar a Marx y su doctrina, aún en vida de él se hizo correr la acusación de que había plagiado a Rodbertus. El análisis detallado de la inconsistencia de tal acusación es un tema aparte. Pero aquí es oportuno recordar sólo las aclaraciones dadas por Engels acerca de la esencia de las abstracciones en *Das Kapital* de Rodbertus-Jagetzow. Estas aclaraciones demuestran por sí solas que las bases teóricas de Marx y de Rodbertus eran diametralmente opuestas, y con ello anulan el absurdo invento del plagio.

Mientras en Marx la abstracción teórica es la manifestación del contenido material del objeto de estudio, Rodbertus, por el contrario, comienza por confeccionar, en el fondo, una imagen mental infundadamente ideal del objeto, formula un concepto abstracto, y luego ajusta las cosas o las relaciones a la forma lista.

A diferencia de Marx, quien subrayaba siempre el carácter perecedero de las cosas materiales y de las relaciones sociales, Rodbertus buscaba en las cosas y en las relaciones sociales el contenido auténtico y eterno. Por ejemplo, operaba con el concepto de capital verdadero, confundiendo el capital con el medio de producción, desprendiéndose de todo lo que convierte el medio de producción en capital, en tanto que interpretaba después el capital contemporáneo —que no encuadraba en los falsos marcos teóricos— como la realización inconclusa del concepto de capital verdadero. Rodbertus no iba de la relación social real al concepto adecuado, sino de un concepto especulativamente construido a la realidad ficticia, que habría de crearse en el espíritu de ese concepto.

Pero, como es natural, ni siquiera un concepto estrictamente científico es copia de la vida real. En la carta del 12 de marzo de 1895 a Schmidt, Engels decía al respecto lo siguiente: "El concepto no es directa e inmediatamente la realidad, y la realidad no es directamente el concepto

de esa misma realidad [. . .]; el concepto tiene su naturaleza propia [. . .], no coincide directamente y *prima facie* con la realidad, de la única que puede deducirse."[16] A título de ejemplo de tal no coincidencia parcial del concepto con la realidad que éste expresa, Engels traía a colación el concepto de la cuota de ganancia general, o media, en su confrontación con la práctica económica viva. "Ésta [la ganancia] en cada momento dado existe sólo aproximadamente. Si alguna vez se realiza en dos empresas exactamente igual, si ambas empresas en algún año concreto obtienen la *cuota idéntica de ganancia* [. . .], la cuota de ganancia sólo existe como término medio para muchas empresas y para toda una serie de años."[17] El feudalismo vivo jamás correspondió plenamente a su concepto. Esta observación de Engels[18] puede hacerse extensiva, en igual medida, al capitalismo.

El concepto, aunque no coincide directamente con la realidad, o no siempre coincide, por eso no pasa a ser una ficción; debe expresar los rasgos dominantes y las tendencias principales del fenómeno, del proceso, de la forma social, etcétera. La unidad de concepto y fenómeno se afirma como un proceso infinito de aproximación mutua.

Engels siempre se sublevaba enérgicamente contra los esquemas acabados en la ciencia, y consideraba inadmisible ordenar los complejos fenómenos sociales por repisas conocidas con antelación. Le indignaba que se ajustaran los hechos para obtener las deducciones deseadas. Decía: "[. . .] La primera condición de toda crítica: la ausencia de un criterio preconcebido."[19] Desde este punto de vista, es de gran interés metodológico la carta escrita por Engels a Lafargue el 11 de agosto de 1884.

---

[16] Federico Engels, "A Konrad Schmidt. 12 de marzo de 1895", en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. 39, p. 354.

[17] *Ibídem*, p. 355.

[18] *Ibídem*, p. 356.

[19] Federico Engels, "Prefacio a la primera edición alemana", en Carlos Marx, *Miseria de la Filosofía*, p. 20, Editorial Progreso, Moscú, s/f.

En esta carta Engels hace un análisis concreto al manuscrito de una reseña, escrita por Lafargue, al libro *Colectivismo. Comprobación crítica del nuevo socialismo*, del economista y sociólogo burgués francés Leroy Beaulieu; además, le recordaba a Lafargue: "Marx protestaría contra 'el ideal político y social' que usted le atribuye. Desde el momento en que se trata de un 'hombre de ciencia', de la ciencia económica, no debe tener un ideal, él elabora resultados científicos, y cuando además es un hombre de partido, lucha porque esos resultados se apliquen en la práctica. El hombre que posee un ideal no puede ser un hombre de ciencia, pues parte de un criterio preconcebido."[20] Por lo visto, el término "ideal" se utiliza aquí en el sentido de postulación de una tesis sin demostraciones, al modo voluntarista, en consecuencia con un deseo puramente subjetivo, que reconoce la necesidad de extraer conclusiones al basarse única y exclusivamente en el análisis científico detallado del material efectivo.

La ciencia rechaza los inventos "ideales". Pero sus deducciones bien comprobadas pueden tener el valor de ideal, digno de que se luche por él. El sublime ideal de la lucha liberadora de la humanidad es el comunismo, elaborado científicamente por Marx, Engels y Lenin.

La Economía Política, por su propio nombre, ya presupone el enfoque clasista, obligatoriamente de Partido, la actitud parcial, la defensa y argumentación de los intereses económicos y políticos de una clase determinada. La Economía Política burguesa fue, desde un comienzo, la ciencia del enriquecimiento de la burguesía, aunque hablara formalmente del enriquecimiento del pueblo o de la nación. Identificaba simplemente los estrechos intereses clasistas de los propietarios de los medios básicos de producción con los intereses de toda la sociedad.

En tanto la burguesía era una clase ascendente, su apología respondía, en todo y por todo, a los requisitos del

---

[20] Federico Engels, "A Paul Lafargue. 11 de agosto de 1884", en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. 36, p. 170.

progreso histórico. Mas, a medida que se exacerbaban las contradicciones entre el carácter social de las fuerzas productivas y su cobertura burguesa, el elogio del orden burgués implicaba que la Economía Política burguesa iba perdiendo cada vez más los elementos de cientifismo y se vulgarizaba de un modo evidente y total. El partidismo de los economistas burgueses, quienes permanecían en las posiciones de la propiedad capitalista inmutable, dejó de coincidir con la objetividad científica y entró en completa contradicción con las exigencias del análisis objetivo científico.

Como demostraron por primera vez Marx y Engels, una clase nueva —el proletariado— llamada a hacer la más profunda revolución social, viene a reemplazar el dominio económico y político de la burguesía. La conclusión acerca de la grandiosa misión histórica que ha de cumplir el proletariado emerge del análisis objetivo de los procesos objetivos que se operan en la esfera decisiva de la vida social: en la producción. Por eso, la consecuente posición partidista de los hombres de ciencia que se situaron abiertamente al lado de la clase obrera es, a un tiempo, expresión de la máxima objetividad científica. Con sus numerosas investigaciones, con su brillante y variada publicística acerca de los problemas de la Economía Política, y en todos los demás problemas que tratara Engels, hombre de excepcional erudición universal, brindó un ejemplo impecable y meritorio de cómo se combina el partidismo insobornable, severo, con la objetividad perfecta, un ejemplo de correspondencia total entre la lógica de la exposición y la historia de la materia.

Para la Economía Política tiene suma importancia metodológica la justa elección de la correlación entre lo lógico y lo histórico, el saber encontrar en cada caso —aplicándola a las peculiaridades del fenómeno o la categoría que se estudia— la medida razonable de los enfoques lógicos e históricos. La subestimación de lo uno en favor de lo otro empobrece el resultado, lleva a deducciones que no desentracan la esencia y la tergiversan. La ya mencionada "escuela histórica" menospreciaba la lógica intrínseca

de los procesos económicos, de ahí que sus trabajos revistieran un carácter en extremo superficial, puramente descriptivo. Sus deducciones carecían de sistema. Smith y Ricardo —considerados los mejores entre los mejores economistas burgueses— trataban de descubrir la esencia de las relaciones mercantiles capitalistas; no pueden descartarse sus méritos ante la ciencia, pero, al mismo tiempo, veían el mundo exterior circundante como algo estático, privado de movimiento histórico. Smith y Ricardo atribuían un carácter eterno e inmutable a las categorías teóricas y a las relaciones expresadas por ellas. Esa absolutización de los conocimientos adquiridos y del nivel alcanzado de desarrollo social condicionó la debilidad de toda la escuela de los clásicos burgueses.

Marx y Engels fueron los primeros, entre los economistas, que además de llegar a comprender el principio de combinación de lo lógico y lo histórico —impuesto por las propias peculiaridades de la Economía Política cual ciencia lógico-abstracta e histórica—, lo pusieron en práctica.

Antes de aparecer *El Capital*, la más destacada representación de ese principio, fue la primera edición del trabajo de Marx *Contribución a la crítica de la Economía Política* (1859), en el cual este principio se aplica sin subrayarlo ni formularlo directamente. En la reseña escrita por Engels a este libro, publicada en el periódico *Das Volk* unos dos meses después de ver la luz esa obra, señaló este factor de gran importancia, rindió honores a uno de los más grandes adelantos del pensamiento creador, realmente innovador y revolucionario de Marx, tanto en la esfera de la Economía Política como en la de la filosofía.

Engels subraya que Marx emprendió su crítica de la Eoonomía Política basándose en el método elaborado por él mismo. Cuando los fundadores del marxismo comenzaban su labor creadora, en el fondo la ciencia disponía de dos métodos de investigación. Por un lado, existía la dialéctica hegeliana en la forma idealista en que la legara Hegel. Por otro, la metafísica, que negaba cualquier desarrollo; los economistas burgueses seguían su requisitos

"para escribir sus gordos e incoherentes libros"[21] como se expresara Engels.

El método metafísico fue echado por tierra por Kant y, especialmente, por Hegel. Después de ellos se hizo evidente su inconsistencia. Pero si aún se utilizaba, ello se debía al temor a la dialéctica de Hegel, a que no comprendían la modalidad de su pensamiento y, por último, a que esa misma modalidad era interiormente contradictoria, necesitaba de una crítica a fondo, pero no se veía nada fácil la tarea de esa crítica. Escribía Engels: "Marx era y es el único que podía entregarse a la labor de sacar de la lógica hegeliana la médula que encierra los verdaderos descubrimientos de Hegel en este campo, y de restaurar el método dialéctico despojado de su ropaje idealista, en la sencilla desnudez en que aparece como la única forma exacta del desarrollo del pensamiento. El haber elaborado el método en que descansa la crítica de la Economía Política por Marx es, a nuestro juicio un resultado que apenas desmerece en importancia de la concepción materialista fundamental."[22]

Una vez elaborado el método de la dialéctica materialista, era preciso resolver cómo utilizarla, pues, como señala Engels, incluso de acuerdo con los requisitos del nuevo método creado por Marx, la crítica de la Economía Política y la investigación político-económica podía formalmente hacerse de dos modos: histórico y lógico.

A primera vista puede parecer que la forma histórica de investigación tiene la ventaja de ser más clara. Por lo pronto, es más explícita. En efecto, tanto en la historia como en el reflejo científico de sus acontecimientos se observa, en general, cierto escalonamiento: el desarrollo desde las relaciones más simples hasta las más complicadas. Mas, lo que a primera vista es justo y más conveniente puede resultar, al mirarlo más de cerca, no del todo justo y no del todo conveniente. La historia, acentuaba Engels con

---

[21] Federico Engels, "La contribución a la crítica de la Economía Política, de Carlos Marx", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, edición citada, t. I, p. 357.

[22] *Ibídem*, pp. 358-359.

justa razón, da saltos y zigzaguea, por eso seguir estrictamente sus pasos podría apartar de lo principal, obligaría a citar un material inmenso que no es de importancia primordial e interrumpiría innecesariamente la idea. De aquí que el científico, el economista político, deba utilizar el método histórico, investigar el verdadero desarrollo, pero de modo que la forma histórica no presione en la investigación, de modo que el método histórico esté depurado de las casualidades que dificultan el análisis de este o aquel fenómeno e impiden estar atentos a las leyes intrínsecas y a la lógica del proceso.

El científico debe tener en primer plano el método lógico, mas no entendido como cierto lo contrario a lo histórico, sino como ese mismo método histórico, enmendado en consonancia con los requisitos de la Economía Política. El economista sitúa bajo su "microscopio" la historia sin zigzagueos, analiza el camino histórico de las categorías, tratando, no obstante, dilucidar su esencia en el ejemplo de formas enteramente desarrolladas. Leemos en Engels: "Allí donde comienza esta historia debe comenzar también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de éste no será más que la imagen reflejada, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica; una imagen reflejada, corregida, pero corregida con arreglo a las leyes que brinda la propia trayectoria histórica; y así cada factor puede estudiarse en el punto de desarrollo de su plena madurez, en su forma clásica."[23] La verdadera trayectoria histórica configura la base objetiva del pensamiento lógico. La deducción de definiciones lógicas debe apoyarse en la historia verdadera. En última instancia, lo lógico y lo histórico deben coincidir. Además, acentúa Engels, el desarrollo lógico no debe, en modo alguno, limitarse a la exposición puramente abstracta. Por el contrario, para él es obligatorio la ilustración histórica, la apelación constante de la realidad.

Es interesante que, en el fondo, estas ideas y definiciones de Engels coinciden en mucho con las reflexiones enuncia-

---

[23] *Ibídem*, p. 359.

das por un motivo análogo por el autor de *Contribución a la crítica de la Economía Política*, y que han llegado hasta nosotros en la introducción a los *Manuscritos económicos* de Carlos Marx (1857-1858), publicados después de su muerte.

No se han conservado testimonios directos de que Marx en 1858-1859, o sea, antes o cuando se publicara la primera edición, comentara a Engels el contenido del esbozo de la Introducción. Pero eso podía haber ocurrido. Es muy probable que incluso solicitara a Engels que en la reseña subrayara especialmente el problema de la correlación entre lo lógico y lo histórico en la investigación económica. Incluso si este supuesto fuera real, cabe decir que Engels mostró con gran persuasión la ventajosa diferencia que había entre la *Contribución a la crítica de la Economía Política* en este sentido, y todas las publicaciones económicas precedentes.

Se proyectaba escribir la reseña en cuestión en tres artículos. Sólo dos vieron la luz. El tercer artículo acerca del contenido económico del libro de Marx no fue escrito por algún motivo o se extravió. Sin embargo, en los dos primeros Engels dio una definición muy armoniosa, refrendada con bastante material del libro, del método de Marx, el único método capaz de dar salida a la Economía Política a un camino sin precedentes por su amplitud.

Engels dominaba a la perfección el método de la dialéctica materialista, elaborado por Marx en virtud de su asimilación crítica de la dialéctica de Hegel, y aplicada prácticamente en *El Capital* y en otros trabajos. Pero Englés no sólo fue un propagador incomparable de la dialéctica materialista marxista, sino que, además, personalmente hizo un notable aporte al desarrollo y a la formulación de sus leyes y categorías. Sus obras son, en particular, un modelo de análisis dialéctico de la realidad económica objetiva. Utilizó magistralmente los elementos positivos implícitos en las teorías de los economistas precedentes y, junto con Marx, construyó el gran edificio de la Economía Política proletaria, que explica la prehistoria del capitalismo, su

naturaleza, las leyes fundamentales de su movimiento histórico y la inevitabilidad de su extinción.

Con respecto al fundamento colocado por Marx y Engels, ya después de ellos se investigaron —ante todo en los trabajos de Lenin— los cambios más nuevos operados en el modo capitalista de producción y la Economía Política del socialismo cobró forma definitivamente. Hoy podemos decir con todo derecho que disponemos de una Economía Política en el amplio sentido, cuya creación fue planteada por Engels ya en la década del 70 del siglo pasado.

ECONOMÍA POLÍTICA*

I. OBJETO Y MÉTODO

La Economía Política, en el sentido más amplio de esta palabra, *es la ciencia de las leyes que rigen la producción y el intercambio de los medios materiales de vida en la sociedad humana.* Producción e intercambio son dos funciones distintas. La producción puede desarrollarse sin intercambio, mas éste presupone siempre, necesariamente, la producción, ya que lo que se cambia son los productos. *Cada una de estas dos funciones sociales se halla bajo la acción de un gran número de influencias específicas del exterior y*, por tanto, *presidida también, en gran parte, por leyes propias y específicas.* Pero, al mismo tiempo, ambas se condicionan a cada paso recíprocamente e influyen de tal modo la una en la otra, que puede decirse que son como la abscisa y la ordenada de la curva económica.

La producción y el intercambio

Las condiciones en las cuales los hombres producen y cambian lo producido varían con cada país y, dentro de éste, con cada generación. Por eso la Economía política no puede ser la misma para todos los países ni para todas *las épocas históricas*. Desde el arco y la flecha, desde el hacha de piedra del salvaje, con sus actos rarísimos y excepcio-

---

* Tanto éste como los dos siguientes fragmentos sobre la Teoría de la Violencia y la Teoría del Valor, proceden de la Sección Segunda del Anti-Dühring, obra publicada por Engels en 1878.

ales de intercambio, hasta la máquina de vapor de mil caballos de fuerza, el telar mecánico, el ferrocarril y el Banco de Inglaterra, media un verdadero abismo. Los habitantes de la Tierra del Fuego no conocen la producción en grandes masas ni el comercio mundial, como tampoco conocen las letras de cambio giradas al descubierto, ni los *cracks* bursátiles. Y quien se empeñase en reducir la Economía política de la Tierra del Fuego a las mismas leyes por las que se rige hoy la Economía de Inglaterra, no sacaría evidentemente nada en limpio, como no fuesen unos cuantos lugares comunes de la más vulgar trivialidad.

La Economía política es, por tanto, una ciencia sustancialmente *histórica*. La materia sobre que versa es una materia histórica, es decir, sujeta a cambio constante; sólo después de investigar las leyes específicas de cada etapa concreta de producción y de intercambio, cerrando la investigación, nos será dado formular, a modo de resumen, las pocas leyes verdaderamente generales aplicables a la producción y al intercambio cualesquiera que ellos sean. *Mas con esto, dicho se está que las leyes que rigen para un determinado sistema de producción o una forma concreta de intercambio son también valederas para todos aquellos periodos históricos en que ese sistema de producción o esa forma de intercambio se presenten.* Así, por ejemplo, al implantarse en la Economía el dinero metálico, entran en acción toda una serie de leyes que rigen y se mantienen en vigor en todos los países y en todas las épocas de la historia en que el intercambio se desenvuelve teniendo al dinero metálico por mediador.

La distribución

El régimen de producción e intercambio de una sociedad histórica dada, y con él las condiciones históricas previas que presiden esa sociedad, determinan a su vez el régimen de distribución de lo producido. En la comunidad tribal o en la comuna campesina organizada a base de la propiedad colectiva del suelo, que es el régimen con el cual,

o con cuyos vestigios notorios, entran todos los pueblos civilizados en la historia, se comprende perfectamente que imperase un sistema de distribución casi igual de los productos; allí donde apunta en la distribución una desigualdad más o menos señalada, esta desigualdad es ya un síntoma de que la comunidad empieza a disolverse. La grande y la pequeña agricultura admiten formas muy distintas de distribución, según las condiciones históricas previas de que hayan brotado.

Pero, es evidente que la agricultura en grande condiciona siempre un régimen de distribución totalmente distinto a la pequeña agricultura; es evidente que, mientras la primera presupone o engendra necesariamente un antagonismo de clases —división en amos y esclavos, en señores feudales y vasallos, en capitalistas y obreros asalariados—, la segunda modela una diferencia de clases que no está condicionada en modo alguno por los individuos que laboran en la producción agrícola, sino que lejos de eso, revela ya, por el mero hecho de existir, la decadencia que se inicia en el régimen parcelario. La implantación y difusión del dinero metálico en países en que la Economía venía desarrollándose, exclusiva o predominantemente, por los cauces naturales, lleva siempre aparejada una conmoción más o menos rápida, más o menos lenta, del sistema tradicional de distribución, un cambio que viene a agudizar más todavía las *desigualdades de la distribución entre los individuos*, y por tanto, *la división entre ricos y pobres*.

La industria artesana de la Edad Media, industria de tipo local y gremial, imposibilitaba la existencia de grandes capitalistas y de obreros asalariados de por vida, con la misma fuerza de necesidad con que la gran industria moderna, la estructura actual del crédito y la forma del intercambio adecuada al desarrollo de esos dos factores, la libre concurrencia, hace que existan.

Las diferencias de clase

Con las diferencias en el régimen de distribución, surgen las diferencias de clase. La sociedad se divide en clases privilegiadas y postergadas, explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas. Y el Estado, que surgió del desarrollo de los grupos naturales y primitivos en que empezaron organizándose las comunidades descendientes del mismo tronco para la gestión de sus intereses comunes (irrigación de la tierra en los países de Oriente, etcétera) y para defenderse contra los peligros de fuera, abrazó a partir de ahora una nueva finalidad: la defensa por la fuerza de las condiciones de vida y de gobierno de la clase dominante frente a la clase dominada.

La distribución no es, pues, mero producto pasivo de la producción y del intercambio, sino que repercute también, y con no menos fuerza, sobre ellos. Todo nuevo régimen de producción, toda nueva forma de intercambio, tropieza al nacer, no sólo con la resistencia que le oponen las formas tradicionales y las instituciones políticas ajustadas a ellas, sino también con la barrera del viejo régimen de distribución, y tiene que luchar duramente y durante largo tiempo hasta conquistar el sistema de distribución adecuado a la nueva modalidad de producción o de intercambio. *Pero cuanto más dinámico, cuanto más susceptible de perfección y desarrollo sea un determinado régimen de producción e intercambio, antes alcanzará también el régimen de distribución un grado en que deje atrás a su progenitor, un grado de progreso en que se haga incompatible con el régimen antiguo de intercambio y producción.*

Las viejas comunidades naturales, a que ya nos hemos referido, pudieron vivir miles de años, como ocurre todavía con los indios y los esclavos de hoy, antes de que el comercio con el mundo exterior engendrase en su seno las diferencias patrimoniales que habían de acarrear su disolución. En cambio, *la moderna producción capitalista, que no cuenta más de trescientos años de vida* y que no se

ha impuesto hasta después de la *implantación de la gran industria, es decir, hasta hace unos cien años*, ha provocado durante este breve periodo tales antagonismos en el régimen de distribución —concentración de capitales en unas cuantas manos y concentración de las masas desposeídas en unas cuantas ciudades grandes—, que estos antagonismos necesariamente la harán perecer.

Enlace entre el régimen de distribución y las condiciones materiales de vida

El enlace entre el régimen de distribución vigente y las condiciones materiales de existencia de una determinada sociedad es algo tan arraigado en la naturaleza de las cosas, que suele reflejarse, por lo común, en el instinto popular. Mientras un régimen de producción se desarrolla en sentido ascensional, cuenta incluso con la adhesión y el homenaje entusiasta de los que menos beneficiados salen por el régimen de distribución ajustado a él. Basta recordar el entusiasmo de los obreros ingleses al aparecer la gran industria. Y aun después de este régimen de producción, consolidado ya, constituye en la sociedad de que se trata un régimen normal, sigue imperando en general el contento con la forma de distribución, y si alguna voz de protesta se alza, sale de las filas de la clase dominante (Saint-Simon, Fourier, Owen) sin encontrar apenas eco, por el momento, en la masa explotada. Tiene que pasar algún tiempo y deslizarse ya el régimen de producción francamente por la vertiente de la decadencia, tiene que estar ya superado a medias, haber desaparecido en gran parte las condiciones que justifican su existencia y llamar ya a las puertas su sucesor, para que la distribución se repute injusta, para que la voz de la masa apele de los hechos sobrevividos ante el foro de la que llaman justicia eterna.

Claro está que esta apelación a la moral y al derecho no nos hace avanzar científicamente ni una pulgada: *la ciencia económica no puede encontrar en la indignación moral, por muy justificada que ella sea, razones ni argumentos,*

sino simplemente síntomas. Su misión consiste exclusivamente en demostrar que los nuevos abusos y males que se revelan en la sociedad no son más que otras tantas consecuencias obligadas del régimen de producción vigente, a la par que indicios de su inminente fin, poniendo al descubierto los elementos para la organización futura de la producción y del intercambio en que esos males y abusos habrán de desaparecer y que ya se albergan en el seno del régimen económico que camina hacia su disolución. La cólera, que hace al poeta, está muy en su lugar cuando se trata de describir esos males o abusos, o de atacar a los "armonizadores" que pretenden negarlos o atenuarlos al servicio de la clase gobernante; mas, para comprender lo poco que la cólera *prueba* en cada caso, basta fijarse en que, hasta hoy, en *todas* las épocas de la historia ha habido materia sobrada para alimentar sus impulsos.

Estado actual de la vida económica

Pero la Economía política, concebida como la ciencia de las condiciones y las formas bajo las que producen y cambian lo producido las diversas sociedades humanas, y bajo las cuales, por tanto, se distribuyen los productos en cada tipo de sociedad; esta Economía política así concebida, con tal extensión, está todavía por crear. Todo lo que hasta hoy poseemos de ciencia económica se reduce casi exclusivamente a la génesis y al desarrollo del régimen capitalista de producción: arranca de la crítica de los restos de las formas feudales de producción y de intercambio, pone de relieve la necesidad de cancelar esos restos sustituyéndolos por formas capitalistas, desarrolla las leyes del régimen capitalista de producción, con sus formas congruentes de intercambio, en el aspecto positivo, es decir, en el aspecto en que contribuyen a fomentar los fines generales de la sociedad, y concluye con la crítica socialista del régimen de producción del capitalismo, o lo que tanto vale, con la exposición de las leyes que lo presiden en su aspecto negativo, con la demostración de que este régi-

men de producción se acerca por la fuerza de su propio desarrollo a un punto en que su existencia se hace imposible. Esta crítica patentiza que las formas capitalistas de producción e intercambio van siendo una traba cada vez más insoportable para la propia producción; que el régimen de distribución necesariamente condicionado por esas formas ha engendrado una situación de clase cada día más insoportable y más agudizada, un antagonismo cada día más profundo entre unos cuantos capitalistas, cada vez menos, pero cada vez más ricos, y una masa de obreros asalariados, cada vez más numerosos y cada vez también, en general, peor situada y peor retribuida: y finalmente, demuestra que la masa de las fuerzas productivas que engendra el régimen capitalista de producción y que este régimen ya no acierta a gobernar están esperando a que tome posesión de ellas una sociedad organizada en un régimen de cooperación con arreglo a un plan armónico para garantizar a todos los individuos de la sociedad, en proporción cada vez mayor, los medios necesarios de vida y los recursos para el libre desarrollo de sus capacidades.

Historia de la Economía Política

Para desplegar en todo su alcance esta crítica de la Economía burguesa, no bastaba conocer la forma capitalista de producción, de intercambio y de distribución de lo producido. Había que investigar también y traer a comparación, aunque sólo fuese en sus rasgos más generales, las formas que la precedieron y que, en países menos avanzados, coexisten todavía con aquélla. Hasta hoy, esta investigación y este estudio comparativo sólo han sido realizados en términos generales por Marx, y a sus trabajos debemos por tanto, casi exclusivamente, lo que hasta ahora ha podido ponerse en claro respecto a la Economía teórica preburguesa.

Aunque brotase hacia fines del siglo XVII en unas cuantas cabezas geniales, la Economía política en sentido estricto, tal y como la formulan positivamente los fisiócratas y

Adam Smith, es sustancialmente un fruto del siglo XVIII, y figura entre las conquistas de los grandes racionalistas franceses de la época, compartiendo todas las ventajas y todos los inconvenientes de aquel tiempo. Lo que decíamos de los racionalistas puede aplicarse también a los economistas de la época. La nueva ciencia no era, para ellos, expresión de las circunstancias y las necesidades de la época en que vivían, sino reflejo de la razón eterna; en las leyes de la producción y del intercambio por ellos descubiertas, no veían las leyes de una forma históricamente condicionada que revestían esas actividades, sino otras tantas leyes naturales eternas, derivadas de la naturaleza humana. Pero el hombre que ellos tenían en cuenta no era, en realidad, más que el hombre de la clase media de aquel entonces, del que pronto había de salir el burgués moderno, y su naturaleza se reducía a fabricar y comerciar bajo las condiciones históricamente condicionadas de aquella época.

*Cómo concibe la Economía Política el señor **Dühring***

Conociendo ya como conocemos sobradamente a nuestro "fundador crítico" señor Dühring y su método, por haberle visto operar en el campo de la filosofía, no nos costará trabajo ninguno predecir cómo concebirá él la Economía política. En el campo de la filosofía, allí donde no chocheaba (como vimos que hacía en la filosofía de la naturaleza), sus ideas no eran más que una caricatura de las del siglo XVIII. Para él, no existían leyes de desarrollo histórico, sino leyes naturales, verdades eternas. Las instituciones sociales, como la moral y el derecho, no se enfocaban localizándolas dentro de las condiciones históricas reales de cada época, sino con ayuda de aquellos dos hombres famosos uno de los cuales oprimía al otro o no le oprimía, aunque hasta hoy este supuesto no se haya dado nunca, desgraciadamente, en la realidad.

No erraremos, pues, si de aquí deducimos que la Economía se basa también, para el señor Dühring, en verdades

definitivas y de última instancia, en leyes naturales y eternas, en axiomas tautológicos de la más desolada vaciedad, sin perjuicio de volver a colarnos luego por el portillo trasero todo el contenido positivo de la Economía, en la medida en que lo conoce; ni nos engañaremos tampoco si suponemos que, para él, la distribución, concebida como fenómeno social, no se deriva de la producción y del intercambio, sino que se construye y resuelve definitivamente por medio de los célebres dos hombres. Y como se trata de artes que ya conocemos bastante bien, no necesitaremos extendernos tanto en su examen.

En efecto, ya en la página 2, el señor Dühring declara que su Economía guarda relación con lo *sentado* en su filosofía y se "apoya en algunos puntos esenciales, sobre las *verdades superiores ya establecidas* en un campo más alto de investigación". Siempre el mismo empeño por convencernos de su grandeza. Siempre las mismas ponderaciones del señor Dühring sobre lo "sentado" y "establecido" por el señor Dühring. Ya hemos tenido ocasiones sobradas de ver cómo "sienta" y "establece" sus verdades el señor Dühring.

En seguida, nos encontramos con "las *leyes naturales* más generales de toda Economía"; nuestras conjeturas no iban, pues, descaminadas. Pero estas leyes naturales sólo nos permiten comprender exactamente la historia extinguida siempre y cuando que las "investiguemos bajo esa determinación precisa que imprimieron a sus resultados las formas políticas de sumisión y agrupación. Instituciones como la esclavitud y el vasallaje del trabajo asalariado, a las que viene a unirse como hermana gemela suya la propiedad basada sobre la fuerza, han de investigarse como formas constitutivas económico-sociales de auténtico carácter político, y forman en el mundo actual el cuadro fuera del cual no podrían revelarse los efectos de las leyes naturales de la Economía".

Toda esta tirada es la fanfarria que anuncia, como tema wagneriano, la entrada en escena de los dos hombres famosos. Pero es, además, el tema fundamental de todo el

libro del señor Dühring. Al tratar del derecho, el señor Dühring no supo ofrecernos más que una mala traducción al lenguaje socialista de la teoría roussoniana de la igualdad; en cualquier taberna obrera de París podría recogerse una adaptación mucho mejor. Aquí, nos brinda una traducción socialista igualmente mala de los lamentos de los economistas acerca del falseamiento de las leyes naturales y eternas de la Economía y de sus efectos por las intromisiones del Estado y de la fuerza. En este terreno, el señor Dühring está, y muy merecidamente, completamente solo como socialista. *Cualquier obrero socialista de cualquier país sabe perfectamente bien que la fuerza ampara la explotación*, pero no la origina; *que su explotación tiene su raíz en las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado* y que estas relaciones han surgido en un terreno puramente económico, y no de la violencia.

Prosiguiendo la lectura, averiguamos que en todos los problemas económicos "podemos distinguir dos trayectorias, la de la producción y la de la distribución". Y que el conocido y superficial economista Juan Bautista Say, añade a éstas una tercera trayectoria: la del consumo, pero sin acertar a decir nada inteligente acerca de ella, ni más ni menos que su sucesor. Y finalmente, que el intercambio o circulación no es más que un capítulo de la producción, en el que entra todo lo que ha de hacerse para que los productos lleguen a manos del último y verdadero consumidor. El señor Dühring, al identificar dos procesos tan sustancialmente distintos, aun cuando mutuamente condicionados, como son la producción y la circulación, afirmando sin embarazo que el no incurrir en esta confusión sólo puede ser "fuente de confusión", no hace más que acreditar que ignora o no comprende el gigantesco desarrollo alcanzado precisamente por la circulación en los últimos cincuenta años, ignorancia o desconocimiento que toda su obra confirma.

Pero, no contento con esto, no contento con englobar bajo la rúbrica de la producción la producción y el intercambio, erige la distribución *al lado* de la producción

como un segundo proceso perfectamente externo que nada tiene que ver con aquél. Como vimos, la distribución es siempre, en sus formas decisivas, fruto necesario del régimen de producción y de intercambio vigente en una determinada sociedad, a la par que la condición histórica previa de esta misma sociedad, de tal modo, que conociendo ésta podemos concluir con toda certeza el régimen de distribución que en ella impera. Pero, reconozcamos que el señor Dühring, si no quería traicionar los principios "sentados" en su concepción de la moral, del derecho y de la historia, no tenía más remedio que negar este hecho económico elemental, preparando así, además, el terreno para deslizarnos de contrabando en la Economía a sus dos inevitables hombres. Ahora, felizmente desligada ya la distribución de todo contacto con la producción y el intercambio, puede producirse por fin el gran acontecimiento.

Pero antes recordemos cómo se desarrolló la cosa en el campo de la moral y del derecho. Aquí el señor Dühring empezaba a maniobrar con un solo hombre, diciendo: "Un hombre, concebido en cuanto individuo, o, lo que tanto vale, como desligado de toda conexión con otros hombres, no puede tener *deberes*. Para él, no hay más imperativo que el de su voluntad". ¿Y qué es este hombre desligado de deberes y concebido como individuo aislado más que el fatal "protojudío Adán" en el paraíso, limpio todavía de pecado, por la sencilla razón de que no tiene con quién cometerlo? Pero, también a este Adán de la Economía de la realidad le acecha su pecado original. Junto a él, surge de pronto no una Eva de largo cabello ensortijado, sino un segundo Adán. E inmediatamente, Adán adquiere deberes, y los infringe. En vez de estrechar a su hermano contra su pecho como igual suyo, lo somete a su poderío, lo esclaviza, y este primer pecado, este pecado original de esclavitud, es el pecado cuyas consecuencias ha venido pagando y paga hasta hoy toda la historia del mundo y la causa de que ésta no valga, según el señor Dühring, ni una perra chica.

Recuérdese incidentalmente que el señor Dühring volvía la espalda despreciativamente a "la negación de la nega-

ción", viendo en ella un eco grotesco del viejo mito del pecado original y de la redención. ¿Qué hemos de pensar nosotros ahora de esta novísima edición *suya* del mismo mito? (pues, llegado el momento, nos encontraremos también con la parte de la redención). En todo caso, nosotros preferimos desde luego la vieja versión semítica, en la que, por lo menos, los dos personajes, hombre y mujer, salían ganando algo con echarse a la espalda la inocencia primitiva, aunque reconocemos que nadie le disputará al señor Dühring la fama de haber construido su pecado original de la manera más original del mundo, a saber: entre dos hombres.

Pero detengámonos un momento a escuchar la traducción del pecado original al lenguaje económico: "Para la idea de la producción, basta desde luego con representarse un Robinsón que, enfrentándose aisladamente con la naturaleza mediante sus solas fuerzas, no comparte nada con nadie; basta esto como esquema especulativo [...] A la misma conveniencia responde, para poder representarse la más sustancial en la idea de distribución, el esquema especulativo de dos personas cuyas fuerzas económicas se combinan, viéndose manifiestamente obligadas a sustituirse recíprocamente, bajo una u otra forma, respecto a sus participaciones.

"Basta, en efecto, con este simple dualismo para exponer con todo rigor algunas de las relaciones más importantes de distribución y estudiar embrionariamente sus leyes en su lógica necesidad [...] Aquí, es, pues, igualmente concebible la cooperación sobre un pie de igualdad que la combinación de las fuerzas mediante la total opresión de una de las partes, estrujada en este caso como esclavo o mero instrumento puesto al servicio económico y sostenida sólo en cuanto tal instrumento [...] Entre el estado de la igualdad y el de la nulidad de una de las partes, combinada con la omnipotencia y la única participación activa de la otra, median toda una serie de grados que los fenómenos de la historia universal se han cuidado de ir llenando con abigarrada variedad. Una ojeada universal sobre las distintas instituciones del *derecho y la injusticia* de la historia

es aquí condición previa sustancial"... Por donde, a la postre, todo el problema de la distribución viene a convertirse en un "derecho económico de distribución".

Por fin, el señor Dühring pisa en suelo firme. Mano a mano con sus dos hombres insubstituibles, puede ya llamar a capítulo a su siglo. Pero detrás de ese triunvirato se alza un anónimo.

> El capital no ha inventado la plusvalía. Dondequiera que la parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción, el obrero, sea libre o esclavo, no tiene más remedio que añadir al tiempo de trabajo necesario para sostenerse una cantidad de trabajo sobrante, destinada a producir los medios de vida para el propietario de los medios de producción, ya se trate de una kaloskagathos ateniense, de un teócrata etrusco, de un CIVIS ROMANUS (ciudadano romano), de un barón de la Normandía, de un esclavista americano, de un boyardo de la Walaquia, de un terrateniente moderno o de un moderno capitalista. (Marx, CAPITAL, t. I, segunda edición, p. 227.)

Después de averiguar por este conducto cuál era la forma fundamental de explotación común a todas las formas de producción hasta el día —en cuanto basadas en antagonismos de clase—, el señor Dühring no tenía más que poner en acción a sus dos hombrecillos, y con ello quedaban echados los cimientos "radicales" de su Economía de la realidad. Y no vaciló un momento en ejecutar esta "idea creadora de sistema". Trabajo sin remuneración después de haber cubierto el tiempo de trabajo necesario para la conservación del obrero: he ahí el punto central.

Nuestro Adán, convertido ahora en Robinsón, pone a trabajar a su segundo Adán, a Domingo. Pero, ¿por qué Domingo se presta a trabajar más de lo necesario para su sustento? También esta pregunta aparece contestada, en parte al menos por Marx. Sin embargo, la contestación de Marx es demasiado prolija para nuestros dos hombres. El asunto se resuelve mucho más expeditamente: Robinsón

"oprime" a Domingo, le estruja "como esclavo o instrumento puesto al servicio económico" y sólo le sostiene "como tal instrumento". Con este novísimo "giro creador", el señor Dühring mata dos pájaros de un tiro. En primer lugar, se ahorra el trabajo de explicarnos las diversas formas de distribución que desfilan por la historia, sus diferencias y sus causas: nos basta con saber que todas ellas son reprobables, pues todas descansan en la opresión, en la violencia.

De esto, tendremos en seguida ocasión de hablar. En segundo lugar, desplaza toda la teoría de la distribución del campo económico al campo de la moral y de derecho, es decir, del campo de los hechos materiales concretos y decisivos al campo de las opiniones y los sentimientos más o menos fluctuantes. Y situadas así las cosas, ya no necesita molestarse en investigar ni demostrar, pues le basta con lanzar largas tiradas declamatorias y exigir que la distribución de los productos del trabajo se ajuste, no a sus causas reales, sino a lo que él, el señor Dühring, reputa justo y moral. Pero lo que el señor Dühring estima justo no es, ni mucho menos, algo inmutable y dista mucho, por tanto, de ser una auténtica verdad, pues éstas, según el propio Dühring ("El destino de mi memoria social", etcétera), afirmaba que "en la tendencia de toda elevada civilización está el *modelar la propiedad con trazos cada vez más definidos*" y que "aquí y no en una confusión de derechos y esferas de poder" se cifraba "la característica y el porvenir de la evolución moderna".

Y afirmaba asimismo que no podía sencillamente comprender *cómo la transformación del trabajo asalariado en un régimen distinto de adquisición podía llegar a ser nunca compatible con las leyes de la naturaleza humana y de la estructura natural y necesaria del organismo social.* Por tanto, en 1868 la propiedad privada y el trabajo asalariado eran instituciones naturales y necesarias, y, por tanto, justas. En cambio, en 1876, ambas son obra de la violencia y del robo, y por tanto, injustas. No es fácil saber qué habrá de reputar moral y justo a la vuelta de unos cuantos años

un genio tan vertiginoso como éste; por eso, si queremos estudiar la distribución de las riquezas, lo mejor que hacemos es atenernos a las leyes reales y objetivas de la Economía y no a las ideas momentáneas, mudables y subjetivas del señor Dühring respecto al derecho y a la injusticia.

La gran industria y el proletariado

Si no tuviésemos más garantía en cuanto a la revolución que se avecina y que ha de transformar el régimen actual de distribución de los productos del trabajo, con todos sus contrastes clamorosos de miseria y abundancia, hambre y disipación, que la conciencia de que ese régimen de distribución es injusto y de que, tarde o temprano, el derecho y la justicia acabarán por triunfar, ya podíamos sentarnos a esperar tranquilamente. Los místicos medievales, aquellos que soñaban con la proximidad del reino milenario, tenían ya la conciencia de esta injusticia, la conciencia de la injusticia de los antagonismos de clase. En los umbrales de la historia moderna, hace unos trescientos cincuenta años, se levanta la voz de Tomás Münzer clamando al mundo esa injusticia.

El mismo grito resuena y se pierde de nuevo en la revolución inglesa y en la revolución burguesa de Francia. Y si hoy ese grito, que hasta 1830 no conmovió a las masas trabajadoras y oprimidas, encuentra eco en millones de hombres, si hoy ese grito llena un país tras otro, en el mismo orden y con la misma intensidad con que en esos países se desarrolla la gran industria, si a lo largo de una generación ese grito ha conquistado tal fuerza, que puede desafiar a todos los poderes coaligados contra él y estar seguro del triunfo en un próximo porvenir, ¿a qué se debe? Se debe sencillamente a que la gran industria moderna ha engendrado, de una parte, con el proletariado, a la clase que puede alzarse, por vez primera en la historia, exigiendo la abolición, no de esta o de aquella organización concreta de clase, no de este o de aquel privilegio concreto de clase, sino de las clases en general; una clase a la que

las circunstancias colocan en el trance de imponer esa abolición, si no quiere verse reducida a la situación de los culis de China.

Mas no sólo a eso, sino también al hecho de que esa misma gran industria crea con la burguesía la clase que ostenta el monopolio de todos los instrumentos de producción y medios de vida, demostrando con cada periodo de vértigo y con cada crisis a él subsiguiente que esa clase es ya incapaz de seguir gobernando las fuerzas productivas que rebasan de su poder; una clase bajo cuyo mando la sociedad corre vertiginosamente a la ruina como una locomotora en que el maquinista no tiene fuerza bastante para abrir la válvula de escape. O para decirlo en otros términos: se debe a *que tanto las fuerzas productivas engendradas* por el moderno *régimen capitalista de producción como el sistema de distribución de riquezas creado por él están en contradicción flagrante con aquel régimen de producción, en una contradicción tan* irreductible, que necesariamente tiene que sobrevivir un cambio radical en el *régimen de producción y distribución, arrastrando* consigo todas *las diferencias de clase, si la sociedad moderna no quiere perecer.* En este hecho material y tangible, que se impone con contornos más o menos claros, pero con una irresistible necesidad a las cabezas de los proletarios explotados; en él, y no en las ideas y cavilaciones de ningún especulador erudito acerca del derecho y la injusticia, se cifra la certeza de que el socialismo moderno tiene que triunfar.

II. TEORÍA DE LA VIOLENCIA

Analicemos, sin embargo, un poco más de cerca esa omnipotente "violencia" del señor Dühring. Robinsón esclaviza a Domingo "con la espada en la mano". Pero ¿de dónde ha sacado esa espada? Hasta hoy, las espadas no brotan en ningún lado de la tierra como los árboles, ni siquiera en las islas imaginarias donde viven los Robinsones. El señor

Dühring no cree oportuno contestar a esta pregunta. Sí, pues, su Robinsón puede armarse con una espada sin decirnos de dónde la saca, nada nos impide a nosotros suponer que nuestro Domingo se presenta una buena mañana esgrimiendo un revólver cargado, con lo cual toda la relación de la "violencia" se volverá al revés: Domingo se impondrá y Robinsón tendrá que trabajar para él. Rogamos al lector que nos perdone si insistimos tanto en la historia de Robinsón y Domingo, más propia para recreo de chicos que para elucubraciones de ciencia, pero ¡qué le hemos de hacer!

[...]

Los instrumentos de la violencia: las armas y los ejércitos

¿Qué es hoy la violencia? Son los ejércitos y los buques de guerra, y ambos cuestan, como sabemos por dolorosa experiencia, "un montón de dinero". Pero, que nosotros sepamos, la violencia es incapaz de crear dinero; lo único que sabe es arrebatar lo ya creado, y tampoco esto sirve de gran cosa, como también sabemos nosotros por la dolorosa experiencia de los famosos cinco mil millones de franceses. En última instancia, siempre será, pues, la producción económica la que suministre el dinero; por donde volvemos a encontrarnos con que la violencia está condicionada por la situación económica, que es la que tiene que dotarla de los medios necesarios para equiparse con instrumentos y conservar éstos. Pero no termina aquí la cosa.

Nada hay que tanto dependa de los factores económicos como el ejército y la marina. El armamento, la composición del ejército, la organización, la táctica y la estrategia dependen ante todo del grado de producción imperante y del sistema de comunicaciones. No han sido las "creaciones libres de la inteligencia" de caudillos geniales las que han revolucionado la estrategia militar, sino la invención de armas más perfectas y los cambios experimen-

tados por el material soldado; lo más que un estratega genial puede hacer, es adaptar los métodos de lucha a las nuevas armas y a los nuevos luchadores.

A comienzos del siglo XIV, el invento de la pólvora explosiva pasó de los árabes a los europeos de occidente, revolucionando, como sabe cualquier chico de escuela, todos los métodos de la guerra. Y la implantación de la pólvora y de las armas de fuego no fue precisamente un acto de violencia, sino un progreso industrial, y, por tanto, económico. La industria no pierde su carácter de industria porque sus productos se destinen a destruir objetos y no a crearlos.

La adopción de las armas de fuego no sólo revolucionó los métodos de la guerra, sino también las instituciones políticas de poder y de vasallaje. Para conseguir pólvora y armas de fuego, hacían falta industria y dinero, y ambos elementos estaban en manos de los burgueses de las ciudades. Por eso las armas de fuego fueron desde el primer momento armas esgrimidas por las ciudades y por la monarquía ascensional apoyada en éstas contra la nobleza feudal. Las murallas de piedra de las fortalezas de los nobles, hasta entonces inexpugnables, sucumbieron ante los cañones de los burgueses, y las balas de los mosquetes de la burguesía traspasaron las armaduras caballerescas. Y al hundirse la caballería de la nobleza, con sus arneses, se hundió también la hegemonía de la clase noble. El desarrollo de la burguesía hizo que pasasen a primer plano como armas decisivas la infantería y los artilleros, y la artillería obligó al ramo de guerra a crear una nueva sección industrial hasta entonces desconocida: la de los ingenieros militares [...]

III. TEORÍA DEL VALOR

Hace aproximadamente cien años, apareció en Leipzig un libro que alcanzó hasta comienzos del siglo actual treinta y un ediciones, siendo difundido y repartido en ciu-

dades y aldeas por autoridades, predicadores y filántropos de todo género y puesto en casi todas las escuelas públicas del reino como texto de lectura. Este libro se llamaba "El Amigo del Niño", y tenía por autor a un tal Rochow. Proponíase por finalidad adoctrinar a los jóvenes vástagos de los labriegos y artesanos acerca de su misión en la vida y de sus deberes hacia sus superiores jerárquicos en la sociedad y en el Estado, infundiéndoles a la par un benéfico contento con la suerte que el cielo les había deparado sobre la tierra, con el pan negro y las patatas, las prestaciones feudales y los bajos salarios, las palizas paternas y otras cosas no menos agradables, todo por medio de los razonamientos corrientes en aquella época.

Con este objeto, se hacía ver a los niños de ciudades y aldeas cuán sabia era la organización de la naturaleza, que hacía que el hombre tuviera que acudir al trabajo para ganarse el sustento y poder disfrutar de la vida y cuán dichosos debían sentirse, por tanto, el labriego y el artesano, puesto que el cielo les consentía sazonar su condumio con el duro trabajo en vez de padecer del estómago, del hígado o de indigestiones, como el rico glotón, que hace un gesto de repugnancia hasta para tragarse los bocados más exquisitos. Pues bien; todos estos lugares comunes, que el viejo Rochow creyó bastante buenos para los chicos aldeanos de la Sajonia de su tiempo, son los que el señor Dühring nos brinda en las páginas 14 y siguientes de su "Curso" como lo "absolutamente fundamental en la novísima Economía política".

> Las necesidades humanas se rigen, como tales, por sus leyes naturales, y se encierran, en lo que a su aumento se refiere, dentro de límites que sólo pueden infringirse durante algún tiempo faltando a la naturaleza, hasta que originan asco, cansancio de la vida, abatimiento, tullimiento social, y por último una salvadora destrucción [. . .] Un juego hecho de puros goces, sin finalidad seria alguna, pronto conduciría al aplanamiento, o lo que es lo mismo, al desgaste de toda sensibilidad. El trabajo real, bajo cualquiera

> forma es, por tanto, la ley social de la naturaleza de los hombres sanos [. . .] Si los instintos y las necesidades no tuvieran contrapeso, apenas nos brindarían una existencia infantil, pero nunca, ni mucho menos, un desarrollo vital históricamente progresivo. Satisfechos sin esfuerzo alguno, pronto se agotarían, dejando tan sólo en pie una existencia desolada, bajo forma de una serie de intervalos enojosos, que fluirían hasta su repetición [. . .] El hecho de que la satisfacción de los instintos y las pasiones dependa de la superación de un obstáculo económico es, pues, bajo todos los aspectos, una saludable ley fundamental de la naturaleza exterior, por su modo de estar organizada, y de la estructura interior del hombre . . . etcétera, etcétera.

Como se ve, las más vulgares vulgaridades del libro de Rochow celebran en el señor Dühring el jubileo de su centenario, convertidas además en la "más profunda fundamentación" del único "sistema socialitario" verdaderamente crítico y científico que existe.

La riqueza

Después de echar los cimientos del modo que queda expuesto, el señor Dühring puede dedicarse ya a edificar. Siguiendo el método matemático y ateniéndose al precedente del viejo Euclides, empieza dándonos toda una serie de definiciones. Procedimiento tanto más cómodo cuanto que él se las arregla para construir sus definiciones de tal modo, que en ellas entre, en parte al menos, aquello que tratan de probar y definir. Y así, nos enteramos, de primera intención, de que el concepto que preside toda la economía, hasta nuestros días, se llama riqueza, y que la riqueza, tal y como viene entendiéndose hasta hoy efectivamente en la historia universal y tal y como su reino se ha desarrollado, es "el poder económico sobre hombres y cosas". Afirmación doblemente falsa.

En primer lugar, la riqueza de las antiguas tribus y comunas rurales no era, ni mucho menos, un poder sobre hombres, y en segundo lugar, tampoco en las sociedades que se desarrollan sobre los antagonismos de clase, gira la riqueza predominantemente sobre el avasallamiento de hombres, sino que éste, en cuanto existe, existe y se desenvuelve *por medio* de relaciones de poder sobre cosas. A partir del momento, remotísimo, en que el apresamiento y la explotación de esclavos se convirtieron en negocios distintos, los explotadores del trabajo esclavizado supieron comprar esclavos, adquiriendo de ese modo el poder sobre el hombre por medio del poder sobre las cosas, es decir, sobre el precio y sobre los medios de vida e instrumentos de trabajo del esclavo. Durante toda la Edad Media, la gran propiedad de la tierra es la condición previa gracias a la cual la nobleza feudal se consigue colonos y campesinos vasallos, sujetos a prestaciones. Y hoy, hasta un chico de seis años sabe que si la riqueza afirma su poderío sobre los hombres, es pura y exclusivamente gracias a los objetos de que dispone.

¿Qué es lo que obliga al señor Dühring a construir esa falsa definición de la riqueza, echando por tierra con ella la trabazón efectiva que hasta hoy ha venido imponiéndose en todas las sociedades de clases? Es, sencillamente, el empeño por desplazar a rastras la riqueza del terreno económico al terreno moral. El poder del hombre sobre las cosas es una institución excelente, pero su imperio sobre los hombres es abominable, y como el señor Dühring se ha incapacitado a sí mismo para explicar el poder sobre los hombres como una derivación del poder sobre las cosas, puede, mediante un nuevo salto audaz, explicarlo lisa y llanamente como un fruto de su amada violencia. Y así, venimos a parar en que la riqueza, como poder avasallador de hombres, es la "rapiña", desembarcando de este modo en una nueva edición, nada mejorada por cierto, del antiquísimo apotegma proudhoniano: "la propiedad es el robo".

Con esto hemos reducido ya, felizmente, la riqueza a los dos puntos de vista sustanciales de la producción y la dis-

tribución: la riqueza concebida como poder sobre cosas o riqueza de producción, lado bueno; la riqueza concebida como poder sobre hombres o la que hasta hoy ha venido siendo riqueza de distribución, lado malo, ¡fuera con ella! Aplicada a las condiciones actuales, esta clasificación puede traducirse así: el régimen capitalista de producción es excelente y puede seguir existiendo, pero el régimen capitalista de distribución no sirve y debe ser abolido. Véase, pues, a qué absurdo llegan quienes se ponen a escribir de economía sin tener ni la menor idea acerca de las relaciones entre la producción y la distribución.

El valor y el «valor de producción» según el señor Dühring

Después de definirse la riqueza, se define el valor, como sigue: "Valor es la cotización que alcanzan en el comercio las cosas y las prestaciones económicas." Esta cotización corresponde "al precio o a otro nombre cualquiera de equivalente, v. gr., al salario", o lo que es lo mismo: el valor es el precio. Pero no queremos ser injustos con el señor Dühring y reproduciremos el absurdo de su definición transcribiéndolo con la mayor fidelidad posible y en sus propias palabras el valor son los precios. Pues en la página 19, dice: "El valor y los precios que lo expresan en dinero", reconociendo con ello ya, sin que nadie se lo exija, que un mismo valor puede tener diferentes precios, y por tanto, según lo que queda dicho, diferentes valores. Si Hegel no estuviera ya muerto y bien muerto, leyendo esto se ahorcaría. No sería capaz de comprender, a pesar de todas sus teologías, ese valor que tiene tantos valores distintos como precios. En efecto, hace falta tener la agudeza del señor Dühring para cimentar una nueva y más profunda fundamentación de la economía declarando que entre el precio y el valor no existe más diferencia sino que el primero se expresa en dinero y el segundo no.

Pero, con eso, seguimos sin saber qué es el valor y aún es mayor nuestra ignorancia acerca de los factores que lo

determinan. El señor Dühring se ve, pues, obligado a desarrollar nuevas explicaciones.

> En términos muy generales, la ley fundamental de comparación y tasación, en que descansan el valor y los precios que lo expresan en dinero, reside primeramente en la órbita de la mera producción, prescindiendo de la distribución, que no hace más que aportar al concepto de valor un segundo elemento. Los obstáculos más o menos grandes que la diversidad de relaciones naturales opone a las aspiraciones encaminadas a la adquisición de objetos, obligándolas a un desgaste mayor o menor de fuerza económica determinan también [. . .] «el valor más o menos grande», y éste se tasa con arreglo a la «resistencia de adquisición que oponen la naturaleza y las circunstancias» [. . .] La medida en que depositamos en ellos [en los objetos] nuestra propia fuerza es la causa decisiva inmediata de la existencia del valor en general, y en particular de su magnitud.

Si esto tiene algún sentido, sólo puede querer decir que el valor de un producto del trabajo se determina por la cantidad de trabajo necesaria para su elaboración, cosa que ya sabíamos hace mucho tiempo, sin necesidad de que el señor Dühring nos lo dijera. Lo que ocurre es que el señor Dühring, incapaz de exponer los hechos lisa y llanamente, tiene que revestirlos con su ropaje oracular. Es sencillamente falso que la medida en que el hombre deposita su fuerza en un objeto (para conservar la altisonante expresión) sea "la causa decisiva inmediata" del valor y de su magnitud. En primer lugar, habrá que saber en qué objeto se deposita la fuerza, y en segundo lugar, cómo se deposita. Si ese hombre crea un objeto que no tiene valor de uso para otros, por mucha fuerza que en él deposite, no producirá ni un solo átomo de valor; y si se empeña en producir con la mano un objeto que una máquina produce veinte veces más barato, diecinueve vigésimas partes de

la fuerza por él depositada no tendrán valor alguno, ni, por tanto, ninguna magnitud especial de valor.

Además, es invertir totalmente las cosas querer convertir el trabajo productivo, creador de productos positivos, en la simple superación negativa de una resistencia. Según eso, para llegar a obtener una camisa, tendríamos que seguir el camino siguiente: en primer lugar, vencer la resistencia que la simiente de la planta de algodón opone a ser sembrada y a crecer; luego la resistencia del algodón maduro contra la recolección, el embalaje y el fletamento; en seguida, la que presenta el producto embalado a ser desembalado, cardado e hilado; más tarde la resistencia de la hebra a ser tejida, la del tejido a ser blanqueado y cosido, y finalmente, la resistencia de la camisa ya terminada a ser vestida.

¿Para qué todas esas inversiones y complicaciones pueriles? Pues, sencillamente, para llegar, por medio de la "resistencia", del "valor de producción", del verdadero valor, que hasta ahora no ha sido nunca más que un valor puramente ideal, pero que es el único que rige en la historia, al "valor de distribución", falseado por la violencia:

> Además de la resistencia que la naturaleza opone [...], hay otro obstáculo, puramente social [...] Entre los hombres y la naturaleza se alza un poder entorpecedor, que es nuevamente el hombre. El hombre, concebido individual y aisladamente, es libre frente a la naturaleza [...] Pero la situación cambia tan pronto como pensamos en un segundo hombre, que con la espada en la mano ocupa las salidas a la naturaleza y a sus tesoros, exigiendo un precio, bajo una u otra forma, para dejar el paso libre. Es como si este segundo hombre [...] impusiese un tributo al primero, y ésta es la razón de que el valor de los objetos a que se aspira sea superior a lo que sería si este obstáculo político y social no se alzase ante la adquisición o la producción [...] Las modalidades especiales de esta cotización artificialmente aumentada de los objetos, que llevan aparejada naturalmente una

baja proporcional en cuanto a la cotización del trabajo, son variadísimas [. . .] Es, por tanto, una ilusión querer ver en el valor, desde el primer momento, un equivalente en el sentido estricto de esta palabra, es decir, una igualdad de valor, o una relación de trueque ajustada al principio de la igualdad entre prestación y contraprestación [. . .] Por el contrario, la nota característica de una teoría exacta del valor estará en que la causa más general de tasación que en ella se piensa no coincida con la modalidad de cotización, que tiene su base en la coacción distributiva. Esta cotización varía al variar la organización social, mientras que el verdadero valor económico sólo puede ser un valor de producción medido frente a la naturaleza y, por tanto, sólo puede variar con los simples obstáculos de la producción, sean de carácter natural o técnico.

Es decir, que, según el señor Dühring, el valor prácticamente vigente de una cosa consta de dos partes: primero, del trabajo que esa cosa encierra, y segundo, del recargo tributario que le impone por la fuerza el hombre de la "espada en la mano". O lo que es lo mismo, que el valor vigente en la actualidad es un precio de monopolio. Ahora bien, si, según esta teoría del valor, todas las mercancías circulan bajo un precio de monopolio, sólo caben dos hipótesis. Una es que todo comprador vuelva a perder como tal comprador lo que ganó como vendedor, en cuyo caso los precios no habrán cambiado más que nominalmente, pues en la realidad se mantendrán invariables —en su mutua proporción—, y todo seguirá como antes, esfumándose como una mera apariencia el valor de distribución. Otra es que aquel pretendido recargo tributario represente en realidad una suma de valor, a saber: la suma de valor que la clase trabajadora, creadora de valores, produce y que la clase de los monopolizadores se apropia, en cuyo caso esta suma de valor estará formada sencillamente por trabajo no retribuido; mas por este camino llegaremos necesariamente, pese al hombre de la espada en

la mano, pese a todos los pretendidos recargos tributarios y al tan cacareado valor de distribución, adonde ya había llegado Marx: a la teoría de la *plusvalía.*

Detengámonos, sin embargo, a examinar algunos ejemplos del famosísimo "valor de distribución". En las páginas 125 y siguientes se dice:

> La modelación del precio por la concurrencia individual debe considerarse también como una forma de distribución económica y de mutua imposición de tributos [...] Si partimos del supuesto de que las existencias de una mercancía cualquiera necesaria disminuyen de súbito considerablemente, el vendedor se encontrará de pronto con un desproporcionado poder de explotación [...] y esas situaciones anormales en las que se cierra por largo tiempo la afluencia de artículos necesarios patentizan especialmente las proporciones gigantescas que ese poder puede asumir...

Además, se nos dice que en el curso normal de las cosas existen también monopolios efectivos que permiten subir arbitrariamente los precios, como ocurre, por ejemplo, con los ferrocarriles, con las sociedades de suministro municipal de aguas, gas de alumbrado, etcétera. La existencia de casos de explotación monopolista no es cosa nueva. Lo que sí es nuevo es afirmar que estos precios engendrados por el monopolio no constituyen otras tantas excepciones y casos específicos, sino, por el contrario, un ejemplo clásico del régimen vigente de fijación de valores. ¿Cómo se determinan los precios de los víveres?, preguntamos nosotros. Y el señor Dühring, nos contesta: ¡Id a una ciudad sitiada, donde estén cegadas las fuentes del mercado, y os enteraréis! ¿Cómo actúa la concurrencia sobre la fijación de los precios en el mercado? Contestación: ¡Preguntádselo a los monopolios, y os lo dirán!

«Valor de distribución»

Por lo demás, por mucho que miramos, tampoco en estos monopolios logramos descubrir al famoso hombre que monta la guardia junto a ellos con la espada en la mano. Lejos de eso, en las ciudades sitiadas el hombre de la espada en la mano, el comandante de plaza, si cumple con su deber, lo que hace es poner rápidamente fin al monopolio e incautarse de las existencias acaparadas, para distribuirlas equitativamente. Siempre que los hombres de la espada han intentado fabricar un "valor de distribución", no han cosechado más que quebrantos y pérdidas de dinero. Con su monopolio del comercio de las Indias orientales, los holandeses no consiguieron más que llevar a la ruina su monopolio y su comercio. Los dos gobiernos más fuertes que ha habido en el mundo, el gobierno revolucionario norteamericano y la Convención nacional francesa, tuvieron la pretensión de dictar tasas máximas de precios, y fracasaron miserablemente.

Hace varios años que el gobierno ruso trabaja por elevar en Londres, a fuerza de comprar en aquel mercado letras sobre Rusia, la cotización del papel-moneda ruso que en su propio país no hace más que bajar, deprimida constantemente por la emisión de billetes de Banco incanjeables. En pocos años, esta broma le ha costado el erario ruso sus buenos sesenta millones de rublos, y hoy el rublo, que normalmente debía valer más de tres marcos, vale menos de dos. Si la espada tiene ese mágico poder que le atribuye el señor Dühring, ¿por qué hasta hoy ningún gobierno ha sido capaz de infundir, a la larga, al dinero malo el "valor de distribución" del bueno, o a los asignados el valor del oro? ¿Y dónde está, además, la espada que manda en el mercado mundial?

Pero hay todavía otra forma capital en que el valor de distribución hace posible la apropiación de prestaciones ajenas sin contraprestación: es la "renta posesoria", o sea la renta del suelo, y la ganancia del capital. Por ahora, nos limitamos a consignar esto para poder añadir en seguida que es todo lo que se nos dice cerca del famoso

"valor de distribución". ¿Todo? No, todo no. Oigamos esto:

> Independientemente del segundo punto de vista, que se manifiesta en el reconocimiento de un valor de producción y de un valor de distribución, siempre quedará en pie un ALGO COMÚN como AQUEL OBJETO básico DE QUE SE FORMAN TODOS LOS VALORES y por el que, por tanto, todos pueden medirse. La medida inmediata y natural es el desgaste de fuerza y la unidad más simple la fuerza humana, en el sentido más crudo de esta palabra. Esta última se reduce, en última instancia, al tiempo de existencia, cuya PROPIA conservación implica, a su vez, la superación de una cierta suma de dificultades de nutrición y de vida. El valor de distribución o de apropiación sólo existe, pura y exclusivamente, allí donde el poder de disposición sobre cosas no producidas o, para decirlo en términos corrientes, donde estas mismas cosas se cambian por cosas o prestaciones que encierran un verdadero valor de producción. La nota común que se contiene en toda expresión de valor y que, por tanto, se acusa y aparece representada en las partes integrantes del valor apropiadas por la distribución sin contraprestación, consiste en el desgaste de fuerza humana que aparece [. . .] encarnado, en toda mercancía.

¿Qué hemos de decir a esto? Si todos los valores de las mercancías se miden por el desgaste de fuerza humana que las mercancías representan, ¿qué se ha hecho del famoso valor de distribución, del recargo de precios, de la imposición de tributos? Cierto es que el señor Dühring nos dice que también las cosas no producidas, incapaces, por tanto, de encerrar un verdadero valor, asumen un valor de distribución y pueden ser cambiadas por objetos producidos, en los que concurre un valor. Pero, al mismo tiempo, afirma que *todos los valores*, incluyendo, por tanto, los valores

pura y exclusivamente de distribución, consisten en el desgaste de fuerza que representan.

Nosotros, a decir verdad, no comprendemos, desdichadamente, qué desgaste de fuerza puede representar una cosa no producida. Desde luego, en toda esa algarabía de valores lo único que acabamos viendo claro es que ese pretendido valor de distribución, ese recargo de precio impuesto sobre las mercancías mediante la posición social, esa tributación impuesta por la espada, no tienen existencia alguna. ¿Los valores de las mercancías se determinan exclusivamente por el desgaste de fuerza humana, vulgo trabajo, que representan? Entonces, el señor Dühring, prescindiendo de la renta del suelo y de unos cuantos precios sueltos de monopolio, viene a decir, sólo que mucho más descuidada y confusamente, lo mismo que ya había dicho hace tanto tiempo, sólo que con bastante más precisión y claridad, la detestada teoría de Ricardo y de Marx.

Sí, dice eso y dice al mismo tiempo y en la misma alentada lo contrario. Marx, partiendo de las investigaciones de Ricardo, dice: El valor de las mercancías se determina por el trabajo general humano socialmente necesario materializado en ellas, el cual se mide a su vez por su duración. El trabajo es la medida de todos los valores, pero él no tiene ningún valor. El señor Dühring, después de exponer, a su manera, barrocamente, que el trabajo es la medida del valor, continúa: el trabajo "se reduce al tiempo de existencia, y la propia conservación representa, a su vez, la superación de una cierta suma de dificultades de nutrición y de vida". Pasemos por alto la confusión —nacida del puro afán de originalidad, en que incurre el señor Dühring— entre tiempo de trabajo —lo único que aquí nos interesa— y tiempo de existencia, del que no sabemos que haya sido jamás, hasta hoy, fuente o medida de valores. Pasemos por alto también esa falsa apariencia "socialitaria" que pretende inducírsenos hablando de la "*propia* conservación" de ese tiempo de existencia; mientras el mundo sea mundo, todo el que quiera sostenerse a sí mismo tendrá que hacerlo a costa de consumir también por *sí mis-*

mo sus medios de vida. Demos por supuesto que el señor Dühring se ha expresado en términos económicos y precisos, y su transcrita afirmación, si quiere decir algo, sólo podrá decir esto: el valor de una mercancía se determina por el tiempo de trabajo que representa, y el valor de ese tiempo de trabajo por los medios de vida necesarios para sostener durante él al obrero. Lo cual, aplicado a la sociedad actual, quiere decir que el valor de una mercancía se determina por el *salario* contenido en ella.

Con esto hemos dado por fin con lo que el señor Dühring quiere, real y verdaderamente, decir. El valor de una mercancía se determina hablando en términos de economía vulgar, por el coste de producción; Carey, oponiéndose a esto, "hacía resaltar la verdad cuando decía que no era el coste de producción, sino el coste de reproducción, el que determinaba el valor" (Historia crítica, página 401). Ya veremos más adelante si este coste de producción o reproducción tiene razón alguna de ser; por ahora, nos basta saber que se halla formado, como es notorio, por dos partidas: el salario y la ganancia del capital. El salario representa el "desgaste de fuerza" materializado en la mercancía, el valor de producción. La ganancia, el tributo o recargo de precio impuesto a la mercancía por el capitalista al amparo de su monopolio, con la espada en la mano: el valor de distribución. Por donde todo el lío de la teoría dühringiana del valor, preñada de contradicciones, viene a resolverse, por último, en la más hermosa y armónica claridad.

La determinación del valor por el salario

La determinación del valor de las mercancías por el salario, que en Adam Smith se confunde todavía frecuentemente con la determinación del valor por el tiempo de trabajo, se halla desterrada, desde Ricardo, de la economía científica y sólo encuentra asilo hoy en la economía vulgar. Son, en efecto, los más vulgares sicofantes del orden social

vigente, del capitalismo, los que predican la determinación del valor por el salario, queriendo al mismo tiempo presentar la ganancia del capitalista como una forma superior de salario, como una especie de salario de privación (que el capitalista se asigna por no haberse gastado alegremente su capital), como prima de los riesgos que corre, como remuneración de sus servicios al frente del negocio, etcétera. El señor Dühring no se distingue de esos caballeros más que por el hecho de declarar que la ganancia es un acto de rapiña. O lo que es lo mismo, el señor Dühring construye directamente su socialismo sobre las enseñanzas de la más desacreditada economía vulgar. Ambos, la economía vulgar y el socialismo del señor Dühring, forman un todo. Y al desaparecer una u otro, desaparecen necesariamente los dos.

Es evidente que lo que un obrero produce y lo que cuesta son cosas tan absolutamente distintas como lo son lo que produce y lo que cuesta una máquina. El valor que un obrero crea en una jornada de trabajo de doce horas no tiene nada que ver con el valor de los víveres que consume durante esa jornada de trabajo y en las pausas o descansos correspondientes. En estos medios de vida podrá encerrarse un tiempo de trabajo equivalente a tres, a cuatro o a siete horas, según el grado de desarrollo a que el rendimiento de trabajo haya llegado. Supongamos que para su producción hayan sido necesarias siete horas de trabajo: la teoría del valor de la economía vulgar aceptada por el señor Dühring viene a decir que el producto de doce horas de trabajo tiene el valor del producto de siete horas de trabajo, que doce horas de trabajo son lo mismo que siete horas de trabajo, es decir, que 12 = 7. Para que la cosa sea todavía más clara: Un obrero en el campo, cualesquiera que sean las condiciones sociales en que trabaje, produce, digamos, una suma de trigo de veinte hectólitros al año. Durante este tiempo consume una suma de valores que se expresa en una suma de quince hectólitros de trigo. Según aquella teoría, los veinte hectólitros de trigo tendrán el mismo valor que los quince, y esto en el mismo mercado

y bajo condiciones que no han variado en lo más mínimo; es decir, expresándonos en otros términos, que 20 equivaldrán a 15. ¡Y a esto llaman economía!

Todos los progresos de la sociedad humana, a partir del momento en que se remonta sobre la fase de la barbarie animal primitiva, comienzan con el día en que el trabajo de la familia crea más productos de los que son necesarios para su sustento, con el día en que una parte del trabajo puede invertirse, no ya en producir simples medios de vida, sino en crear medios de producción. La formación de un remanente de producto de trabajo después de cubrir los gastos de sostenimiento de éste, y la formación e incrementación con este remanente de un fondo social de producción y de reserva, era y sigue siendo la base de todo el progreso social, político e intelectual.

Hasta hoy, ese fondo social ha venido siendo, históricamente, patrimonio de una clase privilegiada que, con él, tiene también en sus manos la hegemonía política y la jefatura espiritual. La revolución social que se avecina convertirá por vez primera este fondo colectivo de producción y reserva, es decir, la masa global de las materias primas, instrumentos de producción y medios de vida, en un verdadero fondo social, arrancándolo de manos de esa clase privilegiada que hoy dispone de él y poniéndolo como patrimonio colectivo al servicio de toda la sociedad.

Sólo cabe una de dos soluciones. Cabe que el valor de las mercancías se determine por el coste de manutención del trabajo necesario para producirlas, lo que en la sociedad actual vale tanto como decir por el salario. En este caso, cada obrero recibe, *con su salario, el valor del producto de su trabajo*, y no habrá posibilidad de que la clase de los obreros asalariados sea explotada por la clase de los capitalistas. Supongamos que el coste de manutención de un obrero se expresa, en una sociedad dada, por la suma de tres marcos. Según esto, y ateniéndonos a la teoría de los economistas vulgares que dejamos expuesta, el producto diario del obrero tendrá un valor de tres marcos. Admitamos ahora que el capitalista para quien trabaja este obre-

ro imponga a su producto una ganancia, un tributo de un marco, vendiéndolo por cuatro. Lo mismo harán los demás capitalistas. Pero entonces, el obrero no podrá seguir maneniéndose diariamente con tres marcos, sino que necesitará cuatro. Y como todas las demás circunstancias que concurren se supone que permanecen invariables, el salario expresado en medios de vida seguirá siendo el mismo, pero el expresado en dinero tendrá necesariamente que aumentar, y aumentará concretamente de tres marcos diarios a cuatro. Es decir, que los capitalistas se verán obligados a devolver a la clase trabajadora en forma de salario lo que le han arrancado en forma de ganancia.

Seguimos exactamente donde estábamos: si el salario determina el valor, no hay manera de que el obrero sea explotado por el capitalista. Ni habrá tampoco manera de que se forme un remanente de productos, pues los obreros, según el supuesto de que partimos, consumirán exactamente la misma cantidad de valor que produzcan. Y como los capitalistas no producen valor alguno, no se ve siquiera de qué han de vivir. Si, a pesar de todo, existe un remanente de producción después de cubrir el consumo, si existe un remanente de producción y reserva, y existe precisamente en manos de los capitalistas, no cabe más explicación que una: que los obreros se limitan a consumir para su propia manutención el *valor* de las mercancías, dejando a los capitalistas éstas para que las exploten.

Mas cabe otra solución, a saber: Si este fondo de producción y de reserva existe efectivamente en manos de la clase capitalista y se ha formado, como en realidad se ha formado mediante acumulación de ganancias (dejando por el momento a un lado la renta del suelo), estará integrado forzosamente por el remanente del producto del trabajo de la clase obrera acumulado y entregado por ésta a la clase capitalista, por el remanente que queda después de cubrir la suma pagada como salario por la clase capitalista a la clase trabajadora. Pero entonces el valor no se determinará por el salario precisamente, sino por la cantidad de trabajo; entonces la clase obrera entregará a la clase capitalista, en el producto de su trabajo, una suma mayor de valor

que la que recibe de ella en forma de salario, y la ganancia del capital, ni más ni menos que las demás formas de apropiación del producto del trabajo ajeno no retribuido, tendrá su explicación como parte integrante de esa plusvalía descubierta por Marx.

Diremos de pasada que en todo el Curso de Economía no se habla para nada del gran descubrimiento con que Ricardo, sentando época, comienza su obra capital, a saber: "que el valor de una mercancía depende de la cantidad de trabajo necesario para su producción y no de la remuneración más alta o más baja abonada por ese trabajo". En la "Historia Crítica" se le hace un pequeño hueco, despachándolo con las siguientes palabras sacramentales: "No se ve (es decir, no ve Ricardo) que la proporción mayor o menor en que el salario puede ser (!) un indicio de las necesidades de vida, tiene que llevar aparejada también, necesariamente [. . .], una modalidad diferente en punto a las relaciones de valor". Frase que tiene la ventaja de que el lector, a la vista de ella, puede pensar lo que se le antoje o no pensar absolutamente nada, que es, indudablemente, lo más seguro.

Con lo dicho, el lector puede ya elegir la que más le guste de las cinco clases de valor que el señor Dühring nos sirve en bandeja: el valor de producción, que tiene su fuente en la naturaleza, o el valor de distribución, creado por la maldad de los hombres y que se caracteriza por una particularidad: la de medirse por el desgaste de fuerza que no representa; tercero, el valor que se mide por el tiempo de trabajo; cuarto, el que se mide por el coste de reproducción, y quinto y último, el que se mide por el salario. Como se ve, hay dónde elegir, la colección no puede ser más completa ni la confusión tampoco, y a la postre sólo nos resta exclamar con el propio señor Dühring: "*La teoría del valor es la piedra de toque para apreciar la solidez de los sistemas económicos*".

ECONOMÍA POLÍTICA Y MÉTODO DIALÉCTICO*

I

En todos los campos de la ciencia los alemanes han demostrado hace tiempo que valen tanto, y en muchos de ellos más, que las otras naciones civilizadas. No había más que una ciencia que no contase entre sus talentos ningún nombre alemán: la Economía política. La razón se alcanza fácilmente. La Economía política es el análisis teórico de la moderna sociedad burguesa y presupone, por tanto, condiciones burguesas desarrolladas, condiciones que después de las guerras de Reforma y las guerras campesinas, y sobre todo después de la guerra de los Treinta años, no podían darse en Alemania antes de que pasasen varios siglos. La separación de Holanda del Imperio alemán, apartó a Alemania del comercio mundial y redujo de antemano su desarrollo industrial a las proporciones más mezquinas. Y mientras los alemanes se reponían tan fatigosa y lentamente de los estragos de las guerras intestinas, mientras gastaban todas sus energías cívicas, que nunca fueron demasiado grandes, en una lucha estéril contra las trabas aduaneras y las necias ordenanzas comerciales que cada príncipe en miniatura y cada barón del Reich imponía a la industria de sus súbditos; mientras las ciudades imperiales languidecían entre la quincalla de los gremios y el patriciado,

* El presente texto fue escrito por Engels en agosto de 1859, y publicado sin firma bajo el título de "La Contribución a la Crítica de la Economía Política de Carlos Marx", en la revista *"Das Volk"*, unos días después.

Holanda, Inglaterra y Francia conquistaban los primer puestos en el mercado mundial, establecían colonia tr colonia y llevaban la industria manufacturera a su máxin apogeo, hasta que, por último, Inglaterra, con la invenció del vapor, que valorizó por fin sus yacimiento de hulla sus existencias de hierro, se colocó a la cabeza del desarr llo burgués moderno. Mientras hubiese que luchar cont restos tan ridículamente anticuados de la Edad Media con los que hasta 1830 obstruían el progreso material de burguesía de Alemania, no había que pensar en que exi tiese una Economía política alemana. Hasta la fundació de la Liga aduanera,[1] los alemanes no se encontraron e condiciones de poder *entender*, por lo menos, la Econ mía política. En efecto, a partir de entonces comienza importarse la Economía inglesa y francesa, en provecho d la burguesía alemana. La gente erudita y los burócratas n tardaron en adueñarse de la materia importada, aderezá dola de un modo que no honra precisamente al «espíri alemán». De la turbamulta de caballeros de industri mercaderes, dómines y chupatintas metidos a escritores, n ció una literatura económica alemana que, en punto insipidez, superficialidad, vacuidad, prolijidad y plagi sólo puede parangonarse con la novela alemana. Entre gente de sentido práctico se formó en primer término escuela de los industriales proteccionistas, cuya prime autoridad, List, sigue siendo lo mejor que ha producid la literatura económica burguesa alemana, aunque toda s obra gloriosa esté copiada del francés Ferrier, padre teór co del sistema continental.[2] Frente a esta tendencia, ap reció en la década del cuarenta la escuela librecambista d

[1] *La Liga aduanera alemana (Zollverein)* fue concertada el de enero de 1834 entre Prusia y una serie de Estados aleman Austria permaneción al margen de esta Liga. *(N. de la Red.)*

[2] *Sistema continental*: política prohibitiva contra la import ción de mercancías inglesas en el continente europeo, segui por Napoleón I. El sistema continental fue implantado en 180 por un decreto de Napoleón. Abrazaron este sistema, aparte d otros países, España, Nápoles, Holanda, y más tarde Prusia, D namarca, Rusia y Austria. *(N. de la Red.)*

los comerciantes de las provincias del Báltico, que repetían balbuceando, con una fe infantil, aunque interesada, los argumentos de los «*free traders*» ingleses.[3] Finalmente, entre los dómines y los burócratas, a cuyo cargo corría el lado teórico de esta ciencia, tenemos áridos herboristas sin sentido crítico, como el señor Rau, especuladores seudo-ingeniosos como el señor Stein, que se dedicaba a traducir las tesis de los extranjeros al lenguaje indigerido de Hegel, o espigadores literaturizantes dentro del campo de la «historia de la cultura», como el señor Riehl. De todo esto salieron, por último, las ciencias camerales,[4] un potaje de yerbajos de toda especie, revuelto con una salsa ecléctico-economista, que servía a los opositores para ingresar en los escalafones de la Administración pública.

Mientras en Alemania la burguesía, los dómines y los burócratas se esforzaban por aprenderse de memoria, como dogmas intangibles, y por explicarse un poco los primeros rudimentos de la Economía política anglo-francesa, salió a la palestra el partido proletario alemán. Todo el contenido de la teoría de este partido emanaba del estudio de la Economía política, y del instante de su advenimiento data también la *Economía política alemana*, como ciencia con existencia propia. Esta Economía política alemana se basa sustancialmente en la *concepción materialista de la historia*, cuyos rasgos fundamentales se exponen concisamente en el prólogo de la obra que comentamos. La parte principal de este prólogo se ha publicado ya en *Das Volk*[5] por lo cual nos remitimos a ella. La tesis de que «el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general», de que todas las relaciones sociales y estatales, todos los sistemas religiosos y jurídicos, todas las ideas teóricas que brotan en la

[3] Partidarios del libre cambio. *(N. de la Red.)*

[4] Ciclo de ciencias administrativas y económicas que se explicaba en las universidades alemanas. *(N. de la Red)*

[5] Periódico alemán que se publicaba en Londres entre mayo y agosto de 1859. Marx participó muy activamente en su redacción. *(N. de la Red.)*

historia, sólo pueden comprenderse cuando se han comprendido las condiciones materiales de vida de la época de que se trata y se ha sabido explicar todo aquello por estas condiciones materiales; esta tesis, era un descubrimiento que venía a revolucionar no sólo la Economía, sino todas las ciencias históricas (y todas las ciencias que no son naturales son históricas). "No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia". Es una tesis tan sencilla, que por fuerza tenía que ser la evidencia misma, para todo el que no se hallase empantanado en las engañifas idealistas. Pero esto no sólo encierra consecuencias eminentemente revolucionarias para la teoría, sino también para la práctica: "Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de *revolución social*. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella [. . .] Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo". Por tanto, si seguimos desarrollando nuestra tesis materialista y la aplicamos a los tiempos actuales, se abre inmediatamente ante nosotros la perspectiva de una potente revolución, la revolución más potente de todos los tiempos.

Pero, mirando las cosas de cerca, vemos también, inmediatamente, que esta tesis, en apariencia tan sencilla, de que la conciencia del hombre depende de su existencia y

no al revés, rechaza de plano, ya en sus primeras consecuencias, todo idealismo, aun el más disimulado. Con ella, quedan negadas todas las ideas tradicionales y acostumbradas acerca de cuanto es objeto de la historia. Toda la manera tradicional de argumentación política se viene a tierra; la hidalguía patriótica se revuelve, indignada, contra esta falta de principios en el modo de ver las cosas. Por eso la nueva concepción tenía que chocar forzosamente, no sólo con los representantes de la burguesía, sino también con la masa de los socialistas franceses que pretenden sacar al mundo de quicio con su fórmula mágica de *liberté, égalité, fraternité.* Pero, donde provocó la mayor cólera fue entre los voceadores democrático-vulgares de Alemania. Lo cual no fue obstáculo para que pusiesen una especial predilección en explotar, plagiándolas, las nuevas ideas, si bien con un confusionismo extraordinario.

El desarrollar la concepción materialista aunque sólo fuese a la luz de un único ejemplo histórico, era una labor científica que habría exigido largos años de estudio tranquilo, pues es evidente que aquí con simples frases no se resuelve nada, que sólo la existencia de una masa de materiales históricos, críticamente cribados y totalmente dominados, puede capacitarnos para la solución de este problema. La revolución de Febrero lanzó a nuestro partido a la palestra política, impidiéndole con ello entregarse a empresas puramente científicas. No obstante, aquella concepción fundamental inspira, une como hilo de engarce, todas las producciones literarias del Partido. En todas ellas se demuestra, caso por caso, cómo la acción brota siempre de impulsos directamente materiales y no de las frases que la acompañan; lejos de ello, las frases políticas y jurídicas son otros tantos efectos de los impulsos materiales, ni más ni menos que la acción política.

Tras la derrota de la revolución de 1848-49, llegó un momento en que se hizo cada vez más imposible influir sobre Alemania desde el extranjero, y entonces nuestro partido abandonó a los demócratas vulgares el campo de los líos entre los emigrados, única actividad posible de tales

momentos. Mientras aquéllos daban rienda suelta a sus querellas, arañándose hoy para abrazarse mañana, y al día siguiente volver a lavar delante de todo el mundo sus trapos sucios; mientras recorrían toda América mendigando, para armar en seguida un nuevo escándalo por el reparto del puñado de monedas reunido, nuestro partido se alegraba de encontrar otra vez un poco de sosiego para el estudio. Llevaba a los demás la gran ventaja de tener por base teórica una nueva concepción científica del mundo, cuya elaboración le daba bastante quehacer, razón suficiente, ya de suyo, para que no pudiese caer nunca tan bajo como los «grandes hombres» de la emigración.

El primer fruto de estos estudios es el libro que tenemos delante.

II

Un libro como éste no podía limitarse a criticar sin hilación algunos capítulos sueltos de la Economía, estudiar aisladamente tal o cual problema económico litigioso. No; este libro tiende desde el primer momento a una síntesis sistemática de todo el conjunto de la ciencia económica, a desarrollar de un modo coherente las leyes de la producción burguesa y del cambio burgués. Y como los economistas no son más que los intérpretes y los apologistas de estas leyes, el desarrollarlas es, al mismo tiempo, hacer la crítica de toda la literatura económica.

Desde la muerte de Hegel, apenas se había intentado desarrollar una ciencia en su propia conexión interna. La escuela hegeliana oficial sólo había aprendido de la dialéctica del maestro la manipulación de los artificios más sencillos, que aplicaba a diestro y siniestro, y además con una torpeza no pocas veces risible. Para ellos, toda la herencia de Hegel se reducía a un simple patrón por el cual podían cortarse y construirse todos los temas posibles, y a un índice de palabras y giros que ya no tenían más misión que colocarse en el momento oportuno, para encubrir con ellos la ausencia de ideas y conocimientos positivos. Como decía

un profesor de Bona, estos hegelianos no sabían nada de nada, pero podían escribir acerca de todo. Y así era, en efecto. Sin embargo, pese a su suficiencia, estos señores tenían tanta conciencia de su pequeñez, que rehuían, en cuanto les era posible, los grandes problemas; la vieja ciencia pedantesca mantenía sus posiciones por la superioridad de su saber positivo. Sólo cuando vino Feuerbach y dio el pasaporte al concepto especulativo, el hegelianismo fue languideciendo poco a poco, parecía como si hubiese vuelto a instaurarse en la ciencia el reinado de la vieja metafísica, con sus categorías inmutables.

La cosa tenía su explicación lógica. Al régimen de los diadocos[6] hegelianos, que se había perdido en meras frases, siguió, naturalmente, una época en la que el contenido positivo de la ciencia volvió a sobrepujar su aspecto formal. Al mismo tiempo, Alemania, congruentemente con el formidable progreso burgués conseguido desde 1848, se lanzaba con una energía verdaderamente extraordinaria a las Ciencias Naturales; y, al poner de moda estas ciencias, en las que la tendencia especulativa no había llegado jamás a adquirir gran importancia, volvió a echar raíces también la vieja manera metafísica de discurrir, hasta caer en la extrema vulgaridad de un Wolff. Hegel había sido olvidado, y se desarrolló el nuevo materialismo naturalista, que apenas se distingue en nada, teóricamente, de aquel del siglo XVIII, y que en la mayor parte de los casos no le lleva más ventaja que la de poseer un material de Ciencias Naturales, y principalmente químico y fisiológico, más abundante. La angosta mentalidad filistea de los tiempos prekantianos vuelve a presentársenos, reproducida hasta la más extrema vulgaridad, en Büchner y Vogt; y hasta el propio Moleschott, que jura por Feuerbach, se pierde a cada momento, de un modo divertidísimo, entre las cate-

[6] *Diadocos*, sucesores de Alejandro de Macedonia, empeñados después de su muerte en una lucha intestina que ocasionó el desmoronamiento del imperio. Engels aplica esta palabra en sentido irónico a los representantes oficiales de la escuela hegeliana en las universidades alemanas. *(N. de la Red.)*

gorías más sencillas. Naturalmente, el envarado penco del sentido común burgués se detiene perplejo ante la zanja que separa la esencia de las cosas de sus manifestaciones, la causa, del efecto; y, si uno va a cazar con galgos en los terrenos escabrosos del pensar abstracto, no debe hacerlo a lomos de un penco.

Aquí se planteaba, por tanto, otro problema que, de suyo, no tenía nada que ver con la Economía política. ¿Con qué método había de tratarse la ciencia? De un lado estaba la dialéctica hegeliana, bajo la forma completamente abstracta, «especulativa», en que la dejara Hegel; de otro lado, el método ordinario, que volvía a estar de moda, el método, en su esencia metafísico, wolffiano, y del que se servían también los economistas burgueses para escribir sus gordos e incoherentes libros. Este último método había sido tan destruido teóricamente por Kant, y sobre todo por Hegel, que sólo la inercia y la ausencia de otro método *sencillo* podían explicar que aún perdurase prácticamente. Por otra parte, el método hegeliano era de todo punto inservible en su forma *actual*. Era un método esencialmente idealista, y aquí se trataba de desarrollar una concepción del mundo más materialista que todas las anteriores. Aquel método arrancaba del pensar puro, y aquí había que partir de los hechos más tenaces. Un método que, según su propia confesión, «partía de la nada, para llegar a la nada, a través de la nada», era de todos modos impropio bajo esta forma. Y no obstante, este método era, entre todo el material lógico existente, lo único que podía ser utilizado. No había sido criticado, no había sido superado por nadie; ninguno de los adversarios del gran dialéctico había podido abrir una brecha en su airoso edificio; había caído en el olvido, porque la escuela hegeliana no supo qué hacer con él. Lo primero era, pues, someter a una crítica a fondo el método hegeliano.

Lo que ponía al modo discursivo de Hegel por encima del de todos los demás filósofos era el formidable sentido histórico que lo animaba. Por muy abstracta e idealista que fuese su forma, el desarrollo de sus ideas marchaba siem-

pre paralelamente con el desarrollo de la historia universal, que era, en realidad, sólo la piedra de toque de aquél. Y aunque con ello se invirtiese y pusiese cabeza abajo la verdadera relación, la Filosofía nutríase toda ella, no obstante, del contenido real; tanto más cuanto que Hegel se distinguía de sus discípulos en que no alardeaba, como éstos, de ignorancia, sino que era una de las cabezas más eruditas de todos los tiempos. Él fue el primero que intentó poner de relieve en la historia un proceso de desarrollo, una conexión interna; y por muy peregrinas que hoy nos parezcan muchas cosas de su filosofía de la historia, la grandeza de la concepción fundamental sigue siendo todavía algo admirable, lo mismo si comparamos con él a sus predecesores que si nos fijamos en los que después de él se han permitido hacer consideraciones generales acerca de la historia. En la *Fenomenología*, en la *Estética*, en la *Historia de la Filosofía*, en todas partes vemos reflejada esta concepción grandiosa de la historia, y en todas partes encontramos la materia tratada históricamente, en una determinada conexión con la historia, aunque esta conexión aparezca invertida de un modo abstracto.

Esta concepción de la historia, que hizo época, fue la premisa teórica directa de la nueva concepción materialista, y ya esto brindaba también un punto de empalme para el método lógico. Si, ya desde el punto de vista del «pensar puro», esta dialéctica olvidada había conducido a tales resultados y si además había acabado como jugando con toda la lógica y la metafísica anteriores a ella, indudablemente tenía que haber en ella algo más que sofística y pedantesca sutileza. Pero, el acometer la crítica de este método, empresa que había hecho y hace todavía recular a toda la filosofía oficial, no era ninguna pequeñez.

Marx era y es el único que podía entregarse a la labor de sacar de la lógica hegeliana la médula que encierra los verdaderos descubrimientos de Hegel en este campo, y de restaurar el método dialéctico despojado de su ropaje idealista, en la sencilla desnudez en que aparece como la única forma exacta del desarrollo del pensamiento. El haber ela-

borado el método en que descansa la crítica de la Economía política por Marx es, a nuestro juicio, un resultado que apenas desmerece en importancia de la concepción materialista fundamental.

Aun después de descubierto el método, y de acuerdo con él, la crítica de la Economía política podía acometerse de dos modos: el histórico o el lógico. Como en la historia, al igual que en su reflejo literario, las cosas se desarrollan también, a grandes rasgos, desde lo más simple hasta lo más complejo, el desarrollo histórico de la literatura sobre Economía política brindaba un hilo natural de engarce para la crítica, pues, en términos generales, las categorías económicas aparecerían aquí por el mismo orden que en su desarrollo lógico. Esta forma presenta, aparentemente, la ventaja de una mayor claridad, puesto que en ella se sigue el desarrollo *real* de las cosas, pero en la práctica lo único que se conseguiría, en el mejor de los casos, sería popularizarla. La historia se desarrolla con frecuencia a saltos y en zigzags, y habría que seguirla así en toda su trayectoria, con lo cual no sólo se recogerían muchos materiales de escasa importancia, sino que habría que romper muchas veces la hilación lógica. Además, la historia de la Economía política no podría escribirse sin la de la sociedad burguesa, con lo cual la tarea se haría interminable, ya que faltan todos los trabajos preparatorios. Por tanto, el único método indicado era el lógico. Pero éste no es, en realidad, más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza esta historia debe comenzar también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de éste no será más que la imagen refleja, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica; una imagen refleja corregida, pero corregida con arreglo a las leyes que brinda la propia trayectoria histórica; y así, cada factor puede estudiarse en el punto de desarrollo de su plena madurez, en su forma clásica.

Con este método, partimos siempre de la relación primera y más simple que existe históricamente, de hecho; por

tanto, aquí, de la primera relación económica con que nos encontramos. Luego, procedemos a analizarla. Ya en el solo hecho de tratarse de una *relación*, va implícito que tiene dos lados que *se relacionan entre sí*. Cada uno de estos dos lados se estudia separadamente, de donde luego se desprende su relación recíproca y su interacción. Nos encontramos con contradicciones, que reclaman una solución. Pero, como aquí no seguimos un proceso discursivo abstracto, que se desarrolla exclusivamente en nuestras cabezas, sino una sucesión real de hechos, ocurridos real y efectivamente en algún tiempo o que siguen ocurriendo todavía, estas contradicciones se habrán planteado también en la práctica y en ella habrán encontrado también, probablemente, su solución. Y si estudiamos el carácter de esta solución, veremos que se logra creando una nueva relación, cuyos dos lados contrapuestos tendremos que desarrollar ahora, y así sucesivamente.

La Economía política comienza por la *mercancía*, por el momento en que se cambian unos productos por otros, ya sea por obra de individuos aislados o de comunidades de tipo primitivo. El producto que entra en el intercambio es una mercancía. Pero lo que le convierte en mercancía es, pura y simplemente, el hecho de que a la *cosa*, al producto, vaya ligada una *relación* entre dos personas o comunidades, la relación entre el productor y el consumidor, que aquí no se confunden ya en la misma persona. He aquí un ejemplo de un hecho peculiar que recorre toda la Economía política y ha producido lamentables confusiones en las cabezas de los economistas burgueses. La Economía no trata de cosas, sino de *relaciones* entre personas y, en última instancia, entre clases; si bien estas relaciones van siempre *unidas a cosas* y *aparecen como cosas*. Aunque ya algún que otro economista hubiese vislumbrado, en casos aislados, esta conexión, fue Marx quien la descubrió en cuanto a su alcance para toda la Economía, simplificando y aclarando con ello hasta tal punto los problemas más difíciles, que hoy hasta los propios economistas burgueses pueden comprenderlos.

Si enfocamos la mercancía en sus diversos aspectos —pero la mercancía que ha cobrado ya su pleno desarrollo, no aquella que comienza a desarrollarse trabajosamente en los actos primigenios de trueque entre dos comunidades primitivas—, se nos presenta bajo los dos puntos de vista del valor de uso y del valor de cambio, con lo que entramos inmediatamente en el terreno del debate económico. El que desee un ejemplo palmario de cómo el método dialéctico alemán, en su fase actual de desarrollo, está tan por encima del viejo método metafísico, vulgar y charlatanesco, por lo menos como los ferrocarriles sobre los medios de transporte de la Edad Media, no tiene más que ver, leyendo a Adam Smith o a cualquier otro economista oficial de fama, cuántos suplicios les costaba a estos señores el valor de cambio y el valor de uso, cuán difícil se les hacía distinguirlos claramente y concebirlos cada uno de ellos en su propia y peculiar precisión, y comparar luego esto con la clara y sencilla exposición de Marx.

Después de aclarar el valor de uso y el valor de cambio, se estudia la mercancía como unidad directa de ambos, tal como entra en el *proceso de cambio*. A qué contradicciones da lugar esto, puede verse en la páginas 20 y 21.[7] Advertiremos únicamente que estas contradicciones no tienen tan sólo un interés teórico abstracto, sino que reflejan al mismo tiempo las dificultades que surgen de la naturaleza de la relación de intercambio directo, del simple acto del trueque, y las imposibilidades con que necesariamente tropieza esta primera forma tosca de cambio. La solución de estas imposibilidades se encuentra transfiriendo a una mercancía especial —*el dinero*— la cualidad de representar el valor de cambio de todas las demás mercancías. Tras esto, se estudia en el segundo capítulo el dinero o la circulación simple, a saber: 1) el dinero como *medida del valor*, determinándose en forma más concreta el valor medido en dinero, el *precio*; 2) como *medio de circulación*, y

[7] Engels se remite aquí al libro *Zur Kritik der politischen Ökonomic (Contribución a la crítica de la Economía política)*, **Berlín, 1859.** ***(N. de la Red.)***

3) como unidad de ambos conceptos en cuanto *dinero real*, como representación de toda la riqueza burguesa material. Con esto, terminan las investigaciones del primer fascículo, reservándose para el segundo la transformación del dinero en capital.

Vemos, pues, cómo con este método el desenvolvimiento lógico no se ve obligado, ni mucho menos, a moverse en el reino de lo puramente abstracto. Por el contrario, necesita ilustrarse con ejemplos históricos, mantenerse en contacto constante con la realidad. Por eso, estos ejemplos se aducen en gran variedad y consisten tanto en referencias a la trayectoria histórica real en las diversas etapas del desarrollo de la sociedad como en referencias a la literatura económica, en las que se sigue, desde el primer paso, la elaboración de conceptos claros de las relaciones económicas. La crítica de las distintas definiciones, más o menos unilaterales o confusas, se contiene ya, en lo sustancial, en el desarrollo lógico y puede resumirse brevemente.

En un tercer artículo, nos detendremos a examinar el contenido económico de la obra.[8]

PLUSVALÍA Y ACUMULACIÓN DE CAPITAL*

I

Desde que hay en el mundo capitalistas y obreros, no se ha publicado un solo libro que tenga para los obreros la importancia de éste. En él se estudia científicamente, por

[8] Este tercer artículo no fue publicado ni se ha encontrado entre los manuscritos del autor. *(N. de la Red.)*

* El primero de los textos que se recogen en esta sección apareció sin firma bajo el título de "*El Capital* de Marx", en el *Demokratisches Wochenblatt,* del 21 y 29 de marzo de 1868. El segundo de ellos es parte del prólogo de Engels al Tomo II de *El Capital,* publicado en Hamburgo en 1885. La versión española de ambos textos procede de Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas,* Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951.

vez primera, la relación entre el capital y el trabajo, eje en torno del cual gira todo el sistema de la moderna sociedad, y se hace con una profundidad y un rigor sólo posible en un alemán. Por más valiosas que son y serán siempre las obras de un Owen, de un Saint-Simon, de un Fourier, tenía que ser un alemán quien escalase la cumbre desde la que se domina, claro y nítido —como se domina desde la cima de las montañas el paisaje de las colinas situadas más abajo—, todo el campo de las modernas relaciones sociales.

La Economía política al uso nos enseña que el trabajo es la fuente de toda la riqueza y la medida de todos los valores, de tal modo, que dos objetos cuya producción haya costado el mismo tiempo de trabajo, encierran idéntico valor; y como, por término medio, sólo pueden cambiarse entre sí valores iguales, esos objetos deben poder ser cambiados el uno por el otro. Pero, al mismo tiempo, nos enseña que existe una especie de trabajo acumulado, al que esa Economía da el nombre de capital, y que este capital, gracias a los recursos auxiliares que encierra, eleva cien y mil veces la capacidad productiva del trabajo vivo, en gracia a lo cual exige una cierta remuneración, que se conoce con el nombre de beneficio o ganancia. Todos sabemos que lo que sucede en realidad es que, mientras las ganancias del trabajo muerto, acumulado, crecen en proporciones cada vez más asombrosas y los capitales de los capitalistas se hacen cada día más gigantescos, el salario del trabajo vivo se reduce cada vez más, y la masa de los obreros, que viven exclusivamente de un salario, se hace cada vez más numerosa y más pobre. ¿Cómo se resuelve esta contradicción? ¿Cómo es posible que el capitalista obtenga una ganancia, si al obrero se le retribuye el valor íntegro del trabajo que incorpora a su producto? Como el cambio supone siempre valores iguales, parece que tiene necesariamente que suceder así. Mas, por otra parte, ¿cómo pueden cambiarse valores iguales, y cómo puede retribuírsele al obrero el valor íntgro de su producto, si, como muchos economistas reconocen, este producto se distribuye entre él y el capitalista? Ante esta contradicción, la Eco-

nomía al uso se queda perpleja y no sabe más que escribir o balbucir unas cuantas frases confusas, que no dicen nada. Tampoco los críticos socialistas de la Economía política, anteriores a nuestra época, pasaron de poner de manifiesto la contradicción; ninguno logró resolverla, hasta que Marx, por fin, analizó el proceso de formación de la ganancia, remontándose a su verdadera fuente y poniendo en claro, con ello, todo el problema.

En su investigación del capital, Marx parte del hecho sencillo y notorio de que los capitalistas valorizan su capital por medio del cambio, comprando mercancías con su dinero para venderlas después por más de lo que les costaron. Por ejemplo, un capitalista compra algodón por valor de 1 000 táleros y lo revende por 1 100, «ganando», por tanto, 100 táleros. Este superávit de 100 táleros, que viene a incrementar el capital primitivo, es lo que Marx llama *plusvalía*. ¿De dónde nace esta plusvalía? Los economistas parten del supuesto de que sólo se cambian valores iguales, y esto, en el campo de la teoría abstracta, es exacto. Por tanto, la operación consistente en comprar algodón y en volverlo a vender, no puede engendrar una plusvalía, como no puede engendrarla el hecho de cambiar un tálero por treinta silbergroschen o el de volver a cambiar las monedas fraccionarias por el tálero de plata. Después de realizar esta operación, el poseedor del tálero no es más rico ni más pobre que antes. Mas la plusvalía no puede brotar tampoco del hecho de que los vendedores coloquen sus mercancías por más de lo que valen o de que los compradores las obtengan por debajo de su valor, porque los que ahora son compradores son luego vendedores, y, por tanto, lo que ganan en un caso lo pierden en el otro. Ni puede provenir tampoco de que los compradores y vendedores se engañen los unos a los otros, pues eso no crearía ningún valor nuevo o plusvalía, sino que haría cambiar únicamente la distribución del capital existente entre los capitalistas. Y no obstante, a pesar de comprar y vender las mercancías por lo que valen, el capitalista saca de ellas más valor del que invirtió. ¿Cómo se explica esto?

Bajo el régimen social vigente, el capitalista encuentra en el mercado *una mercancía* que posee la peregrina cualidad de que, *al consumirse, engendra nuevo valor, crea un nuevo valor*: esta mercancía es la *fuerza de trabajo.*

¿Cuál es el valor de la fuerza de trabajo? El valor de toda mercancía se mide por el trabajo necesario para producirla. La fuerza de trabajo existe bajo la forma del obrero vivo, quien para vivir y mantener además a su familia que garantice la persistencia de la fuerza de trabajo aun después de su muerte, necesita una determinada cantidad de medios de vida. El tiempo de trabajo necesario para producir estos medios de vida representa, por tanto, el valor de la fuerza de trabajo. El capitalista se lo paga semanalmente al obrero y le compra con ello el uso de su trabajo durante una semana. Hasta aquí, esperamos que los señores economistas estarán, sobre poco más o menos, de acuerdo con nosotros, en lo que al valor de la fuerza de trabajo se refiere.

El capitalista pone a su obrero a trabajar. El obrero le suministra al cabo de determinado tiempo la cantidad de trabajo representada por su salario semanal. Supongamos que el salario semanal de un obrero equivale a tres días de trabajo; si el obrero comienza a trabajar el lunes, el miércoles por la noche *habrá reintegrado* al capitalista *el valor íntegro de su salario*. Pero, ¿es que deja de trabajar una vez conseguido esto? Nada de eso. El capitalista le ha comprado el trabajo de una *semana*: por tanto, el obrero tiene que seguir trabajando los tres días que faltan para ésta. Este *plustrabajo* del obrero, después de cubrir el tiempo necesario para reembolsar al patrono su salario, es la *fuente de la plusvalía*, de la ganancia, del incremento progresivo del capital.

Y no se diga que eso de que el obrero rescata en tres días, trabajando, el salario que percibe, y que durante los tres días restantes trabaja para el capitalista, es una suposición arbitraria. Por el momento, nos tiene absolutamente sin cuidado, y es cosa que depende de las circunstancias, el que para reponer el salario necesite realmente tres días, o dos, o cuatro; lo importante es que, además del trabajo

pagado, el capitalista le saca al obrero trabajo que *no le retribuye*. Y esto no es ninguna suposición arbitraria, ya que el día en que el capitalista, a la larga, sólo sacase del obrero el trabajo que le remunera mediante el salario, cerraría la fábrica, pues toda su ganancia se iría a pique.

He aquí la solución de todas aquellas contradicciones. El nacimiento de la plusvalía (de la que una parte importante constituye la ganancia del capitalista) es, ahora, completamente claro y natural. Al obrero se le paga, ciertamente, el valor de la fuerza de trabajo. Lo que ocurre es que este valor es bastante inferior al que el capitalista logra sacar de ella, y la diferencia, o sea el *trabajo no retribuido*, es lo que constituye precisamente la parte del capitalista, o mejor dicho, de la clase capitalista. Pues, hasta la ganancia que en nuestro ejemplo de más arriba obtenía el comerciante algodonero al vender el algodón, tiene que provenir necesariamente, si la mercancía no sube de precio, del trabajo no retribuido. El comerciante tiene que vender su mercancías a un fabricante de tejidos de algodón, quien puede sacar del artículo que fabrica, además de aquellos 100 táleros, un beneficio para sí, compartiendo, por tanto, con el comerciante el trabajo no retribuido que se embolsa. De este trabajo no retribuido viven en general todos los miembros ociosos de la sociedad. De él salen los impuestos que cobran el Estado y el municipio, en la parte que grava a la clase capitalista, la renta del suelo abonada a los terratenientes, etcétera. Sobre él descansa todo el orden social existente.

Sería necio, sin embargo, creer que el trabajo no retribuido sólo surgió bajo las condiciones actuales, en que la producción corre a cargo de capitalistas de una parte y de obreros asalariados de otra parte. Nada más lejos de la verdad. La clase oprimida se vio forzada a rendir trabajo no retribuido en todas las épocas de la historia. Durante los largos siglos en que la esclavitud era la forma dominante de organización del trabajo, los esclavos veíanse obligados a trabajar mucho más de lo que se les pagaba en forma de medios de vida. Bajo la dominación de la servidumbre de la gleba y hasta la abolición de la prestación

personal campesina, ocurría lo mismo; aquí, incluso adquiriría forma tangible la diferencia entre el tiempo durante el cual el campesino trabajaba para su propio sustento y el plustrabajo que rendía para el señor feudal, precisamente porque éste lo ejecutaba en otro sitio que aquél. Hoy, la forma ha cambiado, pero el fondo sigue siendo el mismo, y mientras "una parte de la sociedad posea el monopolio de los medios de producción, el obrero, sea libre o no libre, no tendrá más remedio que añadir al tiempo durante el cual trabaja para su propio sustento un tiempo de trabajo adicional para producir los medios de vida destinados a los poseedores de los instrumentos de producción" (Marx, p. 202.)[1]

II

Veíamos en nuestro artículo anterior que todo obrero enrolado por el capitalista ejecuta un doble trabajo: durante una parte del tiempo que trabaja, repone el salario que el capitalista le adelanta, y esta parte del trabajo es lo que Marx llama *trabajo necesario*. Pero luego, tiene que seguir trabajando y producir la *plusvalía* para el capitalista, una parte importante de la cual representa la ganancia. Esta parte de trabajo recibe el nombre de *plustrabajo*.

Supongamos que el obrero trabaja durante tres días de la semana para reponer su salario y tres días para crearle plusvalía al capitalista. Expresado en otros términos, esto vale tanto como decir que si la jornada es de doce horas, trabaja seis horas por su salario y otras seis para la producción de plusvalía. De una semana sólo pueden sacarse seis días o siete, a lo sumo, incluyendo el domingo; en cambio, a cada día se le pueden arrancar seis, ocho, diez, doce, quince horas de trabajo, y aún más. El obrero vende al capitalista, por el jornal, una jornada de trabajo.

---

[1] Los números de las páginas corresponden a la primera edición del primer tomo de *El Capital*, Hamburgo 1867. *(N. de la Red.)*

Pero *¿qué es una jornada de trabajo?* ¿Ocho horas, o dieciocho?

Al capitalista le interesa que la jornada de trabajo sea lo más larga posible. Cuanto más larga sea, mayor plusvalía rendirá. Al obrero le dice su certero instinto que cada hora más que trabaja, después de reponer el salario, es una hora que se le sustrae ilegítimamente, y sufre en su propia pelleja las consecuencias del exceso de trabajo. El capitalista lucha por su ganancia, el obrero por su salud, por un par de horas de descanso al día, para poder hacer algo más que trabajar, comer y dormir, para poder actuar también en otros aspectos como hombre. Diremos de pasada que no depende de la buena voluntad de cada capitalista en particular luchar o no por sus intereses, pues la competencia obliga hasta a los más filantrópicos a seguir las huellas de los demás, haciendo a sus obreros trabajar el mismo tiempo que trabajan los otros.

La lucha por conseguir que se fije la jornada de trabajo dura desde que aparecen en la escena de la historia los obreros libres hasta nuestros días. En distintas industrias rigen distintas jornadas tradicionales de trabajo, pero, en la práctica, son muy contados los casos en que se respeta la tradición. Sólo puede decirse que existe verdadera jornada normal de trabajo allí donde la ley fija esta jornada y se encarga de velar por su aplicación. Hasta hoy, puede afirmarse que esto sólo acontece en los distritos fabriles de Inglaterra. En las fábricas inglesas rige la jornada de diez horas (o sea, diez horas y media durante cinco días y siete horas y media los sábados) para todas las mujeres y los chicos de trece a dieciocho años; y como los hombres no pueden trabajar sin la cooperación de aquellos elementos, de hecho también ellos disfrutan la jornada de diez horas. Los obreros fabriles de Inglaterra arrancaron esta ley a fuerza de años y años de perseverancia en la más tenaz y obstinada lucha contra los fabricantes, mediante la libertad de prensa y el derecho de reunión y asociación y explotando también hábilmente las disensiones en el seno de la propia clase gobernante. Esta ley se ha convertido en el paladión de los obreros ingleses, ha ido aplicándose poco

a poco a todas las grandes ramas industriales, y el año pasado[2] se hizo extensiva a casi *todas las industrias*, por lo menos a todas aquellas en que trabajan mujeres y niños. Acerca de la historia de esta reglamentación legal de la jornada de trabajo en Inglaterra, contiénense datos abundantísimos en la obra que estamos comentando. En el próximo «Parlamento del Norte de Alemania» se deliberará también acerca de una ordenanza industrial, y, por tanto, se pondrá a debate la reglamentación del trabajo fabril. Esperamos que ninguno de los diputados elegidos por los obreros alemanes intervendrá en la discusión de esta ley sin antes familiarizarse bien con el libro de Marx. *Aquí se podrá lograr mucho.* Las disensiones que existen en el seno de la clase dominante son más propicias para los obreros que lo fueron nunca en Inglaterra, porque *el sufragio universal obliga a las clases dominantes a captarse las simpatías de los obreros.* En estas condiciones, cuatro o cinco representantes del proletariado, sí saben aprovecharse de la situación, y sobre todo si saben de qué se trata, cosa que no saben los burgueses, pueden constituir *una fuerza.* El libro de Marx pone en sus manos, perfectamente dispuestos, todos los datos necesarios.

Pasaremos por alto una serie de excelentes investigaciones, de carácter más bien teórico, y nos detendremos tan sólo en el capítulo final de la obra, que trata de la acumulación del capital. En este capítulo se pone primero de manifiesto que el método capitalista de producción, es decir, el método de producción que presupone la existencia de capitalistas por una parte, y de obreros asalariados por otra, no sólo le reproduce al capitalista constantemente su capital, sino que reproduce, incesantemente, la pobreza del obrero, velando, por tanto, porque existan siempre, de un lado, capitalistas que concentran en sus manos la propiedad de todos los medios de vida, materias primas e instrumentos de producción, y de otro lado, la gran masa de obreros obligados a vender a estos capitalistas su fuerza de trabajo por una cantidad de medios de vida que, en el

[2] Es decir, en 1867. *(N. de la Red.)*

mejor de los casos, sólo alcanza para sostenerlos en condiciones de trabajar y de criar una nueva generación de proletarios aptos para el trabajo. Pero el capital no se limita a reproducirse, sino que aumenta y crece incesantemente, con lo cual aumenta y crece también su poder sobre la clase de los obreros desposeídos de toda propiedad. Y, del mismo modo que el capital se reproduce a sí mismo en proporciones cada vez mayores, el moderno modo capitalista de producción reproduce igualmente, en proporciones que van siempre en aumento, en número creciente sin cesar, la clase de los obreros desposeídos. «La acumulación del capital reproduce la relación del capital en una escala mayor; a más capitalistas o a mayores capitalistas en un polo, en el otro polo más obreros asalariados... *La acumulación del capital significa, por tanto, el crecimiento del proletariado*» (p. 600). Pero, como los progresos de la maquinaria, el cultivo perfeccionado de la tierra, etcétera, hacen que cada vez se necesiten menos obreros para producir la misma cantidad de artículos, y como este perfeccionamiento, es decir, esta creación de obreros sobrantes, aumenta con mayor rapidez que el propio capital creciente ¿qué se hace de este número, cada vez mayor, de obreros superfluos? Forman un ejército industrial de reserva, al que en las épocas malas o medianas se le paga su trabajo *por menos* de lo que vale y que trabaja sólo de vez en cuando o se queda a merced de la beneficencia pública, pero que es indispensable para la clase capitalista en las épocas de gran actividad, como ocurre actualmente, a todas luces, en Inglaterra, y que *en todo caso* sirve para vencer la resistencia de los obreros que trabajan normalmente y mantener bajos sus salarios. "Cuanto mayor es la riqueza social [...] tanto mayor es la superpoblación relativa o ejército industrial de reserva [...] Y cuanto mayor es este ejército de reserva, en relación con el ejército obrero activo [o sea, con los obreros que trabajan normalmente], tanto mayor es la masa de superpoblación consolidada [permanente] o las capas obreras cuya miseria está en razón inversa a sus tormentos de trabajo. Finalmente, cuanto más extenso es en la clase obrera el sector de la pobreza

y el ejército industrial de reserva, tanto mayor es también el pauperismo oficial. *Tal es la ley absoluta, general, de la acumulación capitalista*" (p. 631).

He ahí, puestas de manifiesto con todo rigor científico —los economistas oficiales se guardan mucho de intentar siquiera refutarlas— algunas de las leyes fundamentales del moderno sistema social capitalista. Pero, ¿queda dicho todo, con esto? No, ni mucho menos. Con la misma nitidez con que destaca los lados malos de lo producción capitalista, Marx pone de relieve que esta forma social era necesaria para desarrollar las fuerzas productivas sociales hasta un nivel que haga posible un desarrollo igual y humanamente digno para *todos* los miembros de la sociedad. Todas las formas sociales anteriores eran demasiado pobres para esto. Sólo la producción capitalista crea las riquezas y las fuerzas productivas necesarias para ello; pero crea también, al mismo tiempo, con las masas de obreros oprimidos, una clase social obligada más y más a tomar en sus manos estas riquezas y fuerzas productivas, para conseguir que sean aprovechadas en interés de toda la sociedad y no, como hoy, en el de una clase monopolista.

* * *

[...] ¿Qué es lo que Marx ha dicho de nuevo acerca de la plusvalía? ¿Cómo se explica que la teoría de la plusvalía de Marx haya caído como un rayo de un cielo sereno, y además en todos los países civilizados, mientras que las teorías de todos sus predecesores socialistas, incluyendo las de Rodbertus, se han esfumado sin resultado alguno?

La historia de la Química nos puede aclarar esto, a la luz de un ejemplo.

Todavía a fines del siglo pasado imperaba, como es sabido, la teoría flogística, según la cual la esencia de toda combustión residía en que del cuerpo que se quemaba se desprendía otro cuerpo hipotético, un combustible absoluto, al que se daba el nombre de flogisto. Esta teoría bastaba para explicar la mayoría de los fenómenos químicos conocidos por entonces, aunque violentando un poco la

cosa en ciertos casos. Ahora bien, en 1774, Priestley descubrió una clase de aire que encontraba "tan puro y tan libre de flogisto, que, comparado con él, el aire corriente parecía estar ya corrompido", y le dio el nombre de aire desflogistizado. Poco después, Scheele descubría en Suecia la misma clase de aire, poniendo de manifiesto su existencia en la atmósfera. Encontró, además, que desaparecía al quemar en él o en el aire corriente un cuerpo, razón por la cual lo denominó aire ígneo (Feuerluft). "De estos resultados sacó luego la conclusión de que la combinación que se forma al asociar el flogisto con una de las partes integrantes del aire" (es decir, en la combustión), "no es sino fuego o calor, que huye a través del cristal".[3]

Tanto Priestley como Scheele habían descubierto el oxígeno, pero no sabían lo que habían descubierto. "Seguían prisioneros de las categorías" flogísticas, "tal y como se las habían encontrado". En sus manos, el elemento que estaba llamado a echar por tierra toda la concepción flogística y a revolucionar la Química, venía condenado a la esterilidad. Pero Priestley comunicó, poco después, su descubrimiento a Lavoisier, en París, y Lavoisier se puso a investigar a la luz de este nuevo hecho toda la química flogística y descubrió, entonces, que la nueva clase de aire era un nuevo elemento químico y que durante la combustión *no sale* del cuerpo que arde el misterioso flogisto, sino que este nuevo elemento se *combina* con el cuerpo, y así fue como enderezó toda la Química, que bajo su forma flogística estaba vuelta del revés. Y aun cuando Lavoisier no haya descubierto el oxígeno, como más tarde afirmó él, al mismo tiempo que los otros dos e independientemente de ellos, es, no obstante, el verdadero *descubridor* del oxígeno respecto a los otros, que no habían hecho más que *encontrarlo*, sin sospechar siquiera lo *que habían* descubierto.

Lo que Lavoisier es respecto a Priestley y a Scheele, lo es Marx respecto a sus predecesores en la teoría de la

[3] Roscoe-Schorlemmer, *Ausführliches Lehrbuch der Cremie* [*Tratado completo de Química*], Braunschweig, 1877, t. I, pp. 13-18. *(N. de Engels.)*

plusvalía. *La existencia* de esta parte del valor del producto a que hoy llamamos plusvalía, había sido señalado mucho antes de Marx; asimismo se había dicho, con mayor o menor claridad, en qué consistía, a saber: en el producto del trabajo por el que quien se lo apropia no paga ningún equivalente. Pero no se pasaba de aquí. Los unos —los economistas burgueses clásicos— investigaban, a lo sumo, la proporción cuantitativa en que el producto del trabajo se distribuye entre el obrero y el poseedor de los medios de producción. Los otros —los socialistas— encontraban esta distribución injusta y buscaban medios utópicos para acabar con la injusticia. Unos y otros seguían prisioneros de las categorías económicas, tal y como las habían encontrado.

En esto, apareció Marx. Y apareció en oposición directa a sus predecesores. Donde éstos habían visto una *solución*, él veía sólo un *problema*. Marx vio que lo que aquí había no era ni aire desflogistizado, ni aire ígneo, sino oxígeno; vio que aquí no se trataba ni de limitarse a registrar un hecho económico, ni del conflicto de este hecho con la eterna justicia y la verdadera moral, sino de un hecho que estaba llamado a revolucionar toda la Economía y que daba —a quien supiera manejarla— la clave para entender toda la producción capitalista. A la luz de este hecho, investigó Marx todas las categorías con que se había encontrado, como Lavoisier hizo, a la luz del oxígeno, con las categorías de la química flogística con las que se encontró. Para saber qué era la plusvalía, tenía que saber qué era el valor. Había que someter a crítica sobre todo la teoría del valor del propio Ricardo. Marx investigó, pues, el trabajo en cuanto fuente del valor y señaló, por vez primera, *qué trabajo*, y por qué y cómo crea valor, y cómo el valor no es, en general, más que trabajo cuajado de *esta* clase, punto éste que Rodbertus no llegó a entender hasta el fin de sus días. Marx investigó luego la relación entre la mercancía y el dinero y puso de manifiesto cómo y por qué, en virtud de la cualidad de valor inherente a ella, la mercancía y el cambio de mercancías tienen que engendrar la antítesis de mercancía y dinero; su teoría del

dinero, basada en esto, es la primera teoría completa del dinero, aceptada hoy, tácitamente, con carácter general. Investigó la transformación del dinero en capital y demostró que descansa en la compra y venta de la fuerza de trabajo. Y, poniendo fuerza de trabajo, o sea la cualidad creadora del valor, donde antes decía trabajo, resolvió, de un golpe, una de las dificultades contra las que se había estrellado la escuela de Ricardo: la imposibilidad de armonizar el intercambio del trabajo y el capital con la ley ricardiana de la determinación del valor por el trabajo. Y, sólo al establecer la distinción del capital en constante y variable, consiguió exponer hasta en sus más mínimos detalles la verdadera trayectoria del proceso de creación de la plusvalía, explicándolo con ello, cosa que ninguno de sus predecesores había conseguido; registró, por tanto, una distinción dentro del propio capital con la que los economistas burgueses, lo mismo que Rodbertus, no habían sabido qué hacer y que, sin embargo, da la clave para resolver los problemas económicos más complicados, de lo cual tenemos la prueba evidentísima, una vez más, en este libro II, y mejor aún, como se verá, en el libro III. Luego, siguió investigando la misma plusvalía y descubrió sus dos formas: plusvalía absoluta y relativa, poniendo de manifiesto los papeles distintos, aunque decisivos en ambos casos, que han desempeñado en el desarrollo histórico de la producción capitalista. Y sobre la base de la plusvalía, desarrolló la primera teoría racional del salario que poseemos y trazó, por vez primera, los rasgos fundamentales para una historia de la acumulación capitalista y una exposición de su tendencia histórica.

PLUSVALÍA Y LEY DEL VALOR*

[. . .] En el prólogo al Libro II de *El Capital* hube de entenderme con ciertos señores que habían armado un gran griterío porque creían haber descubierto "en Rodbertus la fuente secreta de Marx y un predecesor suyo muy superior a él". Les brindé allí la posibilidad de demostrar "lo que podía dar de sí la economía rodbertiana", invitándoles a probar "cómo, no ya sin infrigir la ley del valor, sino, por el contrario, a base de ella, puede y debe formarse una cuota media de ganancia". Ninguno de aquellos señores que entonces, por razones subjetivas u objetivas y generalmente por causas cualquier cosa menos científicas, ponían por las nubes al buen Rodbertus como un astro económico de primera magnitud, se ha dignado contestar la pregunta que les formulábamos. En cambio, ha habido otros que han considerado que valía la pena ocuparse de este problema.

En su crítica del tomo II (publicada en *Conrads Jahrbücher*, XI, 5, 1885, pp. 452-65), el profesor W. Lexis recoge la pregunta, aunque sin querer darle una respuesta directa. Dice: "La solución de aquella contradicción [entre la ley ricardiano-marxista del valor y la cuota media de ganancia igual] es imposible si se toman *aisladamente* las distintas clases de mercancías y se sostiene que su valor es igual a su valor de cambio y éste igual o proporcional a su precio". Sólo es posible, según él, si se "renuncia para las distintas clases concretas de mercancías a medir el valor por el trabajo y sólo se enfoca la producción de mercancías *en conjunto* y su distribución entre las clases globales de los capitalistas y los obreros [. . .] La clase obrera sólo obtiene una parte del producto global [. . .], la otra parte, correspondiente a la clase capitalista, constituye en

* Corresponde al prólogo escrito por Engels para el Tomo III de *El Capital*, en octubre de 1894. El texto en español está tomado de la edición del Fondo de Cultura Económica, publicada en México en 1947.

sentido marxista el producto sobrante y también, por ta to [...], la plusvalía. Ahora bien, los miembros de la cla capitalista se dividen entre sí esta plusvalía global *no* con arreglo al número de obreros que para ellos trabajan, sino en proporción a la magnitud del capital invertido por ellos, incluyéndose también como valor-capital el de la tierra". Los valores ideales marxistas, determinados por las unidades de trabajo que se contienen en las mercancías, no corresponden a los precios, pero "pueden considerarse como el punto de partida de una desplazamiento que conduce a los precios reales. Éstos se determinan por el hecho de que capitales iguales exigen ganancias iguales". Esto hará que algunos capitalistas obtengan por sus mercancías precios más altos que sus valores ideales, mientras que otros obtienen precios más bajos. "Pero como las mermas y los recargos de la plusvalía se compensan recíprocamente en el seno de la clase capitalista, el volumen global de la plusvalía será el mismo que si todos los precios fuesen proporcionales a los valores ideales de las mercancías".

Como se ve, aquí no se resuelve ni de lejos el problema, pero sí se *plantea* en conjunto de un modo exacto, aunque un tanto desmadejado y achatado. Es, en realidad, más de lo que podíamos esperar de alguien que, como el autor, se presenta con cierto orgullo como un "economista vulgar"; es incluso sorprendente, si lo comparamos con los frutos de otros economistas vulgares que más adelante examinaremos. Es cierto que la economía vulgar sustentada por este autor es algo especial. Nos dice que si bien la ganancia del capital *puede* derivarse por el método de Marx, nada *obliga* a abrazar esta concepción. Por el contrario. La economía vulgar ofrece una explicación que es, por lo menos, más plausible: "los vendedores capitalistas, el productor de materias primas, el fabricante, el comerciante al por mayor, el pequeño comerciante, obtienen ganancias en sus negocios vendiendo más caro que compran, es decir, recargando en un cierto tanto por ciento el precio propio de coste de sus mercancías. El obrero es el único que no

puede imponer este recargo de valor, pues su desfavorable situación le obliga a vender su trabajo al capitalista por el precio que le cuesta a él mismo, o sea, por el sustento necesario [...] Pero estos recargos de precio se mantienen íntegramente frente a los obreros asalariados como compradores y determinan la transferencia de una parte del valor de la producción total a la clase capitalista".

Ahora bien, no hace falta un gran esfuerzo mental para darse cuenta de que esta explicación "económico-vulgar" de la ganancia del capital conduce prácticamente a los mismos resultados con la teoría marxista de la plusvalía; de que los obreros se encuentran según la concepción de Lexis exactamente en la misma "situación desfavorable" que según Marx; de que en ambos casos salen igualmente estafados. Puesto que cualquiera que no sea obrero puede vender sus mercancías más caras de lo que valen y el obrero no, y de que sobre la base de esta teoría puede construirse un socialismo vulgar tan plausible por lo menos, como el que aquí en Inglaterra se ha construido sobre la base de la teoría del valor de uso y de la utilidad límite de Jevons-Menger. Y hasta llego a sospecha que si el señor George Bernard Shaw conociese esta teoría de la ganancia tendería ambas manos hacia ella, se despediría de Jevons y Karl Menger y reconstruiría sobre esta roca la iglesia fabiana del porvenir.

En realidad, esta teoría no es sino una transcripción de la de Marx. ¿De dónde salen los medios para costear todos los recargos de los precios? Del "producto global" de los obreros. Para lo cual la mercancía "trabajo" o fuerza de trabajo, como la llama Marx, se vende por menos de su precio. Pues si todas las mercancías tienen como característica común el venderse por más de su coste de producción y de ello se exceptúa únicamente el trabajo, el cual se vende por su precio de producción exclusivamente, ello quiere decir que se vende por menos del precio que constituye la norma dentro de este mundo económico-vulgar. La ganancia extraordinaria que esto procura al capitalista

individual o a la clase capitalista en su conjunto consiste y sólo puede, en última instancia, producirse por el hecho de que el obrero, después de reproducir el sustituto del precio de su trabajo, tiene que crear además una parte del producto por la que no se le paga, el producto sobrante, producto del trabajo no retribuido, la plusvalía. Lexis es un hombre extraordinariamente cauto en la elección de sus palabras. No dice nunca directamente que la concepción que acabamos de exponer sea la suya; suponiendo que lo sea, es claro como la luz del sol que no estamos ante uno de esos economistas vulgares del montón de los que él mismo dice que cada uno de ellos no es, a los ojos de Marx, "en el mejor de los casos, más que una cabeza vacua sin arreglo", sino ante un marxista disfrazado de economista vulgar. ¿Se trata de un disfraz consciente o inconsciente? Es éste un problema psicológico que aquí no nos interesa. Quien quisiera ahondar en él tendría también que investigar, tal vez, por qué en un determinado momento un hombre tan capaz como indudablemente lo es Lexis pudo salir en defensa de una necedad como el bimetalismo.

El primero que realmente intentó resolver el problema fue el Dr. Conrad Schmidt, en su obra *La cuota media de ganancia, sobre la base de la ley marxista del valor* (Stuttpart, Dietz ed., 1889). Schmidt procura poner los detalles de la formación de los precios en el mercado en consonancia tanto con la ley del valor como con la cuota media de ganancia. El producto obtenido por el capitalista industrial le resarce, ante todo, del capital por él desembolsado, y en segundo lugar le entrega un producto sobrante por el que no ha pagado nada. Pero, para poder obtener este producto sobrante tiene que lanzar su capital a la producción, es decir, tiene que emplear una determinada cantidad de trabajo materializado que le permita apropiarse este producto sobrante. Para el capitalista es, pues, el capital por él desembolsado la cantidad de trabajo materializado socialmente necesaria para procurarse el producto sobrante. Y lo mismo puede decirse de cualquier otro capitalista industrial. Ahora bien, como, con arreglo a la

ley del valor, los productos se cambian entre sí en proporción al trabajo socialmente necesario para su producción, y como para el capitalista el trabajo necesario para la creación de su producto sobrante consiste precisamente en el trabajo pretérito acumulado en su capital, llegaremos a la conclusión de que los productos sobrantes se cambian en proporción a los capitales necesarios para su producción y no en proporción al trabajo *realmente* materializado en ellos. La parte correspondiente a cada unidad de capital será, por tanto, igual a la suma de todas las plusvalías producidas dividida entre la suma de los capitales invertidos para producirlas. Según esto, capitales iguales arrojarán en el mismo periodo de tiempo ganancias iguales, resultado que se obtendrá añadiendo el precio de coste así calculado del producto sobrante al precio de coste del producto pagado, para vender a este precio recargado ambos productos, el pagado y el no retribuido. De este modo modo queda establecida la cuota media de ganancia, sin perjuicio de que los precios medios de las distintas mercancías sean determinados, como entiende Schmidt, por la ley del valor.

Es una construcción extraordinariamente ingeniosa, cortada en un todo por el patrón hegeliano. Pero comparte con la mayoría de las construcciones hegelianas el destino de ser falsa. Entre el producto sobrante y el producto retribuido no existe ninguna diferencia: si la ley del valor ha de regir también *directamente* para los precios medios, ambos tienen que venderse con arreglo al trabajo socialmente necesario para su producción e invertido en ella. La ley del valor va dirigida desde el primer momento contra el criterio procedente del mundo de ideas capitalistas de que el trabajo pretérito acumulado en que consiste el capital no es simplemente una determinada suma de valor creado, sino que es también, como factor de la producción y de la creación de ganancia, agente de valor, fuente de más valor que el que de por sí encierra; la ley del valor sienta el hecho de que esta cualidad sólo corresponde al trabajo vivo. Es sabido que los capitalistas esperan obtener

ganancias iguales en proporción al volumen de los capitales por ellos empleados y consideran, por tanto, su desembolso de capital como una especie de precio de coste de su ganancia. Pero Schmidt, al valerse de esta idea para poner por medio de ella en consonancia los precios calculados con arreglo a la cuota media de ganancia con la ley del valor, incorporando a esta ley, como factor determinante, una idea que se halla en total contradicción con ella.

Una de dos: o el trabajo acumulado constituye un factor creador de valor junto al trabajo vivo, en cuyo caso la ley del valor no rige, o no crea valor, y entonces la argumentación de Schmidt es incompatible con la ley del valor.

Schmidt se desvió del camino derecho cuando estaba ya muy cerca de la solución, por creerse obligado a encontrar una fórmula matemática cualquiera que permitiese demostrar la consonancia existente entre el precio medio de cualquier mercancía suelta y la ley del valor. Pero el hecho de que al llegar aquí, ya muy cerca de la meta, se dejase llevar por derroteros falsos, no obsta para que el resto de su folleto acredite con cuánta inteligencia sabe llegar a conclusiones nuevas, partiendo de los dos primeros libros de *El Capital.* Le cabe el honor de haber descubierto por su cuenta la explicación acertada para resolver el problema, no resuelto hasta entonces, de la tendencia de la cuota de ganancia a descender, coincidiendo con la explicación que da Marx en la sección tercera de este libro que ahora ve la luz; y lo mismo por lo que se refiere a la derivación del beneficio comercial partiendo de la plusvalía industrial y a toda una serie de observaciones sobre el interés y la renta del suelo, con las que se adelanta a puntos de vista desarrollados por Marx en las secciones cuarta y quinta de este Libro III.

En un trabajo posterior (*Neue Zeit*, 1892-93, núms. 3 y 4) intenta Schmidt llegar a la solución del problema por otro camino. Viene a sostener que es la concurrencia la que establece la cuota media de ganancia, al hacer que

los capitales invertidos en ramas de producción que arrojan una ganancia inferior a la media emigren a otras cuya ganancia supera a la normal. La idea de que la concurrencia es la gran niveladora de las ganancias, no es nueva. Lo que ahora intenta Schmidt demostrar es que esta nivelación de las ganancias es idéntica a la reducción del precio de venta de mercancías producidas en exceso al tipo de valor que la sociedad, con arreglo a la ley del valor, puede pagar por ellas. Pero tampoco este camino puede conducir a la meta. El porqué se desprende bastante bien la exposición del propio Marx en este Libro III.

Abordó el problema, después de Schmidt, P. Fireman (en *Conrads Jahrbücher*, Tercera Serie [1892], III, p. 793). No he de entrar a examinar las observaciones de este autor sobre otros aspectos de la exposición de Marx. No ha sabido comprender que Marx, donde él cree que define, se limita a desarrollar cosas existentes, sin que haya que buscar en él definiciones acabadas y perfectas, valederas de una vez para todas. Allí donde las cosas y sus mutuas relaciones no se conciben como algo fijo e inmutable, sino como algo sujeto a mudanza, es lógico que también sus imágenes mentales, los conceptos, se hallen expuestas a cambios y transformaciones, que no se las enmarque en definiciones rígidas, sino que se las desarrolle en su proceso histórico o lógico de formación. Así enfocado el problema, se verá claro por qué Marx, al comienzo del Libro I —en que arranca de la producción simple de mercancías como de la premisa histórica de que parte, para luego, arrancando de esta base, arribar al capital—, toma como punto de partida precisamente la simple mercancía y no una forma conceptual e históricamente secundaria, o sea, la mercancía modificada ya por el capitalismo, cosa que Fireman no acierta en absoluto a comprender. Pero dejemos a un lado éstas y otras cosas secundarias que podrían servir de base a diversas objeciones, y vayamos derechamente al meollo del problema. Mientras que la teoría le enseña al autor que la plusvalía, partiendo de una cuota de plusvalía dada, es proporcional al número de fuer-

zas de trabajo empleadas, la experiencia le enseña que, partiendo de una cuota media de ganancia dada, la ganancia es proporcional a la magnitud del capital global invertido. Fireman explica esto diciendo que la ganancia es un fenómeno puramente convencional (lo que en él quiere decir: un fenómeno peculiar de una determinada formación social, que desaparecerá al desaparecer ésta); su existencia se halla vinculada sencillamente a la existencia del capital; éste, cuando es lo suficientemente fuerte para arrancar una ganancia, se ve obligado por la concurrencia a arrancar una cuota igual de ganancia para todos los capitales. Sin una cuota igual de ganancia no podría concebirse una producción capitalista; partiendo ya del supuesto de esta forma de producción, la masa de ganancia de cada capitalista individual, a base de una cuota de ganancia dada, sólo puede depender del volumen de su capital. Por otra parte, la ganancia consiste en plusvalía, en trabajo no retribuido. ¿Cómo se opera aquí la transformación de la plusvalía, cuya magnitud depende de la explotación del trabajo, en ganancia, cuyo volumen se ajusta al volumen del capital necesario para obtenerla? "Sencillamente por el hecho de que en todas las ramas de producción en que mayor es la proporción del [...] capital constante con respecto al variable las mercancías se venden por encima de su valor, lo que a su vez significa que en aquellas ramas de producción en que la razón de capital constante a capital variable = $c : v$ es la menor de todas las mercancías por debajo de su valor y solamente se venden por lo que valen en aquellas en que la razón $c : v$ representa una determinada magnitud media [...] Esta incongruencia entre los distintos precios y sus valores respectivos, ¿contradice al principio del valor? En modo alguno, pues el hecho de que los precios de algunas mercancías excedan del valor a medida que los de otras caen por debajo de él, no impide que la suma total de los precios sea igual a al suma total de los valores [...], con lo que 'en última instancia' se borra la incongruencia. Esta incongruencia representa una 'perturbación' ", y en las ciencias exactas

las perturbaciones sujetas a cálculo no suelen considerarse como la negación de una ley".

Consúltense, en relación con esto, los pasajes correspondientes de Marx, en el cap. IX del presente Libro, y se advertirá que, en efecto, Fireman ha puesto aquí el dedo en la llaga. Pero, después de este descubrimiento, Fireman necesitaba dar todavía muchos pasos para llegar a la solución total y tangible del problema, como lo demuestra la acogida tan fría que su importante artículo encontró y que no merecía, ciertamente. Muchos eran los que se interesaban por este problema, pero todos ellos temían quemarse los dedos. Y la explicación de esto no está solamente en la forma incompleta bajo la cual expone Fireman su hallazgo, sino también en los defectos innegables tanto de su modo de concebir la doctrina marxista como de la crítica general que hace de ella, basándose en aquella concepción.

Dondequiera que se presenta la ocasión de ponerse en ridículo a propósito de algún problema difícil, aparece indefectiblemente el profesor Julius Wolf, de Zurich. Según él (*Conrads Jahrbücher*, Tercera Serie, II, pp. 352 y ss.), todo este problema se resuelve con la plusvalía relativa. La producción de plusvalía relativa descansa en el incremente del capital constante con respecto al variable. "Un aumento de capital constante presupone un aumento de la capacidad productiva de los obreros. Pero como este aumento de capacidad productiva (a través del abaratamiento de los medios de subsistencia) trae consigo un aumento de plusvalía, se establece una relación directa entre la creciente plusvalía y la parte cada vez mayor que representa el capital constante dentro del capital global. Mayor capital constante significa mayor capacidad productiva del trabajo. Por tanto, de acuerdo con Marx, si el capital variable permanece inmóvil y el capital constante aumenta, deberá aumentar la plusvalía. Es un problema que se nos plantea."

No importa que Marx diga, en cien pasajes del Libro I de su obra, exactamente lo contrario de esto; no importa

que la afirmación de que según Marx la plusvalía relativa aumenta al disminuir el capital variable con relación al capital constante sea de un atrevimiento que repele todo calificativo parlamentario; no importa que el señor Julius Wolf demuestre en todas y cada una de sus líneas que no ha aprendido absoluta ni relativamente lo más mínimo de la plusvalía absoluta ni de la relativa; no importa que él mismo diga: "a primera vista, parece como si uno se encontrase metido en una red de absurdos", tesis que, dicho sea de pasada, es la única verdad que se contiene en todo su artículo. Todo esto no importa nada. El señor Julius Wolf se siente tan orgulloso de su genial descubrimiento que no puede por menos de cantar loas póstumas a Marx por él, atribuyéndole su propio e insondable absurdo y ensalzándolo como "una nueva prueba de la agudeza y la amplitud de visión con que está trazado su [de Marx] sistema crítico de la economía capitalista".

Pero aún hay algo mejor: "Ricardo ha afirmado asimismo —dice el señor Wolf— que a igual desembolso de capital, igual plusvalía (ganancia) y a igual inversión de trabajo, igual plusvalía (en cuanto a la masa). El problema estaba en saber cómo podía ponerse lo uno en consonancia con lo otro. Pero Marx no reconoció nunca el problema bajo esta forma. *Marx ha demostrado indudablemente (en el tercer tomo)* que la segunda afirmación no se deriva incondicionalmente de la ley del valor, sino que, lejos de ello, contradice a su ley del valor, debiendo por tanto [...] desecharse abiertamente." Y en seguida pasa a investigar cuál de nosotros dos se ha equivocado, si Marx o yo. No admite, naturalmente, la posibilidad de que es él mismo el que se equivoca.

Sería ofender a mis lectores y desconocer totalmente la comicidad de esta situación si malgastase ni una sola palabra acerca de este esplendoroso pasaje. Sólo añadiré lo siguiente: con la misma audacia con que este autor pudo ya decir por aquel entonces: lo que "Marx ha demostrado indudablemente en el tomo III", aprovecha la ocasión para echar a rodar un supuesto chisme profesoral según el cual la obra de Conrad Schmidt a que nos hemos referido

más arriba ha sido "directamente inspirada por Engels". ¡Señor Julius Wolf! Es posible que en el mundo en que usted vive y labora sea corriente que el hombre que plantea públicamente un problema a los demás apunte en secreto a sus amigos íntimos la solución. No quiero poner en duda la capacidad de usted para cosas como ésta. Pero en el mundo en que yo me muevo no se necesita descender a miserias de ese tipo. Y creo que el prólogo que estoy escribiendo es una buena prueba de ello.

Apenas murió Marx, apareció en la *Nuova Antologia* (abril de 1883) un artículo del señor Achille Loria acerca de él: el artículo es, primero, una biografía repleta de datos falsos, y luego una crítica de las actividades públicas, políticas y literarias de Marx. La concepción materialista de la historia sostenida por Marx es falseada y tergiversada aquí de un modo muy concienzudo, que delataba una gran finalidad. Hoy, la finalidad perseguida está ya clara. En 1866, publicó el mismo señor Loria un libro titulado *La teoria economica della costituzione politica*, en el que proclama ante el mundo asombrado, como un descubrimiento propio, aquella teoría marxista de la historia desfigurada por él en 1883 de un modo tan completo y tan deliberado. Es cierto que la teoría de Marx queda reducida aquí a un nivel bastante pobre y que los casos y ejemplos históricos aducidos por el señor Loria en apoyo de sus doctrinas abundan en deslices que no se perdonarían a un alumno de cuarto año de Instituto, pero ¿qué importa todo eso? Lo importante es que el descubrimiento según el cual las situaciones y los acontecimientos políticos encuentran siempre y por todas partes su explicación en las correspondientes situaciones económicas, no fue hecho, ni mucho menos, según demuestra la obra que comentamos, por Marx en 1845, sino por el señor Loria en 1886. Por lo menos, así lo ha hecho creer a sus compatriotas y también a algunos franceses, ya que su libro vio también la luz en Francia, lo que le permite pavonearse ahora en Italia como el autor de una nueva y trascendental teoría sobre la historia, hasta que los socialistas italianos encuen-

tren el tiempo necesario para despojar al *ilustre* Loria de las plumas de pavo real robadas con que se adorna.

Pero esto no es más que un pequeño botón de muestra de las maneras del señor Loria. Nos asegura que todas las teorías de Marx descansan sobre un sofisma *consciente* (un *consaputo* sofisma), que Marx no rehuye los paralogismos aun a sabiendas de que lo son (*sapendoli tali*), etcétera. Y después de toda una serie de sandeces por el estilo, encaminadas a hacer creer a sus lectores que Marx es un arribista como un Loria cualquiera que busca conseguir sus efectillos por medio de las mismas trampas de nuestro profesor paduano, ya puede revelarles un importante secreto, con lo cual nos lleva de nuevo al problema de la cuota de ganancia.

El señor Loria dice: según Marx, la masa de plusvalía (que el señor Loria identifica aquí con la ganancia) producida en una empresa industrial capitalista debe ajustarse al capital variable empleado en ella, ya que el capital constante no arroja ganancia alguna. Pero esto choca con la realidad, pues en la práctica la ganancia no se ajusta al capital variable solamente, sino al capital en su conjunto. Y el propio Marx se da cuenta de esto (I, cap. XI) y reconoce que en apariencia los hechos se hallan en contradicción con su teoría. Pero, ¿cómo resuelve él esta contradicción? Remitiendo a sus lectores a un tomo de su obra que aún no ha aparecido. Refiriéndose a este tomo, ya Loria se había adelantado a decir a *sus* lectores, hace algún tiempo, que no creía que Marx hubiese pensado ni por un momento en escribirlo. Pues bien, ahora exclama con aire de triunfo: "no me equivocaba yo, pues, al afirmar que este segundo tomo con que Marx no cesaba de amenazar a sus contradicciones sin que jamás apareciese no era tal vez más que un recurso ingenioso empleado por Marx a falta de argumentos científicos (*un ingenioso spediente ideato dal Marx a sostituzione degli argomenti scientifici*)". Quien, después de leer esto, no quede convencido de que Marx es un estafador científico digno de codearse con *l'illustre* Loria, no tiene enmienda.

Sabemos, pues, que según el señor Loria la teoría marxista de la plusvalía es absolutamente incompatible con el hecho de la cuota general igual de ganancia. Por fin, vio la luz el segundo tomo y en él la pregunta públicamente formulada por mí sobre este punto concreto, precisamente. Si el señor Loria fuese uno de nuestros tímidos alemanes, se sentiría un poco perplejo. Pero él es un descarado meridional, procedente de un clima cálido, en que la imperturbabilidad es, como él mismo podría decir, una condición en cierto modo natural. El problema de la cuota de ganancia ha quedado públicamente planteado. El señor Loria lo había declarado públicamente insoluble. Y he aquí que ahora se supera a sí mismo resolviéndolo públicamente.

Esta maravilla se opera en los *Conrads Jahrbücher*. Nueva Serie, t. XX, pp. 272 y ss., en un artículo sobre la obra de Conrad Schmidt citada más arriba. Después de haber aprendido en Schmidt cómo se produce la ganancia comercial, todo lo ve claro de pronto. "Ahora bien, como la determinación del valor por el tiempo de trabajo supone una ventaja para los capitalistas que invierten en salarios una parte mayor de su capital, el capital improductivo [debería decir comercial] de estos capitalistas privilegiados debe conseguir un interés [debería decir ganancia] más alto y traducirse en la igualdad entre los distintos capitalistas industriales [. . .] Así, si por ejemplo los capitalistas industriales A, B y C emplean 100 jornadas de trabajo cada uno, invierten en la producción 0, 100 y 200 de capital constante y el salario de 100 jornadas de trabajo contiene 50 jornadas de trabajo, cada capitalista obtendrá una plusvalía de 50 jornadas de trabajo y la cuota de ganancia es del 100% para el primero, del 33.3% para el segundo y del 20% para el tercero. Pero si viene un cuarto capitalista, D, que acumula un capital improductivo de 300 que reclama de un A interés [una ganancia] con un valor de 40 jornadas de trabajo y de B con un valor de 20 jornadas de trabajo, la cuota de ganancia de los capitalistas A y B descenderá al 20% como la de C, y D obtendrá, con un capital de 300, una ganancia de 60, es decir, una

cuota de ganancia del 20%, igual que los demás capitalistas."

Véase, pues, con qué sorprendente destreza, en un abrir y cerrar de ojos, resuelve el *illustre* Loria el mismo problema que hace diez años había declarado insoluble. Desgraciadamente, no nos revela el secreto de qué es lo que permite al "capital improductivo" no sólo arrancar a los industriales esta ganancia extraordinaria que rebasa los límites de la cuota de ganancia media, sino además quedarse con ella, exactamente lo mismo que el terrateniente se queda con la parte que rebasa la ganancia normal del arrendatario, en concepto de renta del suelo. En realidad, los comerciantes percibirían, según esto, de los industriales, un tributo absolutamente análogo a la renta del suelo, instaurando así la cuota media de ganancia. Indudablemente, el capital comercial constituye, como todo el mundo sabe, sobre poco más o menos, un factor muy esencial en la instauración de la cuota general de ganancia. Pero sólo un aventurero literario a quien en el fondo de su alma se le da una higa de toda la economía puede permitirse afirmar que posee la fuerza mágica de absorber toda la plusvalía que exceda de la cuota general de ganancia, y además antes de que ésta se halle establecida, convirtiendo el sobrante en renta del suelo para sí mismo, sin necesidad de que medie ninguna clase de propiedad territorial. No menos asombrosa es la afirmación de que el capital comercial logra descubrir aquellos industriales cuya plusvalía no hace más que cubrir exactamente la cuota de ganancia media y se atribuye como un honor el mitigar en cierto modo la suerte de estas desgraciadas víctimas de la ley marxista del valor, al venderles sus productos gratis e incluso sin la menor provisión de fondos. Hace falta ser un prestidigitador consumado para imaginarse que Marx necesita recurrir a artes tan lamentables.

Pero cuando el *illustre* Loria brilla en todo su esplendor es cuando lo comparamos con sus competidores nórdicos, con el señor Julius Wolf por ejemplo, aunque tampoco éste es un recién llegado. ¡Qué poquita cosa nos parece este autor, al lado del italiano, a pesar de su libro tan

gordo sobre *El socialismo y el orden social capitalista*! ¡Cuán torpe, y hasta casi me atrevería a decir que cuán modesto, aparece el señor Wolf, comparado con el noble desenfado con que el maestro proclama como la evidencia misma que Marx, ni más ni menos que otros autores, era un sofista, un paralogista, un fanfarrón y un charlatán tan grande como el propio señor Loria y que no tiene inconveniente en engañar al público, diciéndole que dará remate a su teoría en un tomo posterior, el cual sabe muy bien que no puede ni quiere publicar. Un descaro sólo comparable a la suavidad de anguila con que se desliza a través de las situaciones imposibles, un desprecio verdaderamente heroico a los puntapiés recibidos, una rapidez vertiginosa para apropiarse los frutos del trabajo ajeno, un estrépito imponente de charlatán para la *réclame*, una hábil organización de la fama por medio del truco de la camaradería: ¿quién podría ponerle el pie delante, en todas estas artes?

Italia es el país del clasicismo. Desde aquella época grande en que se encendió en Italia la antorcha del mundo moderno, este país ha producido una serie de caracteres grandiosos con una perfección clásica insuperable, desde el Dante hasta Garibaldi. Pero también la época de la humillación y la dominación extranjera ha dejado allí como recuerdo caracteres clásicos, entre los que figuran dos tipos bien definidos: el de Sganarell y el de Dulcamara. La unidad clásica de estos dos personajes la vemos plasmada hoy en nuestro *illustre* Loria.

Para terminar, he de llevar a mis lectores al otro lado del océano. En Nueva York hay un médico, el Dr. George C. Stiebeling, que ha encontrado otra solución del problema, por cierto extraordinariamente simple. Tan simple que nadie ha querido aceptarla, ni de este ni de aquel lado del mar, lo cual ha provocado la indignación de nuestro médico, quien en una serie interminable de folletos y artículos de revista publicados en ambos continentes clama del modo más amargo contra esta injusticia. Es cierto que en la *Neue Zeit* se le ha dicho que toda su solu

ción está basada en un error de cálculo. Pero este reparo no podía convencer a nuestro hombre; también Marx cometió errores de cálculo y a pesar de ello tiene razón en lo fundamental. Veamos, pues, en qué consiste la solución del Dr. Stiebeling.

"Supongamos que existen dos fábricas que trabajen al mismo tiempo y con el mismo capital, pero con una proporción distinta de capital constante y variable. Supongamos que el capital global ($c + v$) sea $= y$ llamando x a la diferencia existente en cuanto a la proporción entre el capital constante y el variable. En la fábrica I, $y = c + \nu$; en la fábrica II, $y = (c\text{-}x) + (\nu + x)$. La cuota de plusvalía en la fábrica I será, por tanto, $= \frac{p}{\nu}$ y en la fábrica II $= \frac{p}{\nu + x}$. Llamo ganancia (g) a la plusvalía total (p) que viene a incrementar en un periodo de tiempo dado el capital global y o $c + \nu$; por tanto, $g = p$. La cuota de ganancia será, por tanto en la fábrica I $= \frac{g}{y}$ o $\frac{p}{c + \nu}$, y en la fábrica II también $\frac{g}{y}$ o $\frac{p}{(c - x) + (\nu + x)}$, es decir, también $= \frac{p}{c + \nu}$. El [. . .] problema se resuelve, pues, de tal modo que a base de la ley del valor, empleando el mismo capital y el mismo tiempo, pero con masas desiguales de trabajo vivo, cuotas distintas de plusvalía dan una cuota media igual de ganancia" (G. C. Stiebeling, *La ley del valor y la cuota de ganancia*, Nueva York, John Heinrich).

Aun a riesgo de echar a perder un cálculo tan hermoso y tan claro, no tenemos más remedio que dirigir al Dr. Stiebeling *una* pregunta: ¿por qué sabe que la suma de la plusvalía producida por la fábrica I es exactamente igual a la suma de la plusvalía producida por la fábrica II? Cundo habla de c, ν, y, x, es decir, de todos los demás factores que entran en el cálculo, nos dice expresamente que son iguales para ambas fábricas, pero de p no dice una

palabra. Y del simple hecho de que indique las dos cantidades de pulsvalía con el signo algebraico *p*, no se deduce, ni mucho menos, que sean iguales. Cuando el Dr. Stiebeling identifica buenamente la ganancia *g* con la plusvalía, da por sentado precisamente lo que se trata de demostrar. Ahora bien, aquí sólo pueden darse dos casos: o bien las dos cantidades *p* son iguales, es decir, ambas fábricas producen la misma cantidad de plusvalía y, por tanto, si los capitales empleados son iguales, la misma cantidad de ganancia, en cuyo caso el Dr. Stiebeling da por supuesto ya de antemano lo que trata de demostrar. O bien una de las dos fábricas produce una cantidad mayor de plusvalía que la otra, y entonces todo su cálculo se viene a tierra.

El Dr. Stiebeling no ha escatimado esfuerzo ni gasto para levantar sobre este error inicial de cálculo montañas enteras de cálculos, exhibiéndolos ante el público. Puedo asegurarles, por si ello sirviera para su tranquilidad, que casi todos estos cálculos son igualmente erróneos y que allí donde excepcionalmente no lo son prueban precisamente todo lo contrario de lo que se proponen demostrar. Así, por ejemplo, la comparación entre los censos norteamericanos de 1870 y 1880 le indica el descenso de la cuota de ganancia, a pesar de lo cual reputa este hecho totalmente falso y cree deber corregir, basándose en la práctica, la teoría marxista de una cuota de ganancia estable, igual siempre a sí misma. Pues bien, de la sección tercera de este Libro III que ahora se publica se deduce precisamente que esta "cuota fija de ganancia" atribuida a Marx es una pura entelequia, y que la tendencia al descenso de la cuota de ganancia obedece a causas diametralmente opuestas a las indicadas por el Dr. Stiebeling. No dudamos que el Dr. Stiebelnig obra movido por excelentes intenciones, pero cuando se quieren tratar problemas científicos, hay que aprender ante todo a leer las obras que se pretende utilizar tal y como el autor las ha escrito, y sobre todo sin atribuirles cosas que en ellas no figuran.

Resultado de toda esta investigación: en lo que al problema planteado se refiere, son también los autores de la

escuela de Marx los únicos que han aportado algo. Fireman y Conrad Schmidt podrán, cada cual por su lado, cuando lean este Libro III, sentirse muy satisfacechos de sus propios trabajos.

PRECAPITALISMO, CAPITALISMO Y LEY DEL VALOR*

Desde que el Libro III de *El Capital* ha sido entregado al juicio público se han suscitado en torno a él múltiples y diversas interpretaciones. Y no podía ser de otro modo. Al editar este volumen, mi mira fundamental fue establecer un texto lo más auténtico posible, exponer los resultados descubiertos por Marx, dentro de lo posible, con las propias palabras del autor, no mezclando las mías allí donde esto no fuese absolutamente indispensable y, aun en estos casos, no dejando al lector la menor duda acerca de quién le hablaba.

Se me ha censurado esto; se ha dicho que debía haber sacado de los materiales de que disponía un libro sistemáticamente redactado, *en faire un libre*, como dicen los franceses; en una palabra, haber sacrificado la autenticidad del texto a las conveniencias del lector. Pero no era así, por cierto, como yo concebía mi misión. Nada me autorizaba a emprender una labor de refundición de este género. Un hombre como Marx tiene derecho a que se le escuche directamente, a transmitir sus descubrimientos científicos a la posteridad con la autenticidad plena de su propia exposición. Además, no me sentía tentado en lo más mínimo a cometer eso que yo tenía necesariamente que considerar

---

* El presente texto, publicado por Engels en 1895 como "Complemento y apéndice al Prólogo II Tomo III de *El Capital*", es copia fotostática del manuscrito que se conserva en el Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú. La versión en español procede de la ya citada edición del Fondo de Cultura Económica.

un atentado contra la obra póstuma de un hombre de la talla de Marx; me habría parecido que cometía una felonía. Finalmente, ello hubiera sido perfectamente inútil. Para quienes no saben o no quieren leer, para esas gentes que ya al aparecer el primer tomo de la obra pusieron más empeño en tergiversarlo del que habrían necesitado para comprenderlo, no valía la pena molestarse. Y en cambio, para los que aspiran verdaderamente a entender, lo importante era, realmente, el texto original, para éstos, mi refundición tendría, a lo sumo, el valor de un comentario, y además, de un comentario a un texto inédito e inasequible. A la primera controversia que hubiese surgido, no habría habido más remedio que traer a colación el texto original; la segunda y la tercera habrían hecho inevitable ya su publicación *in extenso*.

Tales controversias son naturales, tratándose de una obra como ésta, que contiene tantas cosas nuevas, esbozadas además a vuela pluma, y a veces en una primera versión llena de lagunas. Aquí sí puede ser útil mi intervención para obviar dificultades de comprensión, destacar los puntos de vista importantes cuyo interés no se subraya suficientemente en el texto y complementar este texto, escrito en 1865, en algunos aspectos de especial importancia, para ponerlo a tono con el estado de cosas existente en 1895. Hay en efecto, ya desde ahora, dos puntos acerca de los cuales considero necesario decir algunas palabras.

1. *La ley del valor y la cuota de ganancia*

Era de esperar que la solución de la aparente contradicción entre estos dos factores suscitase debates, tanto antes como después de la publicación del texto de Marx. Más de uno esperaban que se obrase un milagro completo, y hoy se sienten decepcionados porque, en vez del golpe de magia con que contaban, se encuentran con una explicación sencillamente racional, sobria y prosaica, de aquella contradicción.

El que mayor alegría manifiesta en su decepción es, naturalmente, el célebre e ilustre Loria. Éste ha descubierto, por fin, el punto de la palanca de Arquímedes, apoyándose en el cual hasta un pigmeo de su calibre puede hacer saltar y echar por tierra la gigantesca y sólida construcción de Marx. ¡Cómo!, exclama nuestro hombre, indignado, ¿esa es la solución que se nos pretende dar? ¡Eso es una pura mixtificación! Cuando los economistas hablan de valor, se refieren al valor que se impone en la realidad del cambio. "Pero ningún economista que tenga siquiera una chispa de sentido común se ha ocupado hasta hoy ni se ocupará jamás de un valor por el que las mercancías ni se han vendido *ni se venderán nunca (né possono venderse mai)*-[...] Cuando Marx afirma que el valor por el que las mercancías no se venden *nunca* se determina en proporción al trabajo contenido en ellas, ¿qué hace sino repetir, invirtiendo los términos, la tesis de los economistas de que el valor por el que se venden las mercancías *no* se halla en proporción con el trabajo invertido en ellas? [...] Y de nada sirve el que Marx nos diga que, aunque los precios individuales difieren de los valores individuales, el precio total del conjunto de las mercancías coincide siempre con su valor total o con la totalidad de trabajo que se contiene en la suma global de las mercancías. En efecto; como el valor no es más que la proporción en que una mercancía se cambia por otra, la mera idea de un valor total constituye un absurdo, un contrasentido [...], una *contradictio in adjecto*." Al comienzo de su obra —continúa—, dice Marx que el cambio sólo puede equiparar entre sí dos mercancías por contenerse en ellas un elemento de igual naturaleza y magnitud, a saber: la cantidad igual de trabajo que en ellas se encierra. Pues bien; ahora reniega del modo más solemne de sí mismo al asegurar que las mercancías se cambian en una proporción que nada tiene que ver con la cantidad de trabajo contenida en ellas. "¿Cuándo se ha visto una reducción *ad absurdum* tan completa, una bancarrota teórica mayor? ¿Cuándo se ha cometido un suicidio científico con mayor pompa ni con más solemnidad?" (*Nuova Antologia*, 1, febrero, 1895, pp. 478 y 479).

Como se ve, nuestro Loria no cabe en sí de gozo. Pues qué, ¿no tenía razón en tratar a Marx como igual suyo, es decir, como un vulgar charlatán? Ahí lo tienen ustedes: Marx se burla de su público igual que un Loria cualquiera, vive de mixtificaciones, ni más ni menos que el último profesor italiano de economía. Pero no puede permitirse esos lujos, pues no conoce el oficio como nuestro Dulcamara; como la burda mentalidad nórdica de Marx incurre en una torpeza tras otra, cae en el contrasentido o en el absurdo y, por último, no le queda más camino que suicidarse solemnemente.

Dejemos para más adelante la afirmación de que las mercancías no se han vendido ni se venderán nunca por su valor, determinado por el trabajo. Atengámonos solamente, por ahora, a la rotunda definición del señor Loria según la cual "el valor no es más que la proporción en que una mercancía se cambia por otra" y de que según esto, "la mera idea de un valor total constituye un absurdo, un contrasentido, etcétera". La proporción en que se cambian dos mercancías, es decir, su valor, será, por consiguiente, algo puramente fortuito que viene a posarse, volando, sobre las mercancías y que puede cambiar de un día para otro. El hecho de que un quintal métrico de trigo se cambie por un gramo o por un kilo de oro no dependerá en lo más mínimo de condiciones inherentes al oro o al trigo, sino de circunstancias totalmente ajenas a uno y otro. De otro modo, estas condiciones tendrían que imponerse también en el cambio, dominarlo en términos generales, y tener además, fuera de este cambio, una existencia propia e independiente, que permitiese hablar del valor total de las mercancías. Pero esto es absurdo, nos dice el ilustre Loria. La proporción en que se cambien dos mercancías, cualquiera que ella sea, constituye su valor, y no hay más que hablar. El valor es, pues, idéntico al precio, y cada mercancía tendrá tantos valores como precios pueda tener. Por su parte, el precio se halla determinado por la oferta y la demanda. Y quien siga preguntando es un necio si espera una respuesta.

Sin embargo, la cosa no es tan sencilla como todo eso. En condiciones normales, la oferta coincide con la demanda. Dividamos, por tanto, en dos grandes grupos iguales, el de la oferta y el de la demanda, todas las mercancías que existen en el mundo. Supongamos que cada uno de estos dos grupos representa un precio de un billón de marcos, francos, libras esterlinas o lo que sea. Esto dará, según Perogrullo, un precio o valor total de dos billones. ¡Disparatado, absurdo!, nos dice el señor Loria. Los dos grupos juntos podrán representar un precio de dos billones, pero el valor es distinto. Cuando decimos precio, 1 + 1 = 2. Pero, cuando decimos valor, 1 + 1 = 0. Por lo menos, en este caso, en que se trata de la totalidad de las mercancías, pues si aquí las mercancías de cada grupo valen un billón es, sencillamente, porque cada uno de los dos grupos quiere y puede pagar esta suma por las mercancías del otro. Pero, si reunimos la totalidad de las mercancías de ambos grupos en manos de un tercero, resultará que el primero carece ya de todo valor, el segundo también, y el tercero lo mismo; es decir, que, en fin de cuenta, ninguno de los tres valdrá nada. Y nuevamente volveremos a admirar la superioridad con que nuestro Cagliostro meridional hace que se esfume el concepto del valor sin que quede ni rastro de él. ¡Es la economía vulgar llevada al colmo![1]

---

[1] Este mismo señor "célebre por su fama" (para decirlo con las palabras de Heine), se vio obligado, poco tiempo después, a contestar a mi prólogo al tomo III de *El Capital*, una vez que se hubo publicado, traducido al italiano, en el cuaderno primero de la *Rassegna*, en 1895. La respuesta vio la luz en la *Riforma Sociale*, de 25 de febrero del mismo año. Después de volcar sobre mí las lisonjas inevitables en él y por ello doblemente repelentes, explica que no estaba en su ánimo pretender escamotear para mí los méritos de Marx en cuanto a la concepción materialista de la historia. Y dice que ya los había reconocido en 1885, refiriéndose a una alusión hecha muy de pasada en un artículo de revista. Pero, en cambio, los silencia tanto más tenazmente allí donde más obligado está a destacarlos: en su libro sobre este tema precisamente, donde Marx no aparece citado hasta la página 129 y a propósito de un punto secundario, el de la pequeña propiedad territorial en Francia. Y ahora declara audazmente que no es

En el *Archiv für soziale Gesetzbegung*, VII, cuaderno 4, Werner Sombart traza una exposición, excelente en conjunto, de las líneas generales del sistema de Marx. Es la primera vez que un profesor universitario alemán consigue ver en las obras de Marx, en general, lo que Marx realmente dijo; la primera vez que declara que la crítica del

---

Marx, ni mucho menos, el autor de esta teoría: que si no aparecen ya atisbos de ella en Aristóteles, fue proclamada incuestionablemente por Harrington, ya en 1656, y desarrollada por una pléyade de historiadores, políticos, juristas y economistas, mucho antes de Marx. Todo lo cual puede leerse en la edición francesa de la obra de Loria. Marx fue, en una palabra, un plagiario consumado. Y, después de haberle impedido yo seguirse pavoneando con ideas tomadas de Marx, se descuelga afirmando insolentemente que también Marx se adornaba con plumas ajenas, ni más ni menos que él. De los otros ataques que le dirijo sólo recoge el que se refiere a que, según Loria, Marx no pensó nunca en escribir un segundo ni mucho menos un tercer tomo de *El Capital*. "Y ahora, Engels replica con aire de triunfo, lanzándome a la cara el tomo II y el III... ¡Magnífico! Es tan grande mi alegría por la publicación de estos volúmenes, a los que debo tantos goces intelectuales, que nunca una victoria me ha causado tanta satisfacción como esta derrota [...] Suponiendo que sea, realmente, una derrota. Pero, ¿lo es, en realidad? ¿Es realmente cierto que Marx escribió, con intención de publicarlas, esta mescolanza de notas inconexas, reunidas por Engels, con amorosa devoción? ¿Estamos realmente autorizados para admitir que Marx [...] consideraba estas páginas como la coronación de su obra y de su sistema? ¿Es realmente cierto que Marx habría consentido en que se publicase ese capítulo sobre la cuota media de ganancia, en que la solución prometida desde hacía tantos años queda reducida a la más pobre mixtificación y al juego de palabras más vulgar? Hay, por lo menos, razones para dudarlo [...] Esto demuestra, a nuestro juicio, que, después de haber publicado su espléndido libro, Marx no tenía el propósito de hacerlo seguir de otro o, por lo menos, el de confiar a sus herederos, y además bajo su exclusiva responsabilidad, la terminación de su gigantesca obra."

Así, literalmente, aparece escrito en la p. 267. Heine no pudo hablar de su público de filisteos alemanes con mayor desprecio que cuando dijo: el autor acaba acostumbrándose a su público, como si éste fuese un ser racional. ¿Por quién tomará a su público el ilustre Loria?

Como final, una nueva granizada de elogios sobre mi desgraciada cabeza. A este propósito, nuestro Sganarell se compara con

sistema marxista no puede consistir en refutarlo —esto es "bueno para el arribismo político"—, sino solamente en desarrollarlo para superarlo. También Sombart se ocupa, como es natural, de nuestro tema. Investiga lo que significa el valor en el sistema de Marx y llega a los siguientes resultados: el valor no se manifiesta en la relación de cambio entre las mercancías producidas en régimen capitalista; no vive en la conciencia de los agentes de producción del capitalismo; no es un hecho empírico, sino un hecho lógico, conceptual; el concepto del valor, tal como aparece materialmente determinado en Marx, es simplemente la expresión económica del hecho de la fuerza social productiva del trabajo como base de la existencia económica; la ley del valor preside los fenómenos económicos de una ordenación económica capitalista en última instancia y presenta, en términos muy generales, en cuanto a dicha ordenación económica se refiere, este contenido: el valor de las mercancías es la forma específica e histórica en que se impone de un modo determinante la fuerza productiva del trabajo que en última instancia domina todos los fenómenos económicos. Hasta aquí, Sombart. No puede decirse que este modo de concebir el alcance de la ley del valor para la forma de producción capitalista sea falsa. Pero sí nos parece demasiado amplia, susceptible de reducirse a términos más concretos y más precisos; a nuestro juicio, no abarca, ni mucho menos, todo el alcance de la ley del valor en cuanto a las fases de desarrollo económico de la sociedad dominadas por esta ley.

En el *Sozialpolitisches Zentralblatt* de Braun, de 25 de febrero de 1895, No. 22, figura también un excelente artículo de Conrad Schmidt sobre el tomo III de *El Capital*. En él hay que destacar principalmente la parte en que el autor demuestra que, al derivar la ganancia media de la

---

Balaam, que, habiendo venido a maldecir, vio brotar de sus labios, contra su voluntad, "palabras de bendición y de amor". El bueno de Balaam es famoso sobre todo porque el asno que montaba, era un asno más inteligente que su amo. Se conoce que, esta vez, Balaam dejó la burra en casa.

plusvalía, Marx resuelve por vez primera el problema, que los economistas anteriores a él ni siquiera se habían planteado, de cómo se determina el tipo de esta cuota media de ganancia y cómo se explica que asciende, por ejemplo, al 10 o al 15% y no al 50 o al 100%, pongo por caso. A partir del momento en que sabemos que la plusvalía que el capitalista industrial se apropia directamente es la fuente única y exclusiva de que emanan la ganancia y la renta del suelo, este problema se resuelve por sí mismo. Esta parte del artículo de Schmidt podía haber sido escrita expresamente para economistas del tipo de Loria, si no fuese un empeño vano el querer abrir los ojos a quienes se obstinan en no ver.

También Schmidt abriga sus reparos formales contra la ley del valor. La considera una *hipótesis* científica establecida para explicar el proceso material del cambio y que se acredita como un punto de partida esclarecedor e indispensable incluso frente a los fenómenos de los precios de concurrencia, que aparentemente la contradicen; sin la ley del valor, no sería posible, a su juicio, penetrar teóricamente en el mecanismo económico de la realidad capitalista. Y, en una carta particular que el autor nos ha autorizado a citar aquí, Schmidt declara que la ley del valor es, dentro de la forma capitalista de producción, ni más ni menos que una ficción, aun cuando teóricamente necesaria. Pero esta concepción es falsa, a mi modo de ver. La ley del valor tiene para la producción capitalista una importancia bastante mayor y más concreta que la de una simple hipótesis y mucho más que la de una ficción, por necesaria que ella sea.

Tanto Sombart como Schmidt —al ilustre Loria sólo le citaremos aquí como un número de risa que ameniza el programa de la economía vulgar— no tienen en cuenta suficientemente que no estamos sólo ante un proceso puramente lógico, sino ante un proceso histórico y ante el reflejo especulativo de este proceso en el pensamiento, ante las consecuencias lógicas de su concatenación interna.

El pasaje decisivo, a este propósito, lo encontramos en

Marx, tomo III, pp. 223 y ss.: "Toda la dificultad proviene de que las mercancías no se cambian simplemente como tales *mercancías*, sino como *productos de capitales* que reclaman [...] una participación igual si se trata de capitales de magnitud igual". Y, para ilustrar esta diferencia, se establece la hipótesis de que los obreros se hallen en posesión de sus medios de producción, de que trabajen por término medio el mismo tiempo y con la misma intensidad y de que cambien directamente entre sí sus mercancías. En estas condiciones, dos obreros añadirían al producto, con su trabajo, durante una jornada, la misma cantidad de valor nuevo, a pesar de lo cual el producto de cada uno de ellos tendría distinto valor según el trabajo incorporado anteriormente a los medios de producción empleados. Esta última parte de valor representaría el capital constante de la economía capitalista; la parte del valor nuevo añadido invertida en medios de producción para el obrero, el capital variable, y la parte restante de este valor nuevo, la plusvalía, que en este caso correspondería al propio obrero. Ambos obreros percibirían, pues, después de deducir en la parte necesaria para resarcir la parte de valor "constante" desembolsada por ellos, valores iguales; sin embargo, la proporción entre la parte que representa la plusvalía y el valor de los medios de producción —proporción que correspondería aquí a la cuota capitalista de ganancia— sería distinta en uno y otro caso. Pero esto sería de todo punto indiferente, puesto que a cada uno de ellos se le resarciría en el cambio el valor de los medios de producción. El cambio de las mercancías por sus valores o aproximadamente por sus valores presupone, pues, una fase mucho más baja que el cambio a base de los precios de producción, lo cual requiere un nivel bastante elevado en el desarrollo capitalista [...] Prescindiendo de la dominación de los precios y del movimiento de éstos por la ley del valor, es, pues, absolutamente correcto considerar los valores de las mercancías no sólo teóricamente sino históricamente, como el *prius* de los precios de producción. Esto se refiere a los regímenes en que los medios

de producción pertenecen al obrero, situación que se da tanto en el mundo antiguo como en el mundo moderno respecto al labrador que cultive su propia tierra y respecto al artesano. Coincide esto, además, con nuestro criterio expuesto anteriormente [véase tomo I, p. 97] de que el desarrollo de los productos para convertirse en mercancías surge del intercambio entre diversas comunidades y no entre los individuos de la misma comunidad. Y lo que decimos de este primitivo estado de cosas es aplicable a estados posteriores basados en la esclavitud y en la servidumbre y a la organización gremial del artesanado, en la medida en que los medios de producción pertenecientes a una rama de producción determinada sólo pueden transferirse con dificultad de una esfera a otra y en que, por tanto, las diversas esferas de producción se comportan entre sí, dentro de ciertos límites, como si se tratase de países o colectividades comunistas extranjeros los unos a los otros." (Marx, *El Capital*, tomo III, pp. 225 y ss.)

Si Marx hubiese podido revisar el Libro III antes de su publicación, es indudable que habría desarrollado considerablemente este pasaje, que, en su actual redacción, no hace más que esbozar su punto de vista acerca de este punto litigioso. Examinemos, pues, un poco más de cerca el problema.

Todos sabemos que en los comienzos de la sociedad los productos son consumidos por los propios productores y que éstos se hallan organizados de un modo elemental en colectividades más o menos comunistas; que el intercambio del sobrante de estos productos con gentes extrañas a la comunidad, que inicia la transformación de los productos en mercancías, es de fecha posterior, y que primeramente sólo se efectúa entre distintas comunidades ajenas al mismo linaje, hasta que más tarde se opera ya dentro de la comunidad misma, contribuyendo esencialmente a su disolución en grupos familiares más o menos grandes. Pero, aún después de esta disolución, los jefes de las familias entre las que se efectuaba el intercambio siguen siendo campesinos trabajadores que cubren casi todas sus necesidades

produciendo con su familia en la propia hacienda y obteniendo solamente una pequeña parte de los objetos que necesitan mediante el trueque de productos de fuera por el sobrante de sus propios productos. La familia no explota solamente la agricultura y la ganadería, sino que además elabora sus productos para convertirlos en artículos de consumo terminados, muele a veces directamente el trigo con el molino movido a mano, amasa y cuece el pan, hila, tiñe y teje el lino y la lana, curte el cuero, levanta y repara edificios de madera, fabrica sus instrumentos y herramientas y hace, no pocas veces, trabajos de carpintería y herrería; de este modo, la familia o el grupo de familias satisface, fundamentalmente, sus propias necesidades.

Lo poco que aquellas familias tenían necesidad de cambiar o comprar a otras eran, principalmente, incluso a comienzos del siglo XIX, en Alemania, objetos de producción artesana, es decir, cosas cuya fabricación no era desconocida del propio campesino y que éste no producía directamente por la sencilla razón de que no tenía a su disposición las materias primas para ello, o bien porque los artículos comprados le resultaban mucho mejores o le salían mucho más baratos. El campesino de la Edad Media conocía, pues, bastante bien la cantidad de trabajo necesaria para producir los objetos obtenidos por él mediante el cambio. El herrero, el fabricante de carros de la aldea trabajaban, en realidad, a la vista de él, al igual que el sastre y el zapatero, que todavía siendo yo joven, en nuestra región del Rin, se instalaban en las casas de los campesinos, por turno, para hacer trajes y zapatos de las materias previamente elaboradas por ellos. Lo mismo el campesino que las gentes a quienes él compraba eran, personalmente, obreros [productores directos][2] y los artículos cambiados productos propios de cada cual. ¿Qué habrían invertido para crear estos productos? Trabajo y solamente trabajo: para reponer los instrumentos, para producir las materias primas y para elaborarlas, no empleaban más que

[2] Las palabras que figuran entre paréntesis cuadrados aparecen tachadas en el manuscrito de Engels *(Ed.)*.

una cosa: su propia fuerza de trabajo. ¿Cómo, pues, podían cambiar sus productos por los de otros productores directos sino en proporción al trabajo invertido en ellos? La cantidad de trabajo invertida en estos productos, no sólo era la única medida apropiada para determinar cuantitativamente las magnitudes intercambiables; es que no cabía, sencillamente, otra. ¿O hay nadie que crea que el campesino y el artesano eran lo bastante tontos para dar el producto de diez horas de trabajo a cambio del producto de trabajo de una hora? En todo el periodo de la economía natural campesina no cabe más intercambio que aquel en que las cantidades de mercancías que se intercambian tienden a medirse cada vez más las cantidades de trabajo materializadas en ellos. A partir del momento en que el dinero penetra en este tipo de economía, la tendencia de adaptación a la ley del valor (en la formulación de Marx, ¡bien entendido!) se hace, de una parte, más manifiesta, pero de otra parte se ve contrarrestada por las ingerencias del capital usurario y de la explotación fiscal, y los periodos durante los cuales los precios se aproximan por término medio a los valores con un margen de diferencia insignificante, se hacen cada vez más largos.

Y lo mismo podemos decir del intercambio entre los productos de los campesinos y los de los artesanos de la ciudad. Al comienzo, este intercambio se efectúa directamente, sin la intervención del comerciante, en los mercados de las ciudades, donde el obrero vende sus productos y hace sus compras. Aquí, lo mismo que en el caso anterior, el campesino conoce las condiciones de trabajo del artesano y éste las del campesino. El artesano tiene todavía mucho de campesino; no sólo cultiva su huerto de hortalizas y sus frutales, sino que con frecuencia posee también un pedazo de tierra y una o dos vacas, cerdos, aves, etcétera. Las gentes de la Edad Media estaban, pues, en condiciones de poder sacar a los demás, con bastante precisión, las cuentas del coste de producción de sus artículos en materias primas, materiales auxiliares, tiempo de trabajo, etcétera; por lo menos, en lo tocante a los artículos de uso diario y general.

Ahora bien; ¿cómo era posible, en este intercambio basado en la cantidad de trabajo, calcular ésta, aunque sólo fuese de un modo indirecto y relativo, tratándose de productos que requerían un trabajo más largo, interrumpido además durante intervalos irregulares e inseguros en cuanto a su rendimiento, como, por ejemplo, el trigo o el ganado, teniendo en cuenta, por otra parte, que nos estamos refiriendo a gentes que ignoran las reglas del cálculo? Indudablemente, sólo por medio de un proceso lento y trabajoso, no pocas veces tanteando en la sombra para acercarse a la verdad a fuerza de rodeos y abriendo los ojos, como tantas veces ocurre, solamente a costa del propio bolsillo. Pero, la necesidad que cada cual sentía de pagar o recibir en pago el verdadero valor de lo que compraba y de lo que vendía ayudaba a la gente a orientarse, y el reducido número de clases de objetos existentes en el comercio, así como la estabilidad de su producción, la cual se mantenía no pocas veces durante siglos, facilitaba el logro de este fin. Hay un hecho que demuestra que no transcurrió, en modo alguno, mucho tiempo antes de que se estableciese con bastante precisión la magnitud relativa de valor de estos productos, y es que la mercancía en que ello parecía más difícil, por lo largo que era el proceso de producción de cada pieza, el ganado, pasó a ser la primera mercancía monetaria reconocida con carácter bastante general. Para lograr este resultado, fue necesario que el valor del ganado, su relación de cambio con toda otra serie de mercancías, adquiriese ya una fijeza relativamente extraordinaria y reconocida sin disputa por numerosas tribus. Y es seguro que las gentes de la época —tanto los ganaderos como sus clientes— eran lo suficientemente inteligentes para no regalar el trabajo invertido por ellas, sin recibir a cambio equivalente alguno. Por el contrario, cuanto más cerca están del estado primitivo de la producción de mercancías —como ocurre con los rusos y los orientales, por ejemplo—, más tiempo emplean todavía en nuestros días, a fuerza de regatear, conseguir la remuneración total que corresponde al tiempo de trabajo invertido por ellos en un producto.

Partiendo de esta determinación del valor por el tiempo de trabajo, se desarrolla luego toda la producción de mercancías, y con ellas las múltiples relaciones en las que se traducen los diversos aspectos de la ley del valor, tal como fueron expuestas en la sección primera del Libro I de *El Capital* y, principalmente, las condiciones indispensables para que el trabajo pueda crear valor. Estas condiciones se imponen sin que el interesado tenga conciencia de ellas y sólo pueden abstraerse de la práctica cotidiana por medio de una investigación teórica fatigosa: son, por tanto, condiciones que actúan al modo de las leyes naturales y que Marx ha demostrado, en efecto, como derivados necesariamente de la naturaleza de la producción de mercancías. El progreso más importante y decisivo consistió en la introducción del dinero metálico, si bien trajo como consecuencia, por otra parte, que la determinación del valor por el tiempo de trabajo no se trasluciese ya, como antes, en la misma superficie del cambio de mercancías. El dinero se convertía ahora, desde el punto de vista práctico, en la medida decisiva del valor, y esta concepción se iba acentuando conforme crecía la variedad de las mercancías lanzadas al comercio y a medida que provenían de países alejados; es decir, a medida que iba haciéndose menos fácil el comprobar el tiempo de trabajo necesario para su producción. Al principio, el mismo dinero procedía, en la mayoría de los casos, del extranjero, y aun en los casos en que se producían también metales preciosos en el país, el campesino y el artesano no estaban en condiciones de calcular por sí mismos, ni aproximadamente, el trabajo invertido en producirlos, aparte de que la costumbre de calcular en dinero había ido empañando ya en ellos la conciencia de la cualidad del trabajo como medida de valor; el dinero empezó a representar, en la idea de la gente, la función del valor absoluto.

En otros términos: la ley del valor de Marx rige con carácter general, en la medida en que rigen siempre las leyes económicas, para todo el periodo de la producción simple de mercancías; es decir, hasta el momento en que ésta es modificada por la aparición de la forma de produc-

ción capitalista. Hasta entonces, los precios gravitan con arreglo a los valores determinados por la ley de Marx y oscilan en torno a ellos, y cuanto más se desarrolla en su plenitud la producción simple de mercancías, más coinciden los precios medios con los valores, tomando periodos largos, no interrumpidos por perturbaciones violentas exteriores y dejando a un lado el margen de lo despreciable. La ley del valor de Marx, tiene, pues, una vigencia económico-general, la cual abarca todo el periodo que va desde los comienzos del cambio por medio del cual los productos se convierten en mercancías hasta el siglo XV de nuestra era. Y el cambio de mercancías data de una época anterior a toda la historia escrita y que en Egipto se remonta, por lo menos, a 3 500 y acaso a 5 000 años, en Babilonia a 4 000 y tal vez a 6 000 años antes de nuestra era. La ley del valor rigió, pues, durante un periodo de cinco a siete mil años. ¡Admirable profundidad, pues, la del señor Loria, cuando dice que el valor vigente de un modo general y directo durante todo este tiempo es un valor por el que no tiene por qué ocuparse ningún economista que tenga siquiera una chispa de sentido común!

Hasta aquí, no hemos hablado del comerciante. No necesitábamos tener en cuenta su intervención hasta ahora, en que pasamos de la producción simple a la producción capitalista de mercancías. El comerciante fue el elemento revolucionador de esta sociedad, donde todo lo demás permanecía estable, hereditariamente estable, por decirlo así: donde el campesino recibía no sólo su parcela de tierra, sino también su posición de propietario libre, de campesino sujeto a tributo o de siervo, como el artesano de la ciudad su oficio y sus privilegios gremiales por vía hereditaria y casi inalienablemente, y del mismo modo su clientela y su mercado, al igual que la habilidad o la pericia para su profesión, heredada desde su juventud. He aquí el mundo en que apareció el comerciante, que había de revolucionarlo. Pues no apareció en él como revolucionario consciente, sino, por el contrario, como carne de su carne y parte de su organismo. El comerciante de la Edad Media no era ningún individualista; era, sustancialmente, como toda la

gente de su época, un ente corporativo. En el campo, imperaba la comunidad de la marca, forma derivada del comunismo primitivo. Primitivamente, cada campesino poseía una parcela de las mismas dimensiones, con trozos iguales de tierra de cada calidad y la parte proporcional correspondiente en los derechos de la marca común. A partir del momento en que la marca se convirtió en una comunidad cerrada y ya no se siguieron distribuyendo nuevas parcelas, se empezaron a subdividir, por herencia, etcétera, las parcelas antiguas y los correspondientes derechos sobre la marca, pero la unidad seguía siendo la parcela completa, existiendo por tanto medias y cuartos y octavos de parcela, con derecho a disfrutar de la marca común en la mitad, la cuarta o la octava parte de los derechos. La comunidad de la marca sirvió de modelo a todas las corporaciones de lucro creadas posteriormente, sobre todo a los gremios de las ciudades, cuyo régimen no era sino la aplicación de la organización de la marca a un privilegio artesanal, en vez de proyectarla sobre una extensión limitada de tierras. El eje de toda la organización era la participación por igual de todos los miembros de la corporación en los privilegios y beneficios reservados a la colectividad, como aparece proclamado de un modo contundente todavía en el privilegio dado en 1527 sobre el "abastecimiento de hilo" de Elberfeld y Barmen. (Thun, *Industrie am Niederrhein* [*La industria del Bajo Rin*], tomo II, pp. 164 y ss.) Y lo mismo ocurría en las explotaciones mineras, donde cada participación versaba sobre la totalidad de la empresa y era, al igual que la parcela de la marca, divisible con todos sus derechos y deberes. Era también, exactamente, el régimen de las corporaciones de comerciantes creadas para explotar el comercio ultramarino. Los venecianos y los genoveses en el puerto de Alejandría o Constantinopla, como cada "nación" en su propio Fondaco —hospedería y taberna, almacén y locales de exposición y venta de mercancías, además de oficina central—, constituían corporaciones comerciales completas, entidades cerradas frente a competidores y clientes; vendían a los precios establecidos por ellos, sus mercancías tenían una determinada cali-

dad, garantizada mediante una investigación pública y no pocas veces mediante un sello, se ponían de acuerdo colectivamente acerca de los precios que debían pagarse a los indígenas por sus productos, etcétera. Y lo mismo procedían los hanseáticos en el puente alemán (Tydske Bryggen) de Bergen, en Noruega, y sus competidores de Holanda e Inglaterra. ¡Ay de aquél que vendiese a menos o comprase a más del precio fijado! El boicot decretado contra él suponía, en aquellos tiempos, la ruina completa, sin hablar de las penas directas infligidas por la corporación contra el culpable. Pero, además, existían corporaciones con un radio de acción más limitado, creadas para fines concretos, tales como la Maona, de Génova, que dominó durante largos años las minas de alumbre de Focea, en el Asia Menor, y la isla de Chíos durante los siglos XIV y XV, la gran sociedad comercial de Ravensburgo, que negoció con Italia y España desde fines del siglo XIV, estableciendo sucursales en estos países, y la sociedad alemana de los Fúcar, los Welser, los Vöhlin, los Höchstetter, etcétera, de Augsburgo, de los Hirschvogel de Nuremberg y otros, que se interesó en la expedición portuguesa de 1505-6 a la India con un capital de 66 000 ducados y tres barcos, obteniendo una ganancia neta del 150 y según algunos del 175% (Heyd, *Levantehandel* [*El comercio de Levante*], tomo II, p. 524), y toda otra serie de sociedades "Monopolia", que tanto irritaban a Lutero.

Es aquí donde nos encontramos por vez primera con la ganancia y la cuota de ganancia. La tendencia intencionada y consciente de los comerciantes es la de que esta cuota de ganancia sea igual para todos los interesados. Los venecianos en Levante y los hanseáticos en el norte pagaban todos los mismos precios que sus vecinos por las mercancías, abonaban los mismos gastos de transporte, las vendían a los mismos precios y compraban también el flete en las mismas condiciones que cualquier otro comerciante de su misma "nación". La cuota de ganancia era, pues, igual para todos. En las grandes sociedades comerciales, la distribución de la ganancia a prorrata de la participación en el capital es algo tan evidente por sí mismo como

el derecho a disfrutar de los beneficios de la marca en proporción a la parcela del campesino o el de percibir las ganancias de la explotación minera con arreglo a la cuantía de la participción correspondiente. Por tanto, la cuota igual de ganancia, que en su pleno desarrollo constituye uno de los resultados finales de la producción capitalista, se nos revela aquí, en su forma más simple, como uno de los puntos históricos de partida del capital; más aún, como un brote directo de la comunidad de la marca, que es, a su vez, un exponente directo del comunismo primitivo.

Esta cuota primitiva de ganancia era, forzosamente, muy elevada. Las empresas eran [en primer lugar, empresas monopolistas y, por tanto, excepcionalmente beneficiosas][3] muy arriesgadas, no sólo por los grandes estragos de los piratas que infestaban los mares, sino porque las naciones competidoras se permitían también todo género de violencias, cuando la ocasión se presentaba; además, los mercados y las condiciones de venta de las mercancías descansaban sobre privilegios de príncipes extranjeros, violados o revocados con harta frecuencia. La ganancia tenía que incluir, pues, necesariamente, una elevada prima de seguro. A esto hay que añadir que la rotación del capital era lenta, que los negocios se desarrollaban trabajosamente y que en los mejores tiempos, aunque éstos rara vez duraban mucho, las empresas tenían carácter de monopolio, con ganancias monopolistas. Que las cuotas de ganancia eran, generalmente, muy elevadas lo demuestra también el elevadísimo tipo de interés vigente en aquellos tiempos y que, en conjunto, tenía que ser necesariamente más bajo que el porcentaje de la ganancia comercial corriente.

Sin embargo, esta elevada cuota de ganancia, igual para todos los interesados, lograda por la cooperación de tipo corporativo, sólo regía con carácter local dentro de la propia corporación; es decir, dentro de la "nación", en el sentido que damos aquí a esta palabra. Venecianos, genove-

---

[3] Estas palabras aparecen tachadas en el manuscrito de Engels *(Ed.)*.

ses, hanseáticos, holandeses, cada nación de por sí tenía su cuota propia de ganancia, que al principio, en mayor o menor medida, sólo regía además para cada mercado concreto. La compensación entre estas diversas cuotas de ganancia corporativas se operaba por la vía inversa, por medio de la concurrencia. En primer lugar, la de las cuotas de ganancia de los diversos mercados abiertos a cada nación. Si Alejandría rendía mayor ganancia para las mercancías venecianas que Chipre, Constantinopla o Trapezunta, los venecianos movilizaban más capitales para comerciar en Alejandría, sustrayéndolos al comercio con otros métodos. Luego, venía la compensación gradual de las cuotas de ganancia entre las distintas naciones que exportaban al mismo mercado mercancías iguales o parecidas, dándose muy frecuentemente el caso de que algunas de estas naciones se viesen agobiadas y desapareciesen de la escena. Y este proceso se veía constantemente interrumpido por acontecimientos políticos, como las invasiones mongólica y turca, que arruinaron todo el comercio con Levante, y los grandes descubrimientos geográficos-comerciales que, a partir de 1492, vinieron a acelerar la ruina de aquel comercio, convirtiéndola en definitiva.

La súbita extensión de los mercados que sobrevino a consecuencia de esos descubrimientos, y el consiguiente desplazamiento de las líneas de comunicaciones, no se tradujeron, por el momento, en ningún cambio sustancial en cuanto a los métodos comerciales. Seguían siendo, igual que antes, las corporaciones de comerciantes, principalmente las que negociaban con la India y con América. Pero, con ciertas diferencias. En primer lugar, ahora estas corporaciones tenían detrás naciones más importantes. Ya no eran los catalanes que comerciaban con Levante, sino que era toda España, una España grande y unificada, la que actuaba en el comercio con América, y a su lado dos países importantes como Inglaterra y Francia; y hasta Holanda y Portugal, los más pequeños de todos, eran, por lo menos, tan importantes y tan fuertes como Venecia, la nación comercial más importante y más fuerte del periodo ante-

rio. Esto daba al comerciante-navegante, al *merchant adventurer* de los siglos XVI y XVII un respaldo que hacía cada vez más superfluo el de aquellas corporaciones, equipadas hasta para defender a sus miembros con las armas; los gastos que esta protección suponía fueron haciéndose, pues, muy gravosos. En segundo lugar, ahora la riqueza se desarrollaba mucho más rápidamente en manos de los individuos, y pronto aparecieron comerciantes individuales capaces de invertir en una empresa fondos tan cuantiosos como los que antes invertía toda una sociedad. Las sociedades comerciales subsistentes fueron transformándose, en su mayoría, en corporaciones armadas, destinadas a conquistar y explotar por métodos monopolistas, bajo la protección y la soberanía de la metrópoli, los territorios y países enteros recién descubiertos. Pero, a medida que en los nuevos territorios se fueron estableciendo colonias, sostenidas también en su mayoría por el Estado, el comercio corporativo fue pasando a segundo plano ante el comerciante individual, con lo cual la compensación de las cuotas de ganancia pasó a ser, cada vez más marcadamente, obra exclusiva de la concurrencia.

Hasta aquí, sólo nos hemos encontrado con la cuota de ganancia en lo tocante al capital comercial pues hasta ahora no existía más capital que el comercial y el usurario; el capital industrial no se había desarrollado aún. La producción seguía, predominantemente, en manos de obreros que poseían sus propios medios de producción y cuyo trabajo, por tanto, no rendía plusvalía para ningún capital. En los casos en que se veían obligados a ceder a terceros, sin obtener nada a cambio, una parte de su producto, era bajo la forma del tributo abonado al señor feudal. Por consiguiente, el capital comercial sólo podía extraer su ganancia, por lo menos en un comienzo, de los compradores extranjeros de productos del país o de los que compraban dentro del país productos extranjeros; fue solamente hacia el final de este periodo —y en Italia, por consiguiente, al sobrevenir la ruina del comercio con Levante— cuando la competencia extranjera y las dificultades con que trope-

zaba la venta obligaron a los productores artesanales de mercancías de exportación a dar al comerciante exportador las mercancías por menos de su valor. Y así nos encontramos con el fenómeno de que, mientras en el comercio interior los distintos productores vendían entre sí sus mercancías al por menor, cotizándolas por término medio por sus valores, en el comercio internacional, por las razones indicadas, no ocurría generalmente así. Lo contrario de lo que sucede en el mundo actual, en que los precios de producción rigen en el mercado internacional y en el comercio al por mayor, mientras que en el mercado al por menor de las ciudades la formación de los precios se halla regulada por cuotas de ganancia muy distinta. Y así se da, por ejemplo, el caso de que hoy la carne de una ternera experimente un recargo mayor de precio desde el comerciante al por mayor del mercado de Londres hasta el particular que la consume sin salir de la capital que desde el comerciante al por mayor que la vende en Chicago hasta el comerciante al por mayor que la compra en Londres, incluyendo los portes.

El instrumento que operó en todas partes, gradualmente, esta transformación en la formación de los precios, fue el capital industrial. Los gérmenes de este capital se habían ido formando ya en la Edad Media, y concretamente en tres campos: fletamento de buques, explotaciones mineras e industria textil. El fletamento de buques, en la escala en que se explotaba en las repúblicas marítimas de Italia y en la Hansa, requería inevitablemente marineros, es decir, obreros asalariados (aunque su relación de salario se disfrazase bajo formas corporativas, con participación en la ganancia) y requería además, con las galeras de la época, remeros, que podían ser obreros asalariados o esclavos. Las explotaciones de yacimientos de cobre, atendidas primitivamente por obreros corporativos, habían ido convirtiéndose ya casi siempre en sociedades por acciones para la explotación de las minas por medio de obreros asalariados. Y en la industria textil, el comerciante había empezado a poner directamente a su servicio a los pequeños maestros tejedores, suministrándoles el hilo y dándoles un

jornal fijo para que lo tejiesen por su cuenta; es decir, convirtiéndose de simple comprador en verdadero empresario (*Verleger*).

Aquí asistimos a los primeros comienzos de la formación de la plusvalía capitalista. Dejemos a un lado, como corporaciones monopolistas cerradas, las explotaciones mineras. En cuanto a los armadores de buques, es evidente que sus ganancias tenían que ser, por lo menos, las usuales en el país, con un recargo por el seguro, el desgaste de los barcos, etcétera. Veamos lo que ocurría con los empresarios de la industria textil, que llevaban al mercado las mercancías producidas directamente por cuenta de un capitalista, echándolas a competir con las mercancías de la misma clase que los artesanos producían por cuenta propia.

La cuota de ganancia del capital comercial existía ya. Había sido compensada, además, por lo menos respecto a la localidad de que se trataba, para formar una cuota media aproximada. ¿Qué podía mover al comerciante a afrontar este negocio extraordinario? Solamente una cosa: la perspectiva de ganar más, vendiendo al mismo precio que los otros. Y esta perspectiva la tenía, en realidad. Al tomar a su servicio a los pequeños maestros, rompía los límites tradicionales de la producción, dentro de los cuales el productor vendía el producto por él elaborado, y nada más. El capitalista comercial compraba la fuerza de trabajo, que seguía poseyendo provisionalmente su instrumento de producción, pero que ya no poseía la materia prima. De este modo, le aseguraba al tejedor trabajo fijo, pero al mismo tiempo podía reducir su salario de modo que una parte del tiempo que trabajaba fuese trabajo no retribuido. Esto permitía al empresario apropiarse una plusvalía, además de la ganancia comercial que de antiguo venía percibiendo. Cierto es que para ello necesitaba invertir un capital adicional en comprar hilo, etcétera, dejándolo en manos del tejedor hasta que éste terminase la mercancía, mientras que antes le abonaba el precio íntegro al entregarle ésta. Pero el cambio no era grande. En primer lugar, porque en la mayoría de los casos ya antes tenía que desembolsar también un capital extraordinario para hacer adelantos a los

tejedores, quienes por regla general sólo se sometían a las nuevas condiciones de producción porque se hallaban agobiados por la servidumbre de las deudas. Y, en segundo lugar, porque, aun dejando esto a un lado, los cálculos se ajustaban al siguiente esquema.

Supongamos que nuestro comerciante maneje su negocio de exportación con un capital de 30 000 ducados, cequíes, libras esterlinas u otra moneda cualquiera y que de ellos emplee 10 000 en comprar mercancías del país, e invierta los 20 000 restantes en los mercados de ultramar. Supongamos, asimismo, que el capital recorra su ciclo una vez cada dos años: reembolso anual = 15 000. Este comerciante decide dedicarse a la producción de tejidos por cuenta propia, meterse a empresario. ¿Qué capital adicional necesitará para esto? Admitamos que el periodo de producción de la pieza de tela, de cualquier modo que la venda, sea de dos meses por término medio, lo que es, indudablemente, mucho. Admitamos también que tenga que pagarlo todo al contado. En estas condiciones, tendrá que disponer de capital adicional necesario para suministrar hilo a sus tejedores durante dos meses. Como se reembolsa de 15 000 al año, comprará por 2 500 de tela cada dos meses. Suponiendo que 2 000 representen el valor del hilo y 500 el salario del tejedor, nuestro comerciante necesitará un capital adicional de 2 000. Partimos de la premisa de que la plusvalía arrancada al tejedor por el nuevo método sólo asciende al 5% del valor del producto, lo que representa una cuota de plusvalía indudablemente muy modesta, del 25% ($2\,000\ c + 500\ v + 125\ p$; $p' = \frac{125}{500} = 25\%$, $g' = \frac{125}{2\,500} = 5\%$). Sobre estas bases, nuestro hombre obtendría una ganancia extraordinaria de 750 sobre su reembolso anual de 15 000; es decir, que en 2 2/3 años reembolsaría su capital adicional.

Sin embargo, para poder aumentar sus ventas y acelerar, con ello, la rotación de su capital, lo cual le permitirá obtener la misma ganancia con el mismo capital en menos

tiempo o una ganancia mayor con el mismo capital y en el mismo tiempo, regalará al comprador una parte pequeña de su plusvalía vendiendo más barato que sus competidores. Poco a poco, éstos irán convirtiéndose también en empresarios, y esto hará que la ganancia extraordinaria se reduzca para todos a la ganancia normal, e incluso inferior a la que normalmente corresponde al capital incrementado de todos ellos. La igualdad de la cuota de ganancia se restablecerá, aunque posiblemente sobre otro nivel, mediante la cesión a los compradores extranjeros de una parte de la plusvalía obtenida dentro del país.

El siguiente paso encaminado a poner la industria bajo el mando del capital se da con la introducción de la manufactura. También ésta obliga al manufacturero, que en los siglos XVII y XVIII —y en Alemania, casi de un modo general, todavía hasta 1850, y en algunos sitios hasta hoy día— sigue siendo aún su propio comerciante de exportación, a producir más barato que su competidor a la vieja usanza, el artesano. Se repite el mismo proceso: la plusvalía que se apropia el capitalista manufacturero o el comerciante de exportación le permite a aquél o al comerciante exportador que reparte con él la ganancia vender más barato que sus competidores, hasta que el nuevo régimen de producción se generalizada y se opera una nueva compensación. La cuota de ganancia comercial preexistente, aun cuando reducida a un simple nivel local, es el lecho de Procusto al que tiene que acomodarse implacablemente, aunque sea a hachazos, la plusvalía industrial, recortando a ésta lo que sobre.

Si la manufactura logró imponerse a fuerza de abaratar los productos, con más razón lo hará la gran industria, la cual, revolucionando sin cesar la producción, reduce más y más el coste de producción de las mercancías y elimina inexorablemente todos los sistemas de producción anteriores. De este modo, la gran industria conquista también definitivamente el mercado interior para el capital, pone fin a la pequeña producción y a la economía natural de la familia compesina que cubría por sí misma sus propias nece-

sidades, elimina el intercambio directo entre los pequeños productores y pone a la nación entera al servicio del capital. Al mismo tiempo, nivela las cuotas de ganancia de las diversas ramas comerciales e industriales en torno a *una* cuota de ganancia general y, finalmente, asegura a la industria el puesto de mando que le corresponde en esta nivelación, eliminando la mayor parte de los obstáculos que se interponían ante las emigraciones de capital de unas ramas a otras. De este modo se opera en cuanto al cambio, en conjunto y a grandes rasgos, la transformación de los valores en precios de producción. Esta transformación se efectúa, por tanto, con arreglo a leyes objetivas, sin que los interesados se lo propongan ni tengan conciencia de ello. El hecho de que la concurrencia reduzca al nivel general las ganancias que exceden de la cuota general de ganancia, privando así de la plusvalía que rebasa aquel tipo medio al primer industrial que se la apropia, no ofrece, teóricamente, la menor dificultad. Pero, en la práctica no ocurre así, ni mucho menos, pues las ramas de producción que arrojan una plusvalía superior a la normal, es decir, aquellas que tienen un elevado capital variable y un bajo capital constante, o, lo que es lo mismo, una composición orgánica baja, son precisamente, por su naturaleza las que más tarde y de un modo más incompleto se someten a la explotación capitalista, sobre todo la agricultura. En cambio, lo que se refiere al alza de los precios de producción por encima de los valores de las mercancías, necesaria para elevar al nivel de la cuota de ganancia media la plusvalía de nivel inferior que se contiene en los productos de las ramas de baja composición orgánica de capital, ofrece extraordinarias dificultades teóricas, pero es, como hemos visto, la que más fácil y rápidamente se logra en la práctica. En efecto, las mercancías de esta clase, cuando empiezan a producirse por métodos capitalistas y son lanzadas al comercio capitalista, compiten con las mercancías del mismo tipo fabricadas por procedimientos precapitalistas, que resultan, por consiguiente, más caras. Esto le permite al productor capitalista, aun renunciando a una parte de la plusvalía, obtener, sin embargo, la cuota de ganancia

vigente en su localidad, la cual no guarda, originariamente la menor relación directa con la plusvalía, ya que había nacido del capital comercial mucho antes de que existiese una producción capitalista y de que, por tanto, fuese posible una cuota de ganancia industrial.

TEORÍ GENERAL Y REALIDAD CONCRETA

*Carta de Engels a Schmidt**

La carta de usted me da una idea, creo, de cómo se ha puesto usted sobre la huella de la tasa de beneficio. Encuentro ahí la misma forma de perderse en detalles que censuré al método ecléctico de filosofar que ha hecho tantos avances en las universidades alemanas desde 1848 y que pierde toda perspectiva general y que con demasiada frecuencia termina en argumentaciones estériles y sin objeto acerca de puntos particulares.

En cuanto a los filósofos clásicos, fue precisamente Kant al que usted había estudiado principalmente; y Kant, debido a la situación del filosofar alemán en su época y a su oposición a la variedad pedante del leibnizismo sostenida por Wolf, fue más o menos obligado a hacer algunas concesiones aparentes y formales a esta argumentación wolfiana. Así es como me explico vuestra tendencia, la que también se trasluce en la disgresión sobre la ley del valor, de vuestra carta, a sumergirse en grado tal en los detalles sin poner nunca atención, me parece, a las interconexiones de conjunto, degradando la ley del valor a una ficción, ficción necesaria, así como Kant hace de la existencia de Dios un postulado de la razón práctica.

---

* Fechada en Londres, el 12 de marzo de 1895. Tomada de Carlos Marx y Federico Engels *Correspondencia*. Seleccionada, comentada y anotada por el Instituto Marx-Engels-Lenin, de Leningrado. El texto en español procede de la edición hecha por Editorial Cartago, de Buenos Aires, en 1957.

Los reproches que usted formula a la ley del valor se aplican a *todos* los conceptos cuando se los considera desde el punto de vista de la realidad. La identidad del ser y del pensar, para expresarme a la manera hegeliana, coincide en un todo con vuestro ejemplo del círculo y el polígono. Ambos, el concepto de una cosa y su realidad, marchan lado a lado como dos asíntotas, aproximándose constantemente sin encontrarse nunca. Esta diferencia entre los dos es la misma diferencia que impide que el concepto del ser sea realidad en forma directa e inmediata, y que la realidad sea sin mediación su propio concepto. Pero aun cuando un concepto posee la naturaleza esencial de los conceptos, y por lo tanto no puede coincidir *prima facie* directamente con la realidad, de la cual debe ser primero abstraída, es sin embargo, algo más que una ficción, a menos que usted vaya a declarar ficciones todos los resultados del pensamiento porque la realidad debe dar muchas vueltas antes de corresponderles y aun así sólo les corresponde con aproximación asintótica.

¿No ocurre acaso lo mismo con la tasa general de beneficio? En cada instante sólo existe aproximadamente. Si se verificara una vez en dos empresas hasta el más mínimo detalle, si en ambas se produjera *exactamente la misma tasa de beneficio* en un año dado, se trataría de una pura casualidad: en la realidad, la tasa de beneficio varía de negocio en negocio y de año en año conforme a diversas circunstancias, y la tasa general únicamente existe como promedio de muchos negocios y de una serie de años. Pero si fuésemos a exigir que la tasa de beneficio —14 876934. . .— fuese exactamente igual en todos los negocios y en todos los años hasta la centésima cifra decimal so pena de degradarse a la ficción, estaríamos entendiendo pésimamente la naturaleza de la tasa de beneficio y de las leyes económicas en general, pues ninguna de ellas tiene realidad si no es como aproximación, tendencia, promedio, y no como realidad *inmediata*. Esto se debe en parte a que su acción entrechoca con la acción simultánea de otras leyes, pero en parte a su naturaleza de concepto.

O tome usted la ley de los salarios, la realización del valor de la fuerza del trabajo, que sólo se produce como promedio y aun esto no siempre, y que varía en una misma localidad y aun en una misma rama, conforme al nivel de vida corriente. O bien la renta del suelo, que representa un superbeneficio por encima de la tasa general, derivado del monopolio ejercido sobre una fuerza natural. Tampoco aquí hay en modo alguno coincidencia entre el superbeneficio real y la renta real, sino tan sólo una aproximación en promedio.

Exactamente lo mismo ocurre con la ley del valor y con la distribución de la plusvalía por medio de la tasa de beneficio:

1) Ambas sólo alcanzan su realización aproximada más completa en base al supuesto de que la producción capitalista ha estado enteramente establecida en todas partes, reducida la sociedad a las modernas clases de los terratenientes, capitalistas (industriales y comerciantes) y obreros, omitiendo todas las capas intermedias. Esto no existe siquiera en Inglaterra y nunca existirá; no dejaremos que llegue tan lejos.

2) El beneficio, incluyendo la renta, consiste de varias partes componentes:

a) Beneficio proveniente del engaño; se anula en la suma algebraica.

b) Beneficio proveniente del aumento del valor de las existencias de mercancías (por ejemplo, el excedente de la última cosecha cuando fracasa la siguiente). Teóricamente también éste *debiera* compensarse (en la medida en que no haya sido ya compensado por la disminución del valor de otras mercancías) ya sea porque los compradores capitalistas deben contribuir a la ganancia de los vendedores capitalistas, o bien, en el caso de los medios de subsistencia de los obreros, porque eventualmente también los salarios habrán de aumentar. Pero los más esenciales de estos aumentos del valor *no son permanentes* y por lo tanto la compensación sólo se produce en el promedio sobre varios años, en forma extremadamente incompleta y, lo que es notorio,

a expensas de los obreros; éstos producen más plusvalía porque su fuerza de trabajo no es retribuida por completo.

c) El total de plusvalía, del cual se deduce nuevamente, sin embargo, esa porción que *al comprador se le presenta como obsequio*, especialmente en época de crisis, cuando la sobreproducción se reduce a su valor verdadero de trabajo socialmente necesario.

De esto se sigue de inmediato que el beneficio total y la plusvalía total sólo pueden coincidir aproximadamente. Pero cuando usted toma en consideración además el hecho de que ni la plusvalía total ni el capital total son magnitudes constantes, sino variables cuyo valor cambia diariamente, entonces toda coincidencia entre la tasa de beneficio y el total de plusvalía distinta de la de una serie aproximada, y toda coincidencia entre el precio total y el valor total que no sea la que tiende constantemente a la unidad, apartándose continuamente de ella, es pura imposibilidad. En otras palabras, la unidad de concepto y apariencia se manifiesta como un proceso esencialmente infinito, y esto es lo que es, tanto en este caso como en los demás.

¿Acaso correspondió el feudalismo a su concepto? Fundado en el reino de los francos occidentales, perfeccionado en Normandía por los conquistadores noruegos, continuada su formación por los normandos franceses en Inglaterra y en Italia meridinal, se aproximó más a su concepto en... Jerusalén, en el reino de un día, que en las *Assises de Jerusalém*[1] dejó la más clásica expresión del orden feudal. ¿Fue entonces este orden una ficción porque sólo alcanzó una existencia efímera, en su completa forma clásica, en Palestina y aun esto casi exclusivamente sobre el papel?

O los conceptos que prevalecen en las ciencias naturales, ¿son ficciones porque en modo alguno coinciden siempre con la realidad? Desde el momento en que aceptamos la teoría evolucionista, todos nuestros conceptos sobre la vida orgánica corresponden sólo aproximadamente a la

[1] *Assises de Jerusalém*, el código de Godofredo de Bouillon para el reino de Jerusalén en el siglo x.

realidad. De lo contrario no habría cambio: el día que los conceptos coincidan por completo con la realidad en el mundo orgánico, termina el desarrollo. El concepto de pez incluye vida en el agua y respiración por agallas; ¿cómo haría usted para pasar del pez al anfibio sin quebrar este concepto? Y éste ha sido quebrado y conocemos toda una serie de peces cuyas vejigas natatorias se han transformado en pulmones, pudiendo respirar en el aire. ¿Cómo, si no es poniendo en conflicto con la realidad uno o ambos conceptos, podrá usted pasar del reptil ovíparo al mamífero, que pare sus hijos ya en vida? Y en realidad, en los monotremas tenemos toda una subespecie de mamíferos ovíparos —en 1843 yo vi en Manchester los huevos del *platypus* y con arrogante limitación mental me burlé de tal estupidez —como si un mamífero pudiese poner huevos—. ¡Y ahora ha sido comprobado! De modo que ¡no haga con los conceptos de valor lo que hice con el *platypus* y por lo cual después tuve que pedirle perdón!

También en el artículo de Sombart, por lo demás muy bueno, aparecido en el volumen III, encuentro esa tendencia a diluir la teoría del valor; es evidente que también él había esperado una solución algo diferente.

MATERIALISMO DIALÉCTICO E HISTÓRICO Y ECONOMÍA POLÍTICA

SOBRE LA DIALÉCTICA DE LA NATURALEZA*

[. . .] Con el hombre entramos en la *historia.* También las animales tienen una historia, la de su origen y desarrollo gradual hasta su estado presente. Pero, los animales son objetos pasivos de la historia, y en cuanto toman parte en ella, esto ocurre sin su conocimiento o deseo. Los hombres, por el contrario, a medida que se alejan más de los animales en el sentido estrecho de la palabra, en mayor grado hacen su historia ellos mismos, conscientemente, y tanto menor es la influencia que ejercen sobre esta historia las circunstancias imprevistas y la fuerzas incontroladas, y tanto más exactamente se corresponde el resultado histórico con los fines establecidos de antemano. Pero si aplicamos este rasero a la historia humana, incluso a la historia de los pueblos más desarrollados de nuestro siglo, veremos que incluso aquí existe todavía una colosal discrepancia entre los objetivos propuestos y los resultados obtenidos, veremos que continúan prevaleciendo las influencias imprevistas, que las fuerzas incontroladas son mucho más poderosas que las puestas en movimiento de acuerdo a un plan. Y esto no será de otro modo mientras la actividad histórica más esencial de los hombres, la que los ha elevado desde el estado animal al humano y forma la base material de to-

---

* Fragmento de la Introducción a la *Dialéctica de la Naturaleza,* escrita por Engels en 1875-76 y publicada por primera vez en 1925. El texto en español se tomó de la edición soviética ya mencionada de las *Obras Escogidas,* de Marx-Engels.

das sus demás actividades —me refiero a la producción de sus medios de subsistencia, es decir, a lo que hoy llamamos producción social— se vea particularmente subordinada a la acción imprevista de fuerzas incontroladas y mientras el objetivo deseado se alcance sólo como una excepción y mucho más frecuentemente se obtengan resultados diametralmente opuestos. En los países industriales más adelantados hemos sometido a las fuerzas de la naturaleza, poniéndolas al servicio del hombre; gracias a ello hemos aumentado inconmensurablemente la producción, de modo que hoy un niño produce más que antes cien adultos. Pero, ¿cuáles han sido las consecuencias de este acrecentamiento de la producción? El aumento del trabajo agotador, una miseria creciente de las masas y un crac inmenso cada diez años. Darwin no sospechaba qué sátira tan amarga escribía de los hombres, y en particular de sus compatriotas, cuando demostró que la libre concurrencia, la lucha por la existencia celebrada por los economistas como la mayor realización histórica, era el estado normal del *mundo animal.* Únicamente una organización consciente de la producción social, en la que la producción y la distribución obedezcan a un plan, puede elevar socialmente a los hombres sobre el resto del mundo animal, del mismo modo que la producción en general les elevó como especie. El desarrollo histórico hace esta organización más necesaria y más posible cada día. A partir de ella datará la nueva época histórica en la que los propios hombres, y con ellos todas las ramas de su actividad, especialmente las Ciencias Naturales, alcanzarán éxitos que eclipsarán todo lo conseguido hasta entonces.

Pero «todo lo que nace es digno de morir».[1] Quizá antes pasen millones de años, nazcan y bajen a la tumba centenares de miles de generaciones, pero se acerca inflexiblemente el tiempo en que el calor decreciente del Sol no podrá ya derretir el hielo procedente de los polos; la humanidad, más y más hacinada en torno al ecuador, no encontrará ni siquiera allí el calor necesario para la vida; irá

[1] Palabras de Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe. *(N. de la Red.)*

desapareciendo paulatinamente toda huella de vida orgánica, y la Tierra, muerta, convertida en una esfera fría, como la Luna, girará en las tinieblas más profundas, siguiendo órbitas más y más reducidas, en torno al Sol, también muerto, sobre el que, a fin de cuentas terminará por caer. Unos planetas correrán esa suerte antes y otros después que la Tierra; y en lugar del luminoso y cálido sistema solar, con la armónica disposición de sus componentes, quedará tan sólo una esfera fría y muerta, que aún seguirá su solitario camino por el espacio cósmico. El mismo destino que aguarda a nuestro sistema solar espera antes o después a todos los demás sistemas de nuestra isla cósmica, incluso a aquéllos cuya luz jamás alcanzará la Tierra mientras quede un ser humano capaz de percibirla.

¿Pero qué ocurrirá cuando este sistema solar haya terminado su existencia, cuando haya sufrido la suerte de todo lo finito, la muerte? ¿Continuará el cadáver del Sol rodando eternamente por el espacio infinito y todas las fuerzas de la naturaleza, antes infinitamente diferenciadas, se convertirán en una única forma del movimiento, en la atracción? «¿O —como pregunta Secchi (p. 810)— hay en la naturaleza fuerzas capaces de hacer que el sistema muerto vuelva a su estado original de nebulosa incandescente, capaces de despertarlo a una nueva vida? No lo sabemos».

Sin duda, no lo sabemos en el sentido que sabemos que $2 \times 2 = 4$ o que la atracción de la materia aumenta y disminuye en razón del cuadrado de la distancia. Pero en las Ciencias Naturales teóricas —que en lo posible unen su concepción de la naturaleza en un todo armónico y sin las cuales en nuestros días no puede hacer nada el empírico más limitado—, tenemos que operar a menudo con magnitudes imperfectamente conocidas; y la consecuencia lógica del pensamiento ha tenido que suplir, en todos los tiempos la insuficiencia de nuestros conocimientos. Las Ciencias Naturales contemporáneas se han visto constreñidas a tomar de la filosofía el principio de la indestructibilidad del movimiento; sin este principio las Ciencias

Naturales ya no pueden existir. Pero el movimiento de la materia no es únicamente tosco movimiento mecánico, mero cambio de lugar, es calor y luz, tensión eléctrica y magnética, combinación química y disociación, vida y, finalmente, conciencia. Decir que la materia en toda la eternidad sólo una vez —y ello por un instante, en comparación con su eternidad— ha podido diferenciar su movimiento y, con ello, desplegar toda la riqueza del mismo, y que antes y después de ello se ha visto limitada eternamente a simples cambios de lugar; decir esto equivale a afirmar que la materia es perecedera y el movimiento pasajero. La indestructibilidad del movimiento debe ser comprendida no sólo en el sentido cuantitativo, sino también en el cualitativo. La materia cuyo mero cambio mecánico de lugar incluye la posibilidad de transformación, si se dan condiciones favorables, en calor, electricidad, acción química, vida, pero que es incapaz de producir esas condiciones por sí misma, esa materia *ha sufrido determinado perjuicio en su movimiento*. El movimiento que ha perdido la capacidad de verse transformado en las distintas formas que le son propias, si bien posee aún *dynamis*, no tiene ya *energeia*, y por ello se halla parcialmente destruido. Pero lo uno y lo otro es inconcebible.

En todo caso, es indudable que hubo un tiempo en que la materia de nuestra isla cósmica convertía en calor una cantidad tan enorme de movimiento —hasta hoy no sabemos de qué género—, que de él pudieron desarrollarse los sistemas solares pertenecientes (según Mädler) por lo menos a veinte millones de estrellas y cuya extinción gradual es igualmente indudable. ¿Cómo se operó esta transformación? De ello sabemos tan poco como sabe el padre Secchi si el futuro *caput mortuum*[2] de nuestro sistema solar se convertirá de nuevo, alguna vez, en materia prima para nuevos sistemas solares. Pero aquí nos vemos obligados a recurrir a la ayuda del creador o a concluir que la materia prima incandescente que dio origen a los

---

[2] «*Caput mortuum*»: literalmente «cabeza muerta»; aquí en el sentido de restos mortales. *(N. de la Red.)*

sistemas solares de nuestra isla cósmica se produjo de forma natural, por transformaciones del movimiento que son *inherentes por naturaleza* a la materia en movimiento y cuyas condiciones deben, por consiguiente, ser reproducidas por la materia, aunque sea después de miles de millones de años, más o menos accidentalmente, pero con la necesidad que es también inherente a la casualidad.

Ahora es más y más admitida la posibilidad de semejante transformación. Se llega a la convicción de que el destino final de los cuerpos celestes es caer unos en otros y se calcula incluso la cantidad de calor que debe desarrollarse en tales colisiones. La aparición repentina de nuevas estrellas y el no menos repentino aumento del brillo de estrellas hace mucho conocidas —de lo cual nos informa la astronomía—, pueden ser fácilmente explicados por semejantes colisiones. Además, debe tenerse en cuenta que no sólo nuestros planetas giran alrededor del Sol y que no sólo nuestro Sol se mueve dentro de nuestra isla cósmica, sino que toda esta última se mueve en el espacio cósmico, hallándose en equilibrio temporal relativo con las otras islas cósmicas, pues incluso el equilibrio relativo de los cuerpos que flotan libremente puede existir únicamente allí donde el movimiento está recíprocamente condicionado; además, algunos admiten que la temperatura en el espacio cósmico no es en todas partes la misma. Finalmente, sabemos que, excepción hecha de una porción infinitesimal, el calor de los innumerables soles de nuestra isla cósmica desaparece en el espacio cósmico, tratando en vano de elevar su temperatura aunque nada más sea que en una millonésima de grado centígrado. ¿Qué se hace de toda esa enorme cantidad de calor? ¿Se pierde para siempre en su intento de calentar el espacio cósmico, cesa de existir prácticamente y continúa existiendo sólo teóricamente en el hecho de que el espacio cósmico se ha calentado en una fracción decimal de grado, que comienza con diez o más ceros? Esta suposición niega la indestructibilidad del movimiento; admite la posibilidad de que por la caída sucesiva de los cuerpos celestes unos sobre otros, todo el

movimiento mecánico existente se convertirá en calor irradiado al espacio cósmico, merced a lo cual, a despecho de toda la «indestructibilidad de la fuerza», cesaría, en general, todo movimiento. (Por cierto, aquí se ve cuán poco acertada es la expresión indestructibilidad de la fuerza en lugar de indestructibilidad del movimiento.) Llegamos así a la conclusión de que el calor irradiado al espacio cósmico debe, de un modo u otro —llegará un tiempo en que las Ciencias Naturales se impongan la tarea de averiguarlo—, convertirse en otra forma del movimiento en la que tenga la posibilidad de concentrarse una vez más y funcionar activamente. Con ello desaparece el principal obstáculo que hoy existe para el reconocimiento de la reconversión de los soles extintos en nebulosas incandescentes.

Además, la sucesión eternamente reiterada de los mundos en el tiempo infinito es únicamente un complemento lógico a la coexistencia de innumerables mundos en el espacio infinito. Este es un principio cuya necesidad indiscutible se ha visto forzado a reconocer incluso el cerebro antiteórico del yanqui Draper.[3]

Este es el ciclo eterno en que se mueve la materia, un ciclo que únicamente cierra su trayectoria en periodos para los que nuestro año terrestre no puede servir de unidad de medida, un ciclo en el cual el tiempo de máximo desarrollo, el tiempo de la vida orgánica y, más aún, el tiempo de vida de los seres conscientes de sí mismos y de la naturaleza, es tan parcamente medido como el espacio en que la vida y la autoconciencia existen; un ciclo en el que cada forma finita de existencia de la materia —lo mismo si es un sol que una nebulosa, un individuo animal o una especie de animales, la combinación química o la disociación— es igualmente pasajera y en el que no hay nada eterno de no ser la materia en eterno movimiento y

[3] "La multiplicidad de los mundos en el espacio infinito lleva a la concepción de una sucesión de mundos en el tiempo infinitos". (J. W. Draper, *History of the Intelectual Development of* Europe, II, p. [325]) *(Nota de Engels) Historia del desarrollo intelectual de Europa,* t. II, p. 325. *(N. de la Red.)*

transformación y las leyes según las cuales se mueve y se transforma. Pero, por más frecuente e inflexiblemente que este ciclo se opere en el tiempo y en el espacio, por más millones de soles y tierras que nazcan y mueran, por más que pueda tardar en crearse en un sistema solar e incluso en un solo planeta las condiciones para la vida orgánica, por más innumerables que sean los seres orgánicos que deban surgir y perecer antes de que se desarrollen de su medio animales con un cerebro capaz de pensar y que encuentren por un breve plazo condiciones favorables para su vida, para ser luego también aniquilados sin piedad, tenemos la certeza de que la materia será eternamente la misma en todas sus transformaciones, de que ninguno de sus atributos puede jamás perderse y que por ello, con la misma necesidad férrea con que ha de exterminar en la Tierra su creación superior, la mente pensante, ha de volver a crearla en algún otro sitio.

CIENCIAS NATURALES Y CIENCIAS SOCIALES*

[. . .] Marx y yo fuimos seguramente los únicos o casi los únicos que salvamos a la dialéctica consciente de la filosofía idealista alemana para traerla a la concepción materialista de la naturaleza y de la historia. Mas, para enfocar a la par dialéctica y materialmente la naturaleza, hay que conocer las matemáticas y las ciencias naturales. Marx era un concienzudo matemático, pero las ciencias naturales sólo nos era dado seguirlas a retazos, a saltos, esporádicamente. Por eso cuando, al retirarme de los negocios comerciales e irme a vivir a Londres, dispuse de tiempo, me sometí, en cuanto me fue posible, a lo que Liebig llama una «muda» completa en punto a las matemáticas y a las ciencias naturales, dedicando a esto la mejor parte de ocho años. En pleno proceso de esta muda fue precisamente cuando me vi obligado por las circunstancias a ocupar-

* Parte final del prólogo la segunda edición del *Anti-Dühring*, escrito en Londres en septiembre de 1885.

me de la llamada filosofía de la naturaleza del señor Dühring. Es, pues, natural que de vez en cuando no acierte en estas páginas con la expresión técnica exacta y que me mueva en general con bastante poca soltura en el terreno de la ciencia natural teórica. Mas como la conciencia de mi inseguridad todavía no vencida me hacía cauto, espero que nadie podrá descubrir en esas páginas una transgresión real contra los hechos conocidos en el momento en que fueron escritas ni una exposición falsa de las teorías a la sazón acatadas. Sólo un gran matemático incomprendido se ha quejado en una carta dirigida a Marx, de no sé qué sacrilegio cometido por mí contra la raíz cuadrada de menos 1.

En mi recapitulación de las matemáticas y las ciencias naturales tratábase, naturalmente, de persuadirme sobre una serie de puntos concretos —pues en términos generales no había duda, para mí— de que en la naturaleza se imponían, a través del caos de los cambios innumerables, las mismas leyes dialécticas de la dinámica que en la historia presiden la trama aparentemente fortuita de los acontecimientos; las mismas leyes que forman el hilo conductor en la evolución histórica del pensamiento humano, y de las que poco a poco va cobrando conciencia el hombre pensante; leyes que Hegel fue el primero que desarrolló de un modo amplio, pero bajo una forma mistificada y que nosotros nos propusimos como una de nuestras aspiraciones desnudar de esa forma mística para presentarlas a la conciencia claramente, en toda su sencillez y con todo su alcance general. Huelga decir que a nosotros la vieja filosofía de la naturaleza —por muchas cosas realmente buenas que contuviese y muchos gérmenes fecundos que encerrase[1]— no podía bastarnos. Como se demuestra deteni-

[1] Es mucho más fácil, naturalmente, despotricar contra la antigua filosofía de la naturaleza con el vulgo profano, como lo hace un Carlos Vogt, que apreciar su importancia histórica. Es cierto que esa filosofía contiene no pocos absurdos y fantasías, pero en esto no tienen nada que echarle en cara tampoco las teorías no filosóficas de los naturalistas antiguos de la misma época, y desde

damente en esta obra, adolecía, sobre todo, en la forma hegeliana, del defecto de no reconocer a la naturaleza un desarrollo en el tiempo, una "sucesión", sino simplemente una "coexistencia". Este defecto tenía su raíz en el propio sistema hegeliano, que sólo atribuía un desarrollo histórico al "espíritu", y en el estado general de las ciencias naturales en esa época. Esto hizo que Hegel quedase rezagado detrás de Kant, cuya teoría nebular había proclamado ya los orígenes y cuyo descubrimiento del obstáculo que supo-

---

que se ha difundido la teoría evolucionista empieza a comprenderse que también alberga muchas ideas acertadas e inteligentes. Así, por ejemplo, Haeckel ha reconocido en todo su valor los méritos de Treviranus y Oken. Éste, con su coágulo y su burbujita originarios, alza como postulado de la biología lo que más tarde había de descubrirse realmente en el protoplasma y en la célula. Por lo que se refiere concretamente a Hegel, está en muchos respectos muy por encima de los empiristas de su tiempo, que creían haber explicado todos los fenómenos cuyas causas se ignoraban, insinuando en ellos una fuerza —fuerza de gravedad, fuerza de flotación, fuerza eléctrica de contacto, etcétera—, y cuando no había base para ello, una materia ignorada: la materia de la luz, del calor, de la electricidad, etcétera. Y mientras que las materias imaginarias pueden darse hoy por descartadas, el fantasma de las fuerzas, combatiendo en su día por Hegel, sigue danzando todavía alegremente de vez en cuando, como por ejemplo, en el discurso de Helmholtz en Insbruck (Helmholtz, *Lecciones populares,* cuaderno II, 1871, p. 190). Alzándose contra el endiosamiento de Newton, tomado de los franceses del siglo XVIII y a quien Inglaterra cargó de honores y de riqueza, Hegel demostró que Kepler, a quien Alemania dejó morir de hambre, había sido el verdadero fundador de la mecánica moderna de los planetas y que la ley de la gravitación de Newton se contenía ya en las tres leyes de Kepler, y en la tercera hasta en términos expresos. Y lo que Hegel demuestra en su filosofía de la naturaleza, p. 270 y adiciones (*Obras* de Hegel, 1842, tomo VII, pp. 98 y 113 a 115), con unas cuantas comparaciones sencillas, lo encontramos hoy mantenido como fruto de la novísima mecánica matemática en Gustavo Kirchhoff, *Lecciones sobre física matemática,* 2a. edición, Leipzig, 1877, p. 10, y además, sustancialmente, en la misma forma matemática sencilla, desarrollada primeramente por Hegel. Los filósofos de la naturaleza vienen a ocupar respecto a las ciencias naturales conscientemente dialécticas la misma posición que los utopistas respecto al comunismo moderno.

nían para la rotación de la tierra las mareas, anunciaba ya el acabamiento del sistema solar. Finalmente, el problema para mi *no podía estar en infundir a la naturaleza leyes dialécticas construidas, sino en descubrirlas y desarrollarlas partiendo de ella.*

Pero el hacer esto sintéticamente y dentro de cada campo de conocimiento supone una tarea gigantesca. No sólo porque la zona de conocimientos que ha de dominarse es casi inabordable, sino porque las ciencias naturales se hallan sujetas en toda su órbita a un proceso tan potente de transformación, que ni quien disponga de todo su tiempo para ello es capaz de seguirlo en todos sus detalles. El mío, desde la muerte de Carlos Marx, se halla embargado por deberes más apremiantes, que me obligaron a interrumpir esos trabajos. No tengo, pues, más remedio que contentarme, por el momento, con las sugestiones contenidas en esta obra, y aguardar a ver si alguna vez se me presenta ocasión para reunir y editar los resultados obtenidos, tal vez en unión de los trabajos matemáticos importantísimos que nos ha legado Marx.

Aunque acaso los progresos de las ciencias naturales teóricas priven de valor a mi trabajo en todo o en parte. Pues la revolución que la simple necesidad de ordenar los descubrimientos puramente empíricos que van acumulándose en masa impone a las ciencias naturales teóricas es de tal naturaleza, que necesariamente tiene que llevar a la conciencia del empírico más reacio el carácter dialéctico de los fenómenos naturales. Las viejas antítesis rígidas, las divisorias nítidas e infranqueables van borrándose y desapareciendo. Desde la fluidificación de los últimos gases "auténticos", desde que se ha probado que un cuerpo puede reducirse a un estado en que la forma acuosa y la forma gaseosa se confundan sin dejar lugar a la distinción, los estados de agregación han perdido los últimos residuos de su primitivo carácter absoluto. Con la teoría cinética de los gases, según la cual en un gas perfecto los cuadrados de las velocidades con que se mueven las moléculas gaseosas se comportan, permaneciendo idéntica la tempera-

tura, a la inversa que los pesos moleculares, el calor se incorpora directamente a la serie de las formas de movimiento mensurable de por sí. La gran ley fundamental del movimiento, recientemente descubierta, que hace diez años todavía se consideraba como una simple ley de conservación de la energía, como mera expresión de la indestructibilidad e increabilidad del movimiento, es decir, en su aspecto puramente cuantitativo, se abandona hoy en esta su interpretación mezquina y negativa, cada vez más abiertamente, desplazada por la interpretación positiva de la *transformación* de la energía, en que por primera vez afirma sus títulos el contenido cualitativo del proceso y en que se han borrado hasta las últimas huellas de un creador del universo al margen de él.

Hoy, no hace falta predicar como si fuese algo nuevo la idea de que la cantidad de movimiento (de lo que se llama energía) no se transforma al convertirse de energía cinética (de lo que se llama fuerza mecánica) en electricidad, calor, energía potencial de las situaciones, etcétera o viceversa; esta idea sirve, hoy, de *base* sentada para la investigación, harto más trascendental, del propio proceso de transformación, de ese gran proceso fundamental, en cuyo conocimiento se resume todo el conocimiento de la naturaleza. Y desde que la biología avanza iluminada por la teoría de la evolución, han ido borrándose también en el campo de la naturaleza orgánica, una tras otra, todas las rígidas *líneas* divisorias de la clasificación; los eslabones intermedios casi inclasificables aumentan con cada día que pasa, las investigaciones, al ahondar, cambian de clase a los organismos, y toda una serie de criterios diferenciales que eran casi artículos de fe pierden su virtud incondicional; hoy, conocemos mamíferos ponedores de huevos y, si la noticia se confirma, existen también pájaros cuadrúpedos. Y si hace ya algunos años, Virchow se vio obligado por el descubrimiento de la célula a disolver la unidad del individuo animal —moviéndose por consideraciones de progreso más que por criterios de ciencias naturales y de dialéctica— en una federación de *Estados* celulares el concepto de la in-

dividualidad animal (incluyendo, por tanto, la humana), viene a complicarse todavía más al descubrirse los glóbulos blancos de la sangre que se arrastran por el organismo de los animales superiores a modo de amibas.

Esas antítesis polares que se creían irreconciliables e indisolubles, esas líneas divisorias y diferencias de clase establecidas violentamente, eran precisamente las que daban a la teoría moderna de las ciencias naturales su mezquino carácter metafísico. La conciencia de que esas antítesis y diferencias, aun presentándose en la naturaleza, sólo tienen un carácter relativo, la conciencia de que es nuestra reflexión, al proyectarlas sobre la naturaleza, la que les imprime esa rigidez y esa virtud absoluta, forma la médula de la concepción dialéctica de la naturaleza.

A esa conciencia puede llegarse obligado por los hechos que las ciencias naturales van acumulando; pero es mucho más fácil remontarse a ella contraponiendo al carácter dialéctico de estos hechos la conciencia de las leyes del pensamiento dialéctico. El caso es que hoy las ciencias naturales han hecho tales progresos, que ya no pueden sustraerse a la síntesis dialéctica. Pero este proceso se les hará más fácil no olvidando que los resultados en que se resumen sus experiencias son otros tantos conceptos y que el arte de operar con conceptos no lo da la naturaleza ni se adquiere con la vulgar conciencia de la realidad cotidiana, sino que reclama la obra del pensamiento, el cual tiene detrás de sí una larga experiencia histórica, ni más ni menos que la investigación empírica de la naturaleza.

Precisamente por eso, porque van aprendiendo a asimilarse los frutos de tres milenios de historia filosófica, es por lo que las ciencias económicas están emancipándose ya de toda esa pretendida filosofía específica de la naturaleza, extraña y superior a ellas, como van emancipándose también del mezquino método especulativo heredado del empirismo inglés.

MATERIALISMO MECANICISTA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO*

[...] Durante este largo periodo, desde Descartes hasta Hegel y desde Hobbes hasta Feuerbach, los filósofos no avanzaban impulsados solamente, como ellos creían, por la fuerza del pensamiento puro. Al contrario. Lo que en la realidad les impulsaba era, precisamente, los progresos formidables y cada vez más raudos de las Ciencias Naturales y de la industria. En los filósofos materialistas, esta influencia aflora a la superficie, pero también los sistemas idealistas fueron llenándose más y más de contenido materialista y se esforzaron por conciliar panteísticamente la antítesis entre el espíritu y la materia, hasta que, por último, el sistema de Hegel ya no representaba por su método y su contenido más que un materialismo que aparecía invertido de una manera idealista.

Se explica, pues, que Starcke, para caracterizar a Feuerbach, empiece investigando su posición ante este problema cardinal de la relación entre el pensar y el ser. Después de una breve introducción, en la que se expone, empleando sin necesidad un lenguaje filosófico pesado, el punto de vista de los filósofos anteriores, especialmente a partir de Kant, y en la que Hegel pierde mucho por detenerse el autor con exceso de formalismo en algunos pasajes sueltos de sus obras, sigue un estudio minucioso sobre la trayectoria de la propia «metafísica» feuerbachiana, tal como se desprende de la serie de obras de este filósofo relacionadas con el problema que nos ocupa. Este estudio está hecho de un modo cuidadoso y es bastante claro, aunque aparece recargado, como todo el libro, con un lastre de expresiones y giros filosóficos no siempre inevitables, ni mucho menos, y que resultan tanto más molestos cuanto menos se atiene el autor a la terminología de una misma escuela o la del

* Corresponde al ensayo "Ludwig Feuerbach y el Fin de la Filosofía Clásica Alemana", publicado originalmente por Engels en la Revista *Neue Zeit*, en 1886. La versión española procede de la edición soviética de las *Obras Escogidas*, de Marx y Engels.

propio Feuerbach y cuanto más mezcla y baraja términos tomados de las más diversas escuelas sobre todo de esas corrientes que ahora hacen estragos y que se adornan con el nombre de filosóficas.

La trayectoria de Feuerbach es la de un hegeliano —no del todo ortodoxo, ciertamente— que marcha hacia el materialismo; trayectoria que, al llegar a una determinada fase, supone una ruptura total con el sistema idealista de su predecesor. Por fin le gana con fuerza irresistible la convicción de que la existencia de la «idea absoluta» anterior al mundo, que preconiza Hegel, la «preexistencia de las categorías lógicas» antes que hubiese un mundo, no es más que un residuo fantástico de la fe en un creador ultramundano; de que el mundo material y perceptible por los sentidos, del que formamos parte también los hombres, es lo único real y de que nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por muy trascendentes que parezcan, son el producto de un órgano material, físico: el cerebro. La materia no es un producto del espíritu, y el espíritu mismo no es más que el producto supremo de la materia. Esto es, naturalmente, materialismo puro. Al llegar aquí, Feuerbach se atasca. No acierta a sobreponerse al prejuicio rutinario, filosófico, no contra la cosa, sino contra el nombre de materialismo. Dice: "El materialismo es, para mí, el cimiento sobre que descansa el edificio del ser y del saber del hombre; pero no es para mí lo que es para el fisiólogo, para el naturalista en sentido estricto, por ejemplo, para Moleschott, lo que forzosamente tiene que ser, además, desde su punto de vista y su profesión: el edificio mismo. Retrospectivamente, estoy en un todo de acuerdo con los materialistas, pero no lo estoy mirando hacia adelante".

Aquí Feuerbach confunde el materialismo, que es una concepción general del mundo basada en una interpretación determinada de las relaciones entre el espíritu y la materia, con la forma concreta que esta concepción del mundo revistió en una determinada fase histórica, a saber: en el siglo XVIII. Más aún, lo confunde con la forma achatada, vulgarizada, en que el materialismo del siglo XVIII

perdura todavía hoy en las cabezas de naturalistas y médicos y como era pregonado en la década del 50 por los predicadores de feria Büchner, Vogt y Moleschott. Pero, al igual que el idealismo, el materialismo recorre una serie de fases en su desarrollo. Cada descubrimiento trascendental, operado incluso en el campo de las Ciencias Naturales, le obliga a cambiar de forma; y desde que el método materialista se aplica también a la historia, se abre ante él un camino nuevo de desarrollo.

El materialismo del siglo pasado era predominantemente mecánico, porque por aquel entonces la mecánica, y además sólo la de los cuerpos sólidos —celestes y terrestres—, en una palabra, la mecánica de la gravedad, era, de todas las Ciencias Naturales, la única que había llegado en cierto modo a un punto de remate. La química sólo existía bajo una forma incipiente, flogística. La biología estaba todavía en mantillas; los organismos vegetales y animales sólo se habían investigado muy a bulto y se explicaban por medio de causas puramente mecánicas; para los materialistas del siglo XVIII, el hombre era lo que para Descartes el animal: una máquina. Esta aplicación exclusiva del rasero de la mecánica a fenómenos de naturaleza química y orgánica en los que, aunque rigen las leyes mecánicas éstas pasan a segundo plano ante otras superiores a ellas, constituía una de las limitaciones específicas, pero inevitables en su época, del materialismo clásico francés.

La segunda imitación específica de este materialismo consistía en su incapacidad para concebir el mundo como un proceso, como una materia sujeta a desarrollo histórico. Esto correspondía al estado de las Ciencias Naturales por aquel entonces y al modo metafísico, es decir, antidialéctico, de filosofar que con él se relacionaba. Sabíase que la naturaleza se hallaba sujeta a perenne movimiento. Pero, según las ideas dominantes en aquella época, este movimiento giraba no menos perennemente en un sentido circular, razón por la cual no se movía nunca de sitio, engendraba siempre los mismos resultados. Por aquel entonces, esta idea era inevitable. La teoría kantiana acerca de

la formación del sistema solar acababa de formularse y se la consideraba todavía como una mera curiosidad. La historia del desarrollo de la Tierra, la geología, era aún totalmente desconocida y todavía no podía establecerse científicamente la idea de que los seres animados que hoy viven en la naturaleza son el resultado de un largo desarrollo, que va desde lo simple a lo complejo. La concepción antihistórica de la naturaleza era, por tanto, inevitable. Esta concepción no se les puede echar en cara a los filósofos del siglo XVIII por cuanto aparece también en Hegel. En éste, la naturaleza, como mera «enajenación» de la idea, no es susceptible de desarrollo en el tiempo, pudiendo sólo desplegar su variedad en el espacio, por cuya razón exhibe conjunta y simultáneamente todas las fases del desarrollo que guarda en su seno y se halla condenada a la repetición perpetua de los mismos procesos. Y este contrasentido de una evolución en el espacio, pero al margen del tiempo —factor fundamental de toda evolución—, se lo cuelga Hegel a la naturaleza precisamente en el momento en que se habían formado la geología, la embriología, la fisiología vegetal y animal y la química orgánica, y cuando por todas partes surgían, sobre la base de estas nuevas ciencias, atisbos geniales (por ejemplo, los de Goethe y Lamarck) de la que más tarde había de ser teoría de la evolución. Pero el sistema lo exigía así y, en gracia a él, el método tenía que hacerse traición a sí mismo.

Esta concepción antihistórica imperaba también en el campo de la historia. Aquí, la lucha contra los vestigios de la Edad Media tenía cautivas todas las miradas. La Edad Media era considerada como una simple interrupción de la historia por un estado milenario de barbarie general; los grandes progresos de la Edad Media, la expansión del campo cultural europeo, las grandes naciones de fuerte vitalidad que habían ido formándose unas junto a otras durante este periodo y, finalmente, los enormes progresos técnicos de los siglos XIV y XV: nada de esto se veía. Este criterio hacía imposible, naturalmente, penetrar con una visión racional en la gran concatenación histórica, y así la

historia se utilizaba, a lo sumo, como una colección de ejemplos e ilustraciones para uso de filósofos.

Los vulgarizadores, que durante la década del 50 pregonaban el materialismo en Alemania, no salieron, ni mucho menos, del marco de la ciencia de sus maestros. A ellos, todos los progresos que habían hecho desde entonces las Ciencias Naturales sólo les servían como nuevos argumentos contra la existencia de un creador del mundo; y no eran ellos, ciertamente, los más llamados para seguir desarrollando la teoría. Y el idealismo, que había agotado ya toda su sapiencia y estaba herido de muerte por la revolución de 1848, podía morir, al menos, con la satisfacción de que, por el momento, la decadencia del materialismo era todavía mayor. Feuerbach tenía indiscutiblemente razón cuando se negaba a hacerse responsable de ese materialismo; pero a lo que no tenía derecho era a confundir la teoría de los predicadores de feria con el materialismo en general.

Sin embargo, hay que tener en cuenta dos cosas. En primer lugar, en tiempos de Feuerbach las Ciencias Naturales se hallaban todavía de lleno dentro de aquel intenso estado de fermentación que no llegó a su clarificación ni a una conclusión relativa hasta los últimos quince años; se había aportado nueva materia de conocimientos en proporciones hasta entonces insólitas, pero hasta hace muy poco no se logró enlazar y articular, ni por tanto poner un orden en este caos de descubrimientos que se sucedían atropelladamente. Cierto es que Feuerbach pudo asistir todavía en vida a los tres descubrimientos decisivos: el de la célula, el de la transformación de la energía y el de la teoría de la evolución, que lleva el nombre de Darwin. Pero, ¿cómo un filósofo solitario podía, en el retiro del campo, seguir los progresos de la ciencia tan de cerca, que le fuese dado apreciar la importancia de descubrimientos que los mismos naturalistas discutían aún, por aquel entonces, o no sabían explotar suficientemente? Aquí, la culpa hay que echársela única y exclusivamente a las lamentables condiciones en que se desenvolvía Alemania, en virtud de las cuales las

cátedras de filosofía eran monopolizadas por pedantes eclécticos aficionados a sutilezas, mientras que un Feuerbach, que estaba a cien codos por encima de ellos, se aldeanizaba y se avinagraba en un pueblucho. No le hagamos, pues, a él responsable de que no se pusiese a su alcance la concepción histórica de la naturaleza, concepción que ahora ya es factible y que supera toda la unilateralidad del materialismo francés.

En segundo lugar, Feuerbach tiene toda la razón cuando dice que el materialismo puramente naturalista es «el cimiento sobre que descansa el edificio del saber humano, pero no el edificio mismo». En efecto, el hombre no vive solamente en la naturaleza, sino que vive también en la sociedad humana, y ésta posee igualmente su historia evolutiva y su ciencia, ni más ni menos que la naturaleza. Tratábase, pues, de poner en armonía con la base materialista, reconstruyéndola sobre ella, la ciencia de la sociedad; es decir, el conjunto de las llamadas ciencias históricas y filosóficas. Pero ésta no le fue dado a Feuerbach hacerlo. En este campo, pese al «cimiento», no llegó a desprenderse de las ataduras idealistas tradicionales, y él mismo lo reconoce con estas palabras: "Retrospectivamente, estoy en un todo de acuerdo con los materialistas, pero no lo estoy mirando hacia adelante". Pero el que aquí, en el campo social, no marchaba "hacia adelante", no se remontaba sobre sus posiciones de 1840 o 1844, era el propio Feuerbach; y siempre, principalmente, por el aislamiento en que vivía, que le obligaba —a un filósofo como él, mejor dotado que ningún otro para la vida social— a extraer las ideas de su cabeza solitaria, en vez de producirlas por el contacto y el choque con otros hombres de su calibre. Hasta qué punto seguía siendo idealista en este campo, lo veremos en detalle más adelante.

Aquí diremos únicamente que Starcke va a buscar el idealismo de Feuerbach a mal sitio. "Feuerbach es idealista, cree en el progreso de la humanidad" (p. 19). "No obstante, la base, el cimiento de todo edificio sigue siendo el idealismo. El realismo no es, para nosotros, más que

una salvaguardia contra los caminos falsos, mientras seguimos detrás de nuestras corrientes ideales. ¿Acaso la compasión, el amor y la pasión por la verdad y la justicia no son fuerza ideales?" (p. VIII).

En primer lugar, aquí el idealismo no significa más que la persecución de fines ideales. Y éstos guardan, a lo sumo, relación necesaria con el idealismo kantiano y su «imperativo categórico»; pero el propio Kant llamó a su filosofía «idealismo trascendental», y no, ni mucho menos, porque girase también en torno a ideales éticos, sino por razones muy distintas, como Starcke recordará. La creencia supersticiosa de que el idealismo filosófico gira en torno a la fe en ideales éticos, es decir sociales, nació al margen de la filosofía en la mente del filisteo alemán, que se aprende de memoria en las poesías de Schiller las migajas de cultura filosófica que necesita. Nadie ha criticado con más dureza el impotente «imperativo categórico» de Kant —impotente, porque pide lo imposible, y por tanto no llega a traducirse en nada real—, nadie se ha burlado con mayor crueldad de ese fanatismo de filisteo por ideales irrealizables, a que ha servido de vehículo Schiller, como (véase, por ejemplo, la *Fenomenología*), precisamente Hegel, el idealista consumado.

En segundo lugar, no se puede en modo alguno evitar que todo cuanto mueve al hombre tenga que pasar necesariamente por su cabeza; hasta el comer y el beber, procesos que comienzan con la sensación de hambre y sed y terminan con la sensación de satisfacción, reflejadas todas ellas en el cerebro. Las impresiones que el mundo exterior produce sobre el hombre se expresan en su cabeza, se reflejan en ella bajo la forma de sentimientos, de pensamientos, de impulsos, de actos de voluntad; en una palabra, de «corrientes ideales», convirtiéndose en «factores ideales» bajo esta forma. Y si el hecho de que un hombre se deje llevar por estas «corrientes ideales» y permita que los «factores ideales» influyan en él, si este hecho le convierte en idealista, todo hombre de desarrollo relativamen-

te normal será un idealista innato y ¿de dónde van a salir, entonces, los materialistas?

En tercer lugar, la convicción de que la humanidad, al menos actualmente, se mueve a grandes rasgos en un sentido progresivo, no tiene nada que ver con la antítesis de materialismo e idealismo. Los materialistas franceses abrigaban esta convicción hasta un grado casi fanático, no menos que los deístas Voltaire y Rousseau, llegando por ella, no pocas veces, a los mayores sacrificios personales. Si alguien ha consagrado toda su vida a la «pasión por la verdad y la justicia» —tomando la frase en el buen sentido— ha sido, por ejemplo, Diderot. Por tanto, cuando Starcke clasifica todo esto como idealismo, con ello sólo demuestra que la palabra materialismo y toda la antítesis entre ambas posiciones perdió para él todo sentido.

El hecho es que Starcke hace aquí una concesión imperdonable —aunque tal vez inconsciente— a ese tradicional prejuicio de filisteo, establecido por largos años de calumnias clericales, contra el nombre de materialismo. El filisteo entiende por materialismo el comer y el beber sin tasa, la codicia, el placer de la carne, la vida regalona, el ansia de dinero, la avaricia, el afán de lucro y las estafas bursátiles; en una palabra, todos esos vicios infames a los que él rinde un culto secreto; y por idealismo, la fe en la virtud, en el amor al prójimo y, en general, en un «mundo mejor», de la que baladronea ante los demás y en la que él mismo sólo cree, a lo sumo, mientras atraviesa por ese estado de desazón o de bancarrota que sigue a sus excesos «materialistas» habituales, acompañándose con su canción favorita: «¿Qué es el hombre? Mitad bestia, mitad ángel».

Por lo demás, Starcke se impone grandes esfuerzos para defender a Feuerbach contra los ataques y los dogmas de los auxliiares de cátedra que hoy alborotan en Alemania con el nombre de filósofos. Indudablemente, para quienes se interesen por estos epígonos de la filosofía clásica alemana, la defensa era importante; al propio Starcke pudo parecerle necesaria. Pero nosotros haremos gracia de ella al lector.

* * *

Donde el verdadero idealismo de Feuerbach se pone de manifiesto, es en su filosofía de la religión y en su ética. Feuerbach no pretende, en modo alguno, acabar con la religión; lo que él quiere es perfeccionarla. La filosofía misma debe volverse religión. "Los periodos de la humanidad sólo se distinguen unos de otros por los cambios religiosos. Para que se produzca un movimiento histórico profundo es necesario que este movimiento vaya dirigido al corazón del hombre. El corazón no es una forma de la religión, como si ésta se albergase *también* en él; es la esencia de la religión" (citado por Starcke, p. 168). La religión es, para Feuerbach, la relación sentimental, la relación cordial de hombre a hombre, que hasta ahora buscaba su verdad en un reflejo fantástico de la realidad —por la mediación de uno o muchos dioses, reflejos fantásticos de las cualidades humanas— y ahora la encuentra, directamente, sin intermediario, en el amor entre el Yo y el Tú. Por donde, en Feuerbach, el amor sexual acaba siendo una de las formas supremas, si no la forma culminante, en que se practica su nueva religión.

[...] La única religión que Feuerbach investiga seriamente es el cristianismo, la religión universal del Occidente, basada en el monoteísmo. Feuerbach demuestra que el Dios de los cristianos no es más que el reflejo imaginativo, la imagen refleja del hombre. Pero este Dios es, a su vez, el producto de un largo proceso de abstracción, la quintaesencia concentrada de los muchos dioses tribales y nacionales que existían antes de él. Congruentemente, el hombre, cuya imagen refleja es aquel Dios, no es tampoco un hombre real, sino que es también la quintaesencia de muchos hombres reales, el hombre abstracto, y por tanto, una imagen mental también. Este Feuerbach que predica en cada página el imperio de los sentidos, la sumersión en lo concreto, en la realidad, se convierte, tan pronto como tiene que hablarnos de otras relaciones entre los hombres que no sean las simples relaciones sexuales, en un pensador completamente abstracto.

Para él, estas relaciones sólo tienen un aspecto: el de la moral. Y aquí vuelve a sorprendernos la pobreza asombro-

sa de Feuerbach, comparado con Hegel. En éste, la ética o teoría de la moral es la filosofía del Derecho y abarca: 1) El Derecho abstracto; 2) la moralidad; 3) la moral práctica que, a su vez, engloba la familia, la sociedad civil y el Estado. Aquí, todo lo que tiene de idealista la forma, lo tiene de realista el contenido. Juntamente a la moral se engloba todo el campo del Derecho, de la Economía, de la Política. En Feuerbach, es al revés. Por la forma, Feuerbach es realista, arranca del hombre; pero, como no nos dice ni una palabra acerca del mundo en que vive, este hombre sigue siendo el mismo hombre abstracto que llevaba la batuta en la filosofía de la religión. Este hombre no ha nacido de vientre de mujer, sino que ha salido, como la mariposa de la crisálida, del Dios de las religiones monoteístas, y por tanto no vive en un mundo real, históricamente creado e históricamente determinado; entra en contacto con otros hombres, es cierto, pero éstos son tan abstractos como él. En la filosofía de la religión, existían todavía hombres y mujeres; en la ética, desaparece hasta esta última diferencia. Es cierto que en Feuerbach nos encontramos, muy de tarde en tarde, con afirmaciones como éstas: "En un palacio se piensa de otro modo que en una cabaña"; "el que no tiene nada en el cuerpo, porque se muere de hambre y de miseria, no puede tener tampoco nada para la moral en la cabeza, en el espíritu, ni en el corazón"; "la política debe ser nuestra religión", etcétera. Pero con estas afirmacionse no sabe llegar a ninguna conclusión; son, en él, simples frases, y hasta el propio Starcke se ve obligado a confesar que la política era, para Feuerbach, una frontera infranqueable, y "la teoría de la sociedad, la sociología, *terra incognita*".

La misma vulgaridad denota, si se le compara con Hegel, en el modo como trata la contradicción entre el bien y el mal. "Cuando se dice —escribe Hegel— que el hombre es bueno por naturaleza, se cree decir algo muy grande; pero se olvida que se dice algo mucho más grande cuando se afirma que el hombre es malo por naturaleza". En Hegel, la maldad es la forma en que toma cuerpo la fuerza pro-

pulsora del desarrollo histórico. Y en este criterio se encierra un doble sentido, puesto que, de una parte, todo nuevo progreso representa necesariamente un ultraje contra algo santificado, una rebelión contra las viejas condiciones, agonizantes, pero consagradas por la costumbre; y, por otra parte, desde la aparición de los antagonismos de clase, son precisamente las malas pasiones de los hombres, la codicia y la ambición de mando, las que sirven de palanca del progreso histórico, de lo que, por ejemplo, es una sola prueba continuada la historia del feudalismo y de la burguesía. Pero a Feuerbach no se le pasa por las mientes investigar el papel histórico de la maldad moral. La historia es para él un campo desagradable y descorazonador. Hasta su fórmula: "El hombre que brotó originariamente de la naturaleza era, puramente, un ser natural, y no un hombre. El hombre es un producto del hombre, de la cultura, de la historia"; hasta esta fórmula es, en sus manos, completamente estéril.

Con estas premisas, lo que Feuerbach pueda dercinos acerca de la moral tiene que ser, por fuerza, extremadamente pobre. El anhelo de dicha es innato al hombre y debe constituir, por tanto, la base de toda moral. Pero este anhelo de dicha sufre dos enmiendas. La primera es la que le imponen las consecuencias naturales de nuestros actos: detrás de la embriaguez, viene la desazón, y detrás de los excesos habituales la enfermedad. La segunda se deriva de sus consecuencias sociales: si no respetamos el mismo anhelo de dicha de los demás, éstos se defenderán y perturbarán, a su vez, el nuestro. De donde se sigue que, para dar satisfacción a este anhelo, debemos estar en condiciones de calcular bien las consecuencias de nuestros actos y, además, reconocer la igualdad de derechos de los otros a satisfacer el mismo anhelo. Dominio racional de la propia persona en cuanto a uno mismo, y amor —¡siempre el amor!— en nuestras relaciones para con los otros, son, por tanto, las reglas fundamentales de la moral feuerbachiana, de las que se derivan todas las demás. Para cubrir la pobreza y la vulgaridad de estas tesis, no bastan ni las

ingeniosísimas consideraciones de Feuerbach, ni los calurosos elogios de Starcke.

El anhelo de dicha muy rara vez lo satisface el hombre —y nunca en provecho propio ni de otros— ocupándose de sí mismo. Tiene que ponerse en relación con el mundo exterior, encontrar medios para satisfacer aquel anhelo: alimento, un individuo del otro sexo, libros, conversación, debates, una actividad, objetos que consumir y que elaborar. O la moral feuerbachiana da por supuesto que todo hombre dispone de estos medios y objetos de satisfacción, o bien le da consejos excelentes, pero inaplicables, y no vale, por tanto, ni una perra chica para quienes carezcan de aquellos recursos. El propio Feuerbach lo declara lisa y llanamente: "En un palacio se piensa de otro modo que en una cabaña. El que no tiene nada en el cuerpo, porque se muere de hambre y de miseria, no puede tener tampoco nada para la moral en la cabeza, en el espíritu, ni en el corazón".

¿Acaso acontece algo mejor con la igualdad de derechos de los demás en cuanto a su anhelo de dicha? Feuerbach presenta este postulado con carácter absoluto, como valedero para todos los tiempos y todas las circunstancias. Pero, ¿desde cuándo rige? ¿Es que en la antigüedad se hablaba siquiera de reconocer la igualdad de derechos en cuanto al anhelo de dicha entre el amo y el esclavo, o en la Edad Media entre el barón y el siervo de la gleba? ¿No se sacrificaba a la clase dominante, sin miramiento alguno y «por imperio de la ley», el anhelo de dicha de la clase oprimida? —Sí, pero aquello era inmoral; hoy, en cambio, la igualdad de derechos está reconocida y sancionada—. Lo está sobre el papel, desde y a causa de que la burguesía, en su lucha contra el feudalismo y por desarrollar la producción capitalista, se vio obligada a abolir todos los privilegios de casta, es decir, los privilegios personales, proclamando primero la igualdad de los derechos privados y luego, poco a poco, la de los derechos públicos, la igualdad jurídica de todos los hombres. Pero el anhelo de dicha no se alimenta más que en una parte mínima de derechos

ideales; lo que más reclama son medios materiales, y en este terreno la producción capitalista se cuida de que la inmensa mayoría de los hombres equiparados en derechos sólo obtengan la dosis estrictamente necesaria para malvivir; es decir, apenas si respeta el principio de la igualdad de derechos en cuanto al anhelo de dicha de la mayoría —si es que lo hace— mejor que el régimen de la esclavitud o el de la servidumbre de la gleba. ¿Acaso es más consoladora la realidad, en lo que se refiere a los medios espirituales de dicha, a los medios de educación? ¿No es un personaje mítico hasta el célebre «maestro de escuela de Sadowa»?[2]

Más aún. Según la teoría feuerbachiana de la moral, la Bolsa es el templo supremo de la moralidad... siempre que se especule con acierto. Si mi anhelo de dicha me lleva a la Bolsa y, una vez allí, sé medir tan certeramente las consecuencias de mis actos, que éstos sólo me acarrean ventajas y ningún perjuicio, es decir, que salgo siempre gananncioso, habré cumplido el precepto feuerbachiano. Y con ello, no lesiono tampoco el anhelo de dicha de otro, tan legítimo como el mío, pues el otro se ha dirigido a la Bolsa tan voluntariamente como yo, y, al cerrar conmigo el negocio de especulación, obedecía a su anhelo de dicha, ni más ni menos que yo al mío. Y si pierde su dinero, ello demuestra que su acción era inmoral, por haber calculado mal sus consecuencias, y, al castigarle como se merece, puedo incluso darme un puñetazo en el pecho, orgullosamente, como un moderno Radamanto.[3] En la Bolsa impera también el amor, en cuanto que éste es algo más que una frase puramente sentimental, pues aquí cada cual encuentra en el otro la satisfacción de su anhelo de dicha, que es precisamente lo que el amor persigue y en lo que se tra-

[2] Expresión que se extendió en la literatura burguesa alemana después de la victoria de los prusianos en Sadowa (en la guerra austro-prusiana de 1866) y que encierra la idea de que en dicha batalla triunfó el sistema prusiano de instrucción pública. *(N. de la Red.)*

[3] Según un mito griego Radamanto fue nombrado juez de los infiernos por su espíritu justiciero. *(N. de la Red.)*

duce prácticamente. Por tanto, si juego en la Bolsa, calculando bien las consecuencias de mis operaciones, es decir, con fortuna, obro ajustándome a los postulados más severos de la moral feuerbachiana, y encima me hago rico. Dicho en otros términos, la moral de Feuerbach, está cortada a la medida de la actual sociedad capitalista, aunque su autor no lo quisiese ni lo sospechase.

¡Pero el amor! Sí, el amor es, en Feuerbach, el hada maravillosa que ayuda a vencer siempre y en todas partes las dificultades de la vida práctica; y esto, en una sociedad dividida en clases, con intereses diametralmente opuestos. Con esto, desaparece de su filosofía hasta el último residuo de su carácter revolucionario, y volvemos a la vieja canción: amaos los unos a los otros, abrazáos sin distinción de sexos ni de posición social. ¡Es el sueño de la reconciliación universal!

Resumiendo. A la teoría moral de Feuerbach le pasa lo que a todas sus predecesoras. Sirve para todos los tiempos, todos los pueblos y todas las circunstancias; razón por la cual no es aplicable nunca ni en parte alguna, resultando tan impotente frente a la realidad como el imperativo categórico de Kant. La verdad es que cada clase y hasta cada profesión tiene su moral propia, que viola siempre que puede hacerlo impunemente, y el amor, que tiene por misión hermanarlo todo, se manifiesta en forma de guerras, de litigios, de procesos, escándalos domésticos, divorcios y en la explotación máxima de los unos por los otros.

Pero, ¿cómo es posible que el impulso gigantesco dado por Feuerbach resultase tan infecundo en él mismo? Sencillamente, porque Feuerbach no logra encontrar la salida del reino de las abstracciones, odiado mortalmente por él, hacia la realidad viva. Se aferra desesperadamente a la naturaleza y al hombre; pero, en sus labios, la naturaleza y el hombre siguen siendo meras palabras. Ni acerca de la naturaleza real, ni acerca del hombre real, sabe decirnos nada concreto. Para venir del hombre abstracto de Feuerbach a los hombres reales y vivientes, no hay más que un camino: verlos actuar en la historia, Pero Feuerbach se resistía con-

tra esto; por eso el año 1848, que no logró comprender, no representó para él más que la ruptura definitiva con el mundo real, el retiro a la soledad. Y la culpa de esto vuelven a tenerla, principalmente, las condiciones de Alemania, que le dejaron decaer miserablemente.

Pero el paso que Feuerbach no dio, había que darlo; había que sustituir el culto del hombre abstracto, médula de la nueva religión feuerbachiana, por la ciencia del hombre real y de su desenvolvimiento histórico. Este desarrollo de las posiciones feuerbachianas superando a Feuerbach fue iniciado por Marx en 1845, con *La Sagrada Familia.*

* * *

Strauss, Bauer, Stirner, Feuerbach, eran todos, en la medida que se mantenían dentro del terreno filosófico, retoños de la filosofía hegeliana. Después de su *Vida de Jesús* y de su *Dogmática*, Strauss sólo cultiva ya una especie de amena literatura filosófica e histórico-eclesiástica, a lo Renán; Bauer sólo aportó algo en el campo de la historia de los orígenes del cristianismo, pero en este terreno sus investigaciones tienen importancia; Stirner siguió siendo una curiosidad, aún después que Bakunin lo amalgamó con Proudhon y bautizó este acoplamiento con el nombre de «anarquismo». Feuerbach era el único que tenía importancia como filósofo. Pero la filosofía, esa supuesta ciencia de las ciencias que parece flotar sobre todas las demás ciencias específicas y las resume y sintetiza, no sólo siguió siendo para él un límite infranqueable, algo sagrado e intangible, sino que, además, como filósofo, Feuerbach se quedó a mitad de camino, por abajo era materialista y por arriba idealista; no liquidó críticamente con Hegel, sino que se limitó a echarlo a un lado como inservible, mientras que, frente a la riqueza enciclopédica del sistema hegeliano, no supo aportar nada positivo, más que una ampulosa religión del amor y una moral pobre e impotente.

Pero de la descomposición de la escuela hegeliana brotó además otra corriente, la única que ha dado verdaderos

frutos, y esta corriente va asociada primordialmente al nombre de Marx.[4]

También esta corriente se separó de la filosofía hegeliana replegándose sobre las posiciones materialistas. Es decir, decidiéndose a concebir el mundo real —la naturaleza y la historia— tal como se presenta a cualquiera que lo mire sin quimeras idealistas preconcebidas; decidiéndose a sacrificar implacablemente todas las quimeras idealistas que no concordasen con los hechos, enfocados en su propia concatenación y no en una concatenación imaginaria. Y esto, y sólo esto, era lo que significaba el materialismo. Sólo que aquí se tomaba realmente en serio, por vez primera, la concepción materialista del mundo y se la aplicaba consecuentemente a lo menos, en sus rasgos fundamentales— a todos los campos posibles del saber.

Esta corriente no se contentaba con dar de lado a Hegel; por el contrario, se agarraba a su lado revolucionario, al método dialéctico, tal como lo dejamos descrito más arriba. Pero, bajo su forma hegeliana este método era inservible. En Hegel, la dialéctica es el autodesarrollo del concepto. El concepto absoluto no sólo existe desde toda una eternidad —sin que sepamos dónde—, sino que es,

---

[4] Permítaseme aquí un pequeño comentario personal. Últimamente, se ha aludido con insistencia a mi participación en esta teoría; no puedo, pues, por menos de decir aquí algunas palabras para poner en claro este punto. Que antes y durante los cuarenta años de mi colaboración con Marx tuve una cierta parte independiente en la fundamentación, y sobre todo en la elaboración de la teoría, es cosa que ni yo mismo puedo negar. Pero la parte más considerable de las principales ideas directrices, particularmente en el terreno económico e histórico, y en especial su formulación nítida y definitiva, corresponden a Marx. Lo que yo aporté —si se exceptúa, todo lo más, un par de especialidades— pudo haberlo aportado también Marx aun sin mí. En cambio, yo no hubiera conseguido jamás lo que Marx alcanzó. Marx tenía más talla, veía más lejos, atalayaba más y con mayor rapidez que todos nosotros juntos. Marx era un genio; los demás, a lo sumo, hombres de talento. Sin él la teoría no sería hoy, ni con mucho, lo que es. Por eso ostenta legítimamente su nombre. *(N. de Engels).*

además, la verdadera alma viva de todo el mundo existente. El concepto absoluto se desarrolla hasta llegar a ser lo que es, a través de todas las etapas preliminares que se estudian por extenso en la *Lógica* y que se contienen todas en dicho concepto; luego, se «enajena» al convertirse en la naturaleza, donde, sin la conciencia de sí, disfrazado de necesidad natural, atraviesa por un nuevo desarrollo hasta que, por último, recobra en el hombre la conciencia de sí mismo; en la historia, esta conciencia vuelve a elaborarse a partir de su estado tosco y primitivo, hasta que por fin el concepto absoluto recobra de nuevo su completa personalidad en la filosofía hegeliana. Como vemos en Hegel, el desarrollo dialéctico que se revela en la naturaleza y en la historia, es decir, la concatenación causal del progreso que va de lo inferior a lo superior, y que se impone a través de todos los zigzags y retrocesos momentáneos, no es más que un cliché del automovimiento del concepto; movimiento que existe y se desarrolla desde toda una eternidad, no se sabe dónde, pero desde luego con independencia de todo cerebro humano pensante. Esta inversión ideológica era la que había que eliminar. Nosotros retornamos a las posiciones materialistas y volvimos a ver en los conceptos de nuestro cerebro las imágenes de tal o cual fase del concepto absoluto. Con esto, la dialéctica quedaba reducida a la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto el del mundo exterior como el del pensamiento humano: dos series de leyes idénticas en cuanto a la cosa, pero distintas en cuanto a la expresión, en el sentido de que el cerebro humano puede aplicarlas conscientemente, mientras que en la naturaleza, y hasta hoy también, en gran parte, en la historia humana, estas leyes se abren paso de un modo inconsciente, bajo la forma de una necesidad exterior, en medio de una serie infinita de aparentes casualidades. Pero, con esto, la propia dialéctica del concepto se convertía simplemente en el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real, lo que equivalía a convertir la dialéctica hegeliana en producto de la cabeza; o mejor dicho, a invertir la dialéctica, que estaba cabeza

abajo, poniéndola de pie. Y, cosa notable, esta dialéctica materialista, que era desde hacía varios años nuestro mejor instrumento de trabajo y nuestra arma más afilada, no fue descubierta solamente por nosotros, sino también, independientemente de nosotros y hasta independientemente del propio Hegel, por un obrero alemán: Joseph Dietzgen.[4]

Con esto volvía a ponerse en pie el lado revolucionario de la filosofía hegeliana y se limpiaba al mismo tiempo de la costra idealista que en Hegel impedía su consecuente aplicación. La gran idea cardinal de que el mundo no puede concebirse como un conjunto de *objetos* terminados, sino como un conjunto de *procesos*, en el que las cosas que parecen estables, al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por una serie ininterrumpida de cambios, por un proceso de génesis y caducidad, a través de los cuales, pese a todo su aparente carácter fortuito y a todos los retrocesos momentáneos, se acaba imponiendo siempre una trayectoria progresiva; esta gran idea cardinal se halla ya tan arraigada, sobre todo desde Hegel, en la conciencia habitual, que, expuesta así, en términos generales, apenas encuentra oposición. Pero una cosa es reconocerla de palabra y otra cosa es aplicarla a la realidad concreta, en todos los campos sometidos a investigación. Si en nuestras investigaciones nos colocamos siempre en este punto de vista, daremos al traste de una vez para siempre con el postulado de soluciones definitivas y verdades eternas; tendremos en todo momento la conciencia de que todos los resultados que obtengamos serán forzosamente limitados y se hallarán condicionados por las circunstancias en las cuales los obtenemos; pero ya no nos infundirán respeto esas antítesis irreductibles para la vieja metafísica todavía en boga: de lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo idéntico y lo distinto, lo necesario y lo fortuito; sabemos que estas antítesis sólo tienen un valor

[4] Véase *Das Wesen der menschlichen Kopfarbeit, von einem Handarbeiter,* Hamburg, Meissner. [*La naturaleza del trabajo intelectual del hombre, expuesta por un obrero manual,* ed. Meissner, Hamburgo.] *(Nota de Engels.)*

relativo, que lo que hoy reputamos como verdadero encierra también un lado falso, ahora oculto, pero que saldrá a la luz más tarde, del mismo modo que lo que ahora reconocemos como falso guarda su lado verdadero, gracias al cual fue acatado como verdadero anteriormente; que lo que se afirma necesario se compone de toda una serie de meras casualidades y que lo que se cree fortuito no es más que la forma detrás de la cual se esconde la necesidad, y así sucesivamente.

El viejo método de investigación y de pensamiento que Hegel llama «metafísico», método que se ocupaba preferentemente de la investigación de los *objetos* como algo hecho y fijo, y cuyos residuos embrollan todavía con bastante fuerza las cabezas, tenía en su tiempo una gran razón histórica de ser. Había que investigar las cosas antes de poder investigar los procesos. Había que saber lo que era tal o cual objeto, antes de pulsar los cambios que en él se operaban. Y así acontecía en las Ciencias Naturales. La vieja metafísica que enfocaba los objetos como cosas fijas e inmutables, nació de una ciencia de la naturaleza que investigaba las cosas muertas y las vivas como objetos fijos e inmutables. Cuando estas investigaciones estaban ya tan avanzadas que era posible realizar el progreso decisivo, consistente en pasar a la investigación sistemática de los cambios experimentados por aquellos objetos en la naturaleza misma, sonó también en el campo filosófico la hora final de la vieja metafísica. En efecto, si hasta fines del siglo pasado las Ciencias Naturales fueron predominantemente ciencias *colectoras*, ciencias de objetos hechos, en nuestro siglo son ya ciencias esencialmente *ordenadoras*, ciencias que estudian los procesos, el origen y el desarrollo de estos objetos y la concatenación que hace de estos procesos naturales un gran todo. La fisiología, que investiga los fenómenos del organismo vegetal y animal, la embriología, que estudia el desarrollo de un organismo desde su germen hasta su formación completa, la geología, que sigue la formación gradual de la corteza terrestre, son, todas ellas, hijas de nuestro siglo.

Pero, hay sobre todo tres grandes descubrimientos, que han dado un impulso gigantesco a nuestros conocimientos acerca de la concatenación de los procesos naturales: el primero es el descubrimiento de la célula, como unidad de cuya multiplicación y diferenciación se desarrolla todo el cuerpo del vegetal y del animal, de tal modo que no sólo se ha podido establecer que el desarrollo y el crecimiento de todos los organismos superiores son fenómenos sujetos a una sola ley general, sino que, además, la capacidad de variación de la célula, nos señala el camino por el que los organismos pueden cambiar de especie y, por tanto, recorrer una trayectoria superior a la individual. El segundo es la transformación de la energía, gracias al cual todas las llamadas fuerzas que actúan en primer lugar en la naturaleza inorgánica, la fuerza mecánica y su complemento, la llamada energía potencial, el calor, las radiaciones (la luz y el calor radiado), la electricidad, el magnetismo, la energía química, se han acreditado como otras tantas formas de manifestarse el movimiento universal, formas que, en determinadas proporciones de cantidad, se truecan las unas en las otras, por donde la cantidad de una fuerza que desaparece es sustituida por una determinada cantidad de otra que aparece, y todo el movimiento de la naturaleza se reduce a este proceso incesante de transformación de unas formas en otras. Finalmente, el tercero es la prueba, desarrollada primeramente por Darwin de un modo completo, de que los productos orgánicos de la naturaleza que hoy existen en torno nuestro, incluyendo los hombres, son el resultado de un largo proceso de evolución, que arranca de unos cuantos gérmenes primitivamente unicelulares, los cuales, a su vez, proceden del protoplasma o albúmina formada por vía química.

Gracias a estos tres grandes descubrimientos, y a los demás progresos formidables de las Ciencias Naturales, estamos hoy en condiciones de poder demostrar no sólo la trabazón entre los fenómenos de la naturaleza dentro de un campo determinado, sino también, a grandes rasgos, la existente entre los distintos campos, presentando así un cua-

dro de conjunto de la concatenación de la naturaleza bajo una forma bastante sistemática, por medio de los hechos suministrados por las mismas Ciencias Naturales empíricas. El darnos esta visión de conjunto era la misión que ocurría antes a cargo de la llamada filosofía de la naturaleza. Para poder hacerlo, ésta no tenía más remedio que suplantar las concatenaciones reales, que aún no se habían descubierto, por otras ideales, imaginarias, sustituyendo los hechos ignorados por figuraciones, llenando las verdaderas lagunas por medio de la imaginación. Con este método llegó a ciertas ideas geniales y presintió algunos de los descubrimientos posteriores. Pero también cometió, como no podía por menos, absurdos de mucha monta. Hoy, cuando los resultados de las investigaciones naturales sólo necesitan enfocarse dialécticamente, es decir, en su propia concatenación, para llegar a un «sistema de la naturaleza» suficiente para nuestro tiempo, cuando el carácter dialéctico de esta concatenación se impone, incluso contra su voluntad, a las cabezas metafísicamente educadas de los naturalistas; hoy, la filosofía de la naturaleza ha quedado definitivamente liquidada. Cualquier intento de resucitarla no sería solamente superfluo: *significaría un retroceso.*

Y lo que decimos de la naturaleza, concebida aquí también como un proceso de desarrollo histórico, es aplicable igualmente a la historia de la sociedad en todas sus ramas y, en general, a todas las ciencias que se ocupan de cosas humanas (y divinas). También la filosofía de la historia, del Derecho, de la religión, etcétera, consistía en sustituir la trabazón real acusada en los hechos mismos por otra inventada por la cabeza del filósofo, y la historia era concebida, en conjunto y en sus diversas partes, como la realización gradual de ciertas ideas, que eran siempre, naturalmente, las ideas favoritas del propio filósofo. Según esto, la historia laboraba inconscientemente, pero bajo el imperio de la necesidad, hacia una meta ideal fijada de antemano, como, por ejemplo, en Hegel, hacia la realización de su idea absoluta, y la tendencia ineluctable hacia esta idea absoluta formaba la trabazón interna de los acaecimientos históricos. Es decir, que la trabazón real de los he-

chos, todavía ignorada, se suplantaba por una nueva providencia misteriosa, inconsciente o que llega poco a poco a la conciencia. Aquí, al igual que en el campo de la naturaleza, había que acabar con estas concatenaciones inventadas y artificiales, descubriendo las reales y verdaderas; misión ésta que, en última instancia, suponía descubrir las leyes generales del movimiento que se imponen como dominantes en la historia de la sociedad humana.

Ahora bien, la historia del desarrollo de la sociedad difiere sustancialmente, en un punto, de la historia del desarrollo de la naturaleza. En ésta —si prescindimos de la reacción ejercida a su vez por los hombres sobre la naturaleza—, los factores que actúan los unos sobre los otros y en cuyo juego mutuo se impone la ley general, son todos agentes inconscientes y ciegos. De cuanto acontece en la naturaleza —lo mismo los innumerables fenómenos aparentemente fortuitos que afloran a la superficie, que los resultados finales por los cuales se comprueba que esas aparentes casualidades se rigen por sus leyes—, nada acontece por obra de la voluntad, con arreglo a un fin consciente. En cambio, en la historia de la sociedad, los agentes son todos hombres dotados de conciencia, que actúan movidos por la reflexión o la pasión, persiguiendo determinados fines; aquí, nada acaece sin una intención consciente, sin un fin deseado. Pero esta distinción, por muy importante que ella sea para la investigacin histórica, sobre todo la de épocas y acontecimientos aislados, no altera para nada el hecho de que el curso de la historia se rige por leyes generales de carácter interno. También aquí reina, en la superficie y en conjunto, pese a los fines conscientemente deseados de los individuos, un aparente azar; rara vez acaece lo que se desea, y en la mayoría de los casos los muchos fines perseguidos se entrecruzan unos con otros y se contradicen, cuando no son de suyo irrealizables o insuficientes los medios de que se dispone para llevarlos a cabo. Las colisiones entre las innumerables voluntades y actos individuales crean en el campo de la historia un estado de cosas muy análogo al que impera en la naturaleza inconsciente. Los fines que se persiguen con los actos son obra de la

voluntad, pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin perseguido, a la postre encierran consecuencias muy distintas a las apetecidas. Por eso, en conjunto, los acontecimientos históricos también parecen estar presididos por el azar. Pero allí donde en la superficie de las cosas parece reinar la casualidad, ésta se halla siempre gobernada por leyes internas ocultas, y de lo que se trata es de descubrir estas leyes.

Los hombres hacen su historia, cualesquiera que sean los rumbos de ésta, al perseguir cada cual sus fines propios con la conciencia y la voluntad de lo que hacen; y la resultante de estas numerosas voluntades, proyectadas en diversas direcciones, y de su múltiple influencia sobre el mundo exterior, es precisamente la historia. Importa, pues, también lo que quieran los muchos individuos. La voluntad está movida por la pasión o por la reflexión. Pero los resortes que, a su vez, mueven directamente a éstas son muy diversos. Unas veces, son objetos exteriores; otras veces, motivos ideales: ambición, «pasión por la verdad y la justicia», odio personal, y también manías individuales de todo género. Pero, por una parte, ya veíamos que las muchas voluntades individuales que actúan en la historia producen casi siempre resultados muy distintos de los perseguidos —a veces, incluso contrarios—, y, por tanto, sus móviles tienen también una importancia puramente secundaria en cuanto al resultado total. Por otra parte, hay que preguntarse qué fuerzas propulsoras actúan, a su vez, detrás de esos móviles, qué causas históricas son las que en las cabezas de los hombres se transforman en estos móviles.

Esta pregunta no se la había hecho jamás el antiguo materialismo. Por esto su interpretación de la historia, cuando la tiene, es esencialmente pragmática; lo enjuicia todo con arreglo a los móviles de los actos; clasifica a los hombres que actúan en la historia en buenos y en malos, y luego comprueba que, por regla general, los buenos son los engañados y los malos los vencedores. De donde se sigue, para el viejo materialismo, que el estudio de la historia no arroja enseñanzas muy edificantes, y para nosotros

que en el campo histórico este viejo materialismo se hace traición a sí mismo, puesto que acepta como últimas causas los móviles ideales que allí actúan, en vez de indagar detrás de ellos, cuáles son los móviles de esos móviles. La inconsecuencia no estriba precisamente en admitir móviles *ideales*, sino en no remontarse, partiendo de ellos, hasta sus causas determinantes. En cambio, la filosofía de la historia, principalmente la representada por Hegel, reconoce que los móviles ostensibles y aun los móviles reales y efectivos de los hombres que actúan en la historia no son, ni mucho menos, las últimas causas de los acontecimientos históricos, sino que detrás de ellos están otras fuerzas determinantes, que hay que investigar; lo que ocurre es que no va a buscar estas fuerzas a la misma historia, sino que las importa de fuera, de la ideología filosófica. En vez de explicar la historia de la antigua Grecia por su propia concatenación interna, Hegel afirma, por ejemplo, sencillamente, que esta historia no es más que la elaboración de las «formas de la bella individualidad», la realización de la «obra de arte» como tal. Con este motivo, dice muchas cosas hermosas y profundas acerca de los antiguos griegos, pero esto no es obstáculo para que hoy no nos demos por satisfechos con semejante explicación, que no es más que una frase.

Por tanto, si se quiere investigar las fuerzas motrices que —consciente o inconscientemente, y con harta frecuencia inconscientemente— están detrás de estos móviles por los que actúan los hombres en la historia y que constituyen los verdaderos resortes supremos de la historia, no habrá que fijarse tanto en los móviles de hombres aislados por muy relevantes que ellos sean, como en aquellos que mueven a grandes masas, a pueblos en bloque, y, dentro de cada pueblo, a clases enteras; y no momentáneamente, en explosiones rápidas, como fugaces hogueras de paja, sino en acciones continuadas que se traducen en grandes cambios históricos. Indagar las causas determinantes que se reflejan en las cabezas de las masas que actúan y en las de sus jefes —los llamados grandes hombres— como móviles conscientes, de un modo claro o confuso, en forma

directa o bajo un ropaje ideológico e incluso fantástico: he aquí el único camino que puede llevarnos a descubrir las leyes por las que se rige la historia en conjunto, al igual que la de los distintos periodos y países. Todo lo que mueve a los hombres tiene que pasar necesariamente por sus cabezas; pero la forma que adopte dentro de ellas depende en mucho de las circunstancias. Los obreros no se han reconciliado, ni mucho menos, con el maquinismo capitalista, aunque ya no hagan pedazos las máquinas, como todavía en 1848 hicieran en el Rin.

Pero mientras que en todos los periodos anteriores la investigación de estas causas propulsoras de la historia era punto menos que imposible —por lo compleja y velada que era la trabazón de aquellas causas con sus efectos—, en la actualidad, esta trabazón está ya lo suficientemente simplificada para que el enigma pueda descifrarse. Desde la implantación de la gran industria, es decir, por lo menos desde la paz europea de 1815, ya para nadie en Inglaterra era un secreto que allí la lucha política giraba toda en torno a las pretensiones de dominación de dos clases: la aristocracia terrateniente (*landed aristocracy*) y la burguesía (*middle class*). En Francia, se hizo patente este mismo hecho con el retorno de los Borbones, los historiadores del periodo de la Restauración, desde Tierry hasta Guizot, Mignet y Thiers, lo proclaman constantemente como el hecho que da la clave para entender la historia de Francia desde la Edad Media. Y desde 1830, en ambos países se reconoce como tercer beligerante, en la lucha por el Poder, a la clase obrera, al proletariado. Las condiciones se habían simplificado hasta tal punto, que había que cerrar intencionadamente los ojos para no ver en la lucha de estas tres grandes clases y en el choque de sus intereses la fuerza propuslora de la historia moderna, por lo menos en los dos países más avanzados.

Pero, ¿cómo habían nacido estas clases? Si, a primera vista, todavía era posible asignar a la gran propiedad del suelo, en otro tiempo feudal, un origen basado —a primera vista al menos— en causas políticas, en una usurpación violenta, para la burguesía, lo mismo que en la lucha

de la burguesía con el proletariado, se ventilaban, en primer término, intereses económicos, debiendo el Poder político servir de mero instrumento para su realización. Tanto la burguesía como el proletariado debían su nacimiento al cambio introducido en las condiciones económicas, o más concretamente, en el modo de producción. El tránsito del artesanado gremial a la manufactura, primero, y luego de ésta a la gran industria, basada en la aplicación del vapor y de las máquinas, fue lo que hizo que se desarrollasen estas dos clases. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las nuevas fuerzas productivas puestas en marcha por la burguesía —principalmente, la división del trabajo y la reunión de muchos obreros parciales en una manufactura total— y las condiciones y necesidades de intercambio desarrolladas por ellas hiciéronse incompatibles con el régimen de producción existente, heredado de la historia y consagrado por la ley, es decir, con los privilegios de otro género, personales y locales (que eran otras tantas trabas para los estamentos no privilegiados), propios de la sociedad feudal. Las fuerzas productivas representadas por la burguesía se rebelaron contra el régimen de producción representado por los terratenientes feudales y los maestros de los gremios; el resultado es conocido: las trabas feudales fueron rotas, en Inglaterra poco a poco, en Francia de golpe; en Alemania todavía no se han acabado de romper. Pero, del mismo modo que la manufactura, al llegar a una determinada fase de desarrollo, chocó con el régimen feudal de producción, hoy la gran industria choca ya con el régimen burgués de producción, que ha venido a sustituir a aquél. Encadenada por ese orden imperante, cohibida por los estrechos cauces del modo capitalista de producción, hoy la gran industria crea, de una parte, una proletarización cada vez mayor de las grandes masas del pueblo, y de otra parte una masa creciente de productos que no encuentran salida. Superproducción y miseria de las manos —dos fenómenos, cada uno de los cuales es, a su vez, causa del otro— he aquí la absurda contradicción en que desemboca la gran industria y que

reclama imperiosamente la liberación de las fuerzas productivas, mediante un cambio del modo de producción.

En la historia moderna, al menos, queda demostrado, por tanto, que todas las luchas políticas son luchas de clases y que todas las luchas de emancipación de clases, pese a su inevitable forma política, pues toda lucha de clases es una lucha política, giran, en último término, en torno a la emancipación *económica*. Por consiguiente, aquí por lo menos, el Estado, el régimen político, es el element subalterno, y la sociedad civil, el reino de las relaciones económicas, lo principal. La idea tradicional, a la que también Hegel rindió culto, veía en el Estado el elemento determinante, y en la sociedad civil el elemento condicionado por aquél. Y las apariencias hacen creerlo así. Del mismo modo que todos los impulsos que rigen la conducta del hombre individual tienen que pasar por su cabeza, convertirse en móviles de su voluntad, para hacerle obrar, todas las necesidades de la sociedad civil —cualquiera que sea la clase que la gobierne en aquel momento— tienen que pasar por la voluntad del Estado, para cobrar vigencia general en forma de leyes. Pero éste es el aspecto formal del problema, que de suyo se comprende, lo que interesa conocer es el contenido de esta voluntad puramente formal —sea la del individuo o la del Estado— y saber de dónde proviene este contenido y por qué es eso precisamente lo que se quiere, y no otra cosa. Si nos detenemos a indagar esto, veremos que en la historia moderna la voluntad del Estado obedece, en general, a las necesidades variables de la sociedad civil, a la supremacía de tal o cual clase, y, en última instancia, al desarrollo de las fuerzas productivas y de las condiciones de intercambio.

Y si aún en una época como la moderna, con sus gigantescos medios de producción y de comunicaciones, el Estado no es un campo independiente, con un desarrollo propio, sino que su existencia y su desarrollo se explican, en última instancia, por las condiciones económicas de vida de la sociedad, con tanta mayor razón tenía que ocurrir esto en todas las épocas anteriores, en que la producción de la vida material de los hombres no se llevaba

a cabo con recursos tan abundantes y en que, por tanto, la necesidad de esta producción debía ejercer un imperio mucho más considerable todavía sobre los hombres. Si aún hoy, en los tiempos de la gran industria y de los ferrocarriles, el Estado no es, en general, más que el reflejo en forma sintética de las necesidades económicas de la clase que gobierna la producción, mucho más tuvo que serlo en aquella época, en que una generación de hombres tenía que invertir una parte mucho mayor de su vida en la satisfacción de sus necesidades materiales y, por consiguiente, dependía de éstas mucho más de lo que hoy nosotros. Las investigaciones históricas de épocas anteriores, cuando se detienen seriamente en este aspecto, confirman más que sobradamente esta conclusión; aquí, no podemos pararnos, naturalmente, a tratar de esto.

Si el Estado y el Derecho público se hallan gobernados por las relaciones económicas, también lo estará, como es lógico, el Derecho privado, ya que éste se limita, en sustancia, a sancionar las relaciones económicas existentes entre los individuos y que bajo las circunstancias dadas, son las normales. La forma que esto reviste puede variar considerablemente. Puede ocurrir, como ocurre en Inglaterra, a tono con todo el desarrollo nacional de aquel país, que se conserven en gran parte las formas del antiguo Derecho feudal, infundiéndoles un contenido burgués, y hasta asignando directamente un significado burgués al nombre feudal. Pero puede tomarse también como base, como se hizo en el continente europeo, el primer Derecho universal de una sociedad productora de mercancías, el Derecho romano, con su formulación insuprablemente precisa de todas las relaciones jurídicas esenciales que pueden existir entre los simples poseedores de mercancías (comprador y vendedor, acreedor y deudos, contratos, obligaciones, etcétera). Para honra y provecho de una sociedad que es todavía pequeñoburguesa y semifeudal, puede reducirse este Derecho, sencillamente por la práctica judicial, a su propio nivel (Derecho general alemán), o bien, con ayuda de unos juristas supuestamente ilustrados y moralizantese, se lo puede recopilar en un Colegio propio, ajustado al nivel de esa

sociedad; Código que, en estas condiciones, no tendrá más remedio que ser también malo desde el punto de vista jurídico (Código nacional prusiano); y cabe también que, después de una gran revolución burguesa, se elabore y promulgue, a base de ese mismo Derecho romano, un Código de la sociedad burguesa tan clásico como el Código civil francés. Por tanto, aunque el Derecho civil se limita a expresar en forma jurídica las condiciones económicas de vida de la sociedad, puede hacerlo bien o mal, según los casos.

En el Estado toma cuerpo ante nosotros el primer poder ideológico sobre los hombres. La sociedad se crea un órgano para la defensa de sus intereses comunes frente a los ataques de dentro y de fuera. Este órgano es el Poder del Estado. Pero, apenas creado, este órgano se indepediza de la sociedad, tanto más cuanto más se va convirtiendo en órgano de una determinada clase y más directamente impone el dominio de esta clase. La lucha de la clase oprimida contra la clase dominante asume forzosamente el carácter de una lucha política, de una lucha dirigida, en primer término, contra la dominación política de esta clase; la conciencia de la relación que guarda esta lucha política con su base económica se oscurece y puede llegar a desaparecer por completo. Si no ocurre así por entero entre los propios beligerantes, ocurre casi siempre entre los historiadores. De las antiguas fuentes sobre las luchas planteadas en el seno de la república romana, sólo Apiano nos dice claramente cuál era el pleito que allí se ventilaba en última instancia: el de la propiedad del suelo.

Pero el Estado, una vez que se erige en poder independiente frente a la sociedad, crea rápidamente una nueva ideología. En los políticos profesionales, en los teóricos del Derecho público y en los juristas que cultivan el Derecho privado, la conciencia de la relación con los hechos económicos desaparece totalmente. Como, en cada caso concreto, los hechos económicos tienen que revestir la forma de motivos jurídicos para ser sancionados en forma de ley y como para ello hay que tener en cuenta también, como es lógico, todo el sistema jurídico vigente, se pretende que

la forma jurídica lo sea todo y el contenido económico nada. El Derecho público y el Derecho privado se consideran como dos campos independientes, con su desarrollo histórico propio, campos que permiten y exigen por sí mismos una construcción sistemática, mediante la extirpación consecuente de todas las contradicciones internas.

Las ideologías aún más elevadas, es decir, las que se alejan todavía más de la base material, de la base económica, adoptan la forma de filosofía y de religión. Aquí, la concatenación de las ideas con sus condiciones materiales de existencia aparece cada vez más embrollada, cada vez más oscurecida por la interposición de eslabones intermedios. Pero, no obstante, existe. Todo el periodo del Renacimiento, desde mediados del siglo xv, fue en esencia un producto de las ciudades y por tanto de la burguesía, y lo mismo cabe decir de la filosofía, desde entonces renaciente; su contenido no era, en sustancia, más que la expresión filosófica de las ideas correspondientes al proceso de desarrollo de la pequeña y mediana burguesía hacia la gran burguesía. Esto se ve con bastante claridad en los ingleses y franceses del siglo pasado, muchos de los cuales tenían tanto de economistas como de filósofos, y también hemos podido comprobarlo más arriba en la escuela hegeliana.

Detengámonos, sin embargo, un momento en la religión, por ser éste el campo que más alejado y más desligado parece estar de la vida material. La religión nació, en una época muy primitiva, de las ideas confusas, selváticas, que los hombres se formaban acerca de su propia naturaleza y de la naturaleza exterior que los rodeaba. Pero toda ideología, una vez que surge, se desarrolla en conexión con el material de ideas dado, desarrollándolo y transformándolo a su vez; de otro modo no sería una ideología, es decir, una labor sobre ideas concebidas como entidades con propia sustantividad, con un desarrollo independiente y sometidas tan sólo a sus leyes propias. Estos hombres ignoran forzosamente que las condiciones materiales de la vida del hombre, en cuya cabeza se desarrolla este proceso ideológico, son las que determinan, en última instancia, la marcha

de tal proceso, pues si no lo ignorasen, se habría acabado toda la ideología. Por tanto, estas representaciones religiosas primitivas, comunes casi siempre a todo un grupo de pueblos afines, se desarrollan, al deshacerse el grupo, de un modo peculiar en cada pueblo, según las condiciones de vida que le son dadas; y este proceso ha sido puesto de manifiesto en detalle por la mitología comparada en una serie de grupos de pueblos, principalmente en el grupo ario (el llamado grupo indo-europeo). Los dioses, moldeados de este modo en cada pueblo, eran dioses nacionales, cuyo reino no pasaba de las fronteras del territorio que estaban llamados a proteger, ya que del otro lado había otros dioses indiscutibles que llevaban la batuta. Estos dioses sólo podían seguir viviendo en la mente de los hombres mientras existiese su nación, y morían al mismo tiempo que ella. Este ocaso de las antiguas nacionalidades lo trajo el imperio romano mundial, y no vamos a estudiar aquí las condiciones económicas que determinaron el origen de éste. Caducaron los viejos dioses nacionales, e incluso los romanos, que habían sido cortados simplemente por el patrón de los reducidos horizontes de la ciudad de Roma; la necesidad de complementar el imperio mundial con una religión mundial se revela con claridad en los esfuerzos que se hacían por levantar altares e imponer acatamiento, en Roma, junto a los dioses propios, a todos los dioses extranjeros un poco respetables. Pero una nueva religión mundial no se fabrica así, por decreto imperial. La nueva religión mundial, el cristianismo, había ido naciendo calladamente, mientras tanto, de una mezcla de la teología oriental universalizada, sobre todo de la judía, y de la filosofía griega vulgarizada, principalmente de la estoica. Qué aspecto presentaba en sus orígenes esta religión, es lo que hay que investigar pacientemente, pues su faz oficial, tal como nos la transmite la tradición, sólo es la que se ha presentado como religión del Estado, después de adaptada para este fin por el Concilio de Nicea. Pero el simple hecho de que ya a los 250 años de existencia se le erigiese en religión del Estado demuestra que era la religión que cuadraba a las circunstancias de los tiempos. En la Edad

Media, a medida que el feudalismo se desarrollaba, el cristianismo asumía la forma de una religión adecuada a este régimen, con su correspondiente jerarquía feudal. Y al aparecer la burguesía, se desarrolló frente al catolicismo feudal la herejía protestante, que tuvo sus orígenes en el sur de Francia, con los albigenses,[5] coincidiendo con el apogeo de las ciudades de aquella región. La Edad Media anexionó a la teología, convirtió en apéndices suyos, todas las demás formas ideológicas: la filosofía, la política, la jurisprudencia. Con ello, obligaba a todo movimiento social y político a revestir una forma teológica; a los espíritus de las masas, cebados exclusivamente con religión, no había más remedio que presentarles sus propios intereses vestidos con ropaje religioso, si se quería levantar una gran tormenta. Y como la burguesía, que crea en las ciudades desde el primer momento un apéndice de plebeyos desposeídos, jornaleros y servidores de todo género, que no pertenecían a ningún estamento social reconocido y que eran los precursores del proletariado moderno, también la herejía protestante se desdobla muy pronto en un ala burguesa-moderada y en otra plebeya-revolucionaria, execrada por los mismos herejes burgueses.

La imposibilidad de exterminar la herejía protestante correspondía a la invencibilidad de la burguesía en ascenso. Cuando esta burguesía era ya lo bastante fuerte, su lucha con la nobleza feudal, que hasta entonces había tenido carácter predominantemente local, comenzó a tomar proporciones nacionales. La primera acción de gran envergadura se desarrolló en Alemania: fue la llamada Reforma. La burguesía no era lo suficientemente fuerte ni estaba lo suficientemente desarrollada, para poder unir bajo su bandera a los demás estamentos rebeldes: los plebeyos de las ciudades, la nobleza baja rural y los campesinos. Primero fue derrotada la nobleza; los campesinos se alza-

[5] Los *albigenses* (nombre derivado de la ciudad de Albí, en el sur de Francia) constituían una secta religiosa que en los siglos XII y XIII encabezó el movimiento dirigido contra la Iglesia católica romana. *(N. de la Red.)*

ron en una insurrección que marca el punto culminante de todo este movimiento revolucionario; las ciudades los dejaron solos, y la revolución fue estrangulada por los ejércitos de los príncipes feudales, que se aprovecharon de este modo de todas las ventajas de la victoria. A partir de este momento, Alemania desaparece por tres siglos del concierto de las naciones que intervienen con propia personalidad en la historia. Pero, al lado del alemán Lutero estaba el francés Calvino, quien, con una nitidez auténticamente francesa, hizo pasar a primer plano el carácter burgués de la Reforma y republicanizó y democratizó la Iglesia. Mientras que la Reforma luterana se estancaba en Alemania y arruinaba a este país, la Reforma calvinista servía de bandera a los republicanos de Ginebra, de Holanda, de Escocia, emancipaba a Holanda de España y del imperio alemán y suministraba el ropaje ideológico para el segundo acto de la revolución burguesa, que se desarrolló en Inglaterra. Aquí, el calvinismo se acreditó como el auténtico disfraz religioso de los intereses de la burguesía de aquella época, razón por la cual no logró tampoco su pleno reconocimiento cuando, en 1689, la revolución se cerró con el pacto de una parte de la nobleza con los burgueses. La Iglesia oficial anglicana fue restaurada de nuevo, pero no bajo su forma anterior, como una especie de catolicismo, con el rey por Papa, sino fuertemente calvinizada. La antigua Iglesia del Estado había festejado el alegre domingo católico, combatiendo el aburrido domingo calvinista; la nueva, aburguesada, volvió a introducir éste, que todavía hoy adorna a Inglaterra.

En Francia, la minoría calvinista fue reprimida, catolizada o expulsada en 1685; pero, ¿de qué sirvió esto? Ya por entonces estaba en plena actividad el librepensador Pierre Bayle, y en 1694 nacía Voltaire. Las medidas de violencia de Luis XIV no sirvieron más que para facilitar a la burguesía francesa la posibilidad de hacer su revolución bajo formas irreligiosas y exclusivamente políticas, las únicas que cuadran a la burguesía avanzada. En las Asambleas nacionales ya no se sentaban protestantes, sino librepensadores. Con esto, el cristianismo entraba en su última fase.

Ya no podía servir de ropaje ideológico para envolver las aspiraciones de una clase progresiva cualquiera; se fue convirtiendo, cada vez más, en patrimonio privativo de las clases dominantes, quienes lo emplean como mero instrumento de gobierno para tener a raya a las clases inferiores. Y cada una de las distintas clases utiliza para este fin su propia y congruente religión: los terratenientes aristocráticos, el jesuitismo católico o la ortodoxia protestante; los burgueses liberales y radicales, el racionalismo; siendo indiferente, para estos efectos, que los señores crean o no, ellos mismos, en sus respectivas religiones.

Vemos pues, que la religión, una vez creada, contiene siempre una materia tradicional, ya que la tradición es, en todos los campos ideológicos, una gran fuerza conservadora. Pero los cambios que se producen en esta materia brotan de las relaciones de clase, y por tanto de las relaciones económicas de los hombres que efectúan estos cambios. Y aquí, basta con lo que queda apuntado.

Las anteriores consideraciones no pretenden ser más que un bosquejo general de la interpretación marxista de la historia; a lo sumo, unos cuantos ejemplos para ilustrarla. La prueba ha de suministrarse a la luz de la misma historia, y creemos poder afirmar que esta prueba ha sido ya suministrada suficientemente en otras obras. Esta interpretación pone fin a la filosofía en el campo de la historia, exactamente lo mismo que la concepción dialéctica de la naturaleza hace la filosofía de la naturaleza tan innecesaria como imposible. Ahora, ya no se trata de sacar de la cabeza las concatenaciones de las cosas, sino de descubrirlas en los mismos hechos. A la filosofía desahuciada de la naturaleza y de la historia no le queda más refugio que el reino del pensamiento puro, en lo que aún queda en pie de él: la teoría de las leyes del mismo proceso de pensar, la lógica y la dialéctica. [. . .]

LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA*

[...] La concepción materialista de la historia parte de la tesis de que la producción, y tras ella el cambio de sus productos, es la base de todo orden social; de que en todas las sociedades que desfilan por la historia, la distribución de los productos, y junto a ella la división social de los hombres en clases o estamentos, es determinada por lo que la sociedad produce y cómo lo produce y por el modo de cambiar sus productos. Según eso, las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres ni en la idea que ellos se forjen de la verdad eterna ni de la eterna justicia, sino en las transformaciones operadas en el modo de producción y de cambio; han de buscarse no en la *filosofía*, sino en la *economía* de la época de que se trata. Cuando nace en los hombres la conciencia de que las instituciones sociales vigentes son irracionales e injustas, de que la razón se ha tornado en sinrazón y la bendición en plaga,[1] esto no es más que un indicio de que en los métodos de producción y en las formas de cambio se han producido calladamente transformaciones con las que ya no concuerda el orden social, cortado por el patrón de condiciones económicas anteriores. Con lo cual, dicho está que en las nuevas relaciones de producción tienen forzosamente que contenerse ya —más o menos desarrollados— los medios necesarios para poner término a los males descubiertos. Y esos medios no han de *sacarse* de la cabeza de nadie, sino que es la cabeza la que tiene que *descubrirlos* en los hechos materiales de la producción, tal y como los ofrece la realidad.

---

* Parte final de "Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico", obra escrita por Engels en 1877 y publicada por primera vez en francés, en París, en 1880. La versión española procede de la edición ya mencionada de las *Obras Escogidas*, de Marx y Engels.

[1] Palabras de Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe. *(N. de la Red.)*

¿Cuál es, en este aspecto, la posición del socialismo moderno?

El orden social vigente —verdad reconocida hoy por casi todo el mundo— es obra de la clase dominante de los tiempos modernos, de la burguesía. El modo de producción característico de la burguesía, al que desde Marx se da el nombre de modo capitalista de producción, era incompatible con los privilegios locales y de los estamentos, como lo era con los vínculos interpersonales del orden feudal. La burguesía echó por tierra el orden feudal y levantó sobre sus ruinas el régimen de la sociedad burguesa, el imperio de la libre concurrencia, de la libertad de domicilio, de la igualdad de derechos de los poseedores de mercancías, y tantas otras maravillas burguesas más. Ahora ya podía desarrollarse libremente el modo capitalista de producción. Y al venir el vapor y la nueva maquinaria herramental y transformar la antigua manufactura en gran industria, las fuerzas productivas creadas y puestas en movimiento bajo el mando de la burguesía se desarrollaron con una velocidad inaudita y en proporciones desconocidas hasta entonces. Pero, del mismo modo que en su tiempo la manufactura y el artesanado, que seguía desarrollándose bajo su influencia, chocaron con las trabas feudales de los gremios, hoy la gran industria, al llegar a un nivel de desarrollo más alto, no cabe ya dentro del estrecho marco en que la tiene cohibida el modo capitalista de producción. Las nuevas fuerzas productivas desbordan ya la forma burguesa en que son explotadas, y este conflicto entre las fuerzas productivas y el modo de producción no es precisamente un conflicto planteado en las cabezas de los hombres, algo así como el conflicto entre el pecado original del hombre y la justicia divina, sino que radica en los hechos, en la realidad objetiva, fuera de nosotros, independientemente de la voluntad o de la actividad de los mismos hombres que lo han provocado. El socialismo moderno no es más que el reflejo de este conflicto material en la mente, su proyección ideal en las cabezas, empezando por las de la clase que sufre directamente sus consecuencias: la clase obrera.

¿En qué consiste este conflicto?

Antes de sobrevenir la producción capitalista, es decir, en la Edad Media, regía con carácter general la pequeña industria, basada en la propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción: en el campo, la agricultura corría a cargo de pequeños labradores, libres o vasallos; en las ciudades, la industria estaba en manos de los artesanos. Los medios de trabajo —la tierra, los aperos de labranza, el taller, las herramientas— eran medios de trabajo individual, destinados tan sólo al uso individual y, por tanto, forzosamente, mezquinos, diminutos, limitados. Pero esto mismo hacía que perteneciesen, por lo general, al propio productor. El papel histórico del modo capitalista de producción y de su portadora, la burguesía, consistió precisamente en concentrar y desarrollar estos dispersos y mezquinos medios de producción, transformándolos en las potentes palancas productoras de los tiempos actuales. Este proceso, que viene desarrollando la burguesía desde el siglo XV y que pasa históricamente por las tres etapas de la cooperación simple, la manufactura y la gran industria, aparece minuciosamente expuesto por Marx en la sección cuarta de *El Capital*. Pero la burguesía, como asimismo queda demostrado en dicha obra, no podía convertir aquellos primitivos medios de producción en poderosas fuerzas productivas sin convertirlas de medios individuales de producción en medios *sociales*, sólo manejables por una *colectividad de hombres*. La rueca, el telar manual, el martillo del herrero fueron sustituidos por la máquina de hilar, por el telar mecánico, por el martillo movido a vapor; el taller individual cedió el puesto a la fábrica, que impone la cooperación de cientos y miles de obreros. Y, con los medios de producción, se transformó la producción misma, dejando de ser una cadena de actos individuales para convertirse en una cadena de actos sociales, y los productos se transformaron de productos individuales en productos sociales. El hilo, las telas, los artículos de metal que ahora salían de la fábrica eran producto del trabajo colectivo de un gran número de obreros, por cuyas manos tenía que

pasar sucesivamente para su elaboración. Ya nadie podía decir: esto lo he hecho *yo*, este producto es *mío*.

Pero allí donde la producción tiene por forma cardinal un régimen de división social del trabajo creado paulatinamente, por impulso elemental, sin sujeción a plan alguno, la producción imprime a los productos la forma de *mercancía*, cuyo intercambio, compra y venta, permite a los distintos productores individuales satisfacer sus diversas necesidades. Y esto era lo que acontecía en la Edad Media. El campesino, por ejemplo, vendía al artesano los productos de la tierra, comprándole a cambio los artículos elaborados en su taller. En esta sociedad de productores aislados, de productores de mercancías, vino a introducirse más tarde el nuevo modo de producción. En medio de aquella división elemental del trabajo *sin plan ni sistema*, que imperaba en el seno de toda la sociedad, el nuevo modo de producción implantó la división *planificada* del trabajo dentro de cada fábrica; al lado de la producción *individual*, surgió la producción *social*. Los productos de ambas se vendían en el mismo mercado, y por lo tanto, a precios aproximadamente iguales. Pero la organización planificada podía más que la división elemental del trabajo; las fábricas en que el trabajo estaba organizado socialmente elaboraban sus productos más baratos que los pequeños productores aislados. La producción individual fue sucumbiendo poco a poco en todos los campos y la producción social revolucionó todo el antiguo modo de producción. Sin embargo, este carácter revolucionario suyo pasaba desapercibido; tan desapercibido, que, por el contrario, se implantaba con la única y exclusiva finalidad de aumentar y fomentar la producción de mercancías. Nació directamente ligada a ciertos resortes de producción e intercambio de mercancías que ya venían funcionando: el capital comercial, la industria artesana y el trabajo asalariado. Y ya que surgía como una nueva forma de producción de mercancías, mantuviéronse en pleno vigor bajo ella las formas de apropiación de la producción de mercancías.

En la producción de mercancías, tal como se había desarrollado en la Edad Media, no podía surgir el problema de a quién debían pertenecer los productos del trabajo. El productor individual los creaba, generalmente, con materias primas de su propiedad, producidas no pocas veces por él mismo, con sus propios medios de trabajo y elaborados con su propio trabajo manual o el de su familia. No necesitaba, por tanto, apropiárselos, pues ya eran suyos por el mero hecho de producirlos. La propiedad de los productos basábase, pues, en el *trabajo personal.* Y aun en aquellos casos en que se empleaba la ayuda ajena, ésta era, por lo común, cosa accesoria y recibía frecuentemente, además del salario, otra compensación: el aprendiz y el oficial de los gremios no trabajaban tanto por el salario y la comida como para aprender y llegar a ser algún día maestros. Sobreviene la concentración de los medios de producción en grandes talleres y manufacturas, su transformación en medios de producción realmente sociales. No obstante, estos medios de producción y sus productos sociales fueran considerados como si siguiesen siendo lo que eran antes: medios de producción y productos individuales. Y si hasta aquí el propietario de los medios de trabajo se había apropiado de los productos, porque eran, generalmente, productos suyos y la ayuda ajena constituía una excepción, ahora el propietario de los medios de trabajo seguía apropiándose el producto, aunque éste ya no era un producto *suyo,* sino fruto exclusivo del *trabajo ajeno.* De este modo, los productos, creados ahora socialmente, no pasaban a ser propiedad de aquellos que habían puesto realmente en marcha los medios de producción y que eran sus verdaderos creadores, sino del *capitalista.* Los medios de producción y la producción se habían convertido esencialmente en factores sociales. Y, sin embargo, veíanse sometidos a una forma de apropiación que presupone la producción privada individual, es decir, aquella en que cada cual es dueño de su propio producto y, como tal, acude con él al mercado. El modo de producción se ve sujeto a esta forma de apropiación, a pesar de que

destruye el supuesto sobre que descansa.[2] En esta contradicción, que imprime al nuevo modo de producción su carácter capitalista, *se encierra, en germen, todo el conflicto de los tiempos actuales.* Y cuanto más el nuevo modo de producción se impone e impera en todos los campos fundamentales de la producción y en todos los países económicamente importantes, desplazando a la producción individual, salvo vestigios insignificantes, *mayor es la evidencia con que se revela la incompatibilidad entre la producción social y la apropiación capitalista.*

Los primeros capitalistas se encontraron ya, como queda dicho, con la forma del trabajo asalariado. Pero como excepción, como ocupación secundaria, como mera ayuda, como punto de transición. El labrador que salía de vez en cuando a ganar un jornal, tenía sus dos fanegas de tierra propia, de las que, en caso extremo, podía vivir. Las ordenanzas gremiales velaban porque los oficiales de hoy se convirtiesen mañana en maestros. Pero, tan pronto como los medios de producción adquirieron un carácter social y se concentraron en manos de los capitalistas, las cosas cambiaron. Los medios de producción y los productos del pequeño productor individual fueron depreciándose cada vez más, hasta que a este pequeño productor no le quedó otro recurso que colocarse a ganar un jornal pagado por el capitalista. El trabajo asalariado, que antes era excepción y mera ayuda, se convirtió en regla y forma fundamental de toda la producción, y la que antes era ocupación acce-

---

[2] No necesitamos explicar que, aun cuando la *forma* de apropiación permanezca invariable, el *carácter* de la apropiación sufre una revolución por el proceso que describimos, en no menor grado que la producción misma. La apropiación de un producto propio y la apropiación de un producto ajeno son, evidentemente, dos formas muy distintas de apropiación. Y advertimos de pasada, que el trabajo asalariado, en el que se contiene ya el germen de todo el modo capitalista de producción, es muy antiguo; coexistió durante siglos enteros, en casos aislados y dispersos, con la esclavitud. Sin embargo, este germen sólo pudo desarrollarse hasta formar el modo capitalista de producción cuando se dieron las premisas históricas adecuadas. *(Nota de Engels.)*

soria se convierte ahora en ocupación exclusiva del obrero. El obrero asalariado temporal se convirtió en asalariado para toda la vida. Además, la muchedumbre de estos asalariados de por vida se ve gigantescamente engrosada por el derrumbe simultáneo del orden feudal, por la disolución de las mesnadas de los señores feudales, la expulsión de los campesinos de sus hogares, etcétera. Se ha realizado el completo divorcio entre los medios de producción concentrados en manos de los capitalistas, de un lado, y de otro, los productores que no poseían más que su propia fuerza de trabajo. *La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista reviste la forma de antagonismo entre el proletariado y la burguesía.*

Hemos visto que el modo de producción capitalista vino a introducirse en una sociedad de productores de mercancías, de productores individuales, cuyo vínculo social era el cambio de sus productos. Pero toda sociedad basada en la producción de mercancías presenta la particularidad de que en ella los productores pierden el mando sobre sus propias relaciones sociales. Cada cual produce para sí, con los medios de producción de que acierta a disponer, y para las necesidades de su intercambio privado. Nadie sabe qué cantidad de artículos de la misma clase que los suyos se lanza al mercado, ni cuántos necesita éste; nadie sabe si su producto individual responde a una demanda efectiva, ni si podrá cubrir los gastos, ni siquiera, en general, si podrá venderlo. La anarquía impera en la producción social. Pero la producción de mercancías tiene, como toda forma de producción, sus leyes características, propias e inseparables de la misma; y estas leyes se abren paso a pesar de la anarquía, en la misma anarquía y a través de ella. Toman cuerpo en la única forma de trabazón social que subsiste: en el cambio, y se imponen a los productores individuales bajo la forma de las leyes imperativas de la competencia. En un principio, estos productores las ignoran, y es necesario que una larga experiencia las vaya revelando poco a poco. Se imponen, pues, sin los productores y aun en contra de ellos, como leyes naturales ciegas

que presiden esta forma de producción. El producto impera sobre el productor.

En la sociedad medieval, y sobre todo en los primeros siglos de ella, la producción estaba destinada principalmente al consumo propio, a satisfacer sólo las necesidades del productor y de su familia. Y allí donde, como acontecía en el campo, subsistían relaciones personales de vasallaje, contribuía también a satisfacer las necesidades del señor feudal. No se producía, pues, intercambio alguno, ni los productos revestían, por lo tanto, el carácter de mercancías. La familia del labrador producía casi todos los objetos que necesitaba: aperos, ropas y víveres. Sólo empezó a producir mercancías cuando consiguió crear un remanente de productos, después de cubrir sus necesidades propias y los tributos en especie que había de pagar al señor feudal; este remanente, lanzado al intercambio social, al mercado, para su venta, se convirtió en mercancía. Los artesanos de las ciudades, por cierto, tuvieron que producir para el mercado ya desde el primer momento. Pero también elaboraban ellos mismos la mayor parte de los productos que necesitaban para su consumo, tenían sus huertos y sus pequeños campos, apacentaban su ganado en los bosques comunales, que además les suministraban la madera y la leña; sus mujeres hilaban el lino y la lana, etcétera. La producción para el cambio, la producción de mercancías, estaba en sus comienzos. Por eso el intercambio era limitado, el mercado reducido, el modo de producción estable. Frente al exterior imperaba el exclusivismo local; en el interior, la asociación local: la Marca[3] en el campo, los gremios en las ciudades.

Pero al extenderse la producción de mercancías y, sobre todo, al aparecer el modo capitalista de producción, las leyes de producción de mercancías, que hasta aquí apenas habían dado señales de vida, entran en funciones de una

---

[3] Véase el apéndice al final. *(Nota de Engels.)* Engels se refiere aquí a su trabajo «La Marca», no incluido en la presente edición. *(N. de la Red.)*

manera franca y potente. Las antiguas asociaciones empiezan a perder fuerza, las antiguas fronteras locales van viniéndose a tierra, los productores van convirtiéndose más y más en productores de mercancías independientes aislados. La anarquía de la producción social sale a la luz y se agudiza cada vez más. Pero el instrumento principal con el que el modo capitalista de producción fomenta esta anarquía en la producción social es precisamente lo inverso de la anarquía: la creciente organización de la producción con carácter social, dentro de cada establecimiento de producción. Con este resorte, pone fin a la vieja estabilidad pacífica. Allí donde se implanta en una rama industrial, no tolera a su lado ninguno de los viejos métodos. Donde se adueña de la industria artesana, la destruye y aniquila. El terreno del trabajo se convierte en un campo de batalla. Los grandes descubrimientos geográficos y las empresas de colonización que les siguen, multiplican los mercados y aceleran el proceso de transformación del taller del artesano en manufactura. Y la lucha no estalla solamente entre los productores locales aislados; las contiendas locales van cobrando volumen nacional, y surgen las guerras comerciales de los siglos XVII y XVIII. Hasta que, por fin, la gran industria y la implantación del mercado mundial dan carácter universal a la lucha, a la par que le imprimen una inaudita violencia. Lo mismo entre los capitalistas individuales que entre industrias y países enteros, la primacía de las condiciones —naturales o artificialmente creadas— de la producción, decide la lucha por la existencia. El que sucumbe es arrollado sin piedad. Es la lucha darvinista por la existencia individual, trasplantada, con redoblada furia, de la naturaleza a la sociedad. Las condiciones naturales de vida de la bestia se convierten en el punto culminante del desarrollo humano. La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista se manifiesta ahora como *antagonismo entre la organización de la producción dentro de cada fábrica y la anarquía de la producción en el seno de toda la sociedad.*

El modo capitalista de producción se mueve en estas dos formas de la contradicción inherente a él por sus mis-

mos orígenes, describiendo sin apelación aquel «círculo vicioso» que ya puso de manifiesto Fourier. Pero lo que Fourier, en su época, no podía ver todavía es que este círculo va reduciéndose gradualmente, que el movimiento se desarrolla más bien en espiral y tiene que llegar necesariamente a su fin, como el movimiento de los planetas, chocando con el centro. Es la fuerza propulsora de la anarquía social de la producción la que convierte a la inmensa mayoría de los hombres, cada vez más marcadamente, en proletarios, y estas masas proletarias serán, a su vez, las que, por último, pongan fin a la anarquía de la producción. Es la fuerza propulsora de la anarquía social de la producción la que convierte la capacidad infinita de perfeccionamiento de las máquinas de la gran industria en un precepto imperativo, que obliga a todo capitalista industrial a mejorar continuamente su maquinaria, so pena de perecer. Pero mejorar la maquinaria equivale a hacer superflua una masa de trabajo humano. Y así como la implantación y el aumento cuantitativo de la maquinaria trajeron consigo el desplazamiento de millones de obreros manuales por un número reducido de obreros mecánicos, su perfeccionamiento determina la eliminación de un número cada vez mayor de obreros de las máquinas, y, en última instancia, la creación de una masa de obreros disponibles que sobrepuja la necesidad media de ocupación del capital, de un verdadero ejército industrial de reserva, como yo hube de llamarlo ya en 1845,[4] de un ejército de trabajadores disponibles para los tiempos en que la industria trabaja a todo vapor y que luego, en las crisis que sobrevienen necesariamente después de esos periodos, se ve lanzado a la calle, constituyendo en todo momento un grillete atado a los pies de la clase trabajadora en su lucha por la existencia contra el capital y un regulador para mantener los salarios en el nivel bajo que corresponde a las necesidades del capitalismo. Así, pues, la maquinaria, para decirlo con Marx, se ha convertido en el arma

---

[4] *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 109. *(Nota de Engels.)*

más poderosa del capital contra la clase obrera, en un medio de trabajo que arranca constantemente los medios de vida de manos del obrero, ocurriendo que el producto mismo del obrero se convierte en el instrumento de su esclavización. De este modo, la economía en los medios de trabajo lleva consigo, desde el primer momento, el más despiadado despilfarro de la fuerza de trabajo y un despojo contra las condiciones normales de la función misma del trabajo. Y la maquinaria, el recurso más poderoso que ha podido crearse para acortar la jornada de trabajo, se trueca en el recurso más infalible para convertir la vida entera del obrero y de su familia en una gran jornada disponible para la valorización del capital; así ocurre que el exceso de trabajo de unos es la condición determinante de la carencia de trabajo de otros, y que la gran industria, lanzándose por el mundo entero, en carrera desenfrenada, a la conquista de nuevos consumidores, reduce en su propia casa el de consumo de las masas a un mínimo de hambre y mina con ello su propio mercado interior. "La ley que mantiene constantemente el exceso relativo de población o ejército industrial de reserva en equilibrio con el volumen y la energía de la acumulación del capital, ata al obrero al capital con ligaduras más fuertes que las cuñas con que Vulcano clavó a Prometeo a la roca. Esto origina que a la acumulación del capital corresponda una acumulación igual de miseria. La acumulación de la riqueza en uno de los polos determina en el polo contrario, en el polo de la clase que *produce su propio producto como capital*, una acumulación igual de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de ignorancia, de embrutecimiento y de degradación moral" (Marx, *El Capital*, t. I, cap. XXIII). Y esperar del modo capitalista de producción otra distribución de los productos, sería como esperar que los dos electrodos de una batería, mientras estén conectados con ésta, no descompongan el agua ni liberen oxígeno en el polo positivo e hidrógeno en el negativo.

Hemos visto que la capacidad de perfeccionamiento de la maquinaria moderna, llevada a su límite máximo, se convierte, gracias a la anarquía de la producción dentro

de la sociedad, en un precepto imperativo que obliga a los capitalistas industriales, cada cual de por sí, a mejorar incesantemente su maquinaria, a hacer siempre más potente su fuerza de producción. No menos imperativo es el precepto en que se convierte para él la mera posibilidad efectiva de dilatar su órbita de producción. La enorme fuerza de expansión de la gran industria, a cuyo lado la de los gases es un juego de chicos, se revela hoy ante nuestros ojos como una *necesidad* cualitativa y cuantitativa de expansión, que se burla de cuantos obstáculos encuentra a su paso. Estos obstáculos son los que le oponen el consumo, la salida, los mercados de que necesitan los productos de la gran industria. Pero la capacidad extensiva e intensiva de expansión de los mercados, obedece, por su parte, a leyes muy distintas y que actúan de un modo mucho menos enérgico. La expansión de los mercados no puede desarrollarse al mismo ritmo que la de la producción. La colisión se hace inevitable, y como no puede producir ninguna solución mientras no haga saltar el propio modo de producción capitalista, esa colisión se hace periódica. La producción capitalista engendra un nuevo «círculo vicioso».

En efecto, desde 1825, año en que estalla la primera crisis general, no pasan diez años seguidos sin que todo el mundo industrial y comercial, la producción y el intercambio de todos los pueblos civilizados y de su séquito de países más o menos bárbaros, se salga de quicio. El comercio se paraliza, los mercados están sobresaturados de mercancías, los productos se estancan en los almacenes abarrotados, sin encontrar salida; el dinero contante se hace invisible; el crédito desaparece; las fábricas paran; las masas obreras carecen de medios de vida precisamente por haberlos producido en exceso, las bancarrotas y las liquidaciones se suceden unas a otras. El estancamiento dura años enteros, las fuerzas productivas y los productos se derrochan y destruyen en masa, hasta que, por fin, las masas de mercancías acumuladas, más o menos depreciadas, encuentran salida, y la producción y el cambio van reanimándose poco a poco. Paulatinamente, la marcha se

acelera, el paso de andadura se convierte en trote, el trote industrial, en galope y, por último, en carrera desenfrenada, en un *steeple-chase*[5] de la industria, el comercio, el crédito y la especulación, para terminar finalmente, después de los saltos más arriesgados, en la fosa de un crac. Y así, una vez y otra. Cinco veces se ha venido repitiendo la misma historia desde el año 1825, y en estos momentos (1877) estamos viviéndola por sexta vez. Y el carácter de estas crisis es tan nítido y tan acusado, que Fourier las abarcaba todas cuando describía la primera, diciendo que era un *crise pléthorique*, una crisis nacida de la superabundancia.

En las crisis estalla en explosiones violentas la contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista. La circulación de mercancías queda, por el momento, paralizada. El medio de circulación, el dinero, se convierte en un obstáculo para la circulación; todas las leyes de la producción y circulación de mercancías se vuelven al revés. El conflicto económico alcanza su punto de apogeo: *el modo de producción se rebela contra el modo de cambio.*

El hecho de que la organización social de la producción dentro de las fábricas se haya desarrollado hasta llegar a un punto en que se ha hecho inconciliable con la anarquía —coexistente con ella y por encima de ella— de la producción en la sociedad, es un hecho que se les revela tangiblemente a los propios capitalistas, por la concentración violenta de los capitales, producida durante las crisis a costa de la ruina de muchos grandes y, sobre todo, pequeños capitalistas. Todo el mecanismo del modo capitalista de producción falla, agobiado por las fuerzas productivas que él mismo engendró. Ya no acierta a transformar en capital esta masa de medios de producción, que permanecen inactivos, y por esto precisamente debe permanecer también inactivo el ejército industrial de reserva. Medios de producción, medios de vida, obreros disponibles: todos los elementos de la producción y de la riqueza ge-

---

[5] Carrera de obstáculos. *(N. de la Red.)*

neral existen con exceso. Pero "la superabundancia se convierte en fuente de miseria y de penuria" (Fourier), ya que es ella, precisamente, la que impide la transformación de los medios de producción y de vida en capital, pues en la sociedad capitalista, los medios de producción no pueden ponerse en movimiento más que convirtiéndose previamente en capital, en medio de explotación de la fuerza humana de trabajo. Esta imprescindible calidad de capital de los medios de producción y de vida se alza como un espectro entre ellos y la clase obrera. Esta calidad es la que impide que se engranen la palanca material y la palanca personal de la producción; es la que no permite a los medios de producción funcionar ni a los obreros trabajar y vivir. De una parte, el modo capitalista de producción revela, pues, su propia incapacidad para seguir rigiendo sus fuerzas productivas. De otra parte, estas fuerzas productivas acucian con intensidad cada vez mayor a que se resuelva la contradicción, a que se las redima de su condición de capital, *a que se reconozca de hecho su carácter de fuerzas productivas sociales.*

Es esta rebelión de las fuerzas de producción, cada vez más imponentes, contra su calidad de capital, esta necesidad cada vez más imperiosa de que se reconozca su carácter social, la que obliga a la propia clase capitalista a tratarlas cada vez más abiertamente como fuerzas productivas sociales, en el grado en que ello es posible dentro de las relaciones capitalistas. Lo mismo los periodos de alta presión industrial, con su desmedida expansión del crédito, que el crac mismo, con el desmoronamiento de grandes empresas capitalistas, impulsan esa forma de socialización de grandes masas de medios de producción con que nos encontramos en las diversas categorías de sociedades anónimas. Algunos de estos medios de producción y de comunicación son ya de por sí tan gigantescos, que excluyen, como ocurre con los ferrocarriles, toda otra forma de explotación capitalista. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, ya no basta tampoco esta forma; los grandes productores nacionales de una rama industrial se unen para formar un trust, una agrupación encaminada a regu-

lar la producción; determinan la cantidad total que ha de producirse, se la reparten entre ellos e imponen de este modo un precio de venta fijado de antemano. Pero, como estos trusts se desmoronan al sobrevenir la primera racha mala en los negocios, empujan con ello a una socialización todavía más concentrada; toda la rama industrial se convierte en una sola gran sociedad anónima, y la competencia interior cede el puesto al monopolio interior de esta única sociedad; así sucedió ya en 1890 con la producción inglesa de álcalis, que en la actualidad, después de fusionarse todas las cuarenta y ocho grandes fábricas del país, es explotada por una sola sociedad con dirección única y un capital de 120 millones de marcos.

En los trusts, la libre concurrencia se trueca en monopolio y la producción sin plan de la sociedad capitalista capitula ante la producción planificada y organizada de la naciente sociedad socialista. Claro está que, por el momento, en provecho y beneficio de los capitalistas. Pero aquí la explotación se hace tan patente, que tiene forzosamente que derrumbarse. Ningún pueblo toleraría una producción dirigida por los trusts, una explotación tan descarada de la colectividad por una pequeña cuadrilla de cortadores de cupones.

De un modo o de otro, con o sin trusts, el representante oficial de la sociedad capitalista, el Estado, tiene que acabar haciéndose cargo del mando de la producción.[6] La nece-

---

[6] Y digo que *tiene* que hacerse cargo, pues, la nacionalización sólo representará un progreso económico, un paso de avance hacia la conquista por la sociedad de todas las fuerzas productivas, aunque esta medida sea llevada a cabo por el Estado actual, cuando los medios de producción o de transporte se desborden ya *realmente* de los cauces directivos de una sociedad anónima, cuando, por tanto, la medida de la nacionalización sea ya *económicamente* inevitable. Pero recientemente, desde que Bismarck emprendió el camino de la nacionalización, ha surgido una especie de falso socialismo, sumiso y servil, que en *todo* acto de nacionalización, hasta en los dictados por Bismarck, ve una medida socialista. Si la nacionalización de la industria del tabaco fuese socialismo, habría que incluir entre los fundadores del socialismo a Napoleón y a Metternich. Cuando el Estado belga, por razones políticas y fi-

sidad a que responde esta transformación de ciertas empresas en propiedad del Estado empieza manifestándose en las grandes empresas de transportes y comunicaciones, tales como el correo, el telégrafo y los ferrocarriles.

A la par que las crisis revelan la incapacidad de la burguesía para seguir rigiendo las fuerzas productivas modernas, la transformación de las grandes empresas de producción y transporte en sociedades anónimas, trusts y en propiedad del Estado demuestra que la burguesía no es ya indispensable para el desempeño de esas funciones. Hoy, las funciones sociales del capitalista corren todas a cargo de empleados a sueldo, y toda la actividad social de aquél se reduce a cobrar sus rentas, cortar sus cupones y jugar en la Bolsa, donde los capitalistas de toda clase se arrebatan unos a otros sus capitales. Y si antes el modo capitalista de producción desplazaba a los obreros, ahora desplaza también a los capitalistas, arrinconándolos, igual que a los obreros, entre la población sobrante; aunque por ahora todavía no en el ejército industrial de reserva.

Pero las fuerzas productivas no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad de las sociedades anónimas y de los trusts o en propiedad del Estado. Por lo que a las sociedades anónimas y a los trusts se refiere, es palpablemente claro. Por su parte, el Estado moderno no

---

nancieras perfectamente vulgares, decidió construir por su cuenta las principales líneas férreas del país, o cuando Bismarck, sin que ninguna necesidad económica le impulsase a ello, nacionalizó las líneas más importantes de la red ferroviaria de Prusia, pura y simplemente para así poder manejarlas y aprovecharlas mejor en caso de guerra, para convertir al personal de ferrocarriles en ganado electoral sumiso al gobierno y, sobre todo, para procurarse una nueva fuente de ingresos sustraída a la fiscalización del parlamento, todas estas medidas no tenían, ni directa ni indirectamente, ni consciente ni inconscientemente, nada de socialistas. De otro modo, habría que clasificar también entre las instituciones socialistas a la Real Compañía de Comercio Marítimo, la Real Manufactura de Porcelanas, y hasta los sastres de compañía del ejército, sin olvidar la nacionalización de los prostíbulos, propuesta muy en serio, allá por el año treinta y tantos, bajo Federico Guillermo III, por un hombre muy listo. *(Nota de Engels.)*

es tampoco más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal. Y cuantas más fuerzas productivas asuma en propiedad, tanto más se convertirá en capitalista colectivo y tanta mayor cantidad de ciudadanos explotará. Los obreros siguen siendo obreros asalariados, proletarios. La relación capitalista, lejos de abolirse con estas medidas, se agudiza. Mas, al llegar a la cúspide, se derrumba. La propiedad del Estado sobre las fuerzas productivas no es solución del conflicto, pero alberga ya en su seno el medio formal, el resorte para llegar a la solución.

Esta solución sólo puede estar en reconocer de un modo efectivo el carácter social de las fuerzas productivas modernas y por lo tanto en armonizar el modo de producción, de apropiación y de cambio con el carácter social de los medios de producción. Para esto, no hay más que un camino: que la sociedad, abiertamente y sin rodeos, tome posesión de esas fuerzas productivas, que ya no admiten otra dirección que la suya. Haciéndolo así, el carácter social de los medios de producción de esas fuerzas productivas, que ya no admiten otra dirección que la suya. Haciéndolo así, el carácter social de los medios de producción y de los productos, que hoy se vuelve contra los mismos productores, rompiendo periódicamente los cauces del modo de producción y de cambio, y que sólo puede imponerse con una fuerza y eficacia tan destructoras como el impulso ciego de las leyes naturales, será puesto en vigor con plena conciencia por los productores y se convertirá, de causa constante de perturbaciones y de cataclismos periódicos, en la palanca más poderosa de la producción misma.

Las fuerzas activas de la sociedad obran, mientras no las conocemos y contamos con ellas, exactamente lo mismo que las fuerzas de la naturaleza: de un modo ciego, violento, destructor. Pero, una vez conocidas, tan pronto como se ha

sabido comprender su acción, su tendencia y sus efectos, en nuestras manos está el supeditarlas cada vez más de lleno a nuestra voluntad y alcanzar por medio de ellas los fines propuestos. Tal es lo que ocurre, muy señaladamente, con las gigantescas fuerzas modernas de producción. Mientras nos resistamos obstinadamente a comprender su naturaleza y su carácter —y a esta comprensión se oponen el modo capitalista de producción y sus defensores—, estas fuerzas actuarán a pesar de nosotros, contra nosotros, y nos dominarán, como hemos puesto bien de relieve. En cambio, tan pronto como penetremos en su naturaleza, esas fuerzas, puestas en manos de los productores asociados, se convertirán, de tiranos demoníacos, en sumisas servidoras. Es la misma diferencia que hay entre el poder maléfico de la electricidad en los rayos de la tormenta y el poder benéfico de la fuerza eléctrica sujeta en el telégrafo y en el arco voltaico; la diferencia que hay entre el incendio destructor y el fuego puesto al servicio del hombre. El día en que las fuerzas productivas de la sociedad moderna se sometan al régimen congruente con su naturaleza, por fin conocida, la anarquía social de la producción dejará el puesto a una reglamentación colectiva y organizada de la producción acorde con las necesidades de la sociedad y del individuo. Y el régimen capitalista de apropiación, en que el producto esclaviza primero a quien lo crea y luego a quien se lo apropia, será sustituido por el régimen de apropiación del producto que el carácter de los modernos medios de producción está reclamando: de una parte, apropiación directamente social, como medio para mantener y ampliar la producción; de otra parte, apropiación directamente individual, como medio de vida y de disfrute.

El modo capitalista de producción, al convertir más y más en proletarios a la inmensa mayoría de los individuos de cada país, crea la fuerza que, si no quiere perecer, está obligada a hacer esa revolución. Y, al forzar cada vez más la conversión en propiedad del Estado de los grandes medios socializados de producción, señala ya por sí mismo el camino por el que esa revolución ha de producirse. *El proletariado toma en sus manos el Poder del Estado y comien-*

za por convertir los medios de producción en propiedad del Estado. Pero con este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado, y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clases, y con ello mismo, el Estado como tal. La sociedad, que se había movido hasta el presente entre antagonismos de clase, ha necesitado del Estado, o sea de una organización de la correspondiente clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción, y, por tanto, particularmente, para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre o el vasallaje y el trabajo asalariado), determinadas por el modo de producción existente. El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo social visible; pero lo era sólo como Estado de clase que en su época representaba a toda la sociedad: en la antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media el de la nobleza feudal; en nuestros tiempos es el de la burguesía. Cuando el Estado se convierta finalmente en representante efectivo de toda la sociedad será por sí mismo superfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener sometida; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y los excesos resultantes de esto, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión que es el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad: la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad, es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y cesará por sí misma. El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será «abolido»; se *extingue.* Partiendo de esto es como hay que juzgar el valor de esa frase del «Estado popular libre» en lo que toca a su justificación provisio-

nal como consigna de agitación y en lo que se refiere a su falta de fundamento científico. Partiendo de esto es también como debe ser considerada la exigencia de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana.

Desde que existe históricamente el modo capitalista de producción ha habido individuos y sectas enteras ante quienes se ha proyectado más o menos vagamente, como ideal futuro, la apropiación de todos los medios de producción por la sociedad. Mas, para que esto fuese realizable, para que se convirtiese en una necesidad histórica, era menester que antes se diesen las condiciones efectivas para su realización. Para que este progreso, como todos los progresos sociales, sea viable, no basta con que la razón comprenda que la existencia de las clases es incompatible con los dictados de la justicia, de la igualdad, etcétera; no basta con la mera voluntad de abolir estas clases, sino que son necesarias determinadas condiciones económicas nuevas. La división de la sociedad en una clase explotadora y otra explotada, una clase dominante y otra oprimida, era una consecuencia necesaria del anterior desarrollo incipiente de la producción. Mientras el trabajo global de la sociedad sólo rinde lo estrictamente indispensable para cubrir las necesidades más elementales de todos, y acaso un poco más; mientras, por lo tanto, el trabajo absorbe todo el tiempo o casi todo el tiempo de la inmensa mayoría de los miembros de la sociedad, ésta se divide, necesariamente, en clases. Junto a la gran mayoría constreñida a no hacer más que llevar la carga del trabajo, se forma una clase eximida del trabajo directamente productivo y a cuyo cargo corren los asuntos generales de la sociedad: la dirección de los trabajos, los negocios públicos, la justicia, las ciencias, las artes, etcétera. Es, pues, la ley de la división del trabajo la que sirve de base a la división de la sociedad en clases. Lo cual no impide que esta división de la sociedad de clases se lleve a cabo por la violencia y el despojo, la astucia y el engaño; ni quiere decir que la clase dominante, una vez entronizada, se abstenga de consolidar su poderío a costa

de la clase trabajadora, convirtiendo su papel social de dirección en una mayor explotación de las masas.

Vemos, pues, que la división de la sociedad en clases tiene su razón histórica de ser, pero sólo dentro de determinados límites de tiempo, bajo determinadas condiciones sociales. Era condicionada por la insuficiencia de la producción, y será barrida cuando se desarrollen plenamente las modernas fuerzas productivas. En efecto, la abolición de las clases sociales presupone un grado histórico de desarrollo tal, que la existencia, no ya de esta o de aquella clase dominante concreta, sino de una clase dominante cualquiera que ella sea y, por tanto, de las mismas diferencias de clase, representa un anacronismo. Presupone, por consiguiente, un grado culminante en el desarrollo de la producción, en el que la apropiación de los medios de producción y de los productos y, por tanto, del Poder político, del monopolio de la cultura y de la dirección espiritual por una determinada clase de la sociedad, no sólo se hayan hecho superfluos, sino que además constituyan económica, política e intelectualmente una barrera levantada ante el progreso. Pues bien; a este punto ya se ha llegado. Hoy, la bancarrota política e intelectual de la burguesía ya apenas es un secreto ni para ella misma, y su bancarrota económica es un fenómeno que se repite periódicamente de diez en diez años. En cada una de estas crisis, la sociedad se asfixia, ahogada por la masa de sus propias fuerzas productivas y de sus productos, a los que no puede aprovechar, y se enfrenta, impotente, con la absurda contradicción de que sus productores no tengan qué consumir, por falta precisamente de consumidores. La fuerza expansiva de los medios de producción rompe las ligaduras con que los sujeta el modo capitalista de producción. Esta liberación de los medios de producción es lo único que puede permitir el desarrollo ininterrumpido y cada vez más rápido de las fuerzas productivas, y con ello, el crecimiento prácticamente ilimitado de la producción. Mas no es esto sólo. La apropiación social de los medios de producción no sólo arrolla los obstáculos artificiales que hoy se le oponen a la producción, sino que acaba también con el derro-

che y la asolación de fuerzas productivas y de productos, que es una de las consecuencias inevitables de la producción social actual y que alcanza su punto de apogeo en las crisis. Además, al acabar con el necio derroche de lujo de las clases dominantes y de sus representantes políticos, pone en circulación para la colectividad toda una masa de medios de producción y de productos. Por vez primera, se da ahora, y *se da* un modo efectivo, la posibilidad de asegurar a todos los miembros de la sociedad, por medio de un sistema de producción social, una existencia que, además de satisfacer plenamente y cada día con mayor holgura sus necesidades materiales, les garantice el libre y completo desarrollo y ejercicio de sus capacidades físicas y espirituales.[7]

Al posesionarse la sociedad de los medios de producción, cesa la producción de mercancías, y con ella el imperio del producto sobre los productores. La anarquía reinante en el seno de la producción social deja el puesto a una organización planeada y consciente. Cesa la lucha por la existencia individual y con ello, en cierto sentido, el hombre sale definitivamente del reino animal y se sobrepone a las condiciones animales de existencia, para someterse a condiciones de vida verdaderamente humanas. Las condiciones de vida que rodean al hombre y que hasta

---

[7] Unas cuantas cifras darán al lector una noción aproximada de la enorme fuerza expansiva que, aun bajo la presión capitalista, desarrollan los modernos medios de producción. Según los cálculos de Giffen, la riqueza global de la Gran Bretaña e Irlanda ascendía, en números redondos a:

1814	2 200	mill.	de	lib.	est.	=	44 000	mill.	de	marcos
1865	6 100	„	„	„	„	=	122 000	„	„	„
1875	8 500	„	„	„	„	=	170 000	„	„	„

Para dar una idea de lo que representa el despilfarro de medios de producción y de productos malogrados durante la crisis, diré que en el segundo Congreso de los industriales alemanes, celebrado en Berlín el 21 de febrero de 1878, se calculó en 455 millones de marcos las pérdidas globales que supuso el último crac, solamente para la *industria siderúrgica alemana. (Nota de Engels.)*

ahora le dominaban, se colocan, a partir de este instante, bajo su dominio y su mando, y el hombre, al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor consciente y efectivo de la naturaleza. Las leyes de su propia actividad social, que hasta ahora se alzaban frente al hombre como leyes naturales, como poderes extraños que lo sometían a su imperio, son aplicadas ahora por él con pleno conocimiento de causa y, por tanto, sometidas a su poderío. La propia existencia social del hombre, que hasta aquí se le enfrentaba como algo impuesto por la naturaleza y la historia, es a partir de ahora obra libre suya. Los poderes objetivos y extraños que hasta ahora venían imperando en la historia se colocan bajo el control del hombre mismo. Sólo desde entonces, éste comienza a trazarse su historia con plena conciencia de lo que hace. Y, sólo desde entonces, las causas sociales puestas en acción por él, comienzan a producir predominantemente y cada vez en mayor medida los efectos apetecidos. Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.

* * *

Resumamos brevemente, para terminar, nuestra trayectoria de desarrollo:

I. *Sociedad medieval:* Pequeña producción individual. Medios de producción adaptados al uso individual, y, por tanto, primitivos, torpes, mezquinos, de eficacia mínima. Producción para el consumo inmediato, ya del propio productor, ya de su señor feudal. Sólo en los casos en que queda un remanente de productos, después de cubrir aquel consumo, se ofrece en venta y se lanza al intercambio este remanente. Por tanto, la producción de mercancías está aún en sus albores, pero encierra ya, en germen, *la anarquía de la producción social.*

II. *Revolución capitalista:* Transformación de la industria, iniciada por medio de la cooperación simple y de la manufactura. Concentración de los medios de producción, hasta entonces dispersos, en grandes talleres, con lo que se convierten de medios de producción del individuo en

medios de producción sociales, metamorfosis que no afecta, en general, a la forma del cambio. Quedan en pie las viejas formas de apropiación. Aparece el *capitalista*: en su calidad de propietario de los medios de producción, se apropia también de los productos y los convierte en mercancías. La producción se transforma en un acto social: el cambio y, con él, la apropiación siguen siendo actos individuales: *el producto social es apropiado por el capitalista individual.* Contradicción fundamental, de la que se derivan todas las contradicciones en que se mueve la sociedad actual y que pone de manifiesto claramente la gran industria:

A. Divorcio del productor con los medios de producción. Condenación del obrero a ser asalariado de por vida. *Antítesis de burguesía y proletariado.*

B. Relieve creciente y eficacia acentuada de las leyes que presiden la producción de mercancías. Competencia desenfrenada. *Contradicción entre la organización social dentro de cada fábrica y la anarquía social en la producción total.*

C. De una parte, perfeccionamiento de la maquinaria, que la competencia convierte en precepto imperativo para cada fabricante y que equivale a un desplazamiento cada vez mayor de obreros: *ejército industrial de reserva.* De otra parte, extensión ilimitada de la producción, que la competencia impone también como norma coactiva a todos los fabricantes. Por ambos lados, un desarrollo inaudito de las fuerzas productivas, exceso de la oferta sobre la demanda, superproducción, abarrotamiento de los mercados, crisis cada diez años, círculo vicioso: *superabundancia, aquí de medios de producción y de productos, y allá de obreros* sin trabajo y sin medios de vida. Pero estas dos palancas de la producción y del bienestar social no pueden combinarse, porque la forma capitalista de la producción impide a las fuerzas productivas actuar y a los productos circular, a no ser que se conviertan previamente en capital, que es lo que precisamente les veda su propia superabundancia. La contradicción se exalta, hasta convertirse en contrasentido: *el modo de producción se rebela con-*

tra la forma de cambio. La burguesía se muestra incapaz para seguir rigiendo sus propias fuerzas sociales productivas.

D. Reconocimiento parcial del carácter social de las fuerzas productivas, arrancado a los propios capitalistas. Apropiación de los grandes organismos de producción y de transporte, primero por *sociedades anónimas*, luego por trusts, y más tarde por el *Estado.* La burguesía se revela como una clase superflua; todas sus funciones sociales son ejecutadas ahora por empleados a sueldo.

III. *Revolución proletaria,* solución de las contradicciones: el proletariado toma el Poder político y, por medio de él, convierte en propiedad pública los medios sociales de producción, que se le escapan de las manos a la burguesía. Con este acto, redime a los medios de producción de la condición de capital que hasta allí tenían y da a su carácter social plena libertad para imponerse. A partir de ahora, es ya posible una producción social con arreglo a un plan trazado de antemano. El desarrollo de la producción convierte en un anacronismo la subsistencia de diversas clases sociales. A medida que desaparece la anarquía de la producción social, va languideciendo también la autoridad política del Estado. Los hombres, dueños por fin de su propia existencia social, se convierten en dueños de la naturaleza, en dueños de sí mismos, en hombres libres.

La realización de este acto que redimirá al mundo, es la misión histórica del proletariado moderno. Y el socialismo científico, expresión teórica del movimiento proletario. es el llamado a investigar a las condiciones históricas y, con ello, la naturaleza misma de este acto, infundiendo de este modo a la clase llamada a hacer esta revolución, a la clase hoy oprimida, la conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción.

LAS CONDICIONES ECONÓMICAS Y EL PROCESO HISTÓRICO

*Carta de Engels a J. Bloch**

Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia es *en última instancia* la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el *único* determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero las diversas partes de la superestructura —las formas políticas de la lucha de clases y sus consecuencias, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla, etcétera— las formas jurídicas —y en consecuencia inclusive los reflejos de todas esas luchas reales en los cerebros de los combatientes: teorías políticas, jurídicas, ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en sistemas de dogmas— también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y en muchos casos preponderan en la determinación de su *forma*. Hay una interacción de todos esos elementos, en el seno de la interminable *multitud* de accidentes (es decir, de cosas y hechos cuyo vínculo interno es tan lejano o tan imposible de demostrar que los consideramos como inexistentes y que podemos despreciarlos), el movimiento económico termina por hacerse valer como necesario. Si no fuese así, la aplicación de la teoría a cualquier periodo de la historia que se elija sería más fácil que la solución de una simple ecuación de primer grado.

Nosotros hacemos nuestra historia, pero en primer lugar con premisas y condiciones muy determinadas. Entre éstas, las económicas son en definitiva las decisivas.

---

* Fechada en Londres, el 21 de septiembre de 1890. El texto en español procede de Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, edición ya citada.

Pero las condiciones políticas, etcétera, y por cierto que inclusive las tradiciones que obseden a los cerebros humanos, también desempeñan un papel, aunque no decisivo. El Estado prusiano surgió y se desarrolló por causas históricas, en última instancia económicas. Pero difícilmente podrá afirmarse, sin caer en pedantería, que entre los numerosos pequeños estados de la Alemania del Norte fue específicamente Brandeburgo el determinado por la necesidad económica a convertirse en la gran potencia en que tomaron cuerpo las diferencias económicas, lingüísticas y, después de la Reforma, también las religiosas, entre el Norte y el Sur, y no igualmente por otros elementos (sobre todo por su enredo con Polonia, debido a la posesión de Prusia, y en consecuencia con las relaciones políticas internacionales, las que por cierto también fueron decisivas en la formación de la Casa de Austria). Sin caer en ridículo sería difícil lograr explicar en términos económicos la existencia de cada uno de los pequeños Estados alemanes del pasado y del presente, o el origen de las mutaciones de las consonantes del idioma alto alemán, que la muralla geográfica divisoria formada por las montañas que van de los Sudetes hasta el Taunus llegó a convertir en una verdadera grieta que atraviesa a Alemania.

Pero, en segundo lugar, la historia se hace ella misma de modo tal que el resultado final proviene siempre de conflictos entre gran número de voluntades individuales, cada una de las cuales está hecha a su vez por un cúmulo de condiciones particulares de existencia. Hay pues innumerables fuerzas que se entrecruzan, una serie infinita de paralelogramos de fuerza que dan origen a una resultante: el hecho histórico. A su vez, éste puede considerarse como producto de una fuerza que, tomada en su conjunto, trabaja inconscientemente y sin volición. Pues lo que desea cada individuo es obstaculizado por otro, resultando algo que nadie quería. Así es que la historia se realiza a la manera de un proceso natural, estando también ella esencialmente sujeta a las mismas leyes del movimiento. Pero del hecho de que las voluntades indivi-

duales —cada una de las cuales desea aquello a que la impelen su constitución física y las circunstancias externas (ya sean personales o las de la sociedad en general), que en última instancia son económicas —no logren lo que quieren, sino que se funden en una media colectiva, en una resultante general, no debe concluirse que su valor sea = 0. Por el contrario, cada una contribuye a la resultante, y en esa medida está incluida en ella.

Yo le pediría a usted que estudiase más a fondo esta teoría en sus fuentes originales y no de segunda mano; es verdaderamente mucho más fácil. Marx apenas escribió cosa alguna en que esta teoría no desempeñase un papel. Pero en especial *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* es un excelentísimo ejemplo de su aplicación. También hay muchas alusiones en *El Capital.* Además, me permito indicarle mis escritos: La *Subversión de la Ciencia por Herr E. Dühring* y *Ludwig Feuerbach* y *El Fin de la Filosofía Clásica Alemana,* donde he dado la exposición más detallada del materialismo histórico que, por lo que yo sepa, existe.

Marx y yo tenemos en parte la culpa de que los jóvenes escritores le atribuyan a veces al aspecto económico mayor importancia que la debida. Tuvimos que subrayar este principio fundamental frente a nuestros adversarios, quienes lo negaban, y no siempre tuvimos tiempo, lugar ni oportunidad de hacer justicia a los demás elementos participantes en la interacción. Pero cuando se trata de presentar un trozo de la historia, esto es, de una aplicación práctica, la cosa es diferente y no hay error posible. Sin embargo, desgraciadamente sucede demasiado a menudo que la gente cree haber comprendido cabalmente una teoría y cree poder aplicarla sin más desde el momento en que ha asimilado sus principios fundamentales, y aun éstos no siempre correctamente. Y no puedo librar de este reproche a muchos de los más recientes "marxistas", porque también de este lado han salido las basuras más asombrosas.

*Carta de Engels a Conrad Schmidt**

Londres, 27 de octubre de 1890.

Creo que usted debiera aceptar el cargo en Zürich.[1] Siempre podría usted aprender allí una buena porción de economía, especialmente si tiene en cuenta que Zürich no es todavía más que un mercado de dinero y especulación de tercera categoría, de manera que las impresiones que se hacen sentir allí son debilitadas o deliberadamente tergiversadas por reflejos dobles o triples. Pero usted obtendrá un conocimiento práctico del mecanismo y estará obligado a seguir de primera mano las informaciones de las bolsas de comercio de Londres, Nueva York, París, Berlín y Viena, y de esta manera se le manifestará a usted el mercado mundial, en su reflejo de mercado monetario y de valores. Los reflejos económicos, políticos y demás, son iguales que los del ojo humano: pasan por una lente convergente y por ello aparecen invertidos, patas arriba. Sólo que falta el sistema nervioso que los ponga nuevamente de pie. El hombre del mercado monetario sólo ve el movimiento de la industria y del mercado mundial en el reflejo invertido del mercado de valores, y así el efecto se convierte para él en causa. Ya por el 40 lo observé en Manchester: los informes de la Bolsa de Comercio de Londres eran absolutamente inútiles para el curso de la industria e inocuos para sus máximos y mínimos periódicos, porque esos individuos trataban de explicarlo todo por las crisis del mercado de valores, las que en general eran tan sólo síntomas. En aquella época la finalidad era explicar el origen de la crisis como sobreproducción pasajera, de modo que la cosa tenía por añadidura su lado tendencioso, causante de la tervigersación. Este punto está ahora resuelto (al menos para nosotros, en forma terminante), y además es verdaderamente un he-

* Fechada en Londres, el 27 de octubre de 1890. Procede de la misma fuente que la carta anterior.

[1] El de director de *Zürich Post.*

cho el que también el mercado de valores pueda tener sus propias crisis, en que las perturbaciones industriales directas sólo desempeñan un papel secundario o hasta ninguno; en este punto queda todavía mucho por examinar y establecer, especialmente en lo que respecta a la historia de los últimos veinte años.

Allí donde hay división del trabajo en escala social hay también recíproca independencia entre los diversos sectores del trabajo. El factor decisivo es en última instancia la producción. Pero cuando el comercio de productos se independiza de la producción misma, entonces, sigue un movimiento propio, el que, si bien es gobernado en conjunto por la producción, en casos particulares y dentro de esta dependencia general sigue leyes particulares contenidas en la naturaleza de este nuevo factor; este movimiento tiene fases propias y reactúa a su vez sobre el movimiento de la producción. El descubrimiento de América se debió a la sed de oro que anteriormente había lanzado a los portugueses al África (véase el libro de Soetbeer, *La Producción de Metales Preciosos*), porque la industria europea enormemente desarrollada de los siglos XIV y XV, y el comercio correspondiente, reclamaban más medios de cambio que los que podía proveer Alemania, la gran productora de plata de 1450 a 1550. La conquista de la India por los portugueses, holandeses e ingleses entre 1500 y 1800, tuvo por objeto las *importaciones* de las Indias, nadie pensaba en exportar nada hacia allá. Y, sin embargo, qué reacción colosal tuvieron sobre la industria esos descubrimientos y conquistas, únicamente condicionados por los intereses del comercio; crearon por primera vez la necesidad de *exportar* a esos países y desarrollaron la industria en gran escala.

Lo mismo ocurre con el mercado monetario. Tan pronto como el comercio monetario se separa del comercio de mercancías, adquiere —en ciertas condiciones impuestas por la producción y el tráfico mercantil y dentro de esos límites— un desarrollo propio, leyes especiales y fases peculiares determinadas por su propia naturaleza. Si, en

este desenvolvimiento ulterior, el comercio en dinero se amplía abarcando el comercio en valores, y si estos valores no son sólo gubernamentales sino también acciones industriales y del transporte, de modo que el comercio en dinero conquista el control directo de una parte de la producción, por la cual es a su vez controlado en su conjunto, entonces la reacción del comercio en dinero sobre la producción se fortalece y complica aún más. Los comerciantes en dinero se han convertido en dueños de ferrocarriles, minas, industrias metalúrgicas, etcétera. Estos medios de producción asumen un doble aspecto: su trabajo ha de satisfacer unas veces los intereses de la producción, pero otras, también los de los accionistas, en cuanto éstos son comerciantes en dinero. El ejemplo más notable de esto son los ferrocarriles norteamericanos, cuyo funcionamiento depende por entero de las operaciones de bolsa de un Jay Gould o de un Vanderbilt, etcétera, no teniendo éstos nada que ver con el ferrocarril particular de que se trate ni con el interés que tiene como medio de comunicación. E incluso en Inglaterra hemos visto luchas de decenas de años entre diferentes compañías ferroviarias por las fronteras de sus respectivos territorios; luchas en que se tiraron enormes cantidades de dinero, no en interés de la producción y de las comunicaciones, sino simplemente debido a una rivalidad que en general sólo tenía el objeto de facilitar las operaciones bursátiles de los accionistas comerciantes en dinero.

Con estas pocas indicaciones sobre mi concepción de la relación existente entre la producción y el comercio de mercancías, y entre ambos con el comercio monetario, he contestado también, en esencia, las preguntas que usted me planteara sobre el "materialismo histórico" en general. La cosa es más fácil de comprender desde el punto de vista de la división del trabajo. La sociedad da origen a ciertas funciones comunes de las cuales no puede prescindir. Las personas elegidas para realizar estas funciones constituyen una nueva rama de la división del trabajo *dentro de la sociedad*. De esta manera adquieren intereses particulares, distintos también de los intereses de quienes

los emplearon, se independizan de estos últimos, y he aquí el Estado. Y, en lo sucesivo, el desarrollo es el mismo que el del comercio en mercancías y, más tarde, el comercio monetario; la nueva fuerza independiente, si bien debe seguir en lo esencial el movimiento de la producción, también, debido a su independencia interna (la independencia relativa que se le confiriera en un principio y que se sigue desarrollando) reactúa, a su vez, sobre las condiciones y el curso de la producción. Es la interacción de dos fuerzas desiguales: por una parte el movimiento económico; por la otra el nuevo poder político, que aspira a la mayor independencia posible y que, una vez establecido, está, también él, dotado de movimiento propio. En conjunto, el movimiento económico se abre camino, pero también debe sufrir reacciones del movimiento político que estableció, dotado, él mismo, de relativa independencia: del movimiento del poder estatal, por una parte, y por otra, de la oposición simultáneamente engendrada. Del mismo modo que el movimiento del mercado industrial se refleja, en lo esencial y con las reservas ya apuntadas, en el mercado monetario, y por supuesto que en forma invertida, así también la lucha entre las clases ya existentes y en conflicto, se refleja en la lucha entre el gobierno y la oposición; pero también en forma invertida, no ya directa sino indirectamente, no como lucha de clases sino como lucha por principios políticos, y tan desfigurada que nos ha tomado miles de años penetrar su secreto.

La reacción del poder estatal sobre el desarrollo económico puede ser uno de estos tres tipos: puede tener la misma dirección, y entonces el desarrollo es más rápido; puede oponerse a la línea de desarrollo, en cuyo caso el poder estatal moderno de cualquier gran nación termina, a la larga, por despedazarse; o puede desviar el desarrollo económico de ciertos cauces imponiéndole otros. Este caso se reduce en última instancia a uno de los dos anteriores. Pero es evidente que en los casos segundo y tercero el poder político puede causar un gran daño al desarrollo eco-

nómico y provocar la dilapidación de grandes cantidades de energía y de materiales.

Luego está también el caso de la conquista y destrucción brutal de los recursos económicos, a consecuencia de lo cual en ciertas circunstancias antes podía arruinarse a todo un proceso económico local o nacional. Pero hoy día tal caso tiene generalmente el efecto opuesto, por lo menos entre las grandes naciones: a la larga la potencia derrotada a menudo gana más económica, política y moralmente, que el vencedor.

Con el Derecho ocurre algo parecido. Tan pronto como se hace necesaria la nueva división del trabajo que origina el abogado profesional, se inaugura un dominio nuevo e independiente, el que, a pesar de su dependencia general respecto de la producción y del comercio, no deja de tener su capacidad propia de reactuar sobre esos dominios. En un Estado moderno el Derecho no sólo debe corresponder a la situación económica general y ser la expresión de ésta, sino que debe ser también una expresión *coherente* y que no parezca, debido a contradicciones internas, palmariamente inconsciente. Y para lograrlo, se infringe más y más el fiel reflejo de las condiciones económicas. Y cuanto más es así, más raramente ocurre que un código sea la expresión brutal, sin mitigar, inadulterada, de la dominación de una clase: esto ofendería a la «concepción de la justicia». Incluso en el Código Napoleón está ya adulterada de muchas maneras la concepción pura y lógica de la justicia sostenida por la burguesía revolucionaria de 1792-96, y en la medida en que está encarnada en él está obligada a sufrir diariamente toda clase de atenuaciones debido a la naciente fuerza del proletariado. Lo que no impide que el Código Napoleón sea el estatuto que sirve de base a todo nuevo código legal en todas partes del mundo. Así, pues, el curso del «desarrollo del derecho» en gran medida sólo consiste: primero, en la tentativa de eliminar las contradicciones provenientes de la traducción directa de las relaciones económicas a principios jurídicos y de establecer un sistema jurídico armonioso; y luego en las repetidas brechas

que se producen en este sistema por influencia y presión del desarrollo económico ulterior, que lo arrastran a nuevas contradicciones (por el momento no hablo sino del Derecho civil).

El reflejo de las relaciones económicas en la forma de principios jurídicos es también necesariamente invertido: se produce sin que la persona que actúa sea consciente de él; el jurista se imagina que opera con principios *a priori*, en tanto que en realidad son sólo reflejos económicos; de manera que todo está patas arriba. Y me parece evidente que esta inversión —la que, mientras no es descubierta, constituye lo que llamamos concepción ideológica— reactúe a su vez sobre la base económica y pueda, dentro de ciertos límites, modificarla. La base del derecho sucesorio —suponiendo que las etapas alcanzadas en el desarrollo de la familia sean iguales— es económico. Pero sería difícil demostrar, por ejemplo, que la libertad absoluta de testar vigente en Inglaterra, y las severas restricciones que se le imponen en Francia, se deben únicamente y en todos sus detalles a causas económicas. Ambas reactúan sobre la esfera económica en considerable medida, puesto que influyen sobre la repartición de la propiedad.

En lo concerniente a los dominios de la ideología que planean aún más alto por el aire —religión, filosofía, etcétera— tienen una raíz prehistórica, preexistente y que pasa al periodo histórico, y que hoy llamaríamos charlatanería. Estas diversas concepciones falsas de la naturaleza, del hombre, de los espíritus, de las fuerzas mágicas, etcétera, tienen su mayor parte sólo una base económica negativa, pero el deficiente desarrollo económico del periodo prehistórico tiene por complemento y es también en parte condicionado y aun causado por las falsas concepciones de la naturaleza. Y aun cuando la necesidad económica era la principal fuerza motriz del progresivo conocimiento de la naturaleza y lo sea cada vez más, sería seguramente pedantesco buscarles causas económicas a todos estos absurdos primitivos. La historia de la ciencia es la historia de la eliminación gradual de estos disparates o de su reemplazo por nuevos pero ya menos absurdos dispa-

rates. Quienes se ocupan de esto pertenecen a su vez a campos especiales de la división del trabajo y se imaginan trabajar en un dominio independiente. Y en la medida en que constituyen un grupo independiente dentro de la división social del trabajo, sus creaciones, incluyendo sus errores, ejercen una influencia retroactiva sobre el desarrollo social de conjunto, incluso sobre su desarrollo económico. Pero de todos modos ellos mismos no dejan de estar bajo la influencia dominante del desarrollo económico. En filosofía por ejemplo, esto puede probarse con mayor facilidad en el periodo burgués. Hobbes fue el primer materialista moderno (en el sentido del siglo XVIII), pero era absolutista en un periodo en que la anarquía absoluta estaba en su cenit en toda Europa, y en que en Inglaterra empezaba la lucha de la monarquía absoluta contra el pueblo. Locke fue, tanto en religión como en política, hijo del compromiso de clases de 1688. Los deístas ingleses y sus sucesores más consecuentes, los materialistas franceses, fueron los verdaderos filósofos de la burguesía, y los franceses, lo fueron incluso de la revolución burguesa. El pequeñoburgués alemán atraviesa la filosofía alemana desde Kant hasta Hegel, unas veces con efecto positivo y otras negativo. Pero la filosofía de cada época, puesto que es un dominio preciso de la división del trabajo, presupone un determinado material intelectual heredado de sus predecesores y del que toma su punto de partida. Y ésta es la razón por la cual los países económicamente atrasados puedan hacer de primer violín en filosofía: Francia en el siglo XVIII en relación a Inglaterra, sobre cuya filosofía se basaron los franceses, y más tarde Alemania en relación a ambas. Pero la filosofía francesa y alemana y el florecimiento general de la literatura en aquella época fueron también el resultado de un naciente desarrollo económico. Considero que también en estas esferas está establecida en última instancia la supremacía del desarrollo económico, pero ésta actúa dentro de las condiciones impuestas por la propia esfera particular: en filosofía, por ejemplo, por efecto de influencias económi-

cas (las que también aquí sólo actúan en general bajo disfraces políticos, etcétera) sobre el material filosófico existente transmitido por los predecesores. La economía no crea aquí absolutamente nada nuevo (*a novo*), pero determina la forma en que el material intelectual existente es alterado y desarrollado, y también ello la mayoría de las veces indirectamente, porque son los reflejos políticos, jurídicos y morales los que ejercen la mayor influencia directa sobre la filosofía.

Acerca de la religión he dicho lo más necesario en el último capítulo de mi libro sobre Feuerbach.

Por consiguiente, si Barth supone que nosotros negamos todas y cada una de las reacciones de los reflejos políticos, etcétera, del movimiento económico sobre el movimiento mismo, simplemente embiste contra molinos de viento. No tiene más que mirar el *18 Brumario* de Marx, que trata casi exclusivamente del papel *particular* desempeñado por las luchas y acontecimientos políticos, desde luego que dentro de su dependencia *general* de las condiciones económicas. O *El Capital*, el capítulo sobre la jornada de trabajo, por ejemplo, en que la legislación, que es seguramente un acto político, tiene un efecto tan decisivo. O el capítulo sobre la historia de la burgusía (el XXIV). ¿Por qué luchamos por la dictadura política del proletariado si el poder político es económicamente impotente? La fuerza (esto es, el poder del Estado) también es un poder económico.

Pero ahora no tengo tiempo de criticar el libro. Primero tengo que sacar adelante el Vol. III y además creo que Bernstein, por ejemplo, podría hacerlo con eficacia.

Lo que les falta a esos señores es dialéctica. Nunca ven otro cosa que causa por aquí y efecto por allá. El que esto es una abstracción vacía, el que tales opuestos polares metafísicos únicamente existen en el mundo real durante las crisis, en tanto que todo el vasto proceso se produce en forma de interacción (si bien de fuerzas muy desiguales, siendo con mucho el movimiento económico el más fuerte, el más elemental y decisivo), y el que todo

es relativo y nada absoluto: esto nunca terminan de verlo. Para ellos Hegel nunca existió.

*Carta de Engels a H. Starkenburg**

Londres, 25 de enero de 1894.

He aquí la respuesta a sus preguntas.**

1) Lo que entendemos por condiciones económicas —a las que consideramos base determinante de la historia de la sociedad— son los métodos por los cuales los seres humanos de una sociedad dada producen sus medios de subsistencia e intercambian los productos (en la medida en que exista división del trabajo). Luego, está incluida en ellas, ***toda la técnica*** de la producción y del transporte. Conforme a nuestra concepción, esta técnica determina igualmente el método de cambio y, además, la distribución de los productos, y con ello, luego de la disolución de la sociedad tribal, también la división en clases y por tanto las relaciones de señorío y servidumbre, y con éstas el Estado, la política, el Derecho, etcétera. En la denominación de condiciones económicas se incluyen, además, la base geográfica sobre la cual operan y los restos de etapas anteriores del desarrollo económico que realmente han sido transmitidos o que han sobrevivido (a menudo únicamente por tradición o por inercia); también, desde luego, el ambiente externo que circunda a esta forma social.

Si, como usted dice, la técnica depende en gran medida del estado de la ciencia, ésta depende a su vez mu-

---

* Procede de la misma fuente que las cartas precedentes.

** Starkenburg le había planteado a Engels las siguientes preguntas: 1) ¿En qué medida actúan *causalmente* las condiciones económicas? (¿Son base, motivo, condición permanente, etcétera, adecuados del desarrollo?) 2) ¿Qué papel desempeñan el elemento ***racial*** y el ***personaje histórico*** en la concepción de la historia de Marx y Engels?

cho más del *estado* y de las *necesidades* de la técnica. Cuando la sociedad tiene una necesidad técnica, ello ayuda más a la ciencia que diez universidades. Toda la hidrostática (Torricelli, etcétera) surgió de la necesidad de regular las corrientes de las montañas en la Italia de los siglos XVI y XVII. En electricidad no descubrimos nada razonable hasta que no se descubrió su aplicabilidad técnica. Pero desgraciadamente, en Alemania se ha tomado el hábito de escribir la historia de las ciencias como si éstas hubiesen caído del cielo.

2) Consideramos que las condiciones económicas son lo que en última instancia determina el desarrollo histórico. Pero la misma raza es un factor económico Mas a este respecto hay dos puntos que no deben pasarse por alto:

a) El desenvolvimiento político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etcétera, se basa sobre el desarrollo económico. Pero interactúa entre sí y reactúan también sobre la base económica. No es que la situación económica sea la *causa*, y la *única activa*, mientras que todo lo demás es pasivo. Hay, por el contrario, interacción sobre la base de la necesidad económica, la que *en última instancia* siempre se abre camino. El Estado, por ejemplo, ejerce una influencia mediante los aranceles, la libertad de comercio, un sistema fiscal bueno o malo; e incluso la inanición e impotencia mortales del pequeñoburgués alemán, provenientes de la miserable situación económica de Alemania de 1640 a 1830, y que se manifiestan en el pietismo, primero, y luego en el sentimentalismo y en el abyecto servilismo para con los príncipes, no careció de efecto económico. Fue uno de los mayores obstáculos que se oponían a la recuperación, y no desapareció sino cuando las guerras revolucionarias y napoleónicas transformaron la miseria crónica en aguda. De modo que no es que, como imaginan algunos por comodidad, la situación económica produzca un efecto automático. Los hombres hacen su propia historia, sólo que en medios dados que la condicionan, y en base a relaciones reales ya existentes,

entre las cuales las relaciones económicas —por mucho que puedan ser influidas por las políticas e ideológicas— siguen siendo las que deciden en última instancia, constituyendo el hilo rojo que las atraviesa y que es el único que conduce a comprender las cosas.

b) Los propios hombres hacen su historia, pero hasta ahora no la hacen con una voluntad colectiva o de acuerdo a un plan colectivo, ni siquiera dentro de una sociedad dada perfectamente definida. Sus esfuerzos se entrechocan, y por esta misma razón todas esas sociedades son gobernadas por la *necesidad*, la que es complementada por y aparece en la forma de *azar*. La necesidad que aquí se impone en medio de todos los accidentes, es nuevamente y en última instancia la necesidad económica. Es aquí donde interviene la cuestión de los llamados grandes hombres. El que tal y tal hombre, y precisamente ese hombre, surja en un momento determinado en un país dado, es por supuesto puro accidente. Pero suprímaselo, y habrá demanda de un sustituto, y éste será encontrado, bueno o malo, pero a la larga se le encontrará. El que Napoleón, precisamente ese corso, fuera el dictador militar que la República Francesa, agotada por su propia guerra, había tornado necesario, fue un azar; pero que si no hubiera existido Napoleón, otro habría ocupado su lugar, como lo demuestra el hecho de que siempre se encontró el hombre tan pronto como se tornó necesario: César, Augusto, Cromwell, etcétera. Si bien es cierto que Marx descubrió la concepción materialista de la historia, Thierry, Migner, Guizot y todos los historiadores ingleses hasta 1850 son la prueba de que se tendía a ella, y el descubrimiento de la misma concepción por Morgan demuestra que los tiempos estaban maduros para ella y que *debía* ser descubierta.

Lo mismo ocurre con todos los demás accidentes aparentes de la historia. Cuanto más es alejado de la esfera económica el dominio particular que investigamos, acercándose al de la ideología puramente abstracta, tanto más lo hallaremos exhibiendo azares en su desarrollo, tanto

más zigzagueante será su curva. Así y todo, usted verá que la medida de esta curva será cada vez más casi paralela a la del desarrollo económico, cuanto más largo sea el periodo considerado y cuanto más amplio sea el campo tratado.

En Alemania, el principal obstáculo para la comprensión correcta es el irresponsable descuido de la historia económica en la producción literaria. Es tan difícil, no solamente desacostumbrarse a las ideas de la historia que le machacan a uno en la escuela, sino, y mucho más, reunir los materiales necesarios. ¿Quién ha leído, por ejemplo, al viejo G. von Gülich,[1] cuya árida colección de documentos contiene, sin embargo, tanto material para aclarar innumerables hechos políticos?

Por otra parte, el hermoso ejemplo que diera Marx en el *18 Brumario* debiera, según creo, proveerle a usted bastante bien de informaciones sobre sus preguntas, precisamente por tratarse de un ejemplo práctico. También yo creo haber tocado ya, la mayor parte de los puntos en *Anti-Dühring*, I, Capítulos IX-XI y II, Cap. II-IV, así como en III, Cap. I o en el Prefacio, y luego en el último capítulo de *Feuerbach*.

Le pido que no sopese con excesivo cuidado cada una de las palabras que anteceden; recuerde el conjunto. Lamento no disponer de tiempo para elaborar lo que le estoy escribiendo, en forma tan rigurosa como la que me obligaría su publicación.

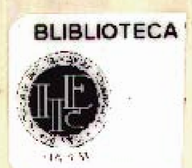
---

[1] G. von Gülich, *Exposición Histórica del Comercio, de la Industria y de la Agricultura de los Estados Comerciales más importantes de Nuestro Tiempo* (1830).

Se terminó de imprimir este libro el día 18 de diciembre de 1978, en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F.
Su tiro consta de 3,000 ejemplares.

La Economía Política tiene por objeto el estudio de las leyes que rigen la producción y el intercambio de los bienes materiales en la sociedad humana. Mas las condiciones de producción, intercambio y distribución de los productos no son inmutables: a cada época histórica le es propio uno u otro modo de producción, y los modos de intercambio y distribución adecuados a él.

Por ello Engels entendía que un rasgo importante de la Economía Política era descubrir la condicionalidad objetiva de los tránsitos de una forma social inferior a otra superior. Para abordar esta tarea se requiere del método propio de la dialéctica materialista, que no propone improvisar esquemas seudocientíficos, desnudos y aislados de la vida, ni tampoco dedicarse a la contemplación de hechos visibles, sino por el contrario, propone estudiar las relaciones económicas reales, penetrar en la propia esencia de los hechos y de sus vínculos recíprocos, seleccionarlos con severidad y sistematizarlos, para dilucidar las fuerzas y las tendencias motoras del desarrollo sociohistórico.




EDITORIAL NUESTRO TIEMPO